

ALMANAQUE  
DE  
LA ILUSTRACION

PARA EL AÑO DE

1882

ESCRITO POR LOS SEÑORES

ALARCON (D. Pedro A. de), ÁLVAREZ ALVISTUR (D. Luis), CERVERA BACHILLER (D. Juan),  
ESPERANZA (D. J. M.), FERNANDEZ BREMON (D. José),  
GARCÍA CADENA (D. Peregrin), MAS Y PRAT (D. Benito), MENENDEZ PELAYO (D. Marcelino),  
MIQUEL Y BADÍA (D. Francisco), MONREAL (D. Julio), NAVARRO REVERTER (D. Juan), NOVO Y COLSON (D. Pedro de),  
PALACIO (D. Manuel del), PUIGGARÍ (D. José),  
RUIZ AGUILERA (D. Ventura), SUAREZ (D. Pedro A.), TRUEBA (D. Antonio de),  
VALMAR (Marqués de), VELARDE (D. José) y VIDART (D. Luis).

AÑO IX.



MADRID,  
IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.<sup>a</sup>

(SUCESESORES DE RIVADENEYRA),  
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.  
Duque de Osuna, número 3.

1881.

ALMAYOR

LA ILUSTRACION

DE OBRAS DE ARTE

1885

---

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---







«HOY ES EL SANTO DE MAMÁ.» (Cuadro de Chaplin.)

# PRELIMINARES.

## AÑO RELIGIOSO.

### CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Aureo número. . . . . 2	Indiccion romana. . . . . X
Epacta. . . . . XI	Letra dominical. . . . . A
Ciclo solar. . . . . XV	Letra del martirologio romano. I

### FIESTAS MOVIBLES.

Santisimo Nombre de Jesus. . . . .	15 de Enero.
Septuagésima. . . . .	5 de Febrero.
Sexagésima. . . . .	12 de Febrero.
Quincuagésima. . . . .	19 de Febrero.
Miércoles de Ceniza. . . . .	22 de Febrero.
Pascua de Resurreccion. . . . .	9 de Abril.
Patrocinio de San José. . . . .	30 de Abril.
Letanias. . . . .	15, 16 y 17 de Mayo.
Ascension del Señor. . . . .	18 de Mayo.
Pascua de Pentecostes. . . . .	28 de Mayo.
La Santisima Trinidad. . . . .	4 de Junio.
Santisimo Corpus Christi. . . . .	8 de Junio.
Dominicas entre Pentecostes y Adviento. . . . .	24
Santisimo Corazon de Jesus. . . . .	16 de Junio.
Purísimo Corazon de Maria. . . . .	18 de Junio.
Fiesta de la Preciosa Sangre de Jesucristo. . . . .	2 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora. . . . .	20 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario. . . . .	1 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora. . . . .	12 de Noviembre.
Adviento. . . . .	3 de Diciembre.

### TÉMPORAS.

I. — El 1, 3 y 4 de Marzo.	III. — El 20, 22 y 23 de Setiembre.
II. — El 31 de Mayo, 2 y 3 de Junio.	IV. — El 20, 22 y 23 de Diciembre.

### DIAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos.  
Los Viérnes y Sábados de Adviento; advirtiéndose que cuando la fiesta de la

Inmaculada Concepcion de Nuestra Señora caiga en Viérnes ó Sábado, el ayuno se anticipa al *Jués* precedente.  
La Vigilia de *Pentecostes*. . . . . 27 de Mayo.  
*Miércoles, Viérnes y Sábado* de cada una de las cuatro *Témporas*.  
Vigilia de *San Pedro y San Pablo, Apóstoles*. . . . . 28 de Junio.  
De *Santiago, Apóstol*. . . . . 24 de Julio.  
De la *Asuncion de Nuestra Señora*. . . . . 14 de Agosto.  
De *Todos los Santos*. . . . . 31 de Octubre.  
De *Navidad*. . . . . 23 de Diciembre.

ADVERTENCIA. Ningun dia de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la Cuaresma, ni aun los Domingos.  
Se debe renovar la bula todos los años en la época de su promulgacion, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los *dias de ayuno*, los *Domingos de Cuaresma* y los *Viérnes* del año.

### DIAS DE AYUNO CON ABSTINENCIA DE CARNE.

El *Miércoles de Ceniza*. . . . . 22 de Febrero.  
Todos los *Viérnes* de Cuaresma.  
*Miércoles, Jués, Viérnes y Sábado de la semana Santa*.  
Vigilia de *Pentecostes*. . . . . 27 de Mayo.  
De *San Pedro y San Pablo*. . . . . 28 de Junio.  
De la *Asuncion de Nuestra Señora*. . . . . 14 de Agosto.  
De la *Natividad del Señor*. . . . . 23 de Diciembre.

### DIAS EN QUE SE SACA ÁNIMA.

El 5 de Febrero; el 5, 19 y 31 de Marzo; el 1, 9 y 12 de Abril; el 1 y 3 de Junio.

### VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 17 de Abril, y se cierran respectivamente el 4 de Febrero y el 2 de Diciembre.

## AÑO ASTRONÓMICO.

### POSICION GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud. . . . . 40° 24' 30" N.  
Longitud. . . . . 0h 10m 4s,2 al E. del Observatorio de San Fernando.

### ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

En <i>Acuario</i> , el 20 de Enero.	En <i>Leo</i> , el 22 de Julio. — <i>Canícula</i> .
En <i>Piscis</i> , el 18 de Febrero.	En <i>Virgo</i> , el 23 de Agosto.
En <i>Aries</i> , el 20 de Marzo. — <i>Primavera</i> .	En <i>Libra</i> , el 23 de Setiembre. — <i>Otoño</i> .
En <i>Tauro</i> , el 20 de Abril.	En <i>Escorpio</i> , el 23 de Octubre.
En <i>Géminis</i> , el 21 de Mayo.	En <i>Sagitario</i> , el 22 de Noviembre.
En <i>Cáncer</i> , el 21 de Junio. — <i>Estío</i> .	En <i>Capricornio</i> , el 21 Dic. — <i>Invierno</i> .

### CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA. — Entra el 20 de Marzo á las 4 h. y 50 m. de la tarde.  
ESTÍO. — Entra el 21 de Junio á las 1 h. y 2 m. de la tarde.  
OTOÑO. — Entra el 23 de Setiembre á las 3 h. y 23 m. de la mañana.  
INVIERNO. — Entra el 21 de Diciembre á las 9 y 38 m. de la noche.

### ECLIPSES DE SOL Y LUNA.

MAYO 16. *Eclipse total de Sol*, visible como parcial, en Madrid.  
El eclipse principia en la Tierra á 16h 37m 1s tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 18° 16' al E. de Madrid, y latitud 4° 7' N.  
El eclipse central principia á 17h 38m 9s, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud 0° 34' al E., y latitud 10° 39' N.

El eclipse central á mediodia principia á 19h 26m 3s en longitud de 67° 28' E., y latitud 38° 48' N.  
El eclipse central termina á 21h 3m 9s, y el último lugar que lo ve se halla en longitud 142° 37' E., y latitud 25° 30' N.  
El eclipse termina en la Tierra á 22h 5m 5s, y el último lugar que lo ve se halla en longitud 124° 35' E., y latitud 19° 2' N.  
Las circunstancias principales de este eclipse para Madrid son las siguientes:  
Principio del eclipse el dia 17 á 5h y 30m de la mañana.  
Medio del eclipse el dia 17 á 6h y 13m de la mañana.  
Fin del eclipse el dia 17 á 6h y 59m de la mañana.  
Valor de la máxima fase ó parte eclipsada del Sol 0,332, tomando su diámetro por unidad.  
La primera impresion de la Luna con el disco solar se verificará en un punto que dista 97° del vértice superior del Sol, hácia la derecha (vision directa).  
Este eclipse será visible en toda Europa, en gran parte de Asia y África, en las Islas Filipinas, en el Mediterráneo, en parte del Atlántico Índico y mar Polar Ártico.  
NOVIEMBRE 10. *Eclipse anular de Sol*, invisible en Madrid.  
El eclipse principia en la Tierra á 8h 7m 7s, tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en longitud 144° 56' al E. de Madrid, y latitud 2° 38' N.  
El eclipse central principia á 9h 14m 2s, y el primer lugar que lo ve se halla en longitud 127° 0' E., y latitud 1° 32' S.  
El eclipse central á mediodia sucede á 11h 11m 6s, en longitud 171° 50' al O., y latitud 29° 36' S.  
El eclipse central termina á 1h 0m 3s, y el último lugar que lo ve se halla en longitud 102° 7' O., y latitud 21° 15' S.  
El eclipse termina á 14h 6m 9s, y el último lugar que lo ve se halla en longitud 120° 12' O., y latitud 17° 6' S.  
Este eclipse será visible en las Islas Filipinas, en la Australia y en gran parte del Océano Pacifico.

## SANTORAL.

En él se incluyen: 1.º Todas las fiestas de Nuestro Señor, de la Virgen y los santos comprendidas en el Breviario romano. 2.º Todos los santos españoles cuyo culto está aprobado canónicamente, excluidos cuantos nos regalaren los autores de los falsos Cronicones, de funesta memoria. 3.º Los santos que, sin estar en el Breviario romano, ni ser españoles, de inmemorial se les viene incluyendo en los santorales de nuestra nacion.



# ALMANAQUE PARA EL AÑO 1882.

	<b>ENERO.</b>			<b>FEBRERO.</b>	
Ortos del Sol.		Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.		Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.	H. M.		H. M.
7.23	1 Dom. LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR, y san Fulgencio Ruspen- se, obispo.	4.45	7.10	1 Miérc. San Ignacio, y san Cecilio, patron de Granada, obispos y mártires.	5.19
7.23	2 Lún. La Aparicion de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Isidoro, obispo y mártir, y san Macario, abad.	4.45	7.09	2 Juév. <i>Fiesta.</i> LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA, y san Cornelio Centurion, obispo.	5.20
7.24	3 Márt. San Antero, papa y mártir, y santa Genoveva, virgen, patrona de Paris.	4.46	7.08	3 Viér. San Blas, obispo y mr., y el beato Nicolas de Longobardo.	5.21
7.24	4 Miérc. San Tito, obispo, y san Aquilino y comps., mrs. ☉ <i>Luna llena</i> , á las 10 h. y 44 m. de la m., en <i>Cáncer</i> .	4.47		☉ <i>Luna llena</i> , á las 5 h. y 43 m. de la m., en <i>Leo</i> .	
7.24	5 Juév. San Telesforo, papa y mártir, y san Simeon Stilita.	4.48			
7.24	6 Viér. <i>Fiesta.</i> LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Ribera, arzobispo de Valencia.	4.49	7.07	4 Sáb. San Andres Corsino, obispo, y san José de Leonisa.	5.22
7.24	7 Sáb. San Julian, mártir, y san Raimundo de Peñafort.— <i>Ábrense las velaciones.</i>	4.50	7.06	5 Dom. <i>de Septuagésima.</i> Santa Agueda, virgen y mártir, san Pe- dro Bautista y 25 compañeros, mrs. del Japon.— <i>Anima.</i>	5.23
7.23	8 Dom. San Luciano, presbitero, y compañeros, mártires.	4.51	7.05	6 Lún. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mártires.	5.25
7.23	9 Lún. San Julian, mártir, y santa Basílisa, virgen.	4.52	7.04	7 Márt. San Romualdo, abad, y san Ricardo, rey de Inglaterra.	5.26
7.23	10 Márt. San Nicanor, diácono y mártir, y san Gonzalo de Ama- rante, confesor.	4.53	7.03	8 Miérc. San Juan de Mata, fundador de la Orden de la Santísi- ma Trinidad.	5.27
7.23	11 Miérc. San Higinio, papa y mártir.	4.54	7.01	9 Juév. Santa Apolonia, virgen y mártir.	5.28
7.23	12 Juév. San Benito Biscop, abad, san Arcadio, mártir, y san Martin, canónigo de Leon. ☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 3 h. y 33-m. de la t., en <i>Libra</i> .	4.55	7.00	10 Viér. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.	5.29
7.23	13 Viér. San Gumersindo, presbitero, y san Siervo de Dios, mártires.	4.56	6.59	11 Sáb. San Saturnino, presbitero, y compañeros, mártires, y los beatos siete Siervos de Maria, fundadores.	5.31
7.22	14 Sáb. San Hilario, obispo y doctor, y san Félix, presbitero de Nola, mártir.	4.57		☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 8 h. y 19 m. de la m., en <i>Scorpio</i> .	
7.22	15 Dom. El Santísimo Nombre de Jesus, san Pablo, primer ermi- taño, y san Mauro, abad.	4.58	6.58	12 Dom. <i>de Sexagésima.</i> Santa Eulalia de Barcelona, virgen y már- tir, y la primera Traslacion de san Eugenio, arzobispo de Toledo.	5.32
7.21	16 Lún. San Marcelo, papa y mártir, y san Fulgencio, obispo.	5.00			
7.21	17 Márt. San Antonio, abad.	5.01			
7.20	18 Miérc. La Catedral de san Pedro en Roma, y santa Prisca, vir- gen y mártir.	5.02	6.57	13 Lún. San Benigno, mártir, y santa Catalina de Rizzis, virgen.	5.33
7.20	19 Juév. San Canuto, rey, san Mario, santa Marta, san Audifas y san Abacú, mártires. ☽ <i>Luna nueva</i> , á las 4 h. y 20 m. de la t., en <i>Capricornio</i> .	5.03	6.55	14 Márt. San Valentin, presbitero y mártir, y el beato Juan Bau- tista de la Concepcion, fundador.	5.34
7.19	20 Viér. San Fabian, papa, y san Sebastian, mártires.	5.04	6.54	15 Miérc. San Faustino y san Jovita, hermanos, mártires.	5.35
7.19	21 Sáb. San Fructuoso, obispo, san Augurio y san Eulogio, diáco- nos, y santa Ines, virgen, todos mártires.	5.05	6.53	16 Juév. San Julian y 5.000 compañeros, mártires.	5.37
7.18	22 Dom. San Vicente, diácono, patron de Valencia, y san Anasta- sio, mártires.	5.07	6.51	17 Viér. San Julian de Capadocia, mártir.	5.38
7.17	23 Lún. San Ildefonso, arzobispo de Toledo, y santa Emerenciana, virgen y mártir, patrona de Teruel.	5.08	6.50	18 Sáb. San Eladio, arzobispo de Toledo, san Simeon, obispo y már- tir, y san Teotonio, confesor.	5.39
7.17	24 Márt. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, obispo y mártir.	5.09	6.49	☽ <i>Luna nueva</i> , á las 2 h. y 35 m. de la madr. <sup>a</sup> , en <i>Aquario</i> .	
7.16	25 Miérc. La Conversion de san Pablo, apóstol, y santa Elvira.	5.10	6.47	19 Dom. <i>de Quincuagésima.</i> San Gabino, presbitero y mártir, y san Alvaro de Córdoba.	5.40
7.15	26 Juév. San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda, romana. ☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 7 h. y 30 m. de la m., en <i>Tauro</i> .	5.11	6.46	20 Lún. San Leon y san Eleuterio, obispos.	5.41
7.14	27 Viér. San Juan Crisóstomo, obispo y doctor, y san Julian y compañeros, mártires.	5.12	6.45	21 Márt. San Félix y san Maximiano, obispos.	5.43
7.13	28 Sáb. San Julian, obispo y patron de Cuenca, san Valero, obispo de Zaragoza, san Tirso y compañeros, mártires, y la Aparicion de santa Ines, virgen y mártir.	5.14	6.44	22 Miérc. <i>de Ceniza.</i> La Catedral de san Pedro en Antioquia, y san Pascasio, obispo.— <i>Principia el ayuno de cuaresma.</i>	5.44
7.13	29 Dom. San Francisco de Sales, obispo y doctor, fundador de la Orden de la Visitacion de Nuestra Señora.	5.15	6.43	23 Juév. San Pedro Damiano, obispo y doctor, santa Marta, vir- gen y mártir, y santa Margarita de Cortona, penitente.	5.45
7.12	30 Lún. San Lésmes, abad, patron de Burgos, y santa Martina, virgen y mártir.	5.16	6.42	24 Viér. San Matias, apóstol, y san Modesto, obispo y confesor.	5.46
7.11	31 Márt. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Se- ñora de la Merced, y santa Marcela, viuda. ☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 9 h. y 16 m. de la n., en <i>Géminis</i> .	5.17		☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 9 h. y 16 m. de la n., en <i>Géminis</i> .	
			6.41	25 Sáb. San Cesáreo, confesor, y el beato Sebastian de Aparicio.	5.47
			6.39	26 Dom. <i>I de Cuaresma.</i> San Alejandro, obispo.	5.48
			6.37	27 Lún. San Baldomero, confesor.	5.49
			6.36	28 Márt. San Roman, abad, y san Macario, y compañeros, mártires.	5.50

## MARZO.

6.34	1 Miérc. El santo Angel de la Guarda, y san Rosendo, ob.— <i>Témpora.</i>	5.52	6.11	16 Juév. San Julian de Anazarbo, mártir.	6.08
6.33	2 Juév. San Lucio, obispo.	5.53	6.09	17 Viér. San Patricio, obispo y confesor.	6.09
6.31	3 Viér. San Emeterio y san Celedonio, mártires, patronos de Ca- lahorra.— <i>Témpora.</i>	5.54	6.07	18 Sáb. San Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.	6.10
6.30	4 Sáb. San Casimiro, principe de Polonia, y san Lucio, papa y mártir.— <i>Témpora.</i> — <i>Ordenes.</i> ☉ <i>Luna llena</i> , á las 12 h. y 25 m. de la n., en <i>Virgo</i> .	5.55	6.06	19 Dom. <i>IV de Cuaresma.</i> San José, esposo de Nuestra Señora, pa- tron de la Iglesia universal, y el beato Juan de Santo Domingo.— <i>Anima.</i> ☽ <i>Luna nueva</i> , á las 12 h. y 3 m. del dia, en <i>Piscis</i> .	6.11
6.28	5 Dom. <i>II de Cuaresma.</i> San Eusebio, y comps., mrs.— <i>Anima.</i>	5.56	6.04	20 Lún. San Niceto, obispo, y santa Eufemia, mr.—(PRIMAVERA.)	6.12
6.27	6 Lún. San Victor y san Victoriano, mártires.	5.57	6.02	21 Márt. San Benito, abad y fundador.	6.13
6.25	7 Márt. Santo Tomas de Aquino, confesor y doctor, y santa Per- pétua y santa Felicitas, mártires.	5.58	6.01	22 Miérc. San Deogracias y san Bienvenido, obispos.	6.14
6.23	8 Miérc. San Juan de Dios, fundador, san Julian, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.	5.59	5.59	23 Juév. San Victoriano y compañeros, mártires, y el beato José Oriol, presbitero.	6.15
6.22	9 Juév. Santa Francisca, viuda romana, san Paciano, obispo, y santa Catalina de Bolonia.	6.00	5.57	24 Viér. San Agapito, obispo y mártir, y el beato José María To- masi, cardenal.	6.16
6.20	10 Viér. Santos Meliton y 39 compañeros, mártires de Sebaste.	6.01	5.56	25 Sáb. <i>Fiesta.</i> LA ANUNCIACION DE NUESTRA SEÑORA Y ENCAR- NACION DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas el Buen Ladron.	6.17
6.19	11 Sáb. San Eulogio, presbitero, y san Vicente, abad, mrs.— <i>Anima.</i>	6.03			
6.17	12 Dom. <i>III de Cuaresma.</i> San Gregorio Magno, p. y dr.— <i>Anima.</i> ☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 9 h. y 13 m. de la n., en <i>Sagitario</i> .	6.04	5.54	26 Dom. <i>de Pasion.</i> San Braulio, obispo de Zaragoza.— <i>Anima.</i> ☽ <i>Cuarto creciente</i> , á la 1 h. y 18 m. de la t., en <i>Cáncer</i> .	6.18
6.15	13 Lún. San Leandro, arzobispo de Sevilla, san Rodrigo y san Sa- lomon, mártires.	6.05	5.52	27 Lún. San Ruperto, obispo y confesor.	6.19
6.14	14 Márt. Santa Matilde, reina, y la Traslacion de sta. Florentina, vg.	6.06	5.51	28 Márt. San Sixto III, papa, san Cástor y san Doroteo, mrs.— <i>Anima.</i>	6.20
6.12	15 Miérc. San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, san Sisebuto, abad, santa Leocricia, virgen y mártir, y san Longino y compañeros, mártires.	6.07	5.49	29 Miérc. San Eustasio, abad.	6.21
			5.47	30 Juév. San Juan Climaco, abad.	6.22
			5.46	31 Viér. Los Dolores de Nuestra Señora, santa Balbina, virgen, san Amós, profeta, y el beato Amadeo de Saboya.— <i>Anima.</i>	6.23

## ABRIL.

Ortos del Sol.	H. M.	Ocasos del Sol.
	5 44	6.24
	5,43	6.26
5.41	1 Sáb. San Venancio, obispo y mártir.— <i>Ánima</i> .	6.27
	2 Dom. <i>de Ramos</i> . San Francisco de Paula, fundador, y santa María Egipciaca, penitente.	
	3 Lún. <i>Santo</i> . San Pancracio, obispo, san Ulpiano, mártir, san Benito de Palermo, y santa Burgundófora, virgen.	
	☉ <i>Luna llena</i> , á las 5 h. y 32 m. de la t., en <i>Libra</i> .	
5.39	4 Márt. <i>Santo</i> . San Isidoro, arz. de Sevilla, doctor de la Iglesia.	6.28
5.38	5 Miérc. <i>Santo</i> . San Vicente Ferrer, patron de Valencia, santa Emilia, y la beata Juliana, virgen.	6.29
5.36	6 Juév. <i>Santo</i> . San Celestino, papa y mártir.	6.30
5.34	7 Viér. <i>Santo</i> . San Epifanio, obispo, y san Ciriaco, mártires.	6.31
5.33	8 Sáb. <i>Santo</i> . San Dionisio, obispo, y el beato Julian de san Agustín.	6.32
5.31	9 Dom. PASCUA DE RESURRECCION. Santa María Cleofé, y santa Casilda, virgen, princesa de Toledo.— <i>Anima</i> .	6.33
5.30	10 Lún. San Daniel y san Ezequiel, profetas.	6.34
5.28	11 Márt. San Leon Magno, papa y doctor.	6.35
	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 6 h. y 15 m. de la m., en <i>Capricornio</i> .	
5.27	12 Miérc. San Victor, mártir, y san Cenon, obispo.	6.36
5.25	13 Juév. San Hermenegildo, rey de Sevilla, mártir.	6.37
5.23	14 Viér. San Tiburcio, san Valeriano y san Máximo, mártires, y san Pedro Gonzalez Telmo.	6.38
5.22	15 Sáb. Santa Basilia y santa Anastasia, mártires.	6.39
5.20	16 Dom. <i>de Cuasimodo</i> . Santa Engracia y diez y ocho compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio, obispo de Astorga.	6.40
5.19	17 Lún. San Aniceto, papa y mártir, la beata Maria Ana de Jesus, y los santos mártires de Córdoba, Elias, Pablo é Isidoro.	6.41
	☽ <i>Luna nueva</i> , á las 9 h. y 23 m. de la n., en <i>Aries</i> .	
5.18	18 Márt. San Eleuterio, obispo, y san Perfecto, mártires, y el beato Andres Hibernon.	6.42
5.16	19 Miérc. San Vicente de Colibre y san Hermógenes, mártires.	6.43
5.15	20 Juév. Santa Ines de Monte-Policiano, virgen.	6.44
5.13	21 Viér. San Anselmo, obispo y doctor.	6.45
5.12	22 Sáb. San Sotero y san Cayo, papas y mártires.	6.46
5.11	23 Dom. San Jorge, mártir.	6.47
5.09	24 Lún. San Fidel de Singmaringa, mártir, y san Gregorio, obispo.	6.48
5.07	25 Márt. San Márcos, evangelista, y san Aniano, obispo.— <i>Letanías mayores</i> .	6.49
	☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 6 h. y 41 m. de la m., en <i>Leo</i> .	
5.06	26 Miérc. San Cleto y san Marcelino, papas y mártires, la Traslacion de santa Leocadia, y los beatos Domingo y Gregorio, de la Orden de Predicadores.	6.50
5.05	27 Juév. San Anastasio, papa y mártir, santo Toribio de Mogrobojo, arzobispo de Lima, y san Pedro Armengol.	6.51
5.03	28 Viér. San Pablo de la Cruz, san Prudencio, obispo, y san Vidal, mártir.	6.52
5.02	29 Sáb. San Pedro de Verona, mártir.	6.53
5.00	30 Dom. El Patrocinio de san José, santa Catalina de Sena, virgen, y los santos Amador, presbítero, Pedro y Luis, mártires de Córdoba.	6.54

## MAYO.

Ortos del Sol.	H. M.	Ocasos del Sol.
	4.59	6.55
	4.58	6.56
	4.57	6.57
	☉ <i>Luna llena</i> , á las 8 h. y 16 m. de la m., en <i>Escorpio</i> .	
	4.56	6.58
	4.54	6.59
	4.53	7.00
	4.52	7.01
	4.51	7.02
	4.50	7.03
	4.49	7.04
	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 12 h. y 20 m. del día, en <i>Acuario</i> .	
	4.48	7.05
	4.47	7.06
	4.46	7.07
	4.45	7.08
	4.44	7.09
	4.43	7.10
	4.42	7.11
	☽ <i>Luna nueva</i> , á las 7 h. y 18 de la m., en <i>Tauro</i> .	
	4.41	7.12
	4.40	7.13
	4.39	7.14
	4.38	7.15
	4.38	7.16
	4.37	7.17
	4.36	7.17
	☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 12 h. y 26 m. de la n., en <i>Virgo</i> .	
	4.35	7.18
	4.35	7.19
	4.34	7.20
	4.34	7.21
	4.33	7.21
	4.33	7.22
	4.32	7.23
	☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 5 h. y 47 m. de la t., en <i>Libra</i> .	
	4.30	7.34
	4.30	7.34
	4.31	7.34
	4.31	7.34
	4.31	7.34
	4.32	7.34
	4.32	7.34

## JUNIO.

4 32	1 Juév. San Segundo, obispo y mártir, san Íñigo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala, mrs.— <i>Anima</i> .	7.24	4.29	16 Viér. El Santísimo Corazon de Jesus, san Juan Francisco Regis, san Quirico y santa Julita, mártires, y santa Lutgarda, virgen.	7.32
	☉ <i>Luna llena</i> , á las 8 h. y 19 m. de la n., en <i>Sagitario</i> .				
4.31	2 Viér. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mártires, y san Juan de Ortega, presbítero.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .	7.25	4.29	17 Sáb. San Manuel y compañeros, mártires, santa Teresa, reina de Leon, y los santos Anastasio, Félix y Digna, mártires de Córdoba.	7.33
4.31	3 Sáb. San Isaac, mártir, y el beato Juan Grande, confesor.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .— <i>Ordenes</i> .— <i>Anima</i> .	7.25	4.29	18 Dom. El Purísimo Corazon de Maria, san Marco, san Marcelliano, san Ciriaco y santa Paula, mártires.	7.33
4.30	4 Dom. La Santísima Trinidad y san Francisco Caracciolo, fund.	7.26	4.29	19 Lún. Santa Juliana de Falconeri, virgen, san Gervasio, san Protasio y san Lamberto, mártires.	7.33
4.30	5 Lún. San Bonifacio, obispo y mártir.	7.27	4.29	20 Márt. San Silverio, papa y mártir, santa Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Torres, mártir del Japon.	7.33
4.29	6 Márt. San Noberto, arzobispo y fundador.	7.27	4.29	21 Miérc. San Luis Gonzaga, confesor, y san Raimundo, obispo de Barbastro.—(Esrío.)	7.34
4.29	7 Miérc. San Pedro y compañeros, monjes, mártires de Córdoba.	7.28	4.30	22 Juév. San Paulino, obispo, y san Acacio y compañeros, mártires.	7.34
4.29	8 Juév. <i>Fiesta</i> . SANCTISSIMUM CORPUS CHRISTI, san Salustiano, confesor, y san Eutropio, obispo.	7.28	4.30	23 Viér. San Juan, presbítero y mártir.	7.34
	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 4 y 55 m. de la t., en <i>Piscis</i> .				
4.29	9 Viér. San Primo y san Feliciano, mártires.	7.29	4.30	24 Sáb. La Natividad de San Juan Bautista.	7.34
4.29	10 Sáb. Santa Margarita, reina de Escocia, san Crispulo y san Restituto, mártires.	7.29	4.30	25 Dom. San Guillermo, abad, san Eloy, obispo, y santa Orosia, virgen y mártir, patrona de Jaca.	7.34
4.29	11 Dom. San Bernabé, apóstol.	7.30	4.31	26 Lún. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mártires.	7.34
4.29	12 Lún. San Juan de Sahagun, san Onofre, anacoreta, y los santos Basílides, Cirino, Nabor y Nazario, mártires.	7.30	4.31	27 Márt. San Zoilo, mártir, y san Ladislao, rey.	7.34
4.29	13 Már. San Antonio de Pádua, confesor, y san Fandila, presbítero y mártir.	7.31	4.31	28 Miérc. San Leon II, papa, y san Argimiro, mártir.— <i>Ayuno con abstinencia de carne</i> .	7.34
4.29	14 Miérc. San Basilio, obispo y doctor, y san Eliseo, profeta.	7.31	4.32	29 Juév. <i>Fiesta</i> . SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles.	7.34
4.29	15 Juév. San Vito, san Modesto, sta. Crescencia y sta. Benilde, mrs.	7.32	4.32	30 Viér. La Conmemoracion de san Pablo, apóstol, y san Marcial, obispo.	7.34
	☽ <i>Luna nueva</i> , á las 6 h. y 18 m. de la t., en <i>Géminis</i> .				

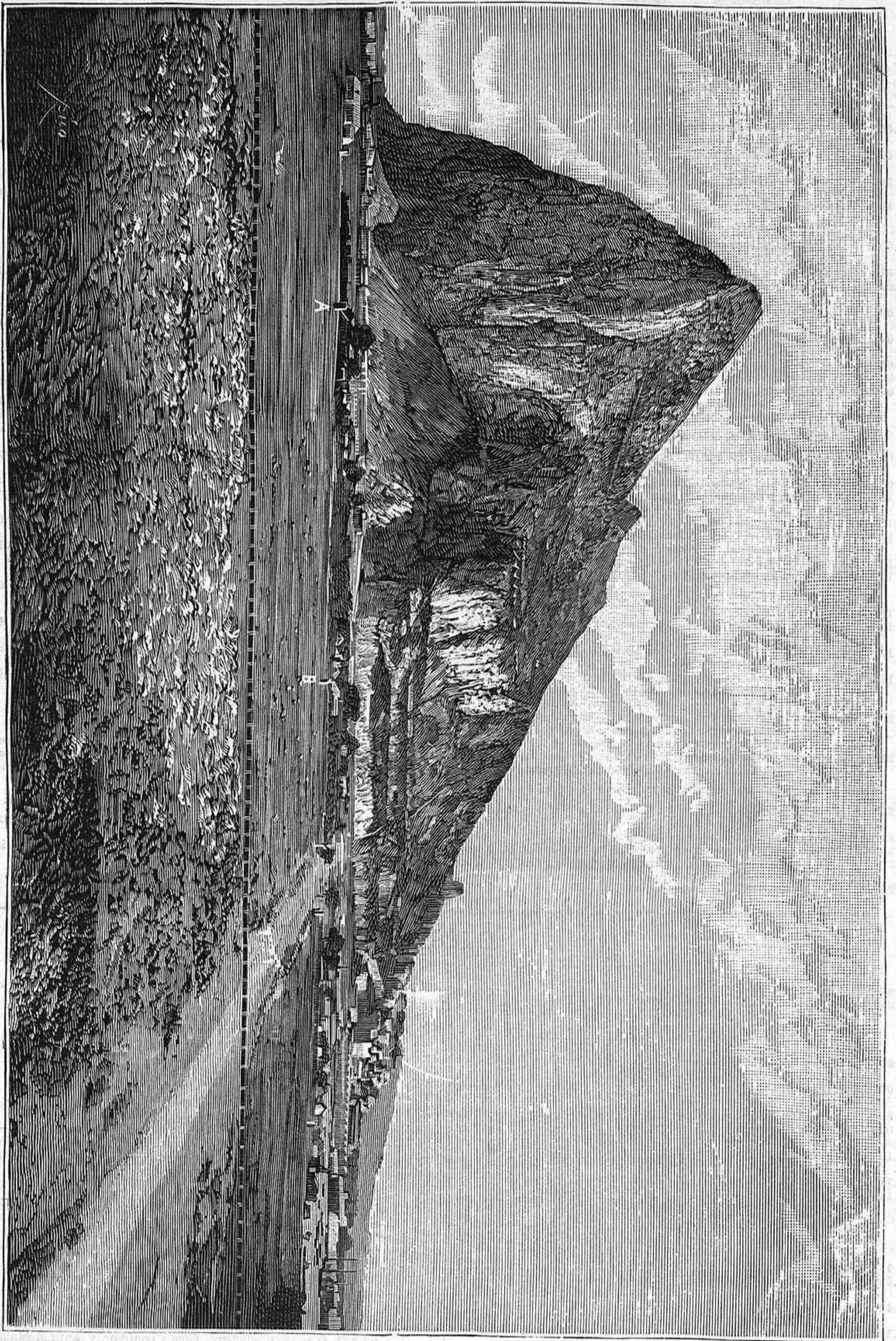
JULIO.		AGOSTO.	
Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.
H. M. 4.33	1 Sáb. San Casto y san Secundino, mártires. ☉ <i>Luna llena</i> , á las 5 h. y 54 m. de la m., en <i>Capricornio</i> .	H. M. 4.57	1 Márt. San Pedro Advíncula, los santos hermanos Macabeos, mártires, y san Félix, africano, mártir.
4.33	2 Dom. La Preciosa Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo, la Visitacion de Ntra. Sra., y los santos Proceso y Martiniano, mrs.	4.57	2 Miérc. Ntra. Sra. de los Angeles, san Alfonso de Ligorio, obispo y dr., san Pedro, ob. de Osma, y la beata Juana de Aza.
4.34	3 Lún. San Trifon y comps., mrs., y el beato Raimundo Lulio, mr.	4.58	3 Juév. La Invenccion del cuerpo de san Estéban, proto-mártir.
4.34	4 Márt. San Laureano, obispo y mártir, y el beato Gaspar Bono.	4.59	4 Viér. Santo Domingo de Guzman, fundador de la Orden de predicadores, confesor.
4.35	5 Miérc. San Cirilo y san Metodio, obispos, y san Miguel de los Santos, confesor.	5.00	5 Sab. La Dedicacion de la Basilica de santa María la Mayor ó de las Nieves, en Roma.
4.35	6 Juév. Santa Lucia, mártir.	5.01	6 Dom. La Transfiguracion del Señor, y los santos niños Justo y Pastor, san Sixto II, papa, san Felicísimo y san Agapito, diáconos, todos mártires.
4.36	7 Viér. San Fermin, obispo y mártir, san Odon, obispo, santa Pulqueria, emperatriz, y el beato Lorenzo de Brindis. ☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 9 h. y 37 m. de la n., en <i>Aries</i> .	5.02	7 Lún. San Cayetano, fundador, san Alberto de Sicilia, san Estéban, abad, y comps., mrs., y san Donato, ob. y mr.
4.37	8 Sáb. Santa Isabel, reina de Portugal.	5.03	8 Márt. San Ciriaco, san Largo y san Esmaragdo, mártires.
4.37	9 Dom. San Cirilo, obispo y mártir.	5.04	9 Miérc. San Roman, mártir.
4.38	10 Lún. Los santos doce Hermanos, mártires, santa Amalia, virgen, santa Rufina y santa Segunda, vgs. y mrs.	5.05	10 Juév. San Lorenzo, diácono, mr., y santa Filomena, vg. y mr.
4.39	11 Márt. San Pio I, papa, san Abundio, mártires, y santa Verónica de Julianis, virgen.	5.06	11 Viér. San Tiburcio y santa Susana, mártires.
4.39	12 Miérc. San Juan Gualberto, abad, san Nabor y san Félix, mártires, y santa Marciana, virgen y mártir.	5.07	12 Sáb. Santa Clara de Asis, virgen y fundadora.
4.40	13 Juév. San Anacleto, papa y mártir.	5.08	13 Dom. San Hipólito, san Casiano, sta. Centola y sta. Elena, mrs. ☉ <i>Luna nueva</i> , á las 8 h. y 55 m. de la n., en <i>Leo</i> .
4.40	14 Viér. San Buenaventura, obispo y doctor.	5.09	14 Lún. San Eusebio, presbítero, y san Pablo, diácono, mártir.— <i>Ayuno con abstinencia de carne</i> .
4.41	15 Sáb. San Camilo de Lélis, fundador, san Enrique, emperador, y los beatos cuarenta mártires del Brasil. ☽ <i>Luna nueva</i> , á las 6 h. y 46 m. de la m., en <i>Cáncer</i> .	5.10	15 Márt. <i>Fiesta. LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA</i> , y san Alipio, ob.
4.42	16 Dom. El Triunfo de la Santa Cruz, Nuestra Señora del Carmen, y san Sisenando, diácono, mártir de Córdoba.	5.11	16 Miérc. San Roque y san Jacinto, confesores, y el beato Juan de santa Marta, mártir del Japon.
4.43	17 Lún. San Alejo, confesor.	5.12	17 Juév. San Pablo y santa Juliana, hermanos, y el beato Francisco de santa María, mártires.
4.44	18 Márt. Santa Sinforsosa y sus siete hijos, san Federico, obispo, y santa Marina, virgen, todos mártires.	5.13	18 Viér. San Agapito, mártir, santa Elena, emperatriz, y santa Clara de Montefalcó, virgen.
4.45	19 Miérc. San Vicente de Paul, fundador, santa Justa, santa Rufina y santa Aurea, virgenes y mártires.	5.14	19 Sáb. San Luis, obispo de Tolosa, san Magin, ermitaño, y el beato Pedro de Zúñiga, mártires.
4.46	20 Juév. San Elias, profeta, san Jerónimo Emiliano, fundador, santa Librada y santa Margarita, virgenes y mártires.	5.15	20 Dom. San Joaquin, padre de Nuestra Señora, y san Bernardo, abad y doctor.
4.47	21 Viér. Santa Práxedes, virgen.	5.16	21 Lún. Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, fundadora, san Fabriciano y san Filiberto, mártires. ☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 12 h. y 40 m. de la n., en <i>Escorpio</i> .
4.47	22 Sáb. Santa María Magdalena, penitente.—(CANICULA.)	5.17	22 Márt. San Timoteo, san Hipólito, obispo, y san Sinforsiano, mrs.
4.48	23 Dom. San Apolinar, obispo y mártir, san Liborio, obispo, y los santos hermanos Bernardo, María y Gracia, mártires. ☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 10 h. y 3 m. de la m., en <i>Escorpio</i> .	5.18	23 Miérc. San Felipe Benicio, confesor, san Cristóbal y san Leovigildo, mártires de Córdoba.
4.49	24 Lún. Sta. Cristina, vg. y mr., y san Francisco Solano, cf.— <i>Ayuno</i> .	5.19	24 Juév. San Bartolomé, apóstol.
4.50	25 Márt. <i>Fiesta. SANTIAGO APÓSTOL</i> , patron de España, y san Cristóbal, mártir.	5.20	25 Viér. San Luis, rey de Francia, san Ginés de Arlés, san Geroncio, ob., y los beatos Pedro Vazquez y Luis Sotelo, mrs.
4.51	26 Miérc. Santa Ana, madre de Nuestra Señora.	5.21	26 Sáb. San Ceferino, papa, y san Victor, presbítero, mártires.
4.52	27 Juév. San Pantaleon, san Cucufate, santa Juliana, santa Semproniana, san Jorge, diácono, san Félix, san Aurelio, santa Natalia y santa Lilibosa, todos mártires.	5.22	27 Dom. San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pias; san Rufo, obispo, y la Transverberacion del corazon de santa Teresa de Jesus.
4.53	28 Viér. Santos Nazario, Celso y Victor, papa, mártires, san Inocencio, papa, y la beata Catalina Tomás, virgen.	5.23	28 Lún. San Agustin, obispo y doctor, y san Hermes, mártir. ☉ <i>Luna llena</i> , á las 9 h. y 4 m. de la n., en <i>Piscis</i> .
4.54	29 Sáb. Santa Marta, virgen, y los santos Félix II, papa, Simplicio, Faustino y Beatriz, mrs., y el beato Luis Beltran, mr.	5.24	29 Márt. La Degollacion de san Juan Bautista, santa Sabina, y los beatos Juan y Pedro, mártires.
4.55	30 Dom. San Abdon, san Senen y san Teodomiro, mártires, y el beato María de Guzman, confesor. ☉ <i>Luna llena</i> , á la 1 h. y 47 m. de la t., en <i>Acuario</i> .	5.25	30 Miérc. Santa Rosa de Lima, vg., san Félix y san Adaucto, mrs.
4.56	31 Lún. San Ignacio de Loyola, fundador de la Comp. <sup>a</sup> de Jesus, cf.	5.26	31 Juév. San Ramon Nonato, cardenal, y santo Domingo de Val, niño, mártir de Zaragoza.
<b>SETIEMBRE.</b>			
5.27	1 Viér. San Vicente y san Leto, mártires de Toledo, los stos. doce Hermanos, mrs., san Gil, abad, y santa Ana, profetisa.	5.41	16 Sáb. San Cornelio, papa, san Cipriano, obispo, santa Eufemia, santa Lucia y san Geminiano, todos mártires.
5.28	2 Sáb. San Estéban, rey de Hungria, y san Antolin, mártir.	5.42	17 Dom. Los Dolores gloriosos de Nuestra Señora, la Impresion de las llagas de san Francisco de Asis, san Pedro Arbúes, mártir, y santa Columba, virgen y mártir.
5.28	3 Dom. Nuestra Señora de la Consolacion y Correa, san Sandalio, mártir, san Ladislao, rey, y los beatos Francisco de Jesus y Gabriel de la Magdalena, mártires del Japon.	5.43	18 Lún. Sto. Tomás de Villanueva, arz., y san José de Cupertino, cf.
5.29	4 Lún. Lasstas. Cándida, Rosa de Viterbo y Rosalia de Palermo, vgs. ☾ <i>Cuarto menguante</i> , á la 1 h. y 12 m. de la t., en <i>Géminis</i> .	5.44	19 Márt. San Genaro, obispo, y compañeros, mártires.
5.30	5 Márt. San Lorenzo Justiniano, obispo, la Conmemoracion de san Julian, ob. de Cuenca, y santa Obdulia, vg. y mr.	5.45	20 Miérc. San Eustaquio y compañeros, mártires, san Rogelio y san Siervo de Dios, mártires de Córdoba, y el beato Francisco de Posadas.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .
5.31	6 Miérc. San Eugenio y compañeros, mártires.		☽ <i>Cuarto creciente</i> , á la 1 h. y 13 m. de la t., en <i>Sagitario</i> .
5.32	7 Juév. Santa Regina, virgen y mártir.	5.46	21 Juév. San Mateo, apóstol y evangelista.
5.33	8 Viér. <i>Fiesta. LA NATIVIDAD DE NTRA. SRA.</i> , y san Adrian, mr.	5.47	22 Viérn. San Mauricio y compañeros, mártires, y santa Pomposa, virgen, y mártir de Córdoba.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .
5.34	9 Sáb. Santa María de la Cabeza, san Gorgorio, mártir, y el beato Pedro Claver, confesor.	5.48	23 Sáb. San Lino, papa, santa Tecla, virgen, santa Xantipa y santa Polixena, todos mrs.— <i>Témpora</i> .— <i>Ordenes</i> .— <i>Ayuno</i> .
5.35	10 Dom. El Santísimo Nombre de María, san Nicolas de Tolentino, san Pedro, obispo de Compostela, y el beato Francisco de Morales y compañeros, mártires del Japon.	5.49	24 Dom. Ntra. Sra. de las Mercedes, y el beato Dalmacio Moner, cf.
5.36	11 Lún. San Proto y san Jacinto, hermanos, mártires.	5.50	25 Lún. San Lope, obispo, san Formerio, mártir, y el santo niño Cristóbal, mártir de la Guardia.
5.37	12 Márt. San Leoncio y compañeros, san Vicente, abad, y los beatos Tomas Zumárraga y Apolinar Franco, todos mártires. ☉ <i>Luna nueva</i> , á las 12 h. y 44 m. del dia, en <i>Virgo</i> .	5.51	26 Márt. San Cipriano y santa Justina, mrs., y san Garcia, abad.
5.38	13 Miérc. San Felipe, mártir.	5.52	27 Miérc. San Cosme y san Damian, hermanos, mártires. ☉ <i>Luna llena</i> , á las 4 h. y 55 m. de la m., en <i>Aries</i> .
5.39	14 Juév. La Exaltacion de la santa Cruz.	5.53	28 Juév. San Wenceslao, rey, san Adolfo y san Juan, mártires, santa Eustaquia, virgen, y el beato Simon de Rojas, confesor.
5.40	15 Viér. San Nicomedes, presbítero y mártir, san Emila y san Jeremias, mártires de Córdoba.	5.54	29 Viérn. La Dedicacion de san Miguel, arcángel.
		5.55	30 Sáb. San Jerónimo, presbítero y doctor, y santa Sofia, viuda.



OCTUBRE.		NOVIEMBRE.	
Otros del Sol.	Ocasos del Sol.	Otros del Sol.	Ocasos del Sol.
H. M. 5.56	1 Dom. Nuestra Señora del Rosario, el santo Ángel Custodio, tutelar de España, y san Remigio, obispo.	H. M. 5.43	1 Miérc. <i>Fiesta</i> . LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.
5.57	2 Lún. San Olegario, obispo y mártir, y san Saturio, ermitaño, patron de Soria.	6.29	2 Juév. La Conmemoracion de los Fieles Difuntos, y santa Eustoquia, virgen y mártir.
5.58	3 Márt. San Cándido, mártir, san Gerardo, abad, y el beato Juan Macias.	6.31	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 6 h. y 43 m. de la n., en <i>Leo</i> .
5.59	4 Miérc. San Francisco de Asis, fundr. de la Orden de los Menores.	6.32	3 Viér. Los Innumerables mártires de Zaragoza, y san Ermen- gol, obispo.
6.00	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 2 h. y 3 m. de la madrugada, en <i>Cáncer</i> .	6.33	4 Sáb. San Carlos Borromeo, arzobispo, san Vidal y san Agri- colao, mártires.
6.01	5 Juév. San Plácido y compañeros, mártires, san Froilan y san Atilano, obispos.	6.34	5 Dom. San Zacarias, profeta, y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.
6.02	6 Viér. San Bruno, fundador de la Orden de la Cartuja.	6.35	6 Lún. San Severo, obispo y mártir, y san Leonardo, confesor.
6.03	7 Sáb. San Marcos, papa, san Sergio y compañeros, mártires, y san Martin Cid, abad.	6.36	7 Márt. San Florencio, obispo, y san Ernesto, abad.
6.04	8 Dom. Santa Brigida, viuda y fundadora, y san Pedro, mártir de Sevilla.	6.38	8 Miérc. Los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, her- manos, mártires.
6.05	9 Lún. San Dionisio Areopagita, obispo, san Rústico y san Eleu- terio, mártires.	6.39	9 Juév. La Dedicacion de la Basílica del Salvador (San Juan de Letran), en Roma, y san Teodoro, mártir.
6.06	10 Márt. San Francisco de Borja y san Luis Beltran, confesores.	6.40	10 Viér. San Andres Avelino, y los santos mártires Trifon, Respi- cio, y Ninfa, virgen.
6.07	11 Miérc. San Fermin, obispo, y san Nicasio, obispo y mártir.	6.41	☽ <i>Luna nueva</i> , á las 11 h. y 5 m. de la n., en <i>Escorpio</i> .
6.07	12 Juév. Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Félix y san Cipriano, obispos y mártires, y san Serafin de Monte- granario, confesor.	6.42	11 Sáb. San Martin, obispo de Tours, y san Mena, mártir.
6.08	☽ <i>Luna nueva</i> , á las 5 h. y 47 m. de la m., en <i>Libra</i> .	6.43	12 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, san Martin, papa y már- tir, san Diego de Alcalá, confesor, y san Millan, pres- bitero.
6.09	13 Viér. San Eduardo, rey de Inglaterra, san Fausto, san Genaro y san Marcial, mártires.	6.45	13 Lún. San Eugenio III, arzobispo de Toledo, san Estanislao de Koska, y san Homobono, confesor.
6.10	14 Sáb. San Calixto, papa y mártir.	6.46	14 Márt. San Serapio, mártir, san Lorenzo y san Rufo, obispos.
6.12	15 Dom. Santa Teresa de Jesus, virgen y fundadora, compatrona de las Españas.	6.47	15 Miérc. San Eugenio I, arzobispo de Toledo, mártir, y san Leo- poldo, confesor.
6.13	16 Lún. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.	6.48	16 Juév. San Rufino y compañeros, mártires, y santa Ines de Asis, virgen.
6.13	17 Márt. Santa Eduvigis, viuda, y la beata Margarita Maria de Alacoque, virgen.	6.48	17 Viér. San Gregorio Taumaturgo, obispo, san Acisclo y santa Victoria, mártires, y santa Gertrúdis la Mag- na, virgen.
6.14	18 Miérc. San Lucas, evangelista.	5.49	18 Sáb. La Dedicacion de las Basílicas de san Pedro y san Pablo, en Roma, san Máximo y san Roman.
6.14	19 Juév. San Pedro de Alcántara, cf., patron de la diócesis de Coria.	6.50	☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 8 h. y 27 m. de la m., en <i>Acuario</i> .
6.15	☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 11 h. y 40 m. de la n., en <i>Capricornio</i> .	6.52	19 Dom. Santa Isabel, hija del rey de Hungría, y san Poncia- no, papa y mártir.
6.16	20 Viér. San Juan Cancio, presbitero, y santa Irene, vg. y mr.	6.53	20 Lún. San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santísi- ma Trinidad.
6.17	21 Sáb. San Hilarión, abad, santa Ursula y compañeras, vírgenes y mártires.	6.54	21 Márt. La Presentacion de Nuestra Señora, san Rufo y san Es- téban, mártires.
6.18	22 Dom. Santa Salomé, viuda, santa Nunilo y santa Alodia, vir- genes y mártires.	6.55	22 Miérc. Santa Cecilia, virgen y mártir.
6.19	23 Lún. San Pedro Pascual, obispo y mártir, san Juan Capistra- no, san Servando y san German, patronos de Cádiz.	6.56	23 Juév. San Clemente, papa, y santa Felicitas, mártires.
6.20	24 Márt. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvo, obispo.	6.57	24 Viér. San Juan de la Cruz, san Crisógono, mártir, santa Flora y santa Maria, vírgenes y mártires de Córdoba.
6.20	25 Miérc. San Crisanto y santa Daria, san Gabino, san Proto, san Genaro, san Crispin y san Crispiniano, mártires, y san Frutos, confesor, patron de Segovia.	6.57	25 Sáb. Santa Catalina, virgen y mártir.
6.21	26 Juév. San Evaristo, papa y mártir, san Luciano, san Marciano, san Valentin y santa Engracia, mártires.	6.58	☽ <i>Luna llena</i> , á la 1 h. y 48 m. de la madrugada, en <i>Géminis</i> .
6.23	☽ <i>Luna llena</i> , á las 2 h. y 19 m. de la t., en <i>Tauro</i> .	6.59	26 Dom. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejan- drino, obispo y mártir.
6.24	27 Viér. Santos Vicente, Sabina y Cristeta, mártires, patronos de las ciudades de Avila y Talavera de la Reina.	7.01	27 Lún. San Facundo y san Primitivo, hermanos, mártires.
6.25	28 Sáb. San Simon y san Judas Tadeo, apóstoles.	7.02	28 Márt. San Gregorio III, papa.
6.27	29 Dom. San Narciso, obispo, y san Marcelo Centurion, mártires.	7.03	29 Miérc. San Saturnino, obispo y mártir.
6.27	30 Lún. Santos Claudio, Luperco y Victorico, mártires, y el beato Alonso Rodriguez.	7.03	30 Juév. San Andres, apóstol.
6.28	31 Márt. San Quintin, mártir.— <i>Ayuno</i> .		

## DICIEMBRE.

7.04	1 Viér. Santa Natalia, viuda.	4.35	7.16	15 Viér. San Eusebio de Verceli, obispo y mártir.— <i>Ayuno</i> .	4.35
7.05	2 Sáb. Santa Bibiana, virgen y mártir, san Pedro Crisólogo, obis- po y doctor, y santa Elisa, virgen y mártir.	4.34	7.17	16 Sáb. San Valentin y compañeros, mártires.	4.35
7.06	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 2 h. y 42 m. de la t., en <i>Virgo</i> .	4.34	7.17	17 Dom. <i>III de Adviento</i> . San Lázaro, obispo y mártir, y san Fran- co de Sena, confesor.	4.35
7.07	3 Dom. <i>I de Adviento</i> . San Francisco Javier, confesor, san Claudio y santa Hilaria, mártires.	4.34	7.18	☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 4 h. y 25 m. de la t., en <i>Piscis</i> .	4.36
7.08	4 Lún. Santa Bárbara, virgen y mártir, y el beato Francisco Gal- vez, mártir del Japon.	4.34	7.19	18 Lún. Nuestra Señora de la O.	4.36
7.08	5 Márt. San Sabas, abad, y san Anastasio, mártir.	4.34	7.19	19 Márt. San Nemesio, mártir.	4.37
7.08	6 Miérc. San Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.	4.34	7.20	20 Miérc. Santo Domingo de Silos, abad.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .	4.37
7.09	7 Juév. San Ambrosio, obispo y doctor.— <i>Ayuno</i> .	4.34	7.20	21 Juév. Santo Tomás, apóstol.	4.38
7.10	8 Viér. <i>Fiesta</i> . LA INMACULADA CONCEPCION DE NUESTRA SE- ÑORA, patrona de las Españas.	4.34	7.21	22 Viér. San Demetrio y compañeros, mrs.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .	4.38
7.11	9 Sáb. Santa Leocadia, vg. y mr., patrona de Toledo.— <i>Ayuno</i> .	4.34	7.21	23 Sáb. Santa Victoria, virgen y mártir, y el beato Nicolas Fac- tor, confesor.— <i>Témpora</i> .— <i>Ordenes</i> .— <i>Ayuno con abs- tinencia de carne</i> .	4.39
7.12	10 Dom. <i>II de Adviento</i> . La Traslacion de la santa Casa de Loreto, san Melquiades, papa y mártir, santa Eulalia de Mé- rida y santa Julia, vírgenes y mártires.	4.34	7.21	24 Dom. San Gregorio, presbitero y mártir.	4.39
7.13	☽ <i>Luna nueva</i> , á las 3 h. y 23 m. de la t., en <i>Sagitario</i> .	4.34	7.22	☽ <i>Luna llena</i> , á las 3 h. y 26 m. de la t., en <i>Cáncer</i> .	4.39
7.14	11 Lún. San Dámaso, papa.	4.34	7.22	25 Lún. <i>Fiesta</i> . LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia y 270 compañeros, mártires.	4.40
7.14	12 Márt. Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, san Hermóge- nes, san Donato y 22 compañeros, mártires.	4.34	7.23	26 Márt. San Estéban, proto-mártir.	4.41
7.14	13 Miérc. Santa Lucia, virgen y mártir, y el beato Juan de Ma- rinonio, confesor.	4.34	7.23	27 Miérc. San Juan, apóstol y evangelista.	4.41
7.15	14 Juév. San Nicasio, obispo y mártir, san Espiridion y san Pom- peyo, obispos.	4.35	7.23	28 Juév. Los santos Inocentes, mártires.	4.42
			7.23	29 Viér. Santo Tomas Cantuariense, obispo y mártir.	4.43
			7.23	30 Sáb. La Traslacion del cuerpo de Santiago, apóstol, patron de España, y san Sabino, obispo, y compañeros, mártires.	4.44
			7.23	31 Dom. San Silvestre, papa y confesor, y santa Melania.	4.44



LA CUESTION DE LÍMITES DE GIBRALTAR.  
VISTA DE LA PLAZA, TOMADA DESDE LA LÍNEA DE LA CONCEPCION, CON INDICACION DE LA ZONA QUE ES OBJETO DE REGLAMACIONES.

# LOS HIJOS VENGADORES,

## EN LA LITERATURA DRAMATICA.

### ESTUDIO DE CRÍTICA É HISTORIA LITERARIA.

#### SUMARIO.

- I.  
Las pasiones toman distinto carácter, según la raza, el temperamento y la civilización.
- II.  
*Orétes.*
- III.  
*El Cid.*
- IV.  
*Hamlet.*  
Su verdadero carácter literario.
- V.  
Monumentos del mito de *Hamlet*, anteriores al drama de Shakspeare.
- VI.  
Leyenda primitiva de *Hamlet*, traducida de la *Historia* latina de *Saxo-Grammaticus*.
- VII.  
¿Es *Hamlet* personaje histórico ó creación mítica de la fantasía popular?—Recuerdos de Dinamarca.—Castillo de Kronborg.—Sepulcro apócrifo de *Hamlet*.—*Saxo-Grammaticus*.—Molbech.
- VIII.  
Moratin, traductor de *Hamlet*.—Injusticia y error de la crítica pseudo-clásica con respecto á Shakspeare.

## LOS HIJOS VENGADORES.

### ORÉTES.—EL CID.—HAMLET.

#### FUENTES DE ESTOS TRES MITOS.

##### I.

LAS PASIONES TOMAN DISTINTO CARÁCTER, SEGUN LA RAZA, EL TEMPERAMENTO Y LA CIVILIZACION.

**N**o ofrece la Historia, y especialmente la historia literaria, estudio alguno más interesante que el de las transformaciones y diferencias esenciales que se advierten en las ideas y en los sentimientos humanos según los tiempos, las razas, las religiones y las costumbres. Sin llegar á las atrocidades gigantescas de enterrar vivas á las viudas y quemar á los esclavos como honra funeral de magnates bárbaros, ni á la económica costumbre de matar á los viejos, á los impedidos y á los hijos *sobrantes*, seres molestos y onerosos de la familia, y otros horrores á que llega el hombre cuando la civilización no modera sus salvajes instintos, se hallan

también grandes monstruosidades morales en ilustres pueblos, que fueron lumbreras de cultura en remotas edades. La obligación que imponía la ley mosaica de sustituir, como esposo, un hermano á otro hermano cuando habían sido infecundos los matrimonios (el *levirato*); los *ilotas* de Lacedemonia y los *parias* de la India; el casamiento entre hermanos, ley sagrada de la sábia Egipto; cosas son que causan espanto y grima al corazón cristiano.

Pero, sin ahondar tanto en los desvarios y miserables aberraciones del espíritu humano, puede afirmarse que apenas hay un sentimiento, aún de aquellos que son universal é inalterable patrimonio de la humanidad, que no adquiera, según las influencias psicológicas y fisiológicas de cada pueblo, de cada época y á veces de cada individuo, tan peculiares formas y tan profundas divergencias, que cuesta trabajo reconocer un origen común en el impulso íntimo de pensamientos y pasiones que en sus manifestaciones externas toman rumbos tan distintos y producen resultados tan diferentes.

Las letras, que suelen ser luminoso espejo de la índole moral, etnográfica, religiosa y política de las naciones, demuestran á cada paso la exactitud de las precedentes observaciones. Las obras del ingenio que la posteridad no condena al olvido, llevan siempre consigo el sello inmortal de los impulsos morales que mueven la sociedad humana; esto es, las creencias, los afectos, las preocupaciones, los ambiciosos vuelos, las engañosas ilusiones, fuentes todas de donde nacen las acciones, gloriosas ó perversas, de los hombres.

El honor caballeresco, el fanatismo religioso ó político son pasiones artificiales que se crean y manifiestan, con muy diverso modo y carácter, al impulso de las costumbres, de los cultos, de las instituciones y de las leyes. Estos y otros ardorosos movimientos del alma pueden ser peculiares á épocas y á razas determinadas.

El embeleso del amor, los arrebatos del odio, los afanes de la ambición, los anhelos de la gloria, las angustias de la codicia, el infernal tormento de la envidia, el ansia punzadora de la venganza, son sentimientos y pasiones comunes á la familia humana. Y, sin embargo de su generalidad y persistencia, toman caminos y formas diferentes, según las circunstancias idiosincráticas de la raza y del individuo, y según el estado social de civilización ó de barbarie. La educación, el clima, la posición social influyen también no poco en la forma de expresión de las pasiones eternas del hombre. Una dama aristocrática de Berlín ó de Londres no da rienda á la desesperación ó á la ira con desaforados gri-

tos y descompuestos ademanes, como la placera de la Halle de París ó la manola de Lavapiés de Madrid. El septentrional, por lo comun flemático y reflexivo, espera ocasion para la venganza; el meridional, irreflexivo é irascible, se ciega y acomete. En todos es igualmente intensa y viva la dolorosa energía de las pasiones; pero la máscara que toman, al enseñorearse del alma, tiene innumerables matices.

Esto explica cómo la venganza, por ejemplo, que es una de las pasiones más adecuadas á las obras de imaginacion, y que ha dado pábulo tantas veces á la novela y al drama, se ha pintado siempre con tan diferentes formas y colores; lo cual se ve con perfecta claridad, si se pára la atencion en la venganza provocada por causas de una misma índole, y se comparan las obras literarias en que han sido desarrollados sus impulsos y sus estragos.

No hay asunto dramático más grave y más conmovedor que la venganza ejercida por los hijos en desagravio de los padres. Innumerables son los dramas por él inspirados. Pero basta comparar los tres más ilustres que ofrece la literatura de todas las edades, para convencerse de los diversos impulsos y efectos que producen las pasiones en razas y en civilizaciones distintas.

*Oréste*, *El Cid*, *Hamlet*. Tres instrumentos típicos de filial venganza, creados por las letras espontáneas y vigorosas de Grecia, de España y de Inglaterra. Pero ¡qué personajes tan diversos! Los móviles que provocan estas tres venganzas, y los medios empleados para consumarlas, dan á cada una de ellas un sello privativo y profundo. Los tres vengadores son tres caracteres en que se reflejan respectivamente otras tantas razas y civilizaciones.

## II.

### ORÉSTES.

El mito literario del *Oréste* de la Grecia antigua ha sido determinado y fijado con el sello de la inmortalidad por el genio sublime de Esquilo. Pero ya mucho ántes existia en la poesía helénica. Un vate insigne de Himera, *Estesícore*, compuso un poema, *LA ORESTIA*, cuyo título pasó á ser el de la famosa trilogia de Esquilo. Desgraciadamente no ha llegado á nosotros esta importante obra. Consta su existencia por testimonios históricos de la antigüedad. En un fragmento que los ilustres criticos alemanes Geel y Bergk, con no escaso fundamento, atribuyen al mismo poema, asoma claramente la influencia religiosa de la fatalidad, base primordial de las concepciones dramáticas de Esquilo. Contenia tambien un sueño de Clitemnestra, que tal vez inspiró al poeta trágico la terrible vision de la serpiente que refiere á Oréste el coro en *Las Coéforas*, y que decide al parricida á cometer el horrendo atentado.

Puede creerse fácilmente que las pasiones y los caracteres de la trilogia *La Orestia* pertenecen exclusivamente á Esquilo. El vigoroso y fácil pincel con que traza los personajes de Clitemnestra, de Egisto y de Electra, y la sábia unidad de las tres partes inseparables de esta admirable trama, denotan un ingenio original y poderoso. Pero ¿quién sabe si en el alto sentido moral de la obra fué Esquilo inspirado por *La Orestia* de Estesícore?

Para excitar á la venganza á Oréste, dice el coro en *Las Coéforas*:

« Permita Júpiter que triunfe la *ley de equidad*. ¡Agravio por agravio.... muerte por muerte! *Mal por mal* es sentencia de los antiguos tiempos.»

Esta horrible ley de venganza, *ley de equidad* en la dura moral pagana, ley de iniquidad en la moral generosa de los cristianos, se dulcifica y se trasforma en *Las Euménides*, última parte de la trilogia. Allí la decantada ley del *talion*, de la antigüedad se convierte en la santa ley de la rehabilitacion moral del delincuente, por medio del escarmiento, de la pena, de la plegaria y del arrepentimiento.

Digno en verdad era Estesícore de sostener y propagar, como apóstol de verdades morales, el gran principio de la *expiacion*. Era uno de aquellos poetas que daban á la poesía lírica una grandeza y una amplitud que la hacía frisar con la epopeya y la tragedia. Así lo afirman ilustres criticos de la antigüedad. Longino le llama *muy homérico* (1). La *Antología* lo convierte en un segundo Homero (2). Quintiliano dice de él « que sostuvo con la lira el peso de la epopeya » (3).

Aquel grandioso lirismo que, con sus formas múltiples y flexibles, lo abarcaba todo, tradiciones teogónicas, leyendas religiosas y heroicas, costumbres públicas y privadas, glorias recientes de la patria, cuanto constituye la vida real é ideal de las naciones, era la fuente natural del drama griego. No parece dudoso hoy dia que en Grecia la tragedia nació del *ditirambo*, himno á Baco, entusiástico por excelencia, y especialmente de los *coros trágicos* de Sicione, que menciona Herodoto (4), narraciones patéticas en forma de himnos ditirámicos, especie de *trenos*, que constituyó lo que se llamó entónces *τραγικὸς τρόπος* (modo trágico). La tragedia griega fué en un principio puramente lírica (5), y por trasmision natural llegó á ser la tragedia dramática, que constituye una de las más brillantes glorias de la civilizacion literaria de Aténas.

Estesícore, segun la expresion de un escritor de nuestros dias, era « el más épico de los grandes líricos. » Se han conservado muy pocos versos de este famoso siciliano; pero en cambio conocemos muchos de los asuntos épicos de sus poemas. Horacio y Plinio el Mayor en él admiraban la sublimidad y el alto sentido. Afirman que el esplendor, la pasion, el raudal de la elocuencia poética, hacian recordar en sus obras á las de Píndaro (6). ¿Cómo no habia Estesícore de ostentar tan nobles prendas en el grandioso asunto de su *Orestia*? Este poema no podia menos de contener magníficos cuadros de las tremendas luchas y trágicos conflictos de la sanguinaria familia de los Atridas. Atendida la grande autoridad de Estesícore, bien puede conjeturarse que Esquilo no desdeñaria inspirarse en aquella celebrada obra. ¡Grave é irreparable pérdida! Si hubiesen llegado á nosotros, así *La Orestia* como los cantos patéticos de Estesícore en

(1) *De Subl.*, XIII, 3.

(2) ANTIPATER. *Anth. Pal.* VII, 75.

(3) INST. OR., X, 1, 62.

(4) HERODOTO, I, 23.

(5) Explican este punto con suma erudicion y lucidez los criticos alemanes Boeckh y G. M. Schmidt. Este último trata más especialmente la cuestion del ditirambo.

(6) HOR., *Odas*, IV, 98. — PLIN., *Hist. nat.*, II, 9.

las fiestas heroicas de la Grecia Magna, tal vez hallariamos en ellos clarísima luz para juzgar de los orígenes del teatro griego, y se nos harían más visibles los vínculos que, en aquellos tiempos de creación poderosa, enlazaban con la tragedia naciente la alta lírica y la epopeya.

Muchas obras anteriores y posteriores al *Hamlet* de Shakspeare tienen manifiesta conexión con los elementos principales que constituyen este famoso drama; mas en pocas se advierten tan profundas analogías como en *La Orestia* de Esquilo, que el trágico inglés no conocía. Oréste no titubea, como Hamlet, cuando llega el momento de obrar; pero antes razona consigo mismo, consulta á las *Coéforas* (1), que, con Electra, le excitan á la venganza de su padre; sufre las angustias de quien se halla subyugado por un deber supremo que le impone imperiosamente la religión y que la naturaleza condena, y emplea el disimulo y la astucia para lograr su objeto á la vez piadoso é impío.

La horrenda idea de poner á un hijo vengador enfrente de una madre culpada es fundamental en ambos dramas. *Oréste* y *Hamlet* desprecian cada cual á su madre con igual intensidad y energía. La diferencia consiste en que Oréste, con mayor entereza y alucinado por las visiones y los oráculos, mata bárbaramente á su madre, mientras que Hamlet, débil, escéptico é irresoluto, se contenta con insultar á la suya ó emplear con ella su lenguaje habitual, mezcla de ironía, de ira y de ternura.

Esquilo hace salir en *Las Euménides* el espectro de Clitemnestra, y el de Darío en *Los Persas*, como Shakspeare hace que aparezca á Hamlet el Rey su padre, y Julio César á Bruto, para dar mayor vigor á los sentimientos, con el terrorífico influjo de la aparición de los muertos, siempre poderoso en la imaginación popular. No presenta Esquilo á los ojos de Oréste la sombra irritada de su padre; pero hace que el oráculo de Apolo estremezca su corazón, amenazándole con ella, si no da á los asesinos de Agamenon la misma muerte que ellos dieron á este monarca desventurado.

«El Dios (dice Oréste en *Las Coéforas*) me habló también de otras Furias que suscitara contra mí la sangre paterna, y del espectro de un padre que haría relucir en las tinieblas sus pupilas.»

La índole hipócrita de Egisto coincide con la del Rey usurpador Claudio. Cuando le anuncian la llegada de un forastero que trae la triste nueva del fallecimiento de Oréste, dice así:

«¡Oréste muerto!..... Nuevo manantial para nosotros de penas é inquietudes, cuando un homicidio, aún reciente, lastima y despedaza el alma!» (2).

Casi del mismo modo aparenta Claudio sincera aflicción por la muerte del Rey que asesinó con fratricida mano:

«Tan reciente está todavía la muerte de nuestro amado hermano, que sería bien que nuestros corazones permaneciesen abismados en la tristeza» (3).

El Horatio de *Hamlet*, amigo incomparable, se asemeja al Pilades de *La Orestia*.

Coincidencias singulares, pues todo induce á conjeturar

que Shakspeare no conocía la admirable trilogía. Unas han podido nacer de la afinidad de los asuntos respectivos: otras, de los naturales encuentros que á veces tienen los entendimientos privilegiados.

Pocos pasajes pueden dar más cabal idea del espíritu fatalista, del vigor, de la lisura y de la concentración del número trágico de Esquilo, que la horriblemente bella escena de *Las Coéforas*, en que Oréste mata á su madre. Es breve y rápida, y la reproducimos aquí, á pesar de nuestra creencia de que los poetas griegos son intraducibles en las lenguas modernas.

Oréste, después de haber dado muerte á Egisto, se presenta á su madre con la espada desnuda, y le dice:

ORÉSTES.

También á tí te busco. Él tiene ya su merecido.

CLITEMNESTRA.

¡Ay! ¡Has muerto, Egisto de mi alma!

ORÉSTES.

Amas á ese hombre. Pues bien, descansarás en su mismo sepulcro: guárdale fidelidad hasta en la muerte.

CLITEMNESTRA.

Detente, hijo amado. Respeta este seno en que has dormido tantas veces, y donde tus labios mamaron la leche que te alimentó en la infancia.

ORÉSTES. (*Conteniéndose.*)

Pilades, ¿qué debo hacer? ¿He de atentar á la vida de mi madre?

PÍLADES.

¿Y los oráculos de Loxias (Apolo)? ¿Y la fe de tus juramentos? Granjéate la enemistad de todos los hombres, pero nunca la de los dioses.

ORÉSTES.

Tienes razón, tus consejos son acertados. (*Á Clitemnestra.*) Sígueme: te he de inmolar junto á ese hombre. Cuando vivía, lo has preferido á mi padre. Muere para dormir todavía á su lado, pues que eras amante de ese hombre y enemiga de aquel á quien debías amar.

CLITEMNESTRA.

¡Te he dado vida en tu niñez: déjame envejecer!

ORÉSTES.

¡Tú, asesina de mi padre, vivir junto á mí!

CLITEMNESTRA.

Fué el destino, hijo mio, quien cometió el delito.

ORÉSTES.

El destino va á darte ahora la muerte.

CLITEMNESTRA.

¿No te espanta, hijo mio, la maldición de una madre?

(1) Mujeres encargadas de hacer las libaciones en los sepulcros.

(2) *Orestia*.

(3) *Hamlet*, acto 1.º

ORÉSTES.

¡Madre tú, que me has condenado al infortunio!

CLITEMNESTRA.

¿No te he confiado á leales guardadores?

ORÉSTES.

Siendo yo hijo de un hombre libre, de dos maneras me has vendido.

CLITEMNESTRA.

¿Y cuál es el precio que he recibido?

ORÉSTES.

La vergüenza me impide llamarlo por su nombre.

CLITEMNESTRA.

Dilo; pero declara al mismo tiempo las culpas de tu padre.

ORÉSTES.

Mujer ociosa en el hogar, no acuses al que sufría tantas penalidades.

CLITEMNESTRA.

Triste es para una mujer la vida léjos de su esposo.

ORÉSTES.

Las fatigas del esposo sustentan á la mujer ociosa en el hogar.

CLITEMNESTRA.

¿Intentas, hijo mió, inmolar á tu madre?

ORÉSTES.

No soy yo quien te arranca la vida; eres tú misma.

CLITEMNESTRA.

Repara que hay perros irritados (las Furias) que vengan á las madres.

ORÉSTES.

¿Y cómo evitaria los que vengan á los padres, si dejase impune el asesinato del mio?

CLITEMNESTRA.

¡No hay remedio! El sepulcro me espera, y son en balde las lágrimas con que imploro la vida.

ORÉSTES.

El destino de mi padre ha fallado sobre tu suerte.

CLITEMNESTRA.

¡Ay de mí! ¡Hé aquí la serpiente que yo he alimentado! Fué profético el terror que me inspiró aquel sueño.

ORÉSTES.

Has cometido un parricidio: un parricidio será tu castigo.

(Saca á Clitemnestra con violencia fuera de la escena.)

En la insolencia con que habla á su madre se asemeja no poco el *Oréstes* de Esquilo al *Hamlet* de Shakspeare; pero no ciertamente en la resolucion implacable con que procede

á la inmolation de su madre. No es impetuoso y gallardo como el *Cid*, sino inexorable como el destino que representa. Sin embargo, por más que los críticos se empeñen en sostener que este Oréstes es ciego instrumento de la fatalidad, la verdad es que los móviles que inducen á Oréstes son en gran parte humanos. Ciertamente que el mismo Esquilo hace exclamar al coro de *Las Euménides*: «Potente Apolo, no eres cómplice del crimen; eres su único autor»; cierto tambien que la inspiracion que resplandece en la *Orestia* es profundamente religiosa, y que ella da á esta sublime obra carácter hierático solemne; pero ¿quién podría negar que al lado de este espíritu, y con él mezclado y confundido, aparece muy á las claras el sentimiento humano? Si despojado Oréstes de la sensibilidad y de la responsabilidad moral inherentes á la raza humana, quedase convertido en un mero ejecutor de preceptos divinos, en una especie de verdugo impasible é irresponsable de los dioses, sería una figura irrevocablemente odiosa, que no causaría á los espectadores terror ni compasion, sino únicamente repugnancia. Si estrictamente fuese instrumento de ajena venganza, ¿qué significacion tendrían las *Furias*, esto es, los remordimientos que devoran su alma?

En la misma escena que hemos reproducido, donde tan visible se manifiesta el espíritu fatalista, asoma tambien, no sólo algo humano, sino algo personal en la reconvenccion que dirige á Clitemnestra por haberle despojado de todos los bienes y condenado desde la niñez á un mísero destierro. Aún más terminante y explicito asoma el interes personal del hombre en estas palabras:

«Debo creer en los oráculos, y aún cuando no creyese, la venganza ha de cumplirse. ¡Cuántos motivos juntos! los mandatos del dios, la dolorosa pérdida de mi padre, y la indignancia que me abrumba. Y ¿he de dejar á un pueblo semejante y á los más esclarecidos mortales cuyo valor destruyó á Troya, avasallados por dos mujeres? porque este hombre tiene corazon de mujer.»

A vueltas de estas razones de interes religioso, personal y político, en que el impulso humano sobrepuja al impulso divino, Oréstes, cuando escucha de los labios de las Coéforas el sueño de su madre, arrebatado por la influencia que ejercian la religion de los muertos y las visiones infernales del sueño en el fanatismo de los griegos, prorrumpe en estas bárbaras palabras:

«Ese monstruo espantoso que amamantó mi madre es presagio cierto de su muerte violenta. Su sueño lo dice. Yo mismo seré la serpiente, y morirá á mis manos.»

Eurípides camina por rumbo diferente. Su *Oréstes* no es ya ministro y víctima de las divinidades infernales. El sentido de su carácter es completamente humano. La violencia de los remordimientos destroza su alma y enflaquece su cuerpo. Enfermo y supersticioso, su razon se altera, y cae en el delirio de la desesperacion. No se disculpa, como el *Oréstes* de Esquilo, con el imperio de los dioses. Cuando Menelao, con grima y lástima, le pregunta cuál es la enfermedad que le devora, Oréstes le contesta sencillamente: «Mi conciencia, el sentimiento de la atrocidad de mi delito.»

El Agamenon de Eurípides no es aquel implacable instigador de la venganza familiar que hace sanguinarios y desnaturalizados á sus hijos. Su *Oréstes* dice:

«Si hubiese podido preguntar á mi padre si debia yo matar á mi madre, me habria suplicado con instancia que no clavára el acero en la garganta de la mujer que me dió el sér, pues que por este medio no habia de volver á la vida.»

Aquí asoma el espíritu analítico y humano del poeta filósofo. Falta la fe. Oréstees, en el drama de Eurípides, interesa sin duda, porque siente y padece. Pero no tiene el carácter imponente, la ingenuidad épica, el sello hierático de la *Orestia* y demas creaciones de Esquilo. Éste era poeta y teólogo, que sabía juntar en noble alianza lo humano á lo divino. De aquí nacen su vigor y su incomparable grandeza.

Esquilo, trasladando á sus trágicas concepciones la elevacion homérica, habia obtenido el premio en trece certámenes dramáticos; y como los poetas presentaban á cada concurso una tetralogia, esto es, cuatro piezas, resulta que cincuenta y dos obras del eminente dramaturgo de Eléusis alcanzaron la corona del triunfo (1). Como suele acontecer en pueblos de índole movediza, que viven en continuos vaivenes morales y políticos, pocos años despues se habia entibiado el grande espíritu de la fe antigua, y las realidades terrestres, sin místico vuelo y sin sobrenatural influjo, bastaban para cautivar al pueblo de Atenas. Así floreció, insigne testimonio de los cambios del arte segun los cambios de las ideas, el poeta de Salamina, Eurípides, grande ingenio sin duda, pero que ya baja rápidamente la pendiente de la decadencia. Vive en una atmósfera nueva de filosófico escepticismo, y tiene en poco los sublimes dramas de Esquilo, porque la indiferencia religiosa le ha hecho incapaz de sentir su heroico sentido, su elevacion moral (2).

### III.

#### EL CID.

La fuente del mito literario *El Cid Campeador* es el *Romancero*; esto es, el espíritu caballeresco, arrogante, generoso, osado, del antiguo pueblo castellano.

Guillen de Castro, creador del tipo dramático del *Cid*, en su comedia titulada *Las Mocedades del Cid*, no fundó su noble inspiracion sino en los romances populares y en el concepto que, por la lectura de las crónicas, habia formado de las costumbres violentas de la Edad-media. Esto lo patentiza el insigne poeta valenciano introduciendo en sus dramas trozos enteros de preciosos romances vulgares, y prescindiendo de las ideas y de los sentimientos morales de su época, para levantar el honor á un ideal quimérico, que sólo puede encontrarse en los libros de Caballería.

En la segunda parte de *Las Mocedades del Cid*, el palenque en que, por acrisolar la fama de una hidalguía notoria, que nadie con razon podia poner en duda, manda Arias Gonzalo, uno tras otro, á tres de sus hijos á una muerte segura, es uno de los más horribles y repugnantes cuadros que ha presentado teatro alguno. Aquel honor, que requiere

un sangriento holocausto que conculca las más sagradas leyes de la naturaleza, no es honor, es meramente inhumanidad y barbarie. No se paraba mucho en esto el recio temple de la musa dramática de Guillen de Castro. Así es que, en la primera parte de *Las Mocedades del Cid*, obra en verdad admirable por la concepcion y por el brío, el héroe castellano habla y obra con todo el impetuoso denuedo que cuadra al invencible adalid, creado, á imágen del pueblo español, por la tradicion leyendaria. El temerario arrojito, la presuncion caballeresca, el temperamento arrebatado, el ánimo generoso y bizarro, el fácil olvido del acatamiento que á toda autoridad se debe; todas estas cualidades, malas ó buenas, de la raza española asoman en la creacion del *Cid*. El mismo Conde Lozano se desmanda grandemente dando una bofetada al anciano Diego Lainez, en presencia del Rey; y en cuanto á Rodrigo de Vivar, más disculpable por más jóven y más ofendido, olvida el amor, el Rey, el peligro, hasta lavar en sangre el honor de su padre.

Guillen de Castro no era de los que aprisionan su ingenio con las cadenas convencionales de las poéticas. A la manera de los grandes poetas trágicos de Grecia, deja entrar de lleno el elemento épico en sus composiciones teatrales.

Este es el vengador filial, propio de la España del siglo XVI, en cuya literatura, genuinamente nativa entónces, se refleja con toda claridad el carácter nacional tal como lo habian formado las gloriosas vicisitudes históricas de aquellos apartados tiempos.

Corneille, al escribir su obra maestra *Le Cid*, formó un conjunto armonioso digno de su genio; pero los elementos esenciales de su admirable drama pertenecen á Guillen de Castro: el asunto, esto es, la dramática lucha entre el honor y el amor, en que el honor lleva la ventaja; situaciones de pasion y energía; pensamientos llenos de vivo ingenio ó de heroico espíritu. En cuanto al carácter del *Cid*, nada ha creado el gran dramaturgo frances. Su *Cid* es el *Cid* del poeta español. Habla con suma gala y elegancia, pero obra y siente como el paladin español del *Romancero*, hijo de la ardorosa inspiracion popular de Castilla. Una de las mayores glorias de Corneille es que embargaba su noble fantasia el apocado y frio sistema que avasallaba la escena francesa, y no le arredraba la soberana audacia del teatro español, muy semejante en esto al teatro inglés. Su poderoso instinto le hacia sobreponerse á las preocupaciones doctrinales; y cuando queria dar vida y calor á sus inspiraciones escénicas, «tocaba al teatro español, como Anteo tocaba á la tierra (3)», buscando en aquella dramática libre lozanos y vigorosos cuadros del movimiento de los afectos y de las pasiones de la humanidad.

Algunos han creído que el héroe del *Poema del Cid* se refleja tambien en el *Cid* dramático de Guillen de Castro. Probablemente Guillen de Castro no conoció este poema. Fueron manantiales de su inspiracion los romances populares y las tradiciones novelescas del famoso adalid castellano. El *Cid* del poema es un carácter harto diferente del *Cid* del romancero; sus impulsos de honor son igualmente heroicos, pero más graves y reflexivos.

(1) PAUSANIAS, *Atica*, 21.

(2) Véase ARISTÓFANES, *Las Ranas*, v. 814, etc.; 833, etc. Tambien *La Electra*, de Eurípides.

(3) Expresion de Mr. Baret. Este insigne critico frances lleva su amor á la justicia histórica hasta señalar alguna situacion de *Las Mocedades del Cid* malograda por el gran poeta dramático frances.



LORD BYRON. — ESTATUA EN MÁRMOL, POR POZZI.



## IV.

## HAMLET.

## SU VERDADERO CARÁCTER LITERARIO.

El drama *Hamlet* está lleno, en verdad, de ingeniosísimas situaciones, de profundos estudios del alma humana, de diálogos animados y vigorosos, de pasiones ardientes, de poéticos resplandores; obra singular, única en la literatura dramática del mundo. En ella andan amalgamados tan heterogéneos y discordantes elementos, que sólo ha podido combinarlos, con visos de armonía, el genio poderoso del inmortal dramaturgo inglés: por una parte, la desnuda y bárbara energía de una primitiva tradición leyendaria de los escandinavos, fuente de la concepción dramática; por otra, las cavilaciones filosóficas de ánimos endebles y enfermizos, las embozadas arterias de una corte culta y refinada, las vacilaciones morales de un siglo que duda y se transforma, el estro melancólico de la musa británica; esto es, cuanto había en la sociedad contemporánea, que puede ser dramática, pero nunca épica; cuanto había en la inspiración de Shakspeare, hijo de una época analizadora y escéptica.

Pero á pesar de los grandes primores y de las peregrinas dotes que resplandecen en esta obra extraordinaria, que tanto ha llamado y llama la atención del mundo literario, hay en ella un defecto capital, en el cual se estrellan todos los encomiásticos esfuerzos y críticas lucubraciones de sus más ardientes admiradores: *el carácter de Hamlet*. Este carácter constituye la esencia del drama, y por ello es forzoso darle el primer lugar en el examen de esta obra.

Goethe, heredero, como Lord Byron, del espíritu escéptico que, por vez primera en la literatura moderna, introdujo Shakspeare en el teatro, ve evidentemente con interna fruición aquella sombría y melancólica figura del Príncipe dinamarqués, que, precursor lejano del siglo XVIII, se engolfa dolorosamente en el acerbo mar de la incertidumbre y de la duda; mas no intenta sostener que cuadre tal carácter, según los sanos principios estéticos, á la vida, á la unidad, al movimiento de la escena.

Hamlet es indudablemente una personificación ingeniosa, y á veces profunda, de la censura y del castigo que merecen la perfidia y la vileza humana. Ya irónico, ya descarado, ya sutil y dialéctico, se muestra sin cesar implacable con la maldad y la flaqueza. Pero irresoluto, como quien anda siempre entregado á filosóficas lucubraciones, más parece nacido para discutir que para obrar. No es ciertamente el protagonista dramático que conviene al terrible cuadro de la filial venganza, trazado en la leyenda escandinava: es el símbolo de las dolencias y de las transformaciones morales, fruto inevitable de los hondos sacudimientos político, social y religioso que el Renacimiento trajo consigo.

Oréstea venga á su padre, movido por la irresistible fatalidad de la teogonía helénica; fatalidad, no ciega, como algunos suponen, sino terrible y violenta en su ley moral inexorable, que emplea hasta el crimen para castigar otro crimen mayor, y no exime á los mortales, instrumentos suyos en la tierra, del torcedor de los remordimientos, como se ve en las Furias, que destrozan el alma del desventurado hijo de Agamenon. Su situación es clara, firme y vigoroso el arranque de sus sentimientos y sus pasiones, y por eso es su figura en alto grado conmovedora y trágica.

No es ménos dramática la figura del Cid, que, para vengar á su padre, ni un solo instante titubea, imperiosamente avasallado por dos impulsos, á los cuales su alma noble y enérgica no sabe ni quiere resistir: la ternura del hijo y el sagrado honor del caballero.

Hamlet; qué diferencia! Carece por completo de la entereza y de la consecuencia que tan grandemente requieren sus propósitos y sus pensamientos.

Nada empeña tanto la atención del espectador en el teatro como ver á los personajes seguir constantemente el camino que les señala su peculiar naturaleza según las vicisitudes del enredo dramático. El menor desvío en este punto causa tibieza y provoca la censura hasta del más indocto. La unidad de carácter vale tanto como la unidad de acción, y es uno de los principales secretos del interés escénico. Hamlet, como lo presenta Shakspeare, es una especie de baladron de la virtud, que, como todos aquellos en quienes la palabra prepondera sobre los grandes impulsos del corazón, no tienen en el fondo sino flaqueza y apatía. Alma desasosegada y tétrica, sin ilusiones, sin entusiasmo; habla, intenta, medita mucho, pero se asusta de la acción, y cuando llega la ocasión de realizarla, vacila y retrocede. Así, por ejemplo, con espíritu anticristiano, ve en el suicidio el único medio de librarse de los afanes de la vida, que su alma enclenque no puede sobrellevar; pero suicida *platónico* y reflexivo, se para ante el horror de lo desconocido. Pero donde más de manifiesto pone su índole inerte é indecisa es en la escena tercera del acto tercero, cuando, al ver arrodillado y orando al asesino usurpador, juzga propicia la ocasión para consumir la venganza en que cifra todo su anhelo, como el fin mayor de su existencia. «Obremos, pues», exclama: pero en el momento mismo detiene su ímpetu vengador la repentina reflexión de que matar en tal momento á aquel malvado sería enviarle al cielo (1), esto es, darle galardón, y no castigo. Este refinamiento nada cristiano de crueldad y encono no es más que el sofisma sutil con que el hombre débil é irresoluto quiere engañarse á sí propio para dar largas á una acción vigorosa y extrema que no está en su naturaleza. Jamás habría ocurrido tan ingeniosa rémora á hombres del temple de Oréstea ó del Cid.

Ni aún el amor es en el príncipe dinamarqués pasión verdadera y dramática. Quien ama de veras es la inocente Ofelia, á quien cuestan la razón y la vida las bárbaras palabras y los retrocesos ofensivos del inconsistente amador. Cuando la ve en la sepultura, esto es, cuando ya no hay remedio, entonces prorrumpe Hamlet en dolientes lamentaciones y en hiperbólicas protestas de amor. «Achaque es de ánimos apocados é indecisos, dice á este propósito un certero crítico francés, no saber con claridad lo que desean, hasta que ya les es imposible alcanzarlo» (2).

Todo es incierto é incompleto en el carácter del príncipe dinamarqués. No es el impío que desconoce y niega los consuelos y las potestades del cielo; no es tampoco el creyente que acata y venera los misterios divinos. Desconfía

(1) *¿ And now I'll do't; and so he goes to heaven; and so am I reveng'd? That would be scanned.....*

Act. III, 3.

(2) Saint-Marc Girardin.

de todo, y la duda es su verdugo y la fuente de su flaqueza. ¿Qué verdad, qué ímpetu, qué entereza cabe en su resolución de filial vengador, si duda unas veces del crimen mismo que ha de vengar, y otras de la aparición del rey, su padre, que tan vivo terror le infundió al principio, y que desencadenó en su ánimo la avasalladora pasión de la venganza? (1).

No hay duda que causa enfadosa impresión en el teatro, como en la realidad de la vida, un personaje que cree y no cree, que siente y no siente; que, como sacando fuerzas de flaqueza, se muestra firme y austero en designios y en palabras, y forma briosos propósitos que no ha de realizar. El drama vive de pasión y de acción, y nada requiere tanto en los personajes como vigor, fijeza, claridad, determinación de impulsos y carácter. Esto es cabalmente lo que se echa de ménos en Hamlet.

No cautiva á Schlegel (Guillermo), uno de los más conspicuos y profundos reformadores de la crítica moderna y el más entusiasta admirador de Shakspeare, el carácter de Hamlet. Merecen citarse sus palabras:

«*Hamleth* es la tragedia del pensamiento. Inspirada por meditaciones profundas, que nunca acaban, acerca del destino del hombre y de la sombría confusión de los acontecimientos terrestres, esta obra suscita meditaciones en la mente del espectador. Drama tan enigmático se asemeja á las ecuaciones irracionales que es imposible resolver, y en las cuales queda siempre una fracción de magnitud desconocida..... Lo sorprendente es que una obra que encierra tan recónditas é impenetrables miras, parece hecha á primera vista para agradar á la multitud. Todo en ella es extraordinario y animado. La única circunstancia que podría dar motivo á considerarla como ménos dramática que las demas, es que la acción principal se detiene, y áun al parecer retrocede en las escenas últimas; resultado inevitable de la índole del asunto. El objeto general del drama es poner de manifiesto que el espíritu reflexivo que se afana por contrapesar todas las relaciones y las consecuencias posibles de un designio hasta los últimos límites de la prevision humana, embarga las fuerzas activas del alma.»

«Segun mi modo de entender las miras del poeta, no puedo juzgar tan favorablemente como Goethe el carácter de Hamlet. Es en verdad un príncipe de entendimiento maravillosamente cultivado, que junta á una noble ambición la facultad de admirar en los demas las prendas de que no está dotado. Es ingeniosísimo en la ficción del papel de loco, y así con las verdades que les dice, como con el peregrino donaire con que de ellos se mofa, persuade de su locura á los mismos encargados de espiarle: pero en los muchos proyectos que á cada paso forma, y que nunca realiza, demuestra la flaca voluntad de que adolece. Tiene inclinación natural á seguir sendas torcidas, y lo hace á veces sin que la necesidad le obligue á ello. Á menudo procede de mala fe consigo mismo, y los entorpecimientos que se forja, son meros pretextos para esconder su falta de entereza.....

(1) Hay momentos en que teme que la visión de su padre no sea realidad, sino ardid del demonio. Hamlet dice á Horatio: «Observa á mi tío, y si el secreto de su crimen no se revela en sus palabras, la aparición es obra del infierno, y las sospechas negras cavilaciones mías.»

Act. II, 2.

Hamlet carece absolutamente de verdadera fe: duda de sí propio y de todo en el universo. Pasa de la confianza religiosa á un escepticismo escudriñador. Cree en el espectro de su padre cuando le ve; pero en cuanto se desvanece, se convierte para él en mera ilusión. Se aventura hasta decir que sólo por la imaginación son las cosas buenas ó malas. Se extravía el poeta con su héroe en un laberinto de ideas que no tienen fin ni principio, y ni el cielo mismo se digna responder con la marcha de los sucesos á las demandas que, con mayor ahinco, le dirige. Una voz que viene, al parecer, de arriba, pide venganza de un monstruoso crimen, y la venganza no se efectúa. Cierto es que, al fin y al cabo, los delincuentes reciben el castigo; pero esto acontece por una especie de casualidad, y no, como se debía, para presentar un ejemplo solemne de la justicia divina por medio de un encadenamiento de consecuencias inevitables. La indecisión, la perfidia, ó un repentino arrebató, arrastran á todos los personajes á una ruina común, y la misma suerte está deparada á los inocentes que á los culpados. En esta obra está presentado el destino humano como una esfinge gigantesca, que propone un tremendo enigma á los mortales, y hunde en el abismo de la duda á quien no acierta á resolverlo» (2).

Incontestables nos parecen estos juicios del más perpicaz y elocuente de los críticos alemanes. En un solo punto puede acaso diferirse de su opinión, á saber: en la detención y retroceso de la acción, que atribuye á las últimas escenas del drama. Á nosotros se nos antoja que en las últimas escenas la acción cambia de rumbo, pero no se pára y entorpece, sino que, por el contrario, se precipita para llegar á un desenlace más conforme á la leyenda romántica y violenta que á la índole filosófica y subjetiva del pensamiento generador del drama.

Mas no ha de creerse que Shakspeare ignoraba los achaques morales del héroe de su drama. El mismo Hamlet reconoce y declara en varias ocasiones su inconsistencia y su apatía. Dice, aludiendo á la inactividad de sus propósitos, que sus «pensamientos llevan en sí una cuarta parte de cordura y tres cuartas partes de cobardía.» En el monólogo con que termina el acto segundo, expresa con vehemencia y claridad la desesperación y la vergüenza que le causan su falta de vigor moral, y la preponderancia que tienen en su índole las palabras sobre la acción:

«¡Y yo, exclama, inteligencia burda, alma de cieno, permanezco en estúpida inacción, indiferente á mi propia causa!..... Soy un cobarde..... ¡Qué sandez la mía!..... ¡Bravo proceder! ¡Yo, hijo de un padre asesinado; yo, á quien el cielo y el infierno excitan á la venganza, me contento con desahogar mi indignación con palabras, y prorumpir en vanas imprecaciones, cual podría hacerlo la última de las prostitutas!..... ¡Qué vergüenza!»

Shakspeare, al pintar el carácter de su héroe tan desmesuradamente indeciso y apático, esto es, tan contrario al interés dramático, que nace por lo común del brío, resolu-

(2) AUGUST WILHELM SCHLEGEL. «*Hamlet ist einzig in seiner Art: ein Gedanken—Trauerspiel, durch anhaltendes und nie befriedigtes Nachsinnen über die menschlichen Schicksale; über die düstre Verworrenheit der Weltbegebenheiten eingegeben, und bestimmt eben dieses Nachsinnen wieder in den Zuschauern hervorzurufen*», etc.

Über dramatische Kunst und Litteratur.—Heidelberg, 1811.

cion y fijeza en los afectos y propósitos, no procedía inadvertidamente. El grande escritor sabía lo que se hacía. No era su objeto desarrollar, como en *Macbeth*, en *Otelo* y en *Ricardo III*, la violenta imágen de implacables y desenfrenadas pasiones. En *Macbeth* principalmente, obra sublime cuyo carácter grande y terrible, según la expresión de Schlegel, sólo puede compararse á *Las Euménides* de Esquilo, no prepondera el pensamiento sobre la acción: corre ésta vigorosa, encadenada y rápida hasta la postrera catástrofe, fatalmente lógica y espantosa. En *Hamlet*, la índole y el rumbo del pensamiento fundamental son muy distintos. *Macbeth* todo es acción; *Hamlet* todo es pensamiento. El príncipe dinamarqués, que no tiene ni culpas, ni amor, ni ambición, ni remordimiento, ni nada de lo que mueve al hombre en la esfera común de la vida; que trata á la humanidad con desden é ironía, porque no ve en ella sino el mal, es una figura simbólica de las angustias y vaivenes del alma cuando pierde ésta el equilibrio de los sentimientos morales y el firme asiento de la fe. *Hamlet* no es malo, ni se atreve á ser anticristiano; pero su escepticismo filosófico embarga su corazón, turba su entendimiento y le inutiliza para la acción práctica y útil de la religión y de la vida. «No existen por sí ni el bien ni el mal; todo consiste en el concepto que de ellos formamos»: esta es la desconsoladora y siniestra doctrina que profesa *Hamlet*.

No puede dudarse que Shakspeare ha querido hacer de su héroe una representación simbólica de la época turbada é indecisa en que él vivía. Y lo ha conseguido plenamente, dando al propio tiempo á su obra el carácter de generalización sublime, que asoma siempre aún en las pinturas individuales de sus dramas. *Hamlet* es en muchas cosas el hombre de la Edad-media: en su amargura desesperada, en su falta de entusiasmo, en su desprecio de los hombres, en el vacío de su corazón, en su inclinación al suicidio, en la confusión de su conciencia, es el pensador pesimista, el filósofo descreído, que no acierta á resignarse como cristiano á los misterios de la muerte ni á los sinsabores de la vida, y que ha de llamarse, andando el tiempo, *Werther*, *Fausto*, *Jacopo Ortis*, *Obermann* ó *Manfredo*.

Shakspeare, identificado siempre con los tipos generales de la humanidad que retrata en sus obras, desaparece en ellas como autor y como hombre. En *Hamlet*, por excepción, no acontece lo mismo. ¿Quién no siente palpitar en el famoso *to be or not to be*, y en la elocuente censura de los vicios sociales del segundo monólogo, el alma dolorida y escarmentada del gran poeta? Análogas ideas, igual melancolía se hallan en algunas poesías del autor, especialmente en un soneto (1) en que expresa vivamente, como impresión personal suya, el menosprecio y el desaliento que le causan las miserias y las injusticias de la sociedad humana. El *tedium vite* asoma por doquiera, así en la corte brillante, pero hipócrita y corrompida, de Isabel de Inglaterra, como en las clases cultas y pensadoras. Muestra de ello es una carta (publicada por un autor alemán) del famoso Conde de Essex, prócer rico, animoso, de todos envidiado, escrita en 1599 á la Reina con motivo de una comisión importante que le confiaba la augusta señora.

(1) Está señalado en sus obras líricas con el número LXVI.

Merecen citarse algunas palabras (2): «¿Qué servicios puede esperar Vuestra Majestad de un ánimo turbado, caviloso, enflaquecido por las pasiones, de un corazón despedazado por angustias y sinsabores, de un hombre que aborrece cuanto le rodea y le conserva la existencia?» Esta profunda misantropía en el colmo del favor y de la fortuna, es claro testimonio de que había empezado la hora del aburrimiento y del hastío, del precoz cansancio de la vida, de la duda orgullosa y fría, de la melancolía moderna, visible decaimiento del vigor cristiano, que cifra en la *conformidad* la más necesaria y consoladora de sus virtudes.

¿Cuánto más se parece *Hamlet*, el desalentado filósofo del drama, al Conde de Essex que al *Hamlet* de la leyenda épica, al *vikin* (rey del mar y pirata), que ni estudió en las universidades de Wittenberg, ni dejó de cumplir lógica y resueltamente su venganza cuando llegó el momento oportuno!

*Hamlet* no está escrito, como las demás obras de Shakspeare, con fin verdaderamente dramático. ¿Qué importa al poeta-filósofo el mito primitivo de la relación leyendaria de Saxo, que probablemente no conocía? El héroe de la tradición dinamarquesa no es para el poeta más que un pretexto. Buscaba un campo en que desplegar los audaces vuelos de su imaginación, su estro inagotable, los amargos devaneos de su espíritu, y lo halló en otro *Hamlet* anterior al suyo, que probablemente intentó refundir, como había refundido tantos otros dramas (3), y que se convirtió en la peregrina obra donde reina el soberano ingenio de Shakspeare con su opulenta fantasía y con sus dialécticos primores.

El anacronismo voluntario de la Universidad de Wittenberg en tiempo de *Hamlet*, demuestra que lo que empeñaba la atención de Shakspeare no era la historia del príncipe escandinavo de épocas fabulosas, sino la pintura indirecta del estado social y moral de Inglaterra. Wittenberg, donde Lutero había publicado su ruidoso programa de las noventa y cinco tesis, es en el drama como el emblema de la Reforma, cuyo espíritu «vive y razona (según la expresión acertada del doctor Vischer) en la implacable dialéctica de *Hamlet*». Marlowe había colocado en esta ciudad, cuna del protestantismo, una parte de la acción de su *Fausto*, y su nombre no podía menos de sonar como foco de libres y audaces pensadores en los oídos de los ingleses. Los demás anacronismos de *Hamlet*, como la artillería; el cristianismo de los antiguos dinamarqueses, adoradores de Odino y de Freya; la guardia suiza del Rey usurpador; las representaciones dramáticas en que se habla de Hércules, de Hécuba y de Roscio; el pedante *eufuismo* de Polonio, moda cortesana de los contemporáneos del poeta,

(2) ACKEN, *Elisabeth von England*.

(3) Por ejemplo, *El Rey Juan* es la refundición del drama antiguo *El Infeliz reinado de Juan*; las dos partes de *Enrique IV*, y *Ricardo III* están fundados sobre los dramas titulados *La Gloriosa victoria del rey Enrique IV*; *La Contienda de las casas famosas de York y de Lancáster*, y *Verdadera tragedia de Ricardo, duque de York*; y así algunos otros.

Nash dice, hablando de Shakspeare, contemporáneo suyo: «Nació en Stratford. Vino á Londres mozo y pobre; corrigió por algunos chelines obras dramáticas de antiguos autores; compuso prólogos y epílogos, y borroneó intermedios.»

En un recibo del siglo XVI se lee: «Tres chelines adelantados á Guillermo Shakspeare, comediante de la compañía del *Globo*, para que refunda las antiguas piezas del repertorio.» PAYNE COLLYER, *History of the English Stage*.

y otros señalados anacronismos de los demas dramas, como poner á Maquiavelo en boca de Ricardo III, no son ignorancia de Shakspeare, como sin razon se ha supuesto. Es sistema, como lo fué igualmente en el teatro español, no sacrificar en lo más mínimo á la exactitud erudita la impresion popular. A esta idea corresponde la famosa declaracion humorística de Lope de Vega :

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo  
Hablarle en necio para darle gusto.

En otro concepto, pero con el mismo espíritu de considerar el teatro como arte vulgar y no cortesano, decia de las obras dramáticas inglesas el citado Nash, á principios del siglo XVII :

«El pueblo está ansioso de ellas; pero se cuida poco de los que las escriben. Así es que los autores no se apuran mucho para componerlas. Roban, traducen, amplifican y ponen en escena el cielo, la tierra, el infierno, lo que es y lo que no es, los acontecimientos de ayer, crónicas, novelas, cuentos. Se burlan de todo, y con tal de que nos diviertan, no les pedimos otra cosa» (1). Shakspeare, prodigando en sus obras todos los tesoros del genio, seguia intuitivamente esta poética popular, como la seguian Lope, Tirso, Calderon y los demas creadores del Teatro español, el cual tiene con el teatro inglés profundas y evidentes afinidades. Shakspeare queria ante todo ser entendido de su público, compuesto, en su mayoría, de plebe y clase media; y puede advertirse que en las obras de asuntos británicos es exactísimo en épocas, hechos y costumbres, mientras que en asuntos extranjeros, nada le importa ser infiel á la verdad histórica y geográfica, y pone todo su conato en asimilar los caracteres y las acciones á los usos y á las ideas de la nacion inglesa.

Schlegel manifiesta claramente en esta parte su luminosa opinion con respecto al *Hamlet* en los siguientes términos :

«Convenia á menudo á Shakspeare dar el color de su época á acontecimientos de remotas edades. Por esta razon, aunque se trata de hechos de la antigua historia del Norte, reinan en *Hamlet* las formas y lenguaje de la sociedad de moda, y hasta el traje contemporáneo. Sin estas circunstancias no habria sido dable convertir al héroe en pensador escéptico, que es la idea fundamental de la obra» (2).

Los criticos franceses neo-clásicos, que, sin caer en ello, cometian tambien anacronismos, atribuyendo á héroes antiguos espíritu y pensamientos modernos, no debian haberse manifestado tan severos con lo que malamente juzgaban bárbaras impropiedades escénicas del dramaturgo inglés. No era, por cierto, menor impropiedad anacrónica presentar en los teatros de París y Versalles á César con peluca, y con espada (que no llevaban nunca los romanos en tiempo de paz), y á Rodoguna con tontillo.

La esencia eminentemente subjetiva y metafísica del carácter de Hamlet le da cierto viso de parentesco y semejanza con la índole reflexiva y analizadora de la raza alemana, por lo cual el erudito Gervinus exclama : «Hamlet es la Alemania : como él, exclusivamente consagrados á

las cosas del espíritu, olvidábamos el mundo externo; como á él nos llegaban más al alma Wittenberg y su escolástica que el honor y la gloria de la nacion.... Perdimos tambien, como Hamlet, el gusto á la vida; y prescindiendo de lo real, nos refugiamos en el imperio de lo ideal. El concepto de la vida instintiva llegó á depravarse por el abuso de la reflexion y de la gimnasia intelectual, y el sentido de la accion por devaneos quiméricos.» A esto contesta un ingenioso crítico frances : «*Hamlet* no es la Alemania; es el hombre moderno : por eso esta obra maestra del entendimiento humano es, de un siglo á esta parte, el libro más estudiado, más leído y más comentado.» Á nosotros nos parecen extremadas ambas opiniones. En Hamlet vemos, en efecto, el símbolo profético del hombre moderno, más inclinado á la palabrería, á la discusion y á la sofistería que á la resolucion pronta, noble, clara y generosa. Este es el sentido universal del mito de Shakspeare; pero en la preponderancia del pensamiento sobre la accion, del designio filosófico sobre el sentimiento, y de la ironía sobre la indignacion, se nos antoja que en Hamlet se reflejan no exclusivamente la nacion germánica, sino generalmente las naciones neoteutónicas.

No hay que decir que en esta obra filosófica de Shakspeare el sentimiento religioso es por demas escaso y mal definido. Sin embargo, el espíritu cristiano que alguna vez asoma en ella, establece entre los mitos de los hijos vengadores griego y británico, en su respectivo proceder con sus madres, una diferencia esencial.

La situacion de Hamlet, si bien, por lo irrespetuosa, es poco grata y simpática con respecto á su madre, está muy lejos de la fiereza cruel del desnaturalizado Orétes, el cual desde luego toma la odiosa actitud del asesino de Clitemnestra. Hamlet es de suyo blando y poco resuelto, y ademas, ni la reina Gertrúdis es la impenitente y soberbia reina de Árgos, ni el padre del príncipe dinamarqués impone á su hijo, como Agamenon, la muerte de su madre; ántes bien le recomienda respeto y miramiento. Así dice la sombra (acto 1) :

«Cualquiera que sea la forma en que emprendas la venganza, permanece moral é intachable, y nada hagas contra tu madre. Confia su castigo al cielo y al pasador agudo que lleva en el corazon.»

Pero es innegable que desde el punto de vista dramático lleva Orétes gran ventaja á Hamlet, porque tiene su carácter más unidad y más firmeza. Dadas las preocupaciones y las falsas doctrinas religiosas del paganismo helénico, es la figura de Orétes tan verdadera y lógica como conmovedora. La religion le absuelve, la naturaleza le condena : á un tiempo piadoso y malvado, buen hijo y parricida. Estos contrastes no son debilidad é inconsecuencia : son leyes fatales de la situacion moral, religiosa y política del desgraciado Príncipe. Cabalmente en ese abrumador conflicto de sentimientos y deberes estriba el alto interes dramático de *La Orestia*.

En el carácter de Hamlet falta por completo la unidad, y éste es el defecto capital del drama admirable de Shakspeare.

En suma, no es la venganza filial la esencia de la concepcion dramática de *Hamlet*, pues, más que por este sentimiento, se devora el alma el Príncipe ideólogo por las im-

(1) *Histrionastix; Epistle dedicatory.*

(2) *Über dramatische Kunst und Litteratur. Vorlesungen von August Wilhelm Schlegel.*

perfecciones humanas y por los misterios de la vida y de la muerte. Podría imaginarse que Shakspeare ha querido darlo á entender así poniendo en su drama otro hijo vengador, Laertes, y haciendo á éste ardoroso, de idiosincrasia meridional, hombre que obra y no cavila. Podría comparársele á Oréstes ó al Cid, si no envenenase la espada con que piensa dar muerte á Hamlet. Tan vil accion no cabe ni en el héroe griego ni en el caballero castellano.

## V.

## MONUMENTOS DEL MITO DE «HAMLET» ANTERIORES AL DRAMA DE SHAKSPEARE.

## 1.º

*La historia de los reyes de Dinamarca, por Saxo-Grammaticus.*

Se imprimió por primera vez en París, el año 1514, con este título :

«Danorum Regum herouneque Historiæ stilo eleganti a Saxone grammatico natione Sialandico necnon Roskildensis ecclesiæ præposito : abhinc supra trecentos annos conscriptæ et nunc primum literaria serie illustratæ tersissimeque impressæ.»

Al fin del libro :

«Hactenus Saxo Grammaticus Sialadensis, ver disertissimus. Quæ accurata diligentia impressit in inclyta Parrhisorum academia Iodocus Badius Ascensius. Idibus Martiis, MDXIII, supputatione romana.»

La leyenda de Hamlet, escrita por Saxo, está sacada de antiguas tradiciones dinamarquesas. Así lo declara el sabio Molbech en el apunte siguiente, que nos comunicó en Copenhague y conservamos autógrafo :

«L'histoire fabuleuse (ou l'Aventure) de Hamlet repose, dans la source la plus ancienne, sur le récit remarquable et assez étendu de Saxo Grammaticus, à la fin du 3.<sup>me</sup> et le commencement du 4.<sup>me</sup> livre de son *Histoire danoise*. On voit clairement que Saxo dans sa narration a suivi un recueil d'anciennes traditions danoises sur la vie pleine d'aventures romantiques d'un fils de Roi, ou plus exactement d'un Prefet de Jutlande, Horwendill, qui épousa Gerrutha (mère de Hamlet), dont le nom á été changé par Shakspeare en Gertrude. Au reste, l'immortel poète anglais n'a pas, comme on sait, suivi Saxo lui-même, mais une ancienne *Hystorie of Hamlet*, qui est la traduction d'une des nouvelles de Belleforest, publiées en 7 volumes, 1564 et sq... Shakspeare n'a pas de même pris que très peu des événements racontés par Saxo (1). Notre ami Mr. Oehlenschläger a suivi assez proche la source originale de Saxo dans sa tragédie *Hamlet*, une *Ilias post Homerum*, dont j'ai vu une représentation, mais que je n'ai pas encore lue.»

## 2.º

*Sagas islandesas.*

Hé aquí, traducida, la noticia que el Sr. Molbech nos dió acerca de ellas :

(1) Opinión es de profundos investigadores críticos de nuestro tiempo que Shakspeare no tomó directamente el pensamiento de Hamlet ni de Saxo ni de Belleforest.

«El asunto interesante y poético de la antigua tradicion de las aventuras de *Hamlet* no pasó inadvertido para los islandeses, cuya imaginacion y habilidad para la narracion oral en prosa aprovechaba los asuntos poéticos y románticos de la Edad-media para forjar con ellos *sagas*, no históricas, sino de pura fantasía. Esta clase de *sagas* corresponden, al ménos en su mayor parte, á una edad bastante moderna (los siglos XIV, XV y XVI.) Esto acontece cabalmente con las narraciones islandesas de la historia fabulosa de *Hamlet*, de la cual se conservan tres *sagas* diferentes, dos en prosa y una en verso :

1.<sup>a</sup> *Sagan af Amloda, Hardvendils Sijni*. (Saga de Amlod (*Hamlet*), hijo de Hardvendil.)— Coleccion de Arnas Magnæus, de la Biblioteca de la Universidad de Copenhague, núm. 221.—Es casi una traduccion de *Saxo* con algunas alteraciones ó adiciones.

2.<sup>a</sup> *Saga af Amloda edr Ambales*. (Saga de Amloda ó Ambales (*Hamlet*.) Es tres ó cuatro veces más extensa que el número anterior. El fundamento de esta saga es, sin asomo de duda, la narracion de *Saxo*; pero extremadamente alterada con respecto á los hechos y á los nombres de las personas. Nada se dice en ella ni del viaje á Inglaterra, ni siquiera de la muerte de Hamlet. El célebre historiógrafo dinamarques Sr. Suhm no concede á esta novela islandesa, en prosa, mayor antigüedad que el siglo XV.—La misma coleccion de manuscritos de la Universidad de Copenhague.

3.<sup>a</sup> *Rimur af Ambales*. (Poema de Ambales.) Es produccion moderna, del siglo XVI ó del XVII, como todos los *Rimur* ó poemas de los islandeses. Es una paráfrasis prolija y enfadosa del núm. 2, esto es, de la novela islandesa de la historia de Hamlet.

Como se ve, estas obras de la literatura islandesa, en su edad de bronce ó de hierro, es decir, en su último período ántes de la Reforma luterana, confirman esta observacion : que la tradicion de Hamlet no existe en forma alguna más auténtica ni más antigua que en la historia de *Saxo-Grammaticus*.

## 3.º

*La DANSKE RIMKRONNIKE (Cronica rimada dinamarquesa).*

Esta crónica en verso fué, segun indicamos en otro lugar, el primer libro impreso en Dinamarca. No pudo ser escrito ántes de la segunda mitad del siglo XV, pues la serie de los monarcas cuya historia contiene termina en Cristiano I, que subió al trono en 1448. Toma de *Saxo-Grammaticus* la mayor parte de los sucesos; pero la forma es singular: consiste en una cadena de monólogos con carácter dramático, en los cuales cada personaje refiere patéticamente su propia historia. Hamlet cuenta la suya, abreviando con exceso, y desfigurando no poco la bella leyenda épica de *Saxo*.

Es posible y aún probable que esta crónica fuese conocida en Inglaterra mucho ántes que las *Historias trágicas* de Belleforest. Eran íntimas y continuas las relaciones comerciales y políticas entre la Gran Bretaña y los tres reinos escandinavos, que adquirieron grande importancia europea en los veinticinco años que duró la famosa Union de Calmar. Jacobo I de Inglaterra, hijo de la desventurada María Estuardo, que, siendo Rey de Escocia, habia pedido apoyo



á la corte de Dinamarca contra la cruel Reina Isabel, en 1589 se trasladó á Copenhague para contraer matrimonio con la princesa Ana, hija de Federico II. ¿Qué mucho que con tantas conexiones llegase directamente á Inglaterra la interesante y popular leyenda de Hamlet?

## 4.º

*Historias trágicas de Belleforest.*

François de Belleforest, historiógrafo francés, en tiempo de Enrique III, publicó, con el título de *Histoires tragiques*, una copiosa colección de relaciones y novelas sacadas en su mayor parte de las obras del famoso novelista italiano Bandello. En el tomo IV (impreso en París el año de 1570, por Jean Hulpeau, rue Saint-Jean-de-Latran, à l'Arbre Sec.) se halla la historia de Hamlet con este epígrafe:

« Avec quelle ruse Amleth, qui depuis fut Roy de Danemarch, vengea la mort de son père Horwendille, occis par Fengon son frère, et autre occurrence de son histoire. »

No nos fué posible dar con *Les Histoires tragiques* en las bibliotecas de Copenhague. Las vimos más adelante en la Biblioteca Nacional de París. La novela de *Hamlet* es la relación misma de *Saxo-Grammaticus*, unas veces mutilada (1), otras prolijamente amplificada, y por lo comun desnaturalizada con reflexiones y discursos morales, en que la mitología, la ortodoxia, la historia bíblica y romana forman una amalgama singular y afectada de la erudición y las ideas de la época de Belleforest con la épica llaneza de la leyenda escandinava.

En 1596 se publicó en Londres una traducción inglesa de las *Histoires tragiques* de Belleforest, que probablemente leería Shakspeare.

## 5.º

*Un drama sobre HAMLET, anterior á Shakspeare.*

El diligente y sagaz historiador de la literatura dramática inglesa M. A.-W. Ward (1876), admite como otros insignes críticos, la probabilidad de un *Hamlet* dramático anterior al de Shakspeare. Las dos primeras ediciones de la obra de éste, muy diferentes entre sí, son de los años 1603 y 1604. La primera, imperfecta y pobre con respecto á la segunda, puede y debe de ser una refundición de las muchas que hizo el gran poeta, y que se convirtió después en la obra magistral que tanto admira el mundo literario. El baron Herman von Friesen, catedrático de la Universidad de Viena (*William Shakspeare' Dramen*, Wien, 1876) (2), que ha estudiado con luminosa crítica el teatro de aquel grande hombre (*Shakspeare Studien*, Wien, 1874-1875), se inclina á creer, no solamente que existió un drama sobre *Hamlet* anterior al de Shakspeare, sino que este poeta tomó de él cosas importantes, principalmente la revelación del fratricidio hecha por el monarca aparecido.

La verdad es que esta revelación sobrenatural, poderoso

(1) Suprime, entre otras cosas importantes, los curiosos episodios del escudo y de la batalla de los muertos.

(2) Shakspeare firmaba: *Willm Shakspeare*.

núcleo del drama, no se halla ni en *Saxo*, ni en las *Sagas*, ni en la *Crónica rimada dinamarquesa*, ni en Belleforest, mientras que Lodge, en un folleto (*Wit's Miserie, and the World's Madness*), publicado en 1596, menciona el papel del aparecido que gritaba en el teatro con tono lamentable: « ¡ Hamlet, venganza! »

Añadiendo á este hecho otros tres muy significativos:

1.º Que en el catálogo (1594) de Henslowe, librero de Londres, está consignada la existencia de un drama *Hamlet*, como obra ya representada y no nueva.

2.º Que en una carta del satírico Nash (3), tan conocedor del teatro de su época, habla ya en 1588 burlescamente de un *Hamlet* dramático.

3.º Que en 1603, comediantes ingleses, que desde 1597 recorrian la Alemania representando, traducidas al alemán, las obras dramáticas aplaudidas en Londres, pusieron en escena un drama, probablemente traducción del primitivo *Hamlet* (inglés), titulado *Der bestrafte Brudermord, Prinz Hamlet aus Dänemark*. (El fratricida castigado, ó Príncipe Hamlet de Dinamarca); y teniendo en cuenta, además, que no hay indicio histórico de que antes de 1582 se representase *Hamlet* alguno en que hubiese, como autor ó refundidor, tomado Shakspeare la menor parte, parece, no sólo probable, sino muy cercana á la verdad la conclusión de los Sres. Clarendon y Wright (*Clarendon Press Series*, 1872), que hallamos reproducida en la *Historia* de Ward, á saber:

Que ha existido un drama antiguo fundado en la leyenda de *Hamlet*, del cual ha entrado gran parte en el *Hamlet* publicado en 1603, el cual es una especie de bosquejo, que hácia 1602 habia preparado Shakspeare para la escena, refundiendo el texto anterior, y que sólo en la obra perfeccionada de 1604 tenemos el *Hamlet* verdadero y cabal del poeta filósofo.

¿ De dónde, pues, sacó Shakspeare el mito de *Hamlet*? Por lo mucho que lo desnaturaliza y transforma, y por las circunstancias capitales que le agrega, bien puede afirmarse que no fué directamente de la leyendaria narración de *Saxo*, ni de las versiones que, conservando su genuino espíritu, la reproducen. Todo induce á creer que imitó el pensamiento y parte de la trama de un *Hamlet*, ya representado en el teatro, y que, aun teniendo á la vista la novela de Belleforest, ó la *Crónica rimada*, no quiso ó no se atrevió á cambiar ciertas circunstancias de la economía del drama (cual la ilógica y sangrienta hecatombe final) tales como el público las conocía.

Como quiera que sea, la creación de Shakspeare no consiste en la trama, ni mucho ménos en el desenlace: consiste en el carácter del héroe, triste, pero admirable estudio psicológico de la transformación social y moral del siglo XVI.

## 6.º

*Analogía con HAMLET de algunos dramas anteriores.*

Todos los críticos de nota atribuyen por conjetura á Tomás Kyd, poeta dramático, que murió por los años de 1594,

(3) Publicada al frente del *Menaphon* de Roberto Greene, autor dramático de aquellos tiempos.

el *Hamlet* dramático anterior al de Shakspeare. Fúndase la conjetura en que Kyd es el autor de un drama titulado *La Tragedia española, ó Jerónimo*, en cuyo enredo y pensamiento se advierten singulares analogías con el drama de Shakspeare (1). Son tales, que juzgamos oportuno dar siquiera una idea brevísima del asunto.

Se hallan en guerra España y Portugal. El animoso campeón español Andrea, novio de Belimpería, sobrina del Rey de España, muere en un combate á manos de Baltasar, hijo del Rey de Portugal. Los españoles, sin embargo, mandados por el valiente general Jerónimo, alcanzan la victoria, y Horacio, hijo de Jerónimo, hace prisionero á Baltasar. Pero Lorenzo, hermano de Belimpería, se atribuye pérfidamente la hazaña de Horacio, por donde nace entre ellos enconada enemistad.

Todo esto se explica en un *Prólogo*, y aquí comienza la acción del drama.

Aparecen en la escena el espectro de Andrea, y la Venganza, personaje alegórico, que promete al espectro que la mano de su novia vengará su muerte. Sale después el Rey de España, y ante él se presentan Lorenzo y Horacio con el príncipe portugués Baltasar, reclamando á éste, cada uno por su parte, como prisionero suyo. El Rey sale del apuro conciliatoriamente, no negando la razón á ninguno de ellos, y dejando á Baltasar prisionero en su corte con los honores debidos á su alta jerarquía, para entablar con él de este modo tratos de paz. Baltasar requiere de amores á Belimpería, secundado por Lorenzo, el hermano de esta princesa; pero ella, lejos de dar oídos á las pretensiones del matador de su antiguo novio, da su corazón á Horacio, el amigo de Andrea.

Celebran una tarde los dos amantes una tierna entrevista. El traidor Lorenzo los sorprende acompañado de Baltasar. Sujetan á Horacio y le ahorcan de un árbol cercano. Belimpería es sepultada en estrecho calabozo. Logra desde allí dar noticia del crimen al padre de Horacio, Jerónimo, el cual, por una carta de uno de los culpados, que la casualidad había hecho caer en sus manos, se hallaba ya enterado del horrendo lance.

Jerónimo y Belimpería miran como deber sagrado el vengarse: aquél, de los asesinos de su hijo; ésta, del príncipe portugués, que sucesivamente ha dado muerte á sus dos amantes. Como es arduo el cumplimiento de tal designio, Jerónimo se finge loco, esperando que llegue ocasión oportuna para realizar la venganza. Sábese de allí á poco que el Rey de Portugal ha de venir á España, para concertar paces en persona. Prepáranse grandes festines á fin de recibir bizarramente al monarca lusitano, y Jerónimo, aunque, al parecer, con la razón turbada, dispone una representación teatral, en la cual deben tomar parte con él Belimpería, Baltasar y Lorenzo. Según la trama de este intermedio, *Perseda* (Belimpería) ha de dar muerte al sultán *Soliman* (Baltasar), y un bajá (Jerónimo) á un caballero (Lorenzo).

Estos homicidios se realizan en la escena: en vez de aparentar que hieren á sus víctimas, el General y la Princesa las matan verdaderamente á puñaladas. Sorprende á los espectadores tan excesiva verdad escénica, y entonces Jeró-

nimo les explica los justos motivos de aquella sangrienta catástrofe, y en seguida mata al padre de Lorenzo y se mata á sí propio.

Hay, como se ve, en *La Tragedia española*, del propio modo que en *Hamlet*, visión de espectro, premeditación de venganza, demencia fingida para realizarla, drama en el drama, desenlace violento, y en él lujo de sangre y muerte simultánea de inocentes y culpados.

En otro drama de aquellos tiempos, *Hoffman ó El Padre vengado*, escrito por Enrique Chettle, impresor de comedias y colaborador dramático de Shakspeare, hay también circunstancias análogas á algunas del *Hamlet*; entre ellas merece recordarse que la heroína se vuelve loca como Ofelia.

Este drama, famoso en pasados tiempos, y después olvidado, ha sido reimpresso en Londres el año de 1852.

## VI.

## LEYENDA PRIMITIVA DE HAMLET.

(Traducción de la relación latina de *Saxo-Grammaticus*.)

Por aquel tiempo Rorico (2) le dió por sucesores á Horvendilo y Fengo, cuyo padre Gervendilo había sido virey de Yutlanda. Durante un reinado de tres años, Horvendilo se granjeó tal renombre como pirata, que Colero, rey de Dinamarca, envidioso de su gloria, juzgó que para él sería mengua no eclipsar con proezas superiores á aquel famoso navegante. Recorrió el mar en busca de su armada, y al cabo dió con ella. Había en medio de aquel mar una isla, cuya amena ribera atrajo á ambos piratas con sus naves. La grata perspectiva indujo á los caudillos á internarse en la arboleda y en la maleza y á recorrer la selva, muy abundante en caza. Encontráronse en una de sus correrías Colero y Horvendilo, y esto dió margen á un reto. Horvendilo preguntó entonces al Rey qué especie de combate sería más de su agrado para poner término á aquella disensión, añadiendo que era preferible el menor número posible de campeones, y que no había medio más seguro para alcanzar la palma de la victoria que acudir á un combate singular, pues el valor verdadero prescinde de ajena ayuda.

Colero, cautivado por el valeroso lenguaje de su adversario, le contestó:

«No cabe en mí negarme á la propuesta que me haces; sólo requiere el brío de dos hombres, y evita toda incertidumbre. Así es, en verdad, como se logra el triunfo con mayor prontitud y aliento. En este punto concuerdan nuestros pensamientos. Mas el éxito es dudoso; hay que tener en cuenta los sentimientos humanos, y no nos cumple dejarnos llevar á tal punto de las impresiones del momento, que olvidemos los últimos deberes. Tregua al encono que enciende nuestro ánimo, para atender oportunamente á los fueros de la piedad. Si la discordia de nuestros corazones nos separa, nos avienen los derechos de la naturaleza, y comun conciencia nos liga, á despecho de la envidia que nuestras almas emponzoña. Dejémonos gobernar ahora por la piedad, y quede encargado el vencedor de las honras

(1) Fué impreso el drama *The Spanish Tragedy* en la famosa colección del antiguo teatro inglés de Dodsley. (*Collection of old English Plays*, t. III.)

(2) Décimo-octavo Rey de Dinamarca en la *Crónica de Saxo-Grammaticus*.

funerales del vencido. Así se satisface la obligación postrera de la humanidad, de la cual no se exime ningún hombre piadoso. Cumple á todo campeón rendir á su adversario tal homenaje cuando el odio se halla extinguido. La suerte pondrá fin á nuestra querrela, y los funerales apaciguarán nuestra animosidad. No quede rastro de crueldad entre nosotros, á pesar del resentimiento que en vida nos aparta, y respetemos nuestras cenizas. Gala será del vencedor hacer con pompa el duelo del vencido. Honrar los muertos granjea la voluntad de los vivos: todos tienen por noble acción otorgar á los difuntos cuanto á la dignidad humana es debido.

»Heridas graves nos afligen á veces con males no ménos lamentables. Un adalid pierde uno de sus miembros y conserva el soplo de la vida: justo creo, en tal caso, guardarle miramientos, del propio modo que cuando ha espirado. Semejante contratiempo es considerado como más desastroso que el trance postrero. La muerte nos libra de la memoria de nuestros males: el vivo no puede olvidar la ruina de su propio cuerpo. Hay que dar alivio á tamaña desgracia. Convegamos en que aquel que hiera al otro, ha de darle, como indemnización, diez libras de oro. Debemos compalecer los males ajenos; pero es más natural todavía que nos apiademos de los males propios. Nadie debe prescindir de sí mismo, y quien lo hace se hiere como con mano parricida.»

Hecha recíprocamente la promesa, trabaron el combate, pues ni lo casual del encuentro, ni los apacibles encantos de aquel paraje, fueron parte á evitar que desnudasen los aceros. Llevado Hordenvilo de su ardimiento, más pensaba en atacar que en defenderse: arrojó la adarga y empuñó la espada con ambas manos. El éxito coronó su arrojó. Derribó á Colero, exánime, después de haberle roto su escudo con redoblados golpes y de haberle cortado un pié (1).

No olvidó lo convenido. Con régia grandeza erigió en honor del vencido una suntuosa tumba, y celebró sus funerales con pompa extraordinaria. Poco tiempo después atacó y mató á Sela, hermana de Colero, la cual tomaba parte en las empresas de los piratas (2) y estaba acostumbrada á batallar.

Después de tres años de guerreras hazañas, Hordenvilo ofreció á Rorico escogido y rico botín, con el fin de granjearse el primer lugar en su voluntad. Logró, en efecto, su favor y obtuvo la mano de su hija Geruta. De esta unión nació Amleto.

En vista de tamaña ventura, Fengo, enardecido por la envidia, formó el propósito de tender lazos á su hermano. Ni el hombre más esforzado está al abrigo de la perfidia de sus más cercanos parientes. Hallando ocasión para el parricidio (3), sació con sangre el ánsia funesta de su corazón.

(1) En el *Hamlet* de Shakspeare hay una alusión á este combate. Dice Horatio, ante la aparición del Rey:

*Such was the very armour he had on,  
When he the ambitious Norway combated.*

Acto I, esc. I.

(2) Claro es que á los *piratas* de la Crónica de Saxo no puede atribuirse la significación vulgar que tiene en nuestro tiempo. Eran aquellos formidables guerreros normandos reyes del mar, que imponían tributos á Inglaterra, y donde quiera aterraban las costas y los mares.

(3) Saxo dice *parricidio*, acaso porque Hordenvilo era su hermano mayor y su Rey.

Fengo añadió al asesinato el incesto, apoderándose de la esposa de su hermano, á quien había degollado. El que se ha engolfado en la sangre no se para ante nuevas maldades. Un crimen lleva á otro crimen. A fin de disculpar sus atrocidades con las apariencias de un motivo laudable, acudió á la más osada arteria, cohonestando el parricidio con el nombre de una acción honrada. Afirmó que había dado muerte á su hermano con el único fin de librar á Geruta, dechado de humildad y dulzura, é incapaz de dañar á nadie, de las violencias de su esposo, que profundamente la aborrecía. Coronó el éxito de su abominable empresa, porque la mentira fácilmente es bien recibida entre los magnates, donde los truhanes suelen hallar favor, y los calumniadores honra. Por donde Fengo no titubeó en entregar su parricida mano á torpes caricias, dando remate á su doble impiedad con un nuevo crimen.

Temeroso Amleto, después de tales actos, de parecer peligroso á su tío si obrase como un sér dotado de razón, aparentó haber perdido el seso; fingióse bobo, y con tal traza ocultó sus prendas naturales, atendiendo á su salvación. A vista de su madre se revolcaba todos los días en sitios asquerosos, poniéndose sucio y repugnante. La descomposición y el desaseo de su rostro le daban el aspecto de un loco estafalario. Sus palabras denotaban delirio, y sus acciones carencia de entendimiento. En suma, no parecía un sér humano, sino un monstruo, que en su vil condición se gozaba. Colocábase á veces en cuclillas junto al hogar, removiendo la ceniza con las manos, y entretenido en labrar estacas que endurecía al fuego, uniéndolas después con garfios que colocaba en los cabos, para darles mayor consistencia. Cuando le preguntaban cuál era su objeto, contestaba que hacía agudos dardos para vengar la muerte de su padre. Esta contestación provocó grandemente á risa y fué escuchada con desprecio. Más adelante, sin embargo, aquella obra de las estacas le fué muy provechosa en su empresa. No faltaban gentes de más delicado discernimiento, que, en vista de aquella tarea, concibieron la primera sospecha de que allí había alguna sutileza escondida. Por sencilla que fuese la obra, revelaba cierto instinto de artifice, y no era dable creer en la enajenación mental de quien con tanto afán ejercitaba la mano en aquel oficio. Además de esto, iba Amleto guardando cuidadosamente todos aquellos palos endurecidos al fuego. Persuadidos de que había en todo aquello una astucia encaminada á disimular profundas intenciones del corazón, algunos cortesanos imaginaban que tras de aquella supuesta flaqueza del entendimiento se columbraba la cordura de un alma sana. Pensaban, pues, que el medio más eficaz para poner en claro la sagacidad de Amleto sería proporcionarle, en paraje lejano, el encuentro de una mujer de singular belleza, que encendiese en sus sentidos los deseos del deleite. El súbito arranque de la naturaleza le impediría persistir en el disimulo; la astucia no podría sobreponerse á un impulso tan poderoso, y el Príncipe mancebo olvidaría su fingimiento, arrastrado por un incentivo irresistible. Escogieron personas que acompañasen á Amleto en una excursión á caballo hácia la parte más distante de la selva, donde debía verificarse la tentación proyectada. Por casualidad era una de ellas un hermano de leche de Amleto, que no había olvidado el afecto que los unía en la edad temprana; y más enamorado de lo pa-



sado que de lo presente, formó el leal propósito de advertir á su amigo de la intencion engañosa de los cortesanos que le rodeaban. Habia comprendido el riesgo á que Amleto quedaria expuesto si llegaba á manifestar el menor destello de cordura ó se rendia al embeleso del amor. Amleto, por su parte, no estaba desprevenido. Cuando le mandaron que montase á caballo, se colocó de espaldas á las crines y mirando á la cola, la cual agarró como para que le sirviese de brida. Con la ingeniosa traza desbarató en aquel punto la trama de su tio, evitando caer en el lazo. Fué irrisorio el espectáculo cuando el caballo echó á andar guiado por la cola.

Ya en camino, Amleto encontró un lobo en la espesura. Dijéronle sus compañeros que era un potro, y él replicó que Fengo tenia en su caballería pocos animales de tal ralea, haciendo así, en forma donairosa, una alusion maligna á la situacion de su tio (1). Discreta pareció esta réplica, y él añadió que deliberadamente se habia expresado en aquellos términos, para no ser motejado de embustero; pues, deseoso de ser tenido por enemigo del engaño, confundia en sus palabras lo verdadero con lo fingido, á fin de que no faltase la verdad en ellas, y que al propio tiempo la ingenuidad no frustrase la sutileza.

Caminando á orillas del mar, hallaron sus compañeros el timon de una nave que habia naufragado, y exclamaron que era un cuchillo de desmesurado tamaño. Amleto dijo que serviria para cortar inmensos perniles, indicando así la inmensidad del mar. Cuando en las dunas le enseñaron la arena, dándola por harina, dijo que habia sido molida por las espumosas ondas del mar. Al aplaudir sus compañeros esta réplica, él les afirmó que lo habia hecho con todo su sentido.

Dejáronle al cabo solo, para que procediese con entera libertad, y á poco encontró á una doncella que su tio habia hecho colocar en un lugar distante. Acaso se habia dejado llevar de sus naturales impulsos, si su hermano de leche, por medio de una señal secreta, no le hubiera infundido recelos de las asechanzas de que era blanco. Pensando en el modo de darle un consejo reservado y de contener los peligrosos ímpetus sensuales de la juventud, ocurrió al hermano de leche sujetar una pajita en la extremidad de un tábano. Al punto encaminó al insecto hácia el sitio donde Amleto se hallaba, prestándole con esta advertencia un favor insigne, pues la señal fué comprendida con la misma perspicacia que la habia sugerido. En cuanto atisbó Amleto el tábano que llevaba la paja, entendió que era misterioso aviso de una traicion, de la cual era forzoso precaverse. Alarmado y cauteloso, llevó consigo á la doncella á un sitio distante, pantanoso y casi inaccesible, á fin de poder gozar de sus caricias con absoluta seguridad. Logrado su objeto, rogó con vivo encarecimiento á la jóven que á nadie revelase lo que habia acontecido. Ella y Amleto habian sido criados en su infancia por unas mismas personas. La costumbre de vivir juntos habia inspirado á la niña aficion al Príncipe: así es que la promesa por éste requerida fué fácil y sinceramente otorgada.

De vuelta al palacio, todos le preguntaron, en són de

(1) Conjetura Hettmüller que el sentido de estas palabras es que Fengo tiene pocos soldados tan arrojados como el lobo.

burlas, si habia gozado con la niña de los deleites del amor. Respondió afirmativamente. Hiciéronle otras preguntas acerca del sitio y la manera, y dijo que habian descansado sobre el casco de una acémila, sobre la cresta de un gallo y sobre un tejado, porque al marchar con la mujer habia recogido fragmentos de aquellas cosas á fin de evitar la mentira. Tan extraña contestacion hizo reir á todos los presentes, aunque la broma del Príncipe en nada alteraba los hechos. Preguntaron entónces á la jóven, y ella aseguró que nada de aquello habia ocurrido. Creyéronla con tanta mayor facilidad cuanto que los que acompañaron á Amleto nada habian advertido.

El que habia prevenido del riesgo al Príncipe por medio del tábano, deseoso de manifestarle que su astucia le habia salvado, dijo que poco ántes habia tenido de él especial cuidado. Amleto contestó con igual discrecion. Para demostrar á su amigo que le habia entendido, refirió haber visto un pajero, sostenido con alas, bajar repentinamente con una paja sujeta en la parte posterior del cuerpo. Esta respuesta, que causó risa á los demas, dejó á dicho amigo muy complacido de su cordura.

Evitados aquellos lazos, sin que se lograra descubrir el misterio de las facultades intelectuales de Amleto, un amigo de Fengo, más presuntuoso que hábil, fué de dictámenes que no era fácil coger desprevenida, con trazas vulgares, la extremada sagacidad del ingenio del Príncipe, y que con medios ordinarios y sencillos sería en balde poner á prueba su obstinada y singular astucia. Añadió que le habia ocurrido un plan por todo extremo ingenioso, el cual, sin ofrecer inconveniente alguno, daria desde luego el resultado que el Rey apetecia. Con pretexto de negocios graves, se ausentaria Fengo durante algun tiempo. Entónces se encerraria á Amleto con su madre, y sin que ellos lo supiesen, se esconderia una persona en algun sitio recóndito de la habitacion (2), á fin de escuchar todas sus conversaciones. Si el hijo estaba en uso de razon, no titubearia en declararlo á su madre, pues no podia abrigar desconfianza alguna de la mujer á quien debia la vida.

Brindóse para el oficio de espía el mismo que daba este consejo, mostrándose tan oficioso en sugerir el plan como en llevarlo á cabo. Cautivó á Fengo la idea, y partió, pretextando un largo viaje. El consejero se introdujo cautelosamente en la cámara donde Amleto se hallaba encerrado con su madre, y para mejor ocultarse, se metió debajo de una cama de paja (3). Amleto, temeroso de que álguien le escuchase, supo preservarse de aquel ardid acudiendo á sus extravagancias de loco. Empezó á cantar cual los gallos al despertar; sacudió los brazos á guisa de alas, y saltó encima de la paja, donde se puso á bailar, haciendo contorsiones con el cuerpo para cerciorarse de si habia allí algo escondido. Sintiendo cierta mole bajo las plantas, registró con la espada el sitio donde estaba, y habiendo sacado al espía, le dió muerte (4). Cortó el cuerpo en pedazos, los hizo hervir en agua y los echó en el muladar, á la vista de

(2) Dice el texto de Saxo: .....*qui ambobus insciis in obscura aedis parte consisteret.*

(3) «*Submissusque stramento delituit.*»

(4) «*Consenso stramento corpus crebris saltibus librare cepit, si quid illic clausum delitesceret, experturus. At ubi subjectam pedibus molem persensit ferro locum rimatus suppositum confodit, egestumque latebra trucidabit.*»

unos cerdos, que hallaron sabroso alimento en aquellos tristes despojos. Libre así de la pasada asechanza, volvió á la cámara de la Reina.

Cuando Geruta empezó á deplorar la violenta demencia que acababa de desplegar su hijo, éste le dijo: «Tú, la más vil de las mujeres, ¿por qué intentas ocultar el más execrable de los delitos bajo la falsa apariencia de tus lamentaciones? ¡Tú, que, cual prostituta, has aceptado un horrendo y criminal enlace, entregándote con incestuoso afecto al asesino de tu esposo! ¡Tú, que halagas con vergonzosas caricias al que ha dado muerte al padre de tu hijo! Así se juntan las yeguas á los vencedores de sus machos.

»Propio es de animales unirse de tal modo donde quiera que les aguija su apetito. A ejemplo suyo, has arrancado de tu corazón la memoria de tu primer esposo. Con fundado motivo estoy fingiendo la locura. No hay duda que quien asesinó á su hermano, haría igualmente al hijo de éste blanco de su sangriento encono. Para dar alguna garantía á mi seguridad, más vale parecer demente que entendido. Pero el ansia de vengar á mi padre no muere en mi corazón: estoy en acecho de la ocasión, y espero que me ayuden las circunstancias. No sale todo bien siempre y donde quiera. Contra un alma cruel y torcida hay que valerse de la astucia. Á tí mal te cuadra condolerte de mi demencia; mejor te estaría llorar tu propia mengua. Por lo demás, fuerza será que calles.»

Destrozando Amleto con tales reconvenciones el corazón de su madre, despertó en ella el sentimiento de la virtud, y la indujo á anteponer á la liviandad presente el recuerdo de su amor primero. Fengo, á su regreso, buscó solícito á su confidente, y como nadie le había visto, preguntó por broma á Amleto si tenía noticia de su paradero. Contó el Príncipe que, habiendo ido aquel hombre á la letrina demasiado repleto de alimentos, había caído dentro, y que allí, por no poder levantarse, lo habían devorado los cerdos. Los presentes tomaron como de un loco aquella contestación verídica. Fengo, no obstante, recelaba sin tregua de los engaños de su hijastro, y habría querido deshacerse de él. Mas le contenían miramientos al abuelo Rorico y á su propia esposa. Resolvió valerse para ello del Rey de Britania ó Bretaña, salvando así las apariencias con el empleo de mano extraña. Prefería esconder su fiereza, haciendo recaer en un amigo la responsabilidad de su crimen.

Amleto, al marchar, rogó reservadamente á su madre que mandase cubrir con muy dobles y tupidos paños el salón de los banquetes, y que, trascurrido un año, hiciese celebrar en él sus funerales, prometiéndole volver para aquella época. Partieron con él dos hombres de la servidumbre de Fengo, á quienes confió éste una carta grabada en madera, modo usual de escribir en aquel tiempo. En la carta Fengo prevenía al Rey que diese muerte al Príncipe. Pero entró él en sus camarotes mientras dormían, leyó las tablas, raspó lo escrito, y cambiando los términos, puso en lugar de su nombre el de sus compañeros. No satisfecho con haber eludido el peligro, apartando de sí la funesta sentencia, añadió, en nombre de Fengo, una falsa demanda de la mano de la hija del Rey para el virtuoso mancebo que le enviaba.

En cuanto desembarcaron en Bretaña, pasaron los enviados á presentarse al Rey, y le entregaron la carta, que cerraba su propia sentencia, cuando la juzgaban instru-

mento de muerte para otro. Disimuló el Rey, y los acogió con la más urbana hospitalidad.

Amleto, en el regio banquete, manifestó desvío á todos los manjares, como si fueran vulgar sustento. Todos se asombraron al ver que el Príncipe extranjero se abstenía de todas las bebidas y de todos los esmerados platos de la mesa Real, como si aquel festín ostentoso fuese un obsequio mal escogido. Cuando, terminado el banquete, se despidieron los huéspedes, retirándose á sus habitaciones para pasar la noche, dispuso el Rey que se escondiese en ellas una persona que pudiese escuchar sus pláticas. Los que acompañaban á Amleto le preguntaron por qué se había abstenido en la comida como si temiese ser envenenado. Contestó que el pan sabía á sangre y la bebida á hierro, y que los manjares de carne olian como los cadáveres y recordaban los cementerios. Añadió que el Rey tenía mirada de siervo, y que la Reina, en tres ocasiones, había mostrado modales de criada. Los del séquito del Príncipe atribuyeron á extravío mental la áspera censura que hacía, no sólo de la comida, sino de los que la habían dado, y se burlaron de su atolondramiento. Dijéronle que hacía mal en ofender con descortesías palabras á un Rey esclarecido y á una dama de tan nobles costumbres, y que había correspondido mal á su cordial hospitalidad.

Enterado de todo el Rey por su confidente, quedó persuadido de que quien había proferido tales razones no era un mortal como los demás. Sólo cabía en un sabio ó un loco encerrar así en tan pocas palabras intuición tan profunda. Llamó á su presencia, para pedirle informes, al mayordomo que había proporcionado el pan; el mayordomo transfirió el asunto al panadero de la Casa Real, el cual fué igualmente llamado. Preguntóle el Rey de qué terreno procedía el trigo que había producido la harina, y si había en él vestigios de hombres muertos. Contó el panadero que aquel terreno había sido campo de batalla, que estaba lleno de huesos humanos, evidentes indicios de una gran matanza, y que en él habían hecho la siembra con la esperanza de abundante cosecha, sin imaginar que el trigo pudiese tomar mal sabor. Esta explicación hizo comprender al Rey que tenía fundamento lo que Amleto había dicho, y preguntó de dónde provenía el tocino. Le informaron de que, habiéndose escapado un día los cerdos por descuido del porquero, comieron hasta la saciedad del cadáver podrido de un ladrón, de modo que pudo inficionarlos la carne corrompida. Viendo el Rey que también en esto había acertado Amleto, preguntó con qué líquido habían compuesto la bebida. Cuando supo que era una mezcla de cebada y agua, mandó cavar el pozo. Hallaron en el fondo espadas corroidas por el orín, que habían debido comunicar al agua un gusto desabrido. No faltó quien explicase el mal sabor de la bebida por la circunstancia de que, al sacarla, se encontraron abejas que se habían alimentado en el abdomen de un muerto: tal vez la peste que transmitieron á sus panales había pasado al líquido (1).

Al ver el Rey que la censura del festín no era infundada, pensó que su mirada, que había sido tachada de traidora, podría emanar de impureza de raza. Se avistó secretamente

(1) Algunos traductores juzgan, no sin motivo, algo confuso este pasaje. Uno de ellos conjetura que la bebida era hidromel hecho con miel alterada.

con su madre, y le preguntó quién era su verdadero padre. Contestó ella que sólo con el Rey, su esposo, había tenido amorosas conexiones. Amenazóla su hijo con la tortura, y logró de este modo la confesion de su ilegítimo nacimiento. Su padre era un esclavo. Mortificóle en gran manera esta revelacion afrentosa; pero no pudo ménos de admirar la perspicacia del jóven. Preguntóle por qué causa había ajado á la Reina atribuyéndole modales de criada, y á fuerza de darse por resentido del desfavorable juicio que el Príncipe extranjero había formado de su esposa, acabó por saber que era ésta de servil ralea. Amleto le dijo que había notado tres veces en la Reina actos de criada: se había cubierto la cabeza con un manton; se había recogido el vestido al andar, y por último, había mascado un mondadientes de madera. Fuera de esto, recordaba el Rey que la madre de la Reina, á consecuencia de haber caído prisionera, había sido esclava, por donde su hija, así en modales como en origen, era de condicion servil.

Convencido de que Amleto estaba dotado de ingenio casi divino, le otorgó la mano de su hija. Cuanto decia Amleto le parecia fruto de inspiracion sobrehumana. Á fin de dar cumplimiento al encargo de su amigo, mandó ahorcar, al dia siguiente, á los compañeros del Príncipe. Aparentó Amleto ofenderse de lo que le complacia, y el Rey, para desagraciarle, le dió una pepita de oro. Amleto hizo fundir el oro, y le escondió en dos varales huecos.

Al cabo de un año, se despidió y regresó á su país, sin llevar de toda aquella régia opulencia más que las dos varas rellenas de oro. Al llegar á Yutlanda, dejando su porte de los últimos tiempos, volvió á sus antiguas apariencias de desaseo y á los estrafalarios ademanes que le habían sido tan provechosos.

Habíase divulgado la falsa noticia de su muerte, y cuando se presentó de improviso, cubierto de harapos, en el salon donde se celebraba el banquete de sus funerales, quedaron todos consternados. Pero pasada la sorpresa, al terror sucedió la risa, y los circunstantes señalaban con mofa á aquel cuyo duelo estaban haciendo. Preguntáronle por sus compañeros, y enseñó como tales los dos varales. Aquí está uno, dijo; aquí está el otro. No es fácil determinar lo que predominaba en estas palabras, si la verdad ó la burla. Si bien la contestacion parecia desvario, no se desviaba mucho de los hechos, pues presentaba en lugar de los hombres la indemnizacion por ellos recibida. Colocóse entónces entre los escanciadores, y para aumentar el regocijo de los convidados, se esmeraba en servirles la bebida. Molestábale al andar la excesiva anchura de su ropa, y para recogerla, se ciñó una espada, la desenvainó, y adrede se hirió los dedos con el filo. Al verlo, los que estaban cerca sujetaron la hoja á la vaina por medio de un clavo. Para realizar con más seguridad sus propósitos, Amleto llenaba sin descanso las copas de los próceres convidados. Todos se rindieron al vino: ya no podian moverse, y quedaron postrados en el regio salon, que les sirvió de cama despues del banquete.

Habian caido en las redes de Amleto, y viendo éste que era propicia la ocasion para dar cima á sus designios, sacó del escondite en que se hallaban las estacas que había preparado, y volvió al palacio, donde los magnates se revolcaban en el suelo, dominados por la embriaguez y el sue-

ño. Arrancando en seguida á viva fuerza las varas de hierro que sostenian los tapices colocados por su madre en las paredes del salon, los hizo caer sobre los durmientes, y los sujetó de tal manera con intrincados nudos, valiéndose de las estacas con ganchos, que ni uno solo de los que se hallaban debajo, por más esfuerzos que hicieron, pudo levantarse. Al punto prendió fuego al edificio, y un voraz incendio, rápidamente propagado por todas partes, abrasó á los convidados, que dormian ó en balde pugnaban por levantarse. Sin demora se encaminó Amleto á la cámara de Fengo, á quien ántes habían acostado personas de su servidumbre; cogió su espada, que por casualidad estaba colgada junto á su lecho, y la reemplazó con la suya propia. Despertó entónces á su tio, y despues de participarle que los magnates habían perecido en el fuego, «aquí está Amleto, le dijo, poderoso con la ayuda de sus ganchos de otro tiempo, y ansioso de exigir el justo castigo por el asesinato de su padre.» Al oír estas palabras, Fengo saltó del lecho y fué muerto, miéntras infructuosamente intentaba, á falta de la suya, desenvainar la espada de Amleto (1).

Tal fué aquel animoso Príncipe, digno de eterno aplauso, que se defendió cuerdamente, escondiendo con la ficcion de la demencia un entendimiento superior á la índole humana. Así, no solamente preservó su vida de perversas asechanzas, sino que logró tomar venganza, preparada de un modo peregrino, del asesinato de su padre. Hábil guardador de sí mismo, brioso vengador de su sangre, no se sabe qué admirar más en él, si el valor ó la cordura.

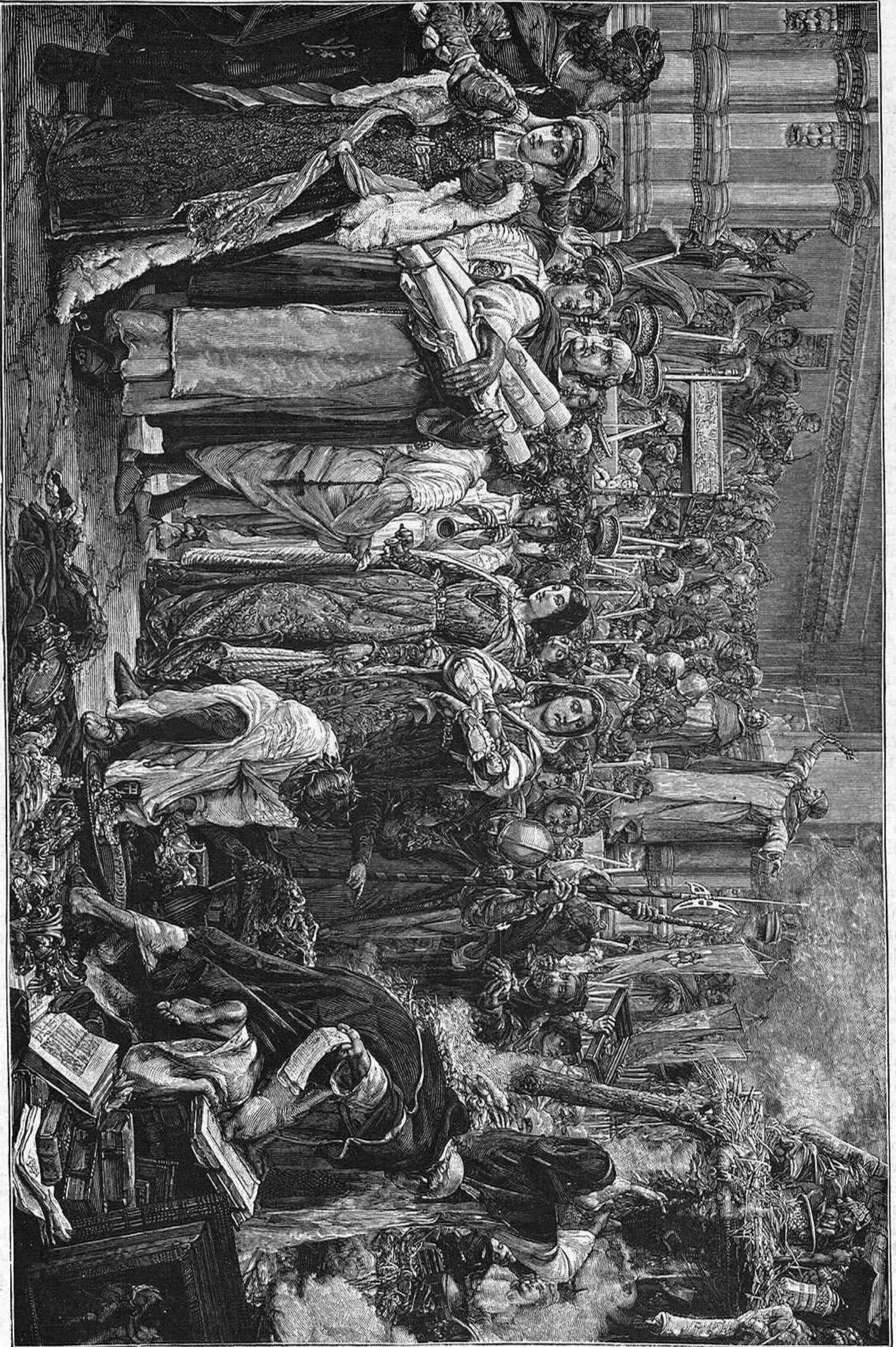
Aquí acaba el tercer libro. Comienza el cuarto. (*Historias de los Reyes y Héros de Dinamarca*, de Saxo-Grammaticus, fóllo 30.)

Amleto, despues de satisfecha su venganza, andaba temeroso de someter su triunfo al fallo inseguro de la multitud. Juzgó prudente guardar reserva hasta ver el rumbo que tomaba la plebe, escasa de discernimiento. Las gentes de las cercanías, que habían divisado el incendio nocturno, acudieron temprano para enterarse de la causa, y hallaron el alcázar del Rey convertido en escombros. Registraron las ruinas, calientes todavía, y sólo descubrieron informes restos de los cadáveres abrasados. Todo había sido devorado por las llamas inexorables, y no quedaba rastro por donde hubiera podido columbrarse la causa de tamaño desastre. Encontróse también, entre los vestigios sangrientos, el cadáver de Fengo, traspasado por el acero. Unos sintieron indignacion; otros, tristeza; otros, secreta alegría. Quién deploraba la muerte del caudillo, quién se complacia en la desaparicion del tirano parricida. La muerte violenta del Rey causó diversas impresiones. La pacífica actitud del pueblo animó á Amleto á salir del paraje donde se hallaba oculto. Reunió desde luego á algunos que le habían manifestado constante adhesion, y despues convocó una asamblea, á la cual habló de esta manera:

«Si aún os doleis del fin desventurado de Hordenvilo, si respetais la lealtad de los súbditos y la piedad de los hijos, no habeis de conmoveos ahora por la calamidad de que han sido víctimas vuestros señores. Aquí no se presenta á vuestros ojos la muerte de un Príncipe, sino la de un parricida.»

(1) Como recordará el lector, los cortesanos habían sujetado esta espada á la vaina con una clavija.

BELLAS ARTES.



LOS CIUDADANOS DE FLORENCIA QUEMANDO SUS RIQUEZAS A LA VOZ DE SAVONAROLA (SIGLO XV).—CUADRO DEL PINTOR INGLÉS TOPHAM.

cida. Más digno de conmiseracion era aquel monarca asesinado por el más atroz de los malvados, que no merecia el nombre de hermano. Todos habeis contemplado con lágrimas los miembros ensangrentados de Hordenvilo, su cuerpo cubierto de heridas. Este odioso verdugo obró así (es indudable) para privar á la nacion de sus fueros; de tal manera, que de un solo golpe dió á él la muerte y á vosotros la esclavitud. ¿Quién ha de ser tan desatentado que prefiera la crueldad de Fengo á la venerable memoria de Hordenvilo? Recordad con cuánto amor mi padre os atendia, cómo respetaba vuestros derechos, cómo os colmaba de bondades. Pensad en la pérdida del más benévolo de los señores y del más justo de los padres, reemplazado por un tirano, muerto por un asesino: volved los ojos á vuestras franquicias desconocidas y violadas, á vuestro país manchado por crímenes, al yugo que abrumba vuestros hombros. Mas ya llegó el término de tantos males. El delincuente cayó al peso de sus propios delitos; el parricida recibió el castigo de sus iniquidades. ¿Qué hombre cuerdo ha de preferir el daño al beneficio? ¿A qué alma, dueña de sí misma, le pesaria ver caer la sangre sobre la cabeza del que la ha derramado? ¿Quién se afligiria por la ruina del más sanguinario de los verdugos? ¿Quién lamentaria la caída del más despiadado de los tiranos?

» Yo, que ante vosotros me presento, soy autor de cuanto ha acontecido. Me declaro vengador de mi padre y de mi patria. He hecho solo lo que hubiéramos debido hacer juntos. Nadie me ha dado auxilio en semejante empresa, nadie me ha ayudado á llevarla á glorioso remate. No ignoro, sin embargo, que no me habriais negado generoso apoyo, si os le hubiese pedido en nombre de la fidelidad debida á vuestro legítimo Príncipe; pero no he querido exponeros á riesgo alguno para castigar á los malvados, ni echar sobre vuestros hombros una carga que bastaban á llevar los míos. No he quemado, como los demas, el cuerpo de Fengo, á fin de que, entregándolo á las llamas, podais saciar en él vuestra justa venganza. No os detengais: levantad la hoguera, quemad ese cuerpo maldito, esparcid las cenizas del malvado, arrojad al viento esos restos odiosos: ¡ni urna ni sepulcro encierren los vestigios impíos de sus huesos! No quede rastro alguno del parricida. No descansen sus miembros en la tierra, ni contagien lugar alguno. No se manchen el mar ni la tierra dando abrigo á este cuerpo vil.

» Lo demas ya lo he hecho. Sólo os queda cumplir este último deber piadoso. Esos son los funerales que merece el tirano: ese es el duelo debido al parricida. No debe conservar la nacion los restos de quien le impuso dura servidumbre. En fin, ¿qué necesidad tengo de recordaros las penalidades que he sufrido, mis grandes cuitas y las desventuras, que conoceis mejor que yo mismo? Años enteros he pasado en la angustia, amenazado de muerte por mi padrastro, despreciado por mi madre, escarnecido por mis amigos: mi vida ha sido un infortunio sin tregua, una serie de sobresaltos y peligros. En una palabra, he vivido abismado en horrenda calamidad. Las quejas íntimas, con que á veces deplorábais mi locura como obstáculo al castigo del parricidio, eran para mí testimonio secreto de vuestra simpatía, y ademas, claro indicio de que no habia salido de vuestro ánimo la sagrada memoria de la afrentosa pérdida de vuestro Rey. ¿Quién habria podido tener el alma tan dura y el

corazon tan empedernido, que no se compadeciese de mis penas, ni se conmoviese ante el espectáculo de mi infortunio? Vosotros no habeis manchado vuestras manos con la sangre de Hordenvilo, y no podeis menos de apiadaros de este desventurado, que se ha criado entre vosotros. Tened asimismo lástima de mi afligida madre, de vuestra antigua Reina, libre ya de la vergonzosa obligacion, carga harto pesada para los flacos hombros de una mujer, de amar al hermano y al asesino de su esposo.

» Ya veis las circunstancias que me han obligado, para dar cima á mi venganza, á envilecer mi inteligencia dándome trazas de bobo, á esconder la luz de la razon, á aparentar demencia. Juzgad ahora del acierto y eficacia de los medios empleados para lograr mi objeto. Me complazco en que seais los jueces de mi empresa. Hollad los restos del parricida, ensañaos con las cenizas de quien ha degradado á la esposa de su hermano inmolado, cometido todos los delitos, causado tantos desastres, puesto la traidora mano en su legítimo soberano, introducido la odiosa tiranía y coronado con el incesto el parricidio. Llegó el momento de que deis vuestro amparo á quien ha sido ministro de la venganza y ejecutor de tan justo castigo. Prestadme ayuda y devolvedme mis derechos. He preservado de la mengua á la nacion, he salvado de la infamia á mi madre, he acabado con la opresion, he sido juez del parricida, he evitado, volviéndolos en contra suya, los mortíferos é interminables ardides de mi tío. Yo padecia con los atentados cometidos contra mi patria y contra mi padre. He aniquilado al que tendia sobre vosotros su cetro de hierro, y ejercia mayor autoridad que la que conviene al hombre.

» Reconoced estos beneficios y el ingenio que los ha inspirado, y si la he merecido, otorgadme la potestad suprema. Recibidme cual cumple al autor de bien tamaño, como al sucesor de mi padre, que llega á vosotros no manchado con sangre generosa, sino como legítimo heredero del trono, como vengador leal del crimen cometido contra mi padre. Me debeis el bien de vuestra libertad recobrada, de vuestra cadena y vuestro yugo hechos pedazos. He puesto fin á un reinado afrentoso y á un poder tiránico: os he librado de la esclavitud, os he vuelto á vuestro verdadero ser, os he restituido vuestra dignidad y vuestra gloria, he destruido al tirano, he triunfado del verdugo. En vuestras manos está el premio: ya conoceis mis merecimientos: mi título al galardón es mi valor.»

Esta oracion del brioso mancebo cautivó todas las voluntades é hizo derramar lágrimas. Calmada la primera impresion dolorosa, fué Amleto declarado Rey por aclamacion universal. Todos cifraban sus esperanzas en el claro entendimiento de un Príncipe que habia sabido cubrir con un tupido velo su difícil empresa y llevarla á feliz término con incomparable entereza. De admirar es, en efecto, que durante tan largo espacio lograrse esconder á todos sus misteriosos designios.

Despues de su triunfo en Dinamarca, volvió Amleto á Bretaña, con tres bajeles espléndidamente equipados, para volver á ver á su suegro y á su esposa. Llevaba consigo la flor y nata de la juventud dinamarquesa, bien adiestrada en las armas y llena de gentileza y gallardía; que si en otro tiempo afectaba menesterosa y sórdida traza, ahora ostentaba pompa y magnificencia. Era ántes dado á la pobreza;

ahora hacía alarde de elegancia y de bizarría. Hizo pintar en su escudo todos sus actos gloriosos, desde su primera juventud (1). Diestro pincel había representado en él las principales escenas de sus desventuras y de su animosa constancia. Allí se veían: Hordenvilo asesinado; Fengo, parricida incestuoso, tío criminal; el sobrino, blanco de la irrisión de los cortesanos; las estacas con sus ganchos; los celos del padrastro; el disimulo del hijastro; los diferentes lances y pruebas; la mujer empleada en la tentación del paseo campestre; el lobo amenazador; el timon encontrado en la playa; la entrada en la selva; el tábano con la paja; el joven Amleto advertido del manejo insidioso, y sus caricias á la doncella, resguardado del acecho de los que le seguían. Representaba también el escudo la mansión Real; la entrevista del Príncipe con su madre; el espía descuartizado; los pedazos de su cadáver hervidos, arrojados al muladar y devorados por cerdos feroces. Veíase igualmente á Amleto descubriendo el secreto de los emisarios dormidos, y sustituyendo unas palabras á otras; rehusando con desdénosa grima los manjares y la bebida; observando la mirada del Rey y los vulgares modales de la Reina. Asimismo reproducían las figuras: los emisarios ahorcados; las bodas del Príncipe; su regreso á su patria; las varas rellenas de oro, presentadas á la corte dinamarquesa en lugar de aquellos emisarios; el Príncipe haciendo de escanciador; la espada desenvainada que le hiere los dedos; la hoja sujeta con una clavija; el aumento del regocijo y el tumulto del festín; los tapices echados sobre los dormidos y sujetos con nudos y ganchos; el incendio del palacio; los convidados abrasados; Amleto junto al lecho de Fengo, reemplazando la espada de éste con la suya inutilizada; por último, el Rey espirando á manos de su hijastro, que le hiere con su propia espada. Con arte primoroso había expresado un hábil pintor todos estos hechos en el escudo de guerra de Amleto, reproduciendo la narración con el dibujo, y realzando la obra con los matices del colorido. Los que acompañaban al nuevo Rey, para presentarse con más lucimiento, llevaban también escudos con adornos de oro.

Recibióles el Rey de Bretaña con afabilidad y ostentación. Preguntó, durante la comida, á Amleto si Fengo vivía prósperamente, y su yerno le dijo que aquel por cuyo bienestar se interesaba, había perecido á mano armada. Con vivo afán hizo nuevas preguntas, y se llenó su alma de espanto al saber que era Amleto autor de aquella muerte violenta.

Él y Fengo habían concertado que cualquiera de los dos que sobreviviese al otro, tomaría venganza de su muerte. Hallábase, pues, el Rey en la más penosa perplejidad. Movíanle, por una parte, la obligación en que estaba con respecto á su hija, y el afecto que á su yerno profesaba; por otra, la piadosa memoria de su amigo y el imperioso deber de cumplir su promesa y su juramento.

La fe jurada triunfó al cabo de los vínculos de la sangre, y á la alianza del parentesco se sobrepuso la obligación sa-

grada de vengar á su amigo. Grave delito le parecía, sin embargo, violar las leyes de la hospitalidad, y así juzgó lo más acertado valerse de mano ajena para el acto de la venganza, y esconder sus desafueros en el misterio y en las apariencias de la inocencia. Ocultó sus redes bajo el velo de urbanas atenciones, y la intención de dañar, con fingidas demostraciones de buena voluntad.

Habiendo fallecido recientemente la Reina, su esposa, dió á Amleto el encargo de negociar para él un nuevo enlace, manifestándole que el tino singular de que había dado tantas pruebas, era la razón que le había inducido á escogerle para misión tan escabrosa. Le refirió que la mujer cuya alianza le convenía, reinaba en Escocia y se negaba á toda propuesta de casamiento, no tan sólo por su pudor extraordinario, sino también porque, á causa de su altivo carácter, detestaba á tal punto el matrimonio, que hacía matar á cuantos llegaban á pedir su mano. Ni uno siquiera de sus muchos pretendientes se había librado del suplicio. No obstante el riesgo que tal embajada ofrecía, partió Amleto para llevarla á cabo, confiado en el valor de su gente y de la que le había dado el Rey. Ya en Escocia, estableció sus reales con avanzadas, no lejos de la residencia de la Reina, en una risueña pradera, junto al camino, que ofrecía pasto abundante á los caballos, y donde convidaba al descanso el dulce murmullo de un arroyo.

Enterada la Reina de la llegada de aquella gente forastera, envió, en guisa de reconocimiento, á diez donceles, que debían darle cabal noticia de su aspecto y de su actitud. Uno de ellos, que á los demás se aventajaba en arrojo y astucia, logró, esquivando los centinelas, llegar hasta el mismo Amleto, que dormía con la cabeza apoyada en su escudo. Con singular destreza, sin turbar el sueño del Príncipe ni de ningún otro de los hombres de la expedición, sacó suavemente el escudo, y lo presentó á su señora, no sólo como testimonio del éxito de su encargo, sino asimismo para que viese quién era el recién venido. Con la misma habilidad había sustraído, del sitio donde estaba guardada, la carta del Rey de Bretaña.

La Reina examinó el escudo: comprendió por los letreros de las pinturas su interesante significación, y supo de este modo que iba á ver al hombre de superior entendimiento, que había castigado en su tío al asesino de su padre. Enterada igualmente del contenido de las láminas de madera en que estaba consignada la demanda de su mano, borró todo lo escrito. Le inspiraba horror el enlace con un anciano, y lo deseaba con un joven. En lugar de lo borrado, escribió una carta, procedente, al parecer, del Rey de Bretaña y firmada con su nombre, en la cual solicitaba la mano de la Reina para el portador de la misiva. Deliberadamente mencionó ella en el escrito los hechos recordados en el escudo, por donde la carta y el escudo recibían en la apariencia mutua confirmación. Mandó después á los mismos que había enviado al reconocimiento de los forasteros, que volviesen á colocar en sus respectivos lugares el escudo y las láminas. Así aplicaba á Amleto el mismo engañoso ardid que éste había empleado en otro tiempo con respecto á los emisarios de Hordenvilo.

Mientras esto pasaba, Amleto había advertido la sustracción del escudo, y tenía los ojos cerrados fingiendo que dormía. Esperaba que intentase un nuevo ardid el autor del

(1) « *In clientelam quoque armis præstantem juventutem adiverat exquisito decoris genere cultam; ut sicut cuncta despicabili dudum habitu gesserat, ita nunc magnificis ad omnia paratibus uteretur, et quidquid olim paupertate tribuerat, ad luxuriæ impensam converteret. In scuto quoque sibi parari jusserat omnem operum suorum contextum ab ineuntis ætatis primordiis auspiciatus: exquisitis picturæ notis adumbrandum curavit.....* »

SAXO, Dan. Reg. Her. Historie.

ardid primero, por lo mismo que éste le había salido á medida de su deseo. Así aconteció, en efecto, por tal modo que lo que Amleto había perdido durante el sueño verdadero, lo recobró en el sueño fingido. No falló su prevision. Al acercarse cautelosamente el espía que iba á poner en su lugar escudo y láminas, alzóse aquél repentinamente, lo sujetó y lo hizo encadenar. En seguida despertó á las personas de su comitiva, y se encaminó al palacio de la Reina. Despues de saludarla en nombre de su suegro, le presentó las láminas escritas de éste, autorizadas con su sello. Las tomó la reina Hermethruda, y, despues de leerlas, aplaudió con lisonjeras palabras los ingeniosos actos de Amleto, declarando que había éste impuesto á Fengo un castigo merecido, y que al llevar á feliz término, con habilidad extraordinaria, su plan de venganza contra un asesino incestuoso, y cobrar legalmente el imperio de quien le tendia continuos lazos, había aventajado en sagacidad al vulgo de los mortales. Añadió que le causaba asombro que un príncipe, cuyo entendimiento le hacía subir á más alto nivel que los demas hombres, hubiese podido cometer el yerro de casarse del modo que lo había hecho, aceptando una alianza ruin y deslucida. De siervos era la raza de su esposa, aunque la fortuna la hubiese encumbrado hasta el trono. Un hombre cuerdo no habría debido poner la mira al contraer matrimonio en esplendor externo. Más acertada habría sido la eleccion buscando noble raza y esclarecida estirpe, sin dejarse cautivar por los hechizos de la hermosura, que son de índole pasajera y sólo sirven al halago de los sentidos.

« Hay una mujer, le dijo, cuya union te conviene porque su cuna es igual á la tuya. Es digno objeto de tu amor, no sólo por su ilustre progenie, sino por el alto lugar que ocupa, y porque ademas ninguna otra puede competir con ella en riqueza y descendencia Real. » A continuacion le hizo notar que ella era reina, y hasta rey en cuanto su sexo lo consentia; que aquel á quien ella juzgase merecedor de compartir su tálamo, subiría á su trono y sería rey; que un cetro cuadraba á su alianza, y á su alianza un cetro (1), y que no era de desdeñar oferta semejante de parte de una mujer que tenia por costumbre hacer que contestase el acero á los que pretendian su mano. Con tales razones intentaba Hermethruda atraer la voluntad de Amleto, inducirle á enlazarse con ella y á anteponer la estirpe á la hermosura.

Terminadas sus explicaciones, se echó la Reina en los brazos de Amleto, y embelesado él con las palabras de aquella mujer hermosa y jóven, correspondió con deleite á sus dulces caricias. Estas bodas (2) fueron celebradas con un banquete, al cual asistieron amigos y caudillos. Poco despues Amleto regresó á Bretaña acompañado de la bella Hermethruda y de una hueste de escoceses escogidos, capaz de arrostrar en su defensa los mayores riesgos.

Salió á su encuentro la hija del Rey, su verdadera esposa, la cual, si bien lamentaba el agravio que le hacia, prefiriendo á ella una concubina, juzgó que no debía sacrificar sus deberes conyugales al resentimiento de los celos. El amor no se había apagado todavía en su corazon, y no pudo

ménos de advertirle de los ardides que contra él se tramaban, á fin de que pudiese evitar el cercano peligro. Dijo « que llevaba en su seno una prenda de su ternura, y que esta razon era bastante para justificar los miramientos que le dispensaba. Si Amleto aborreció al corruptor de su madre, yo amaré á la amante de mi esposo. No habrá angustia que apacigüe, ni envidia que extinga el amor en que por tí me abraso, y no puedo dejar de revelarte las tramas que se urden contra tu persona, y las asechanzas que amenazan tu vida. Has convertido en provecho tuyo, por medio de una diestra substitucion, el mensaje que te confió tu suegro, y fuerza es que estés prevenido á defenderte de sus ataques. »

Mostró la Princesa en estas palabras que atendia más á los deberes de esposa que de hija. Llegó á la sazón el Rey de Bretaña, y para cubrir con capa de amistad los hostiles proyectos que meditaba, estrechó á su yerno en sus brazos, y le convidó á un banquete. Advertido ya de la perfidia, Amleto disimuló de la propia manera, y siguió al Rey, porque deseaba obrar derechamente en todo, y preferia á rehuir vergonzosamente el peligro, arrostrarlo con habilidad y prudencia. Pero tuvo cuidado de ponerse una cota debajo del traje y de llevar consigo doscientos ginetes escoceses. Cuando llegó á caballo, al entrar por la puerta, que estaba de par en par abierta, le dió el Rey una embestida, y le habría atravesado con la lanza si la cota de malla oculta no hubiera parado el golpe. Recibió Amleto, sin embargo, una leve herida, y se retiró al paraje donde, por orden suya, le esperaban los guerreros escoceses. En seguida, con ánimo de disculpar su traicion, envió al Rey aquel espía de la reina de Escocia á quien hizo prisionero, á fin de que presentase como excusa las órdenes de Hermethruda de sustraer furtivamente la misiva que á ella iba dirigida. Todo en balde. El Rey se apresuró á seguirle en su retirada, y desbarató la mayor parte de su gente. Al dia siguiente debia darse una batalla decisiva. No esperaba Amleto poder resistir, é imaginó aparentar que aumentaba el número de sus guerreros levantando á los muertos, cuyos cuerpos sostenia, una parte de ellos con estacas, otra apoyándolos en las rocas cercanas. Hizo tambien colocar á algunos sobre sus caballos con todas sus armas, cual si estuviesen vivos y dispuestos en orden para la batalla. La fila de los muertos no era ménos numerosa que el núcleo de los vivos. Estupendo espectáculo constituian, en verdad, los muertos llevados al combate y en ademan de pelear. No fué el tal artificio infructuoso para su autor. Las marciales figuras de los muertos, iluminadas por los esplendentes rayos del sol, tomaron la apariencia de una falange considerable. Por tal manera, vanos simulacros de difuntos reproducian el primitivo número de los soldados, y nadie podia presumir que el encuentro de la vispera hubiese mermado su gente. Los britanos, aterrizados con tal perspectiva, evitaron huyendo la batalla, vencidos por los difuntos á quienes en vida derrotaron (3). No es fácil determinar si en esta vic-

(3) Hé aquí los propios términos con que refiere Saxo esta curiosa leyenda :

« Quem rex avidius fugientem insequi non moratus, maiore copiarum parte privavit : ita ut Amlethus die postero salutem prælio defensurus ; desperatis admodum resistendi viribus ad augendam multitudinis speciem exanimis sociorum corpora, partim subjectis stipitibus fulta, partim propinquis

(1) Juego de palabras, que al parecer indica que sería conveniente unir dos cetros.

(2) ¡ Extrañas bodas !

toria tuvo mayor parte el ardid ó la suerte. El Rey intentó escaparse, pero fué muerto en la fuga por los dinamarqueses que le perseguían Amleto, triunfante y con el copioso botín que recogió en Britania, regresó á su patria, llevando consigo á ambas esposas.

Rorico habia muerto durante aquel tiempo. Le habia sucedido Vigleto, el cual despojó á la madre de Amleto de los tesoros de la corona, mortificándola con un sinnúmero de pretensiones, y censurando que Amleto hubiese usurpado el trono de Yutlanda, al cual sólo el rey Lethreo tenia derecho. Amleto desplegó gran cordura en aquella ocasion. Dió á Vigleto la mejor parte del botín, con objeto de satisfacer sus reclamaciones con tan ricas dádivas. Vigleto, no obstante, andando el tiempo le combatió con pretexto de vengarse, y aún le venció en la guerra, convertido de enemigo oculto en enemigo declarado. Desterró á Fialero, gobernador de Escania, el cual se retiró, segun cuentan, á un lugar desconocido que llaman Undensakre (1). Cuando Vigleto, apoyado por los guerreros de Ascania y de Selanda, provocó un rompimiento con Amleto, entró éste en gran perplejidad sobre si debía arrostrar la mengua ó el peligro. No ignoraba que resistiendo exponia la vida, y evitando la batalla caía en la infamia del cobarde. Despues de meditar acerca del asunto, preponderó en su ánimo el deseo de salvar su honra, y su ardiente amor á la gloria le decidió á aventurarse al riesgo de ser derrotado. No queria que el ruin intento de evitar los azares de la suerte anublase el esplendor de su renombre, y sabía que entre una muerte gloriosa y una vida sin honra media la misma distancia que entre la dignidad y la afrenta.

Fuera de esto, amaba con tal vehemencia á Hermethruda, que la idea de que quedase viuda le causaba sinsabor más amargo que la de su propia muerte; y así, ántes de comenzar la guerra, se afanaba por prepararle un segundo matrimonio. Hermethruda, conmovida, le hizo la noble promesa de seguirle al campo de batalla, declarando que merecia desprecio la mujer que se negaba á morir con su esposo.

No fué ella, por cierto, fiel á estas exageradas palabras. Vencido Amleto y muerto cerca de Yutia á manos de Vigleto, el amor de Hermethruda fué la recompensa del vencedor. Así burla el destino los juramentos de las mujeres: los desvanece el trascurso del tiempo, y los vaivenes de la suerte quebrantan la fe en sus almas inclinadas á los deleites. La mujer falta á su promesa con la misma facilidad que promete; la cautivan los varios incentivos del placer; desea lo nuevo y olvida lo pasado; anhelosa se entrega á la satisfaccion de sus gustos.

Así acabó Amleto. Habria igualado en gloria á los dioses

lapidibus affixa, alia viventium more equis imposita, nullo armorum detracto perinde ac præliatura feriatim in aciem cuneumque digesserit. Nec rarius mortuorum cornu erat quam viventium globus. Stupenda siquidem illa facies erat: quum extincti raperentur ad prælia: defuncti decernere cogentur. Quæ res auctori otiosa non fuit, quum ipsæ extinctorum imagines lacessentibus solis radiis immensi agminis speciem darent. Ita enim inania illa defunctorum simulacra pristinum militum numerum referebant: ut nihil ex eorum grege hesternæ strage diminutum putares. Quo aspectu terribi Britannii pugnam præcurrere fuga a mortuis superati quos vivos oppreserant.

(IV, fól. 32, 1, 2.)

(1) *Undensakre* quiere decir el Campo de Odino. Por donde conjetura M. L. Etmüller que puede significar el otro mundo.

y sobrepujado las hazañas de Hércules, si su fortuna hubiese igualado á sus prendas.

Todavía existe junto á Yutia un campo glorificado con su nombre y con su sepulcro (2).

## VII.

¿ES «HAMLET» PERSONAJE HISTÓRICO Ó CREACION MÍTICA DE LA FANTASÍA POPULAR?—RECUERDOS DE DINAMARCA.—CASTILLO DE KRONBORG.—SEPULCRO APÓCRIFO DE HAMLET.—SAXO GRAMMATICUS.—MOLBECH.

Hamlet, no el de Shakspeare, que éste, por su educacion, por sus aficiones, por sus ideas, por sus cavilaciones, pertenece de lleno al siglo XVI, sino el de Saxo, fuente única conocida de todos los *Hamlets* literarios antiguos y modernos, carece de carácter histórico claro y determinado. Ni entre los pocos monarcas cuyos nombres han llegado á nosotros al traves de las densas nubes de la historia conjetural de Dinamarca, desde Eskiold, contemporáneo de Jesucristo y fundador de dinastía, hasta Gorm el Viejo, último rey pagano, ni en el catálogo, verdaderamente histórico, que empieza en Sigurd *Snogoie* (el de los ojos de serpiente), año 794, asoma el nombre de *Hamlet*. Los sabios Zinzow, Etmüller y otros insignes arqueólogos literarios de Alemania y de Dinamarca hacen subir el mito de Hamlet á las más remotas tradiciones teogónicas, legendarias y heroicas de la Germania.

Sin embargo, se halla tan arraigada la tradicion mítica en la tierra de Dinamarca, especialmente en Yutlanda, cuna del mito, que es imposible negarle fundamento histórico. No son conocidas las fuentes de donde tomó Saxo-Grammaticus su épica relacion, entre histórica y leyendaria; pero la circunstancia de pintar un Hamlet debelador de Britania (Inglaterra), cuando allí imperaba un solo rey, que pereció á manos de los invasores, demuestra que el Hamlet de Saxo es posterior al año de 827, término de la Heptarquía sajona. La índole de los hechos que refiere el cronista dinamarques corresponde á las terribles correrías marítimas de los *vikings* ó reyes de mar escandinavos, que pusieron espanto á la Europa entera (3); y sabios historiadores arqueólogos juzgan fundadamente que las hazañas de Hamlet no han podido verificarse sino á mediados del siglo IX.

Por lo demas, aún subsisten en Dinamarca huellas tenaces de la existencia del misterioso Príncipe. Así se infiere de lo que dice el ilustre Molbech en uno de sus apuntes au-

(2) Hé aqui la parte del texto de Saxo relativa á la muerte de Amleto:

«*Nam quum Amlethus apud Jutiam a Vigleto acie interemptus fuisset (Hermethruda) ultro in victis prædam, amplexumque concessit. Ita votum omne fæmineum fortune varietas abripit: temporum mutatio dissolvit: et muliebris animi fidem lubrico nixam vestigio fortuiti rerum casus extenuant: quæ sicut ad pollicendum facilis, ita ad persolvendum segnis: variis voluptatis irritamentis astringitur atque at recentia semper avidius expetenda veterum immemor: anhela præceps cupiditate dissultat. Hic Amlethi exitus fuit: qui si parem nature atque fortune indulgentiam expertus fuisset, æquasset fulgore superos, Herculeæ virtutibus opera transcendisset. Insignis eius sepultura ac nomine campus apud Jutiam extat.*»

(3) De sus excursiones en España contienen relacion detallada los interesantes estudios del insigne arabista holandés Mr. Dozy, acerca de la España de la Edad-media.



tógrafos, que tuvo la bondad de franquearnos, y que á continuacion traducimos :

«Segun Saxo, Hamlet muere lidiando con el Rey de Dinamarca Vigleto (*Amletus apud Jutiam a Vigleto acie interemptus*), y añade: INSIGNIS EJUS SEPULTURA, *ac nomine campus APUD JUTIAM extat.*» El excelente traductor dinamarqués antiguo de Saxo, A. Vedel (cuyo libro se publicó en 1575), tradujo libremente este pasaje del siguiente modo:

«*Den marck udi Jutland, som hand bleff begraffuen udi Kaldis endnu effter hans nastn* AMLETS HEDE. (El campo de Yutlanda donde fué enterrado tomó de él su nombre, y se llama todavía la llanura de Amlet.)»

«En la parroquia de Verring, diócesis de Aarhus, no léjos de la ciudad de Randers, existe una aldea llamada *Amelhede-Bij*. Anticuarios dinamarqueses han creído encontrar en este nombre el *Amlets hede* de Vedel» (1).

«Puede claramente deducirse de todo esto que no hay asidero en la tradicion para colocar en Elsenor, como se le antojó hacerlo á Shakspeare, la escena de su drama. No es difícil imaginar, sin embargo, el motivo de esta eleccion. Para la generalidad del público de Lóndres, en tiempo del poeta no habia nombre de pueblo dinamarqués más conocido que Elsenor (*Elsinore*, en Shakspeare.)»

Como tantos otros viajeros, fuimos expresamente á Elsenor para visitar *la tumba de Hamlet* en el hermoso parque del palacio de Marienlyst, á pocos kilómetros de la ciudad marítima. Primero, en Elsenor, recorrimos el antiguo é imponente castillo de *Kronborg*, que sobre un pequeño promontorio domina el mar y guarda el paso del Sund como gigante centinela. La majestuosa explanada del castillo nos traia á la imaginacion la fantástica del drama de Hamlet, donde aparece la sombra del Rey asesinado. Pura ilusion de nuestra parte, pero ilusion que nos hacia admirar la adivinadora fantasía de Shakspeare, que para tal escena habia escogido, sin conocerlo, tan magnífico y adecuado paraje.

De allí pasamos á Marienlyst. Otra shakspiriana ilusion. En un extremo solitario del parque hay, sobre un léve resalte del terreno, un sepulcro de sencillo y primitivo carácter, compuesto de tres piedras rúnicas y rodeado de cuatro frondosos árboles. El pueblo le llama *la tumba de Hamlet*. ¡Lástima que no sea verdad! Nuestro sabio amigo Molbech nos habia advertido que el tal sepulcro era apócrifo, y meramente, como él decia, *una decoracion de jardin*. Habia sido allí colocado cuando, en época no muy remota, se edificó, á orillas del *Æresund*, el palacio Real de recreo *Marienlyst*, en el mismo lugar en que desde la época de Cristiano IV (siglo XVI) habia existido un Sitio Real con el nombre de *Lundehave*.

No cabe duda. Á pesar de las fantásticas ilusiones que ha hecho nacer el gran poeta británico, no puede vagar la sombra de Hamlet, ni en el castillo de *Kronborg*, ni en el parque de *Marienlyst*. Pertenece á Yutlandia. Allí fué su gloria; allí han quedado los únicos rastros tradicionales de su azarosa vida.

No obstante, no pudimos contemplar sin emocion aquel fúnebre simulacro que lleva su nombre, y que, á falta de

(1) El doctor M. A. Zinzow (*Die Hamletsage*, Halle, 1877) habla tambien de la aldea llamada *Amelhede*, en Yutlandia.

significacion más histórica, tiene siempre la de ser un glorioso homenaje á la memoria del sublime Shakspeare.

Copiamos allí fielmente el sepulcro, y nos complacemos en ofrecer ahora, despues de más de treinta años, su sencilla imágen á nuestros lectores.

Pasamos, durante nuestra juventud, algunos años en Copenhague (2). Era todavía época de brillante florecimiento para aquella pequeña pero ilustrada y noble nacion. No alcanzamos ya al sublime escultor Thorvaldsen, que tres años ántes habia fallecido de repente en el teatro Principal de aquella ciudad, quedándose como dormido en una butaca; pero tuvimos la honra de conocer á cinco señalados varones, de alto mérito y claro renombre, que dieron lustre á su patria con sus trabajos literarios, artísticos y científicos: *Bissen*, el más aventajado de los discípulos de Thorvaldsen; *Ærsted*, creador de la ciencia electro-magnética y verdadero inventor de la telegrafia eléctrica; *Andersen*, famoso en todas las naciones por sus peregrinos cuentos y relaciones; *Molbech*, uno de los más sabios historiógrafos y arqueólogos que ha producido Dinamarca; y por último, sobre todos ellos, *Æhlenschläger*, amigo de Goethe, poeta lírico y dramático de primer órden, inspirado vulgarizador, en su poema *Los Dioses del Norte*, de la mitologia escandinava, y una de las más brillantes glorias de la Europa septentrional.

Como Shakspeare, empezó *Æhlenschläger* su vida pública por la profesion de actor. Fué despues catedrático de Estética, y más adelante, tambien como Shakspeare, publicó una serie de interesantes dramas fundados en la historia antigua de su país y en las poéticas tradiciones de las *sagas* populares. Por aquellos años, cercanos ya al término de su gloriosa vida, escribió un nuevo HAMLET, *tragedia en verso, en cinco actos*. No hay en ella ni imitacion ni rivalidad de Shakspeare. Éste pintó en *Hamlet* un tipo simbólico del siglo XVI; el poeta dinamarqués pinta el mito épico de la leyenda escandinava, la cual, como él mismo dice en el prólogo de la tragedia, «no se presenta en Saxo cual príncipe filósofo y noble, dominado por una misantropía fantástica, sino con la realidad de un mancebo heroico y de un Rey dinamarqués de los primitivos tiempos.» *Æhlenschläger* no sigue las huellas de Ducis, que reduce pobremente y transforma el drama de Shakspeare, si bien con acierto y felicidad en el desenlace: trata el asunto á la escandinava, y crea un tipo verdaderamente dinamarqués para añadirlo á *Stærkoder*, *Axel* y *Valborg*, *Palnatoke*, *Hakon-Iarl* y otras obras dramáticas, que constituyen lo que él mismo llama su «galería de cuadros históricos y nacionales.»

Como era natural, nos asaltó el deseo de investigar las fuentes que pudo tener á la vista el gran dramaturgo inglés para formar su famoso y extraño drama. Imaginando que en las antiguas *sagas* históricas podrian hallarse rastros del mito, acudimos al Sr. Molbech, que tanto habia estudiado aquel fecundo manantial de tradiciones y leyendas. El sabio arqueólogo literario nos declaró que no se hallaba recuerdo tradicional ni monumento alguno autorizado del

(2) Don Leopoldo Augusto de Cueto, hoy Marqués de Valmar, autor de estos apuntes, fué Ministro de España en Dinamarca en los años 1847, 1848 y 1849. No titubeó en adquirir para el Estado la única estatua de Thorvaldsen que ha venido á España: el magnífico *Mercurio* que se admira en el Museo Nacional.



3 de Octubre 1849

SEPULCRO DE HAMLET.

COPIADO DEL NATURAL, EL DIA 3 DE OCTUBRE DE 1849, POR EL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO  
(HOY MARQUÉS DE VALMAR), MINISTRO DE ESPAÑA EN DINAMARCA.

mito de Hamlet más antiguo que la preciosa relacion de Saxo-Grammaticus. De ella nacieron, directa ó indirectamente, la *Crónica rimada dinamarquesa* (*Danske Rimkrønneke*), primer libro que se dió á la estampa en Dinamarca (1495), del cual tuvimos el gusto de ver un rarísimo ejemplar en la Biblioteca Real de Copenhague; las *sagas* islandesas relativas á la leyenda de *Hamlet*; la famosa novela de Belleforest, que suponen muchos (hoy es dudoso) inspiradora del drama de Shakspeare, y los varios dramas que desde el siglo XVI hasta el XIX se han escrito acerca del mito de Hamlet.

La relacion de *Saxo-Grammaticus*, escrita en latin claro y relativamente acicalado para el siglo XII, nos cautivó desde luégo. Aquel mancebo animoso, que reprime su audacia heroica y obra cauteloso, prudente y astuto para cumplir un noble designio, hasta que, llegado el momento que buscaba, venga á su padre y castiga á los malvados á la faz del mundo, arrostrando todos los peligros, nos pareció más moral, aún en medio de la bárbara desnudez de tiempos primitivos, y sobre todo más propio para la epopeya y para el drama trágico, que un príncipe filósofo y vacilante, que nunca llega al fin que se propone, y parece que emplea su entendimiento, su astucia, su inacabable acecho y todas las fuerzas de su alma, no para vengar á su padre, sino para resolver un problema.

Con razon dieron á Saxo, como honroso testimonio, el sobrenombre de *gramático* (humanista, erudito). Era aficionado á primores retóricos, y pocos hay que le igualen en su tiempo como escritor latino. Cuando se limita á la narracion de las tradiciones históricas ó legendarias de su patria, su estilo es conciso y expresivo; cuando hace gala de su cultura literaria y pretende escribir á la manera de los grandes clásicos romanos, no sólo se trasluce la afectacion imitativa, sino que ademas se hace verboso, y contradice el espíritu genuino de los personajes de los tiempos y del libro mismo. Esto es harto visible en el discurso que pone en boca de Amleto despues de la catástrofe del palacio de Fengo, siguiendo las huellas de Tito Livio, que es su modelo.

La fama y autoridad de Saxo fueron siempre grandes. El rey Valdemar I le confió mensajes diplomáticos, y acaso á la prestigiosa veneracion que inspiraba la ciencia en la Edad-media se deba que fuese enterrado en el panteon Real de la basilica de Roeskild, junto á los soberanos de Dinamarca (1).

Nuestro embajador poeta, el Conde de Rebolledo, le cita varias veces en las *Selvas Dánicas* cual certero testimonio histórico. Admiraba su estilo, como puede inferirse de estos versos, referentes al reinado de Valdemar I:

« Florecieron las letras en su tiempo.  
De que es testigo el elegante Saxo. »

La relacion de *Saxo-Grammaticus*, por la rareza de su libro histórico, no es muy conocida en España. Por esta razon hemos juzgado oportuno dar á luz su traduccion castellana.

(1) El verdadero nombre de Saxo, segun conjeturas de sabios dinamarqueses, era *Lange*. Nació en la isla de Selandia, hácia mediados del siglo XII. Murió en 1204.

Algun tiempo ántes de nuestra salida de Dinamarca recibimos, con una afectuosa carta del erudito señor Molbech (2), la nota sobre las *sagas* concernientes á Hamlet, que publicamos en su lugar; dos apuntes, que tambien publicamos, y una traduccion francesa de la mejor de las tres *sagas* sobre Hamlet, que existen en la Biblioteca de la Universidad de Copenhague. La conservamos entre nuestros papeles literarios, y no la damos ahora á luz por no abultar demasiado el presente estudio.

## VIII.

MORATIN, TRADUCTOR DE *Hamlet*.—INJUSTICIA Y ERROR DE LA CRÍTICA SEUDO-CLÁSICA CON RESPECTO Á SHAKSPEARE.

¡Cuánto cegaban las preocupaciones de escuela, y cuán hondamente se arraigaban en el entendimiento las *falsas verdades* estéticas que, con temeridad y soberbia, proclamaban los preceptistas franceses, y en pos de ellos sus imitadores en todas las naciones literarias. Moratin paró su atencion en Shakspeare á consecuencia sin duda de la ruidosa impresion que produjo en Francia la famosa traduccion de Letourneur. En la polémica allí suscitada entre los *Racinistas*, á cuyo frente se hallaba Voltaire, y los que llegaban á comprender que el teatro libre y vigoroso de

(2) Cedemos á la tentacion de publicar aquí esta carta, aunque de carácter íntimo y familiar, y para nosotros benévola en demasia, porque nos complace que sea conocida la sincera y viva simpatía que profesaba á España el ilustre y sabio historiador dinamarqués:

Copenhague, 6 Noviembre de 1849.

« Monsieur Le Chevalier de Cueto :

» Je m'empresse de vous écrire ces mots pour exprimer ma gratitude de ce beau présent qui j'ai eu l'honneur de recevoir de votre main (un modeste objet de art), et pour vous dire combien je suis touché de votre bonté amicale. Votre départ d'ici m'afflige. Les jours de notre connaissance et communication d'idées et de sentiments n'ont été que peu, à mon gré; mais ils m'ont donné un vif désir de pouvoir cultiver votre amitié. Je me suis flaté de l'espoir de voir souvent un ami natif de ce pays qui a été l'objet de mon admiration, mon intérêt et mon amour depuis ma jeunesse. (J'avais dix ou douze ans quand je lisais pour la première fois l'œuvre immortelle de Cervantes, ou au moins une ombre de *Don Quixote* dans la traduction de Mademoiselle Riche.)

» Mais tout cela est fini. Vous partez. Nous ne nous verrons jamais plus ici-bas. Je reste immobile dans mon pays, peut-être pour quelques années encore, s'il plaît à Dieu (\*); mais je resterai toujours avec un souvenir cher de votre personne, de votre caractère aimable et naturel, et de votre intérêt pour ma patrie et pour le bonheur d'un pays maltraité par quelques grandes puissances,—mais qui toujours (ce qui est à remarquer) depuis des siècles a trouvé dans l'Espagne un état amical et allié.

» Je vous prie, Monsieur, de vouloir me permettre de vous chercher encore une fois chez vous avant votre départ. Je m'acquitterai alors d'un devoir, en vous communiquant le peu de chose qu'on peut dire en Danemarque sur la personne illustre de *Hamlet* (ou *Amlet*).

» Agréez, Monsieur le Ministre, l'assurance de ma considération la plus distinguée, et de la sincérité et du sentiment vrai et intime avec lequel je suis votre très-dévoüé. »

C. MOLBECH.

(\*) Ocho años despues (Junio de 1857) falleció el ilustre y bondadoso CHRISTIAN MOLBECH. Fué catedrático de historia literaria en la Universidad de Copenhague, é individuo de la Academia de Ciencias de aquella capital. Escribió innumerables obras de historia, crítica, lexicografía, viajes, lingüística, etc., que alcanzaron boga y autoridad. Pueden contarse entre las principales: *Historia de la guerra de los Dinmarcos en 1500*; *Relaciones y cuadros de la historia de Dinamarca*; *Documentos relativos á la historia de la lengua y de las letras dinamarquesas*; *Lecciones sobre la poesía dinamarquesa*; *Glosario dinamarqués (Dansk Glossarium)*; *Cartas escritas en Suecia*; *Viajes*; etc., etc.

Shakspeare abría más ancho campo á la pintura y movimiento de las pasiones, no hay que decir que Moratin estaba por los *Racinistas*. Era nuestro insigne poeta cómico hombre de clarísimo ingenio, hablita eminente y filólogo consumado; pero su alma estaba más dispuesta á admirar los aciertos artificiales de la sensatez literaria, que los vuelos de la fantasía y los arranques del genio, que busca sólo en la naturaleza el manantial de su inspiracion. El decoro escénico, la armonía simétrica, todos los melindrosos y convencionales preceptos de Boileau, que imaginaba ser fiel intérprete de los principios de Aristóteles, eran á los ojos de Moratin infalibles dogmas que encerraban la llave única de la perfeccion literaria. ¿Qué habian de parecerle, no las sangrientas catástrofes de Shakspeare (pues las encontraba igualmente en las tragedias griegas), sino la variedad de tonos y de clases sociales en la pintura del tumulto humano, el desprecio de las unidades, el desenfado con que se dicen unos á otros las más duras verdades, y la amalgama, en un mismo plan, de la risa, de la pasion, de la sublimidad, de la llaneza, de la indiferencia y de las lágrimas?

Con esta prevencion de ánimo leyó Moratin al dramaturgo inglés, y ¡cuál sería el atractivo que encontró en las «bellezas admirables» (son sus palabras) del sublime *bárbaro*, cuando se decidió á traducir el *Hamlet*! Parecióle el drama, sin embargo, «un todo extraordinario y monstruoso.» Reconoce que el autor «expresa con acierto las pasiones y defectos humanos, y reflexiona melancólico con profunda y sólida filosofía»; pero afirma en seguida que á veces «se olvida Shakspeare de la fábula que tinge, del fin que debió en ella proponerse, de la situacion en que pone á sus personajes, del carácter que les dió, de lo que dijeron ántes, de lo que debe suceder despues, y acalorado por una especie de frenesí, no hay desacierto en que no tropiece y caiga.»

Moratin sólo en escasa parte tiene razon en esta severa censura. No alcanzó á comprender el espíritu del inmortal poeta, ni era fácil que aceptase la nueva y para él extraña poética, á la par idealista y naturalista, que le ofrecian los antiguos teatros inglés y español. Más robusto y acertado es su fallo acerca del sentido moral de la obra:

«Llega (dice) el desenlace, donde se complican sin necesidad los nudos, y el autor los rompe de una vez, no los desata; amontonando circunstancias inverosímiles, que destruyen toda ilusion, y ya desnudo el puñal de Melpómene, le baña en sangre inocente y culpada; divide el interes, y hace dudosa la existencia de una Providencia justa, al ver sacrificados á sus venganzas en horrenda catástrofe el amor incestuoso y el puro y filial, la amistad fiel, la tiranía, la adulacion, la perfidia y la sinceridad generosa y noble. Todo es culpa, todo se confunde en igual destrozo.»

La version está hecha en noble y acrisolado idioma castellano; pero Moratin está, respecto del carácter y de la intencion del drama, á mucha distancia del autor inglés. No se decide á hablar el lenguaje franco, desnudo y natural de algunos personajes, en lo que él llama «diálogos groseros», y cae de este modo, sin advertirlo, en la monótona uniformidad de entonacion, que es uno de los más reparables yerros de la escuela pseudo-clásica francesa. No siempre comprende la ironía, que es una de las cualidades esen-

ciales del carácter del Príncipe dinamarques, y desnaturaliza no poco el drama original. Se descuida tambien á veces en la significacion propia y genuina de las voces inglesas, y así, por ejemplo, llama caballos *bárbaros* á los caballos *berberiscos*, que apuesta el Rey contra Laertes en el acto v.

En donde más resalta lo torcidamente que el *clásico* Moratin entendia la índole peculiar y el alcance estético del *romántico* Shakspeare, es en la crítica desdichada de las notas á la traduccion de *Hamlet*. Pondremos sólo dos ejemplos:

Todos los grandes críticos admiran la habilidad con que el poeta inglés emplea, como resorte trágico, la intervencion de espectros y seres sobrenaturales, especialmente la aparicion, en las primeras escenas de *Hamlet*, del Rey asesinado. De esta aparicion puede decirse que arranca el drama entero. La inesperada y terrible revelacion de ultratumba es la influencia poderosa que turba para siempre el alma meditabunda y pesimista del Príncipe, que le hace vivir sin tregua entre los imponentes misterios del otro mundo y las tristes realidades del mundo presente; que le inspira el terror del abismo tenebroso en que puede lanzarle la realizacion de su venganza, la desconfianza y desvío para con sus semejantes, las acerbas dudas del cielo y de la tierra, el desprecio y la insultante ironía que brotan á cada paso de sus labios; cuanto constituye, en fin, el singular carácter de Hamlet. La aparicion avasalla su mente y desencadena, por decirlo así, el torrente de pensamientos escépticos y sombríos que habia hecho nacer en su ánimo la audacia germánica de la Universidad de Vittenberg.

Del efecto escénico del espectro no hay que dudar. Lo ha demostrado la experiencia teatral de siglos enteros. El pueblo británico se siente sobrecogido de espanto ante la fatídica y majestuosa vision del Monarca, y esta emocion le dispone maravillosamente á comprender las extrañezas del carácter de Hamlet. Verdad es que los seres sobrenaturales que Shakspeare presenta en la escena, no son, como en el vulgo de los escritores que emplean medios mágicos, meras impresiones fantásticas ó facilidades del oficio para entretener y deslumbrar á los espectadores. En Shakspeare, los seres sobrenaturales, como la aparicion del Rey de Dinamarca, las brujas de Macbeth, la sombra de Banquo (presentados siempre con gran tino y sobriedad), son agentes trascendentales que forman parte de la esencia de la trama escénica, dominan el ánimo y están estrechamente ligados con los grandes intereses y con las pasiones del drama.

Moratin toma la sombra que aparece en el castillo de Elsenor como una simple ilusion del drama fantástico, y tan léjos está de concebir que aquella vision es elemento poderoso de tragedia sublime, que se atreve á escribir estas palabras:

«La aparicion del muerto es ociosa é intempestiva en esta escena. Cuando la introduccion de tales visiones no fuese reprobada generalmente, se exigiria á lo ménos que se colocáran donde pudiesen producir todo el efecto teatral de que son susceptibles.»

Despues de lo anteriormente explicado, son ociosos los comentarios (1).

(1) He aquí cuanto difiere de Moratin, acerca de la vision del Rey de Dinamarca, el erudito Alejandro Buchner, uno de los críticos de estos tiempos



MOISES, SALVADO DE LAS AGUAS POR LA HIJA DE FARAON  
(Estatua en mármol, por Bazzaghi.)



Podemos señalar, para segundo ejemplo, la nota en que tributa Moratin grandes alabanzas al carácter cómico de Polonio. Dice entre otras cosas :

« El carácter de Polonio (Lord Chambelan del Rey de Dinamarca, que equivale á Sumiller de Corps) jamás se desmiente. Viejo ridículo, presumido, entremetido, hablador infatigable, destinado á ser el gracioso de la tragedia. Los que se obstinan en defender cuanto deliró Shakspeare, dicen que el carácter de este personaje está bien seguido, y tienen razon : dicen tambien que en las córtes y en los palacios hay abundancia de estos bichos ridículos, y tambien es cierto; pero tales figuras son buenas para un entremes, no para una tragedia. Los afectos terribles que deben animarla, las grandes ideas de que ha de estar llena, la noble y robusta expresion que corresponde á tales pasiones, la unidad de interes que nunca debe debilitarse, todo esto se aviene mal con las tonterías de un viejo chocarrero y parlanchin. No basta que la naturaleza nos presente esta union confusa de objetos. Un buen poeta no debe imitarla como es en sí. »

Nunca, en verdad, se ha presentado con más candorosa desnudez el enfático y artificial sistema doctrinal de los preceptistas pseudo-clásicos. ¡Cómo ha de comprender el teatro de Shakspeare quien así pretende poner coto á la verdad de la naturaleza y desfigurarla, cuando se trata de imitarla! ¡Con que es cierto que el carácter de Polonio es verdadero y consecuente y que tales tipos de afectacion y petulancia abundan en los palacios, y es yerro, sin embargo, introducirlos en la pintura fiel de una córte! ¡Qué ruin limitacion daban al concepto del arte los que así pretendian, con pretexto de nobleza y elevacion, hacer hablar á todo el mundo en la escena un lenguaje encopetado y elegante, y suprimir tipos verdaderos que, por lo mismo que no son dechados de grandeza moral é intelectual, forman contraste y realzan con él los grandes caracteres y las sublimidades del valor y del entendimiento! Y ¿dónde aprendieron los falsos clásicos esa triste poética, que tan enfadosa uniformidad da al lenguaje y á los personajes, y tanto amengua en las letras el cuadro vário y animado de la vida humana? No, ciertamente, en los verdaderos clásicos de la antigüedad, de quienes con harta presuncion se juzgaban continuadores. La tragedia griega era sobria, elevada y noble; mas no por ello se juzgaba reñida con la sencillez y la naturalidad de la verdad humana; y cuando lo requería el asunto, no se avergonzaba de expresar, á la manera de Homero, íntimas y familiares circunstancias. Una nodriza, en la sublime trilogía *La Orestia*, de Esquilo, refiere sin rebozo pormenores de un niño que exceden en llaneza á la desnudez descriptiva de los *naturalistas* de nuestra época.

Moratin, que no comprendió á *Hamlet*, no formó tampoco cabal concepto de Polonio. Este áulico magnate no es

que con más claro discernimiento y mayor copia de datos ha juzgado el mito de *Hamlet*:

« L'exposition de la pièce gagne beaucoup par le mystère tout dramatique qui enveloppe la mort du vieux roi et amène l'apparition du spectre. Cette apparition est conçue et mise à profit avec un art souverain qui ne peut appartenir qu'à Shakspeare. Il n'y a que la statue du Commandeur, dans *El Burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina, qui puisse être rapprochée de « la Majesté du Danemark enterré » (Acte I, sc. 1); aussi les paroles que Don Juan et Hamlet adressent à ces fantômes terribles, sont-elles parfois identiques. »

figura de entremes, como dice el insigne escritor castellano. Aunque insustancial hablador, tiene más circunspeccion y cordura de lo que á primera vista parece. Es un taimado egoista, que esquivo todo cuanto puede comprometerle y no se desvia nunca de la senda que á su interes conviene. Pedante, porque representa el conceptismo de los *eufuistas*, que estaba de moda en el palacio de Isabel, es tipo fiel del cortesano vulgar, á la vez lisonjero y ensimismado, tipo que cabe en el drama, como todo cuanto es verdadero y pinta una situacion de la vida humana. Por otra parte, Polonio no es siempre charlatan palaciego: los consejos que da á su hijo Laertes, cuando éste sale para París, son de índole tan sana, tan discreta y tan caballerosa, que honrarian á cualquier hombre austero, esclavo de su honor y de sus deberes. Gervinus, el gran analizador alemán de Shakspeare, es poco favorable á la importancia intrínseca de Polonio. Pero otros, en cambio, y Goethe entre ellos, descubren cierta sagacidad y hábil astucia en su conducta. Como quiera que sea, Polonio representa un vicio y una ridiculez social, y es evidente que, tal como le retrata la obra inglesa, no es, ni puede ser, bufon de entremes.

Hay una disculpa á la ceguedad de Moratin. Su corto alcance critico, con respecto á Shakspeare, fué universal durante siglos. Los literatos de su tiempo acusan al poeta inglés de vanidoso y de plagiario, ó hablan de sus obras dramáticas en términos de aprecio que frisan con la indiferencia. Jorge Green, actor y poeta satirico y dramático, en un libelo titulado *Por dos ochavos de ingenio*, ataca reciamente á Shakspeare y hasta se burla de su nombre, formando con él punzantes equívocos; Marlow, dotado de estro vigoroso, gran helenista, colocado en primera línea por la opinion del público inglés, murió envidioso de la naciente gloria del poeta de Stratford; el erudito Ben Jonson, que sólo era superior á Shakspeare en estudios clásicos, le acusa, con torcida voluntad, de que sabía *poco latin* y ningun griego (*small latin and no greek*), frase con la cual Ben Jonson queria meramente dar á entender la inferioridad del saber de Shakspeare con respecto al suyo, y que, sin embargo, ha contribuido á la errada creencia, rutinariamente propagada, de que el sublime dramaturgo era hombre de pocas letras. El escritor que sabe y entiende tan á fondo la historia de su patria; que forma en diez dramas como un grandioso poema nacional, y que estudia á Plutarco (aunque sea en la traduccion francesa de Amyot, ó en la inglesa de Sir Thomas North); que analiza las lucubraciones filosóficas de Montaigne (1); que en *Coriolano* y *Julio César* retrata al pueblo romano con exacto y vigoroso pincel, que nunca llegaron á encontrar los ilustres poetas del neo-clasicismo frances, que tan falsa y enfáticamente lo pintaban; que estudiaba é imitaba á los más célebres escritores italianos, la mayor civilizacion literaria de su tiempo; que sacaba asuntos para sus dramas de comedias, leyendas y novelas francesas, latinas, italianas y españolas (2); que conocia cuanto

(1) En *La Tempestad* (acto I, esc. 1) se halla libre y briosamente traducido el famoso pasaje de los *Caníbales*, en que Montaigne (*Essais*, lib. I, capítulo xxx) se burla de la sociedad política y civil, de la *República* de Platon y de los utopistas. Rastros del espíritu y de los pensamientos del filósofo frances se encuentran asimismo en otros dramas de Shakspeare; por ejemplo, en *Hamlet*, sus ideas relativas á la amistad.

(2) Por ejemplo: *Tito Andrónico*, de una de las leyendas latinas de la Edad-media, á las cuales era aficionado su maestro de latinidad; los *Dos caba-*

se publicaba en Inglaterra: este escritor, decimos, que pasaba su vida engolfado en el estudio de los hechos, de los hombres y de las costumbres de los tiempos antiguos y modernos, esto es, en una atmósfera intelectual, ¿puede con justicia ser motejado de ignorante? Los que no eran más que eruditos y filólogos quedaron á gran distancia de él en la difícil ciencia de comprender el hondo sentido de la historia, de las ideas y de los sentimientos humanos (1).

Los escritores que hemos citado, detractores de Shakspeare, eran tambien poetas dramáticos, y, como suele acontecer entre gentes de una misma profesion, sus enemigos y rivales. Pero otros escritores contemporáneos, que no abrigan hostiles prevenciones contra el gran poeta, hablan de él sin embargo como de un ingenio adocenado, digno de mera estimacion. Así dice uno de ellos, Tomás Nash, que escribió curiosísimas relaciones y anécdotas acerca del teatro y de las costumbres teatrales de aquella época: «El autor de la obra es un tal Guillermo Shakspeare, que ha dos años se ha retirado al campo, y que no carecia de ingenio..... Empezó por ser comediante, agradó al público, y hasta 1592 se contentó con refundir comedias y tragedias de sus antecesores. Suscitó envidia aquella fama fundada en raspaduras y en versos añadidos..... No me negaria yo á admirar su talento de poeta si no hubiera compuesto dramas para vivir; los dramas lo han perdido. ¡Cuán bellos son sus poemas *Vénus y Adónis* y *El Forzamiento de Lucrecia*! No hay en Londres una dama galante que no los tenga sobre su mesa. Es primoroso petrarquismo; resplandecen los pensamientos y las palabras; nada está expresado con llaneza. Pero nuestro autor deseaba enriquecerse y se engolfó en el teatro, lo cual le ha privado de una parte de la gloria debida á su ingenio.»

Así juzgaban á Shakspeare sus contemporáneos más benévulos. ¡Rémora y estorbo el teatro para la gloria del incomparable poeta dramático! La reina Isabel de Inglaterra,

*Heros de Verona*, de la *Diana* de Montemayor; *Cuántos afanes por nada!*, de la historia de *Ariodante y Ginebra*, del Ariosto; la *Comedia de los yerros*, de los *Meneemos*, de Plauto; *Cimbelina*, de un cuento de Boccacio; *Romeo y Julieta* y *Otelo*, de las historias Giraldu Cyntio, Bandelli, etc.; *El Mercader de Venecia*, de los cuentos de Giovanni Fiorentino, ardiente güelfo, llamado *Il Pecorone*, etc.

(1) Schlegel y Philarète Chasles, entre otros ilustres críticos, han rechazado la nota de ignorante con que los adversarios del teatro inglés han querido desautorizar á Shakspeare.

Dice Schlegel: «Si era pobre en nociones de pura erudicion, era rico en conocimientos vivos y aplicables. Sabia el latin y aún el griego. Su aficion no le inclinaba al estudio de las palabras, sino al de los hechos. Estaba, en cambio, muy versado en la literatura inglesa, ya enriquecida con innumerables traducciones, y puede afirmarse que habia leído cuanto existia en su idioma y podia servir para sus concepciones dramáticas. La mitología le era familiar. Habia penetrado el espíritu de la historia romana. Shakspeare observaba la naturaleza con profunda atencion. Poseia el idioma técnico de profesiones y oficios. Se informaba por medio de los navegantes de las cosas concernientes á las naciones extranjeras, y estaba instruido á fondo en las costumbres populares, opiniones y tradiciones de su país.»

Dice Philarète Chasles: «Il ne vivait pas à la taverne, comme Ben Jonson; il habitait un petit logement près de la rivière, et s'y retirait sans doute de fort bonne heure; sa vie était laborieuse..... C'était un érudit pour son temps, un de ces érudits qui, sentant son ignorance fondamentale, essaient de la réparer le plus tôt possible et s'arment d'une infatigable curiosité. S'il n'avait pas le temps de devenir *fort en grec*, et de s'arrêter à l'écorce de l'érudition, il en cherchait la moelle et la sève; il lisait sans cesse et se mettait au courant de toutes choses..... Tout génie qu'il fût, il étudiait; il s'était fait savant tout seul. Contes, histoires, drames, chroniques, œuvres théologiques, poésies, tout ce que la presse du xvi<sup>e</sup> siècle imprimait, il le lisait; et ses drames sont encore une véritable encyclopédie de ce temps-là.»

que, aunque de índole aviesa y cruel, se pagaba mucho de la cultura literaria, escribía sonetos imitando á Petrarca, y sabia hablar latin como varias damas de su córte, admiraba y protegia á Shakspeare, y le defendia contra los puritanos, que odiaban al poeta y le causaban continuas vejaciones. El ilustrado Conde de Southampton, gran soldado y estadista, no sólo le otorgó desde luego su proteccion abierta y generosa, sino que llegó á profesarle la más entrañable amistad. Otros magnates imitaron á Southampton; algunos literatos graves, muy contados, comprendieron que el actor poeta era hombre de maravilloso vuelo intelectual. Más adelante preponderó de tal modo la literatura erudita y artificial sobre la literatura espontánea é inspirada, que ni el sublime Milton ni el brillante Pope vieron en Shakspeare sino un ingenio tan penetrante y vivo como desordenado y rudo.

Á mediados del siglo xviii, el sabio Samuel Johnson, dechado de filólogos y lexicógrafos, que hace una magnífica edicion de las obras del eximio poeta de Stratford, declara con laudable lisura que no le es dado comprender el carácter de Hamlet. Voltaire no es tan circunspecto ni tan comedido; ciego con los *infallibles* principios de Boileau, y exasperado con el eco que empezaba á tener en Francia el renombre de Shakspeare, declara que el *Hamlet*, creacion magistral de un filósofo, parece «obra de un salvaje borracho.»

Lo verdaderamente salvaje es aquí la bárbara soberbia de Voltaire.

¡Qué mucho que Moratin, que veia el arte en pequeño, y aplicaba al teatro del poeta británico dogmas convencionales, que no le eran en manera alguna aplicables, se confundiera, como se habia confundido la Europa docta, durante dos siglos, ante un estudio psicológico llevado al teatro, con una audacia desconocida hasta Shakspeare, y se atreviera á traducir de un idioma teutónico, intraducible en idiomas latinos, con frase atildada y acicalado y uniforme estilo, una de las obras literarias escritas con mayor desenfado y variedad de entonacion y lenguaje que ha producido el arte escénico, libre y nacional, de Inglaterra y de España! (2).

La traduccion está hecha de buena fe y con esmero. Moratin admiraba, si bien con grandes restricciones pseudo-clásicas, el ingenio de Shakspeare, aunque sólo á medias le comprendia. Pero ¡triste efecto de los errores aprendidos! La version del admirador parece la version de un enemigo (3).

Quien nunca se equivocó con respecto á los dramas de Shakspeare fué el pueblo inglés. Ese crítico indocto, que, exento de prevenciones doctrinales ó personales, iba al tea-

(2) Schlegel, que hizo en alemán admirables traducciones de las principales obras de Shakspeare, dice: «La imposibilidad de una version fiel impedirá acaso para siempre que el Mediodia de Europa haga justicia á este poeta.»

(3) En un estudio especial sobre la imposibilidad de reproducir á Shakspeare en los idiomas neo-latinos, dice el agudísimo escritor Philarète Chasles: «La traduction littéraire est plus trompeuse que l'infidélité: elle prétend être vraie, et elle ment..... Tel est l'étrange dilemme qui obsède tout traducteur gallo-romain, italo-romain, hispano-romain, de chefs-d'œuvre dans lesquels respire l'essence de la vie teutonique: ou draper à l'espagnole, à l'italienne, à la française le colosse ennemi; ou le montrer nu, d'une nudité sans grâce. La traduction littéraire est un sacrilège; la transformation élégante, un mensonge.»

tro, no como ahora, á analizar y censurar, sino á gozar de las impresiones risueñas ó conmovedoras del arte; sentía y comprendía de lleno la energía, la gracia, la pasión, los fantásticos vuelos que rebosan en las inmortales obras de aquel grande hombre. No sólo veía en ellas el movimiento eterno de los afectos de la humanidad; descubría además que la vida histórica ó leyendaria allí retratada era su propia vida, esto es, la existencia intrínseca y tradicional de la raza británica. Se han modificado, por la acción destructora del tiempo, idioma, costumbres, leyes, ideas. El pueblo inglés, fuera del período en que el fanatismo tiránico de los puritanos, que proscribió las Bellas Artes, interrumpió las representaciones dramáticas, no ha dejado nunca de acudir al teatro para rendir culto de admiración y entusiasmo á su autor favorito. Como en Esquilo y en Sófocles, en Calderon y en Tirso, en Corneille, en Molière, en Schiller, es en Shakspeare tan fiel, animada é intensa la pintura del fondo humano, que el hombre se reconoce siempre en ella, y por eso viven y vivirán, por más que la corriente de las edades y el cambio de idiomas, de pueblos, de civilizaciones las despojen de no escasa parte de su primitivo y genuino embeleso.

Necesario ha sido que los grandes críticos alemanes Les-

ing, Schlegel y Goethe hagan triunfar la estética de la razón y de la naturaleza, de la estética de la convención y del artificio, para que la Europa aparte de sus ojos el velo con que estrechas poéticas le encubrían la verdadera belleza, y haya llegado á comprender que aquel vulgo ignorante, que admiraba á Shakspeare y á Calderon con incansable perseverancia, tenía más intuitiva ciencia crítica que los arrogantes filólogos legisladores, que ponían al ingenio vallas que no le pusieron ni Dios, ni el buen sentido, ni la libertad de las artes y de las letras.

Shakspeare reina hoy día en el mundo literario como la más alta y esplendente lumbrera. Nosotros no titubeamos en declarar, sin hacer agravio á los mayores ingenios de los tiempos antiguos y modernos, que, á nuestro juicio, por la energía sublime de sus concepciones, por su carácter universal, por la nobleza y vuelo de su fantasía, por la viva penetración con que ve y analiza el corazón humano, por la variedad de sus facultades creadoras, por el alcance psicológico, por la fuerza y gala de la poesía, nos parece que ha estampado en la dramática más hondamente que otro alguno el augustó sello del genio.

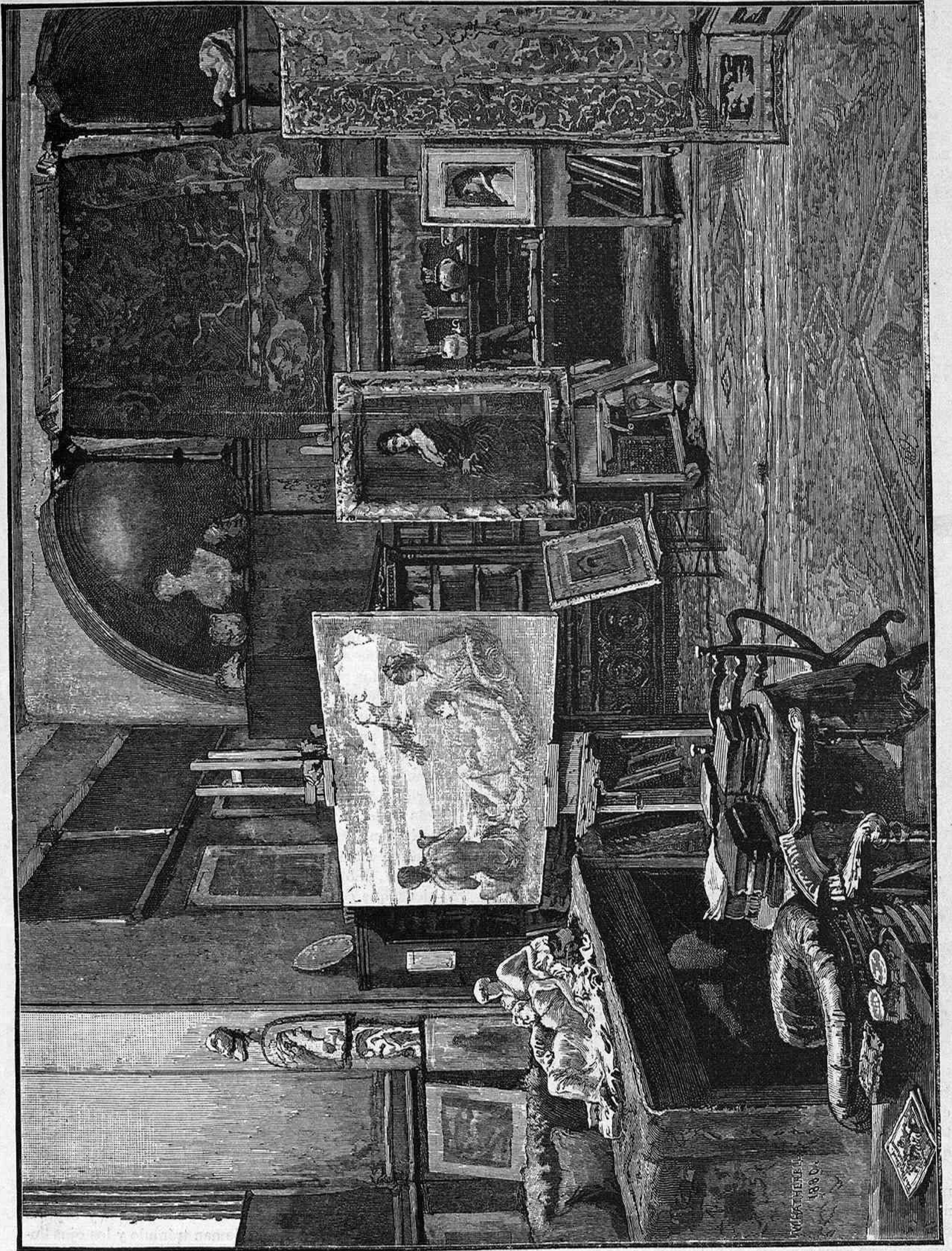
EL MARQUÉS DE VALMAR.

Deva, 1.º de Agosto de 1881.



BRONCE ROMANO, EN EL MUSEO DE INNSBRUCK.





ESTUDIO DE PINTOR — (ESCUELA INGLESA CONTEMPORÁNEA.)



## EL PRIMER SUEÑO DE UN NIÑO.

### CUENTO.

#### I.

**U**NA gran movilidad en las cabezas de los muchachos; ciertos ademanes libres é irrespetuosos, y murmullos demasiado perceptibles en la clase; demostraban que la autoridad del maestro habia sufrido algun eclipse, pero no total, porque las conversaciones se sostenian en voz baja, y los gestos y actitudes antiacadémicos no traspasaban ciertos límites. Era una insubordinación prudente, á que daba ocasion un hecho extraordinario.

En efecto, D. Hipólito Ablativo, maestro de primeras letras y director de la escuela, habia inclinado la cabeza sobre el pupitre y se habia quedado dormido explicando por centésima vez á sus discípulos aquella gran inundación bíblica que cubrió de agua toda la Tierra.

No era D. Hipólito un profesor vulgar: conocia los sistemas de enseñanza más modernos; pero su escasa dotación no le permitia instalar un jardín Froebel. Un amigo le habia remitido en otro tiempo una de esas cajas enciclopédicas, que explican á los niños las evoluciones de las primeras ma-

terias, hasta su última transformación industrial; pero la mazorca de maíz, los granos de trigo y de arroz, en fin, los objetos más interesantes de la caja, habian sido devorados por los alumnos á quienes dejaba sin comer. El Sr. de Ablativo practicaba en lo posible el método de hacer agradable la enseñanza á los muchachos, y con este objeto habia obtenido del Alcalde una autorización para restablecer en su escuela los azotes.

Las razones que expuso ante el Ayuntamiento para obtener aquel permiso eran poderosas.

«Los más ancianos de vosotros recordaréis los tiempos en que se azotaba y emplumaba, les habia dicho el maestro. El día en que ejecutaban la sentencia era día de júbilo para los muchachos y aún para los mayores, y sólo era desagradable para el que sufría el castigo. No quiteis á mi escuela ese aliciente: la mayoría de los chicos irá con mayor gusto á la clase, con la esperanza de ver un azotado.»

En efecto, aumentó la puntualidad en la asistencia, y casi todos llevaban aprendidas sus lecciones; pero de la aplicación general resultó la falta de castigos y una monotonía peligrosa: maestro y discípulos empezaban á aburrirse, lo cual era contrario al sistema de la enseñanza agradable, y hallábanse en esa crisis cuando el profesor quedó dormido explicando el Diluvio universal.

Ahora bien; ¿se habia dormido el maestro de fastidio por no tener á quién azotar, ó habia determinado echar un sueño para dar ese solaz á los muchachos? Al bondadoso Froebel no se le ocurrió aconsejar á los maestros que durmiesen una siesta, en medio de sus explicaciones, para alborozo de la clase. Habia sido una inspiración de D. Hipólito.

Los minutos pasaban, y el profesor dormia dulcemente: á la inseguridad y prudencia de los chicos sucedió la confianza. Los murmullos aumentaron: se animaron los rostros: de las sonrisas pasaron á los gestos, y cundió la indisciplina, si bien con las precauciones consiguientes á la presencia del maestro, cuya respetable calva conservaba casi todo su prestigio.

Como en las revoluciones formales suele salir un hombre que se impone por su audacia, de aquella agitación infantil salió un muchacho: Lésmes Travesedo fué el atrevido: en un instante, doblando un pliego, improvisó un sombrero de tres picos, que colocó bizarramente en su cabeza: con dos tiras de papel adornó su carilla morena con bigotes y perilla: subióse en el banco, y tomando una actitud militar, hizo al dormido profesor una y varias morisquetas: una carcajada general le hizo bajar precipitadamente de su tribuna; pero afortunadamente las risas no despertaron al maestro.

El buen éxito aumentó su audacia, y saliendo al encerado, dibujó la caricatura de D. Hipólito: después firmó aquella obra de arte con el nombre de uno de sus discípulos, poniendo este nombre en letras grandes:

JUANITO LOPEZ.

Aquel rasgo de valor y picardía produjo gran sensación y regocijo entre los escolares, que le hubieran victoreado á estar muy lejos D. Hipólito. Lésmes ocultó en seguida el gorro y los bigotes, quedando en el asiento en actitud inofensiva. Un chico rubio, de carrillos encarnados y aspecto de angelito, dejó su sitio con ademan trémulo y los ojos llorosos, y acercóse al encerado con temor, mirando alternati-

vamente á la caricatura y al maestro. Era Juanito Lopez, que viéndose comprometido por el diabólico Lésmes, queria borrar su nombre, que le comprometia horriblemente, colocado bajo la caricatura del severo D. Hipólito, cuyas disciplinas, puestas sobre la mesa, le parecia que se erizaban indignadas de aquella escandalosa burla.

Juanito Lopez llegó de puntillas al encerado; tomó la esponja y borró una parte de su nombre: despues volvió la vista con recelo hácia el profesor.... y quedó lleno de espanto.

D. Hipólito Ablativo habia alzado la cabeza, y completamente despierto, clavaba en el muchacho sus ojos penetrantes. La esponja cayó de las manos de Juanito, sus piernas flaquearon y permaneció en aquel lugar sin poder moverse y temblando.

Los muchachos de la clase, al ver despierto al profesor, se habian quedado en actitud humilde y completamente silenciosos: el terror y la curiosidad les hacia contener hasta el aliento: sin duda iba á suceder algo espantoso; el castigo debia ser tremendo, y el inocente Juanito, que no se atreveria á delatar al atrevido Lésmes Travesedo, iba á ser la víctima.

El dómine se levantó de su sillón, condujo suavemente á Juanito hácia su asiento, borró el nombre que estaba debajo de la caricatura, y colocó en su lugar este otro nombre.

#### LÉSMES TRAVESEDO.

Despues volvió gravemente hácia su sitio, mirando á la clase con sonrisa maliciosa. El sueño habia sido fingido, y miéntras los discípulos le creian durmiendo, todo lo habia observado el ojo vigilante del maestro.

Este acarició las disciplinas, y dijo, mojándolas en un frasco de vinagre:

—¡Señor Travesedo, prepárese V. á recibir una azotaina!

Todos los muchachos de la clase volvieron la vista hácia su compañero con la curiosidad que excita en cualquier público la presencia de un reo. Lésmes Travesedo miró con descaro en rededor.

Era un muchachuelo de diez años, cenceño, nervioso, de ojos vivos, labios delgados y nariz y barba puntiagudos, que le daban la apariencia de un viejecillo infantil.

—¡Monte V. en el compañero de su izquierda! Repuso el maestro con acento irónico.

El condiscípulo aludido se levantó, presentando pacíficamente las espaldas: era fornido, el más fuerte de todos, y su robustez le permitia desempeñar el importante oficio de cabalgadura con gran aplomo, segun la opinion de Nicolasillo, que por haber sido azotado con frecuencia, era el mejor jinete de la clase.

Lésmes Travesedo se puso tambien de pié, y dijo con voz firme y chillona:

—No monto, porque está prohibido dar azotes.

Aquella insubordinacion produjo un murmullo de sorpresa y desaprobacion entre todos los alumnos: el maestro empuñó las disciplinas.

—Póngase V. inmediatamente, exclamó con voz formidable; y para que el castigo sea más ejemplar y solemne, recibirá V. seis azotes en la clase y seis en el balcon.

Lésmes saltó por encima de su banco y procuró ganar la puerta. Pero algunos de sus compañeros llegaron ántes y defendieron la salida.

—¡Sujetadle entre todos! gritó irritado el profesor.

La clase toda cayó sobre el culpable, que resistió heroicamente la acometida á puñetazos: los alumnos más pequeños rodaron por tierra: otros retrocedieron llorando y con las manos en la cara.

—¡Muera! ¡Azotadle! decian los que presenciaban el combate desde léjos.

¡Qué dia para la clase! Nunca experimentaron los colegiales emociones como aquella. Lésmes fué al fin vencido y amarrado por sus mismos compañeros, que le condujeron ante D. Hipólito para que cumpliera cómodamente la justicia.

—¡Cobardes! gritaba á sus condiscípulos el rebelde, ya me las pagaréis todos uno á uno.

Las disciplinas cayeron ruidosamente sobre el reverso del indisciplinado estudiante.

—¡No siento nada! dijo éste; puede V. apretar todo lo que guste.

—¡Fuerte, fuerte! gritaban los que habian recibido algunos coscorrones.

—Señor maestro, Lésmes tiene novia, dijo uno de los ofendidos para agravar la situacion del castigado.

A aquella acusacion siguieron otras; pero el profesor no necesitaba estímulos: estaba irritado con aquella rebeldía, y los azotes se multiplicaban con la rapidez con que pudieran darlos una máquina.

—¡Nos cuenta historias del otro mundo! exclamó un muchacho.

—¡Dice que se acuerda de todo lo que le pasaba mucho ántes de nacer! añadió otro.

—¡Eh! exclamó el profesor cesando en su tarea...

—Sí, señor, dice que ha vivido otra vez....

—Soltadle ya y llevadle al cuarto oscuro.

El caballo emprendió una especie de trotocillo, y poco despues estaba Lésmes encerrado.

Don Hipólito, en cambio, habia quedado pensativo.

Del interrogatorio que hizo á sus discípulos resultaron declaraciones absurdas; pero la más extraña y grave fué la que acusaba á Lésmes de haber sustraído una miniatura de mujer que tenia el maestro en mucha estima.

Lésmes no negó el hecho cuando el maestro fué á tomarle declaracion en su mismo calabozo: ántes al contrario, respondió lleno de audacia:

—El retrato que me llevé me pertenece: esa mujer ha sido novia mia.

—¡Embaucador! exclamó irritado el maestro blandiendo otra vez las disciplinas; esa mujer es mi madre, que murió de vieja hace veinte años.

Y se oyeron en el calabozo fuertes correazos y gritos infantiles.

#### II.

—¿Cree V. que hemos vivido más de una vez, y que despues de la muerte resucitarémos nuevamente en otra forma? preguntaba D. Hipólito aquella misma tarde á su amigo D. Angel Rabineti miéntras paseaban.

—¿Que si lo creo? Soy espiritista. Envieme V. ese muchacho, y le interrogaré con suavidad. Su carácter díscolo y rebelde es un resto de energía de la última encarnacion, contestó D. Angel, que era hombrecillo vivaracho y de ligeros movimientos.

BELLAS ARTES.



LA LECCION DE GUITARRA. — (CUADRO DE LEIGHTON.)

— Pero ¿ cómo me explica V., insistía el maestro, eso de conservar memoria de la otra vida?

— Muy fácilmente: si el muchacho se acuerda de ello, está explicado.

— Es que los fisiólogos aseguran que la memoria es una facultad esencialmente orgánica; es decir, que sólo se conservan los recuerdos en el cerebro, que recibe las impresiones: cuando la muerte le destruye, los recuerdos se desvanecen.

— Eso es una teoría, Sr. Ablativo, que Lésmes refuta por el método experimental, desde el momento en que me cuento lo que le sucedió antes de su último fallecimiento.

— Sr. Espinilla, me parece que esa cabeza no está firme. ¿ Por qué no se sangra V.?

— Es V. un incrédulo, á quien convenceremos tal vez algún día; en fin, envíeme al muchacho.

— Lo haré, lo haré; pero siento verle tan extraviado.

— No lo crea V.; yo tengo revelaciones misteriosas, vagas conjeturas de haber sido raton en otra vida.

— ¿ También recuerda V. algo?

— No, por desgracia; pero lo sospecho, lo adivino, porque cuando era niño pasaba los días haciendo agujeros en la tapia, tengo miedo á los gatos, asusto á las mujeres y me gusta mucho el queso.

### III.

— ¿ Habló V. á Lésmes? preguntaba al día siguiente don Hipólito, con sonrisa burlona, á su amigo D. Angel.

— No se ría V., amigo; me ha hecho una revelación espantosa, que me tiene preocupado. Mi teoría es cierta: hay hechos tan violentos, emociones tan terribles, que su recuerdo traspasa los límites de la muerte. Por eso, cuando veo sonreír en su cuna á un niño de pecho, me parece que aquella frente guarda secretos augustos, que olvida el hombre á medida que pierde su inocencia.

— Mi curiosidad se excita, repuso el dómine; hable V. pronto.

— Pues bien, tengo la firme convicción de que Lésmes Travesedo ha sido un héroe; y es claro, ¿ había de recibir con paciencia los azotes?

— ¡ Cómo! ¿ Ese arrapiezo se las echa de bravo? exclamó D. Hipólito metiéndose la mano en el bolsillo, como para buscar las disciplinas, por ese movimiento natural de los antiguos maestros, equivalente al de los militares cuando llevan la mano al puño de su espada.

— Tenga V. calma y escuche. Yo, que no doy á nadie correazos, pues soy más bien asustadizo, inspiro confianza y divierto á los muchachos. Lésmes es ya mi íntimo amigo, y me ha contado la verdad. Escuche V. y asómbrese.

Don Hipólito se sentó en una piedra colocada cerca de una gruta, y D. Angel empezó su narración de pie y con su acostumbrada ligereza.

### IV.

— Sr. D. Angel, me preguntaba Lésmes hace un instante, ¿ son verdad los sueños?

— Hombre, le dije, no lo sé. Me han dicho que te acuerdas de lo que te sucedía antes de nacer. ¿ Es eso cierto?

— Es una broma mía, contestó; sueño mucho, y finjo á mis amigos que me sucede lo que sueño. Porque, la verdad, parecen cosas sucedidas, y como tengo tanta memoria, nunca las olvido. ¿ Creerá V. que recuerdo todavía el primer sueño que tuve?

Figúrese V. la curiosidad con que le animé á que me lo refiriera.

— Es un sueño muy triste, y parece una historia de esas que cuentan los hombres cuando se reúnen junto al fuego: quisiera olvidarle, y se me representa muchas noches, y algunas veces hace que me duela el lado izquierdo.

— Recuérdalo, hijo mio.

— Lo que he olvidado es el principio. Era yo un hombre, y quería mucho á una mujer: tenía la misma cara del retrato que he quitado al maestro, pero no me acuerdo cómo se llamaba. Y vea V., recuerdo el nombre que tenía un hombre alto, de patillas muy negras, y el cual, siendo muy guapo, me parecía muy feo. ¡ Luis! No se me olvida. La mujer había estado asomada al balcón, y yo, muy enfadado, quise ver lo que miraba, y vi á Luis en la calle. La cogí del brazo y se lo sacudí; en sueños se tiene mucha fuerza. Luego cogí una navaja y salí en busca del hombre. La mujer daba gritos y me llamaba..... yo no sé cómo.

— ¿ Y mataste á Luis? le pregunté alarmado.

— No, me contestó el muchacho; ya no volví á pensar en él; sonaban tiros á lo lejos, y las gentes corrían y daban muchas voces; entonces no me fijaba, pero algunas veces he recordado que vestían trajes que sólo he visto en las estampas. Se trataba de matar franceses en las calles; yo hundi la navaja en el vientre de un caballo, y las gentes arrastraron al jinete. Me parece que era un moro.

Luego estaba furioso, y siendo un hombre, lloraba como un niño: una mujer, que yo no conocía, me cargaba un fusil muy ancho, y disparaba á cada instante; pero á mí la lo había muchos muertos y sonaba por todas partes un estruendo espantoso.

Después me vistieron de fraile para que no me conociesen, y salí por la calle en una noche muy oscura, y me cogieron unos soldados, me hablaron y no los entendía; luego me registraron levantándome la ropa.

Todo esto lo recuerdo muy mal; lo que recuerdo mejor es lo que sigue.

Había una fila de hombres y mujeres á lo lejos.

— Van á fusilarlos, me dijo no sé quién; nosotros estamos libres porque no tenemos armas.

Miré á los que iban á morir, y crea V. que me alegré: Luis estaba en medio.

Un jefe le miró muy despacio, y oí que exclamaba:

— ¡ Qué hombre tan hermoso!

Después se volvió hacia otro jefe y le dijo:

— ¿ No podríamos salvarle?

— Es imposible; están contados.

— Eso tiene remedio; poned en su lugar á aquel frailecillo tan ruin.

Y me señalaron á mí, Sr. D. Angel, exclamó el muchacho con los ojos espantados, como si aquello estuviera sucediendo.

Quise gritar, pero me pusieron una mordaza y me arrodillaron á la fuerza. Mientras tanto, el jefe dió la orden de que condujeran á Luis hasta su casa, y Luis dió las señas de la mía, mientras me apuntaban un fusil á la cabeza, en la que sentí un estampido como un trueno.

— ¿ Y luego? dije á Lésmes.

— Luego desperté: estaba en la cama con una mujer desconocida; poco á poco fui sabiendo que era mi madre; todo aquello había sido sueño, y me alegré de ser un niño.

V.

Don Hipólito se había levantado con gesto de mal humor, y D. Angel retrocedió, al verle, algunos pasos.

— ¡Sr. D. Angel! dijo el maestro con voz colérica. ¿Quién le ha contado á V. la historia de mi padre?

— ¿De su padre de V.? repuso Espinilla, alejándose cada vez más.... Pues bien; ¡él mismo!

— ¡Mi padre murió fusilado, trocado por otro y disfrazado de fraile, el Dos de Mayo!

— Pues su padre de V. es hoy Lésmes Travesedo. Es inútil que saque V. las disciplinas y se irrite, señor domine, porque no soy un muchacho y no me alcanzará. Lo que debe usted hacer es moderar su genio y no volver á imponer ese castigo. Sr. D. Hipólito, ha dado V. azotes á su padre.

El maestro quiso lanzarse sobre el espiritista, pero éste huyó con la ligereza del raton, refugiándose en el agujero de una cueva.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.



LA CRINOLINA IMPROVISADA. — (DIBUJO ORIGINAL DE KEYSER.)



ROMEO Y JULIETA.

CUADRO DE HORACIO LENGU, NÚM. 334 DEL «CATÁLOGO». — (EXPOSICION DE BELLAS ARTES EN 1881.)  
(Fotografía de Laurent.)

## EL CANCIONERO DEL PRADO.

**C**OGIÓ la pluma con la irritación nerviosa con que, al decir del Romancero español, asió de la suya el moro Tarfe para retar á Zaide, su enemigo, y rasgó el *delgado papel* al correr de la pluma con que escribió estas palabras, llenas de encono, á la más engañosa de las mujeres :

«Blanca, tu nombre ultraja el color del armiño y profana el símbolo eterno de la inocencia. Si yo fuera la fe, aquella ciega fe que me hizo creer en la pureza de tu alma virginal, desde ahora mismo trocará en odio, la negra hipocresía de tu nombre, el blanco cendal que cubre sus ojos por un negro jiron arrancado á las tinieblas.

»Te has quitado la máscara ; la paloma no era paloma ¿Qué genio del remordimiento te ha dictado tu última carta, esa carta que ha abrasado mis ojos y secado el rico venero de amor que fluía de mi corazón? ¿Cómo has podido fingirme en esas misivas, que guardaba—¡necio de mí!—como expresión candorosa y sublime de la mayor pureza, todas las ignorancias del mal?

»¡Que te libre, me dices, de la opresión de un padre tiránico!.... ¡Que te ponga, bajo la salvaguardia de un nombre honrado, á cubierto de la obstinación de un poderoso que pretende triunfar de tu virtud para buscar en la victoria un título indiscutible de pertenencia!.... ¡Horror de los horrores! ¿Cómo has llegado á deletrear ese programa de iniquidad? ¿Cómo has podido penetrar los impúdicos secretos de esa odiosa fatalidad de los hechos consumados? .... ¡Hipócrita! ¡me engañabas! Tú no eres el alma pura falsamente reflejada en esos ojos azules, que no osaban asomarse á la tierra sin el velo de sus párpados de rosa y sus pestañas de oro. Ya sé lo que me dirías si fuera tan necio que por segunda vez me dejase envolver en tus redes : me dirías que en tí la conciencia del mal es adarve apercebido y firme de la virtud.... ¡Sofismas! virtud que ha perdido el esmalte del candor sólo puede satisfacer á los espíritus groseros!.... ¡Y yo he creído encontrar en tí la flor de la inocencia, esa sublime virginidad del alma de la mujer, que es el trofeo más glorioso y el galardón más santo del amor honrado del hombre!.... ¡Y yo he abandonado mi tranquila soledad de las Pampas, cargado con el enorme peso de mi fortuna, para venir á esta tierra de la belleza y del amor en busca de tan cruel desengaño!....

»¡Adios, ídolo de barro! Esos ojos azules, velados por esas rubias y luengas pestañas, que á los ángeles mismos parecieran castas celosías de un alma candorosa, no miran constantemente al suelo sino para descifrar cautelosamente secretos de iniquidad. Yo busco una mujer amante, que no sepa definir los movimientos, los secretos impulsos de su

sensibilidad hasta encontrar la imprevista revelación en los brazos del hombre que se haya unido á ella con lazos santos é indisolubles. Tú eres buena, Blanca, te inclinas del lado de la virtud, no lo dudo ; pero eres docta en la ciencia escabrosa de la vida, y yo aborrezco toda sabiduría que se albergue en espíritu de mujer.

»Si, Blanca, te aborrezco, te abomino con toda la energía de un alma de pampero, que, tal vez por acaso, no ha soltado jamás los andadores de su instinto honrado, y que no comprenderá jamás ciertas relaciones, por hostiles y tirantes que sean, entre el bien y el mal. Me has engañado, fementida, has abusado de mi credulidad ; pero no te vanaglories : mi ilusión no ha dejado en tus manos una sola pluma de sus alas infatigables. Seguiré mi viaje de exploración, y no pararé hasta encontrar lo que no he hallado en tí : la perfumada flor de la inocencia.»

La misiva llegó pronto á su destino y no se hizo esperar la contestación. Decía así :

«Si no fueras tan nuevo en el país, diría que eres un fugado de Leganés. Hay hombres más cuerdos que tú en aquella casa de insensatos. Desprecio tus groseras inculpaciones, y no quiero contra tí más venganza que verte irremediamente sujeto al yugo de tu locura. ¿Qué buscas por ese mundo abajo? (porque debo advertirte, soñador de las Pampas, que la humanidad ya no camina planeta arriba, siguiendo el camino de tus rezagadas ilusiones). ¿Buscas en la primavera de la mujer la flor perfumada y pura de la inocencia? Pues no la hallarás donde la buscas. La flor de la inocencia es flor de un día ; pero nace de una simiente que prospera en todos tiempos, y esa simiente se llama el instinto y la voluntad del bien. ¿La flor es lo que buscas? ¡Pobre pampero! ¡Ya te contentarás con la planta!»

Pancho despedazó la carta con los dientes, y lo mismo hubiera hecho con el corazón de la mujer que había tenido la horrible franqueza de confirmar en aquel papel la más amarga de las decepciones.

«¡Bravo! exclamó fuera de sí, clavando los airados ojos en un cuadro de la Degollación de los Inocentes, que coronaba la chimenea de su gabinete. ¡Conque, no quedó ninguno para contarlo? ¿Conque, la inocencia no se encuentra ya donde yo la quiero? ¿Conque, no debo buscarla en ese período de la vida en que se encienden y se concilian las pasiones terrenas? ¿Conque, es una flor que no vive más allá de la aurora en la vida de la mujer?... Pues bien, yo la trasladaré, en su estación efímera, á mi invernáculo tan delicadamente, que no perciba el contacto de mi mano, y sabré conservar su fragancia y su frescura hasta que suene la hora de mi felicidad!»

Y dicho esto, Pancho buscó en el movimiento un consuelo al inquieto latir de su corazón y á la febril actividad de



su espíritu; salió de su casa y de la villa, sin que la espina que llevaba en el pecho le permitiera agradecer á la Naturaleza los aromas del ambiente primaveral, que halagaba sus sentidos, como para adormecer piadosamente los torcedores de su espíritu.

La tarde era de las más embalsamadas del mes de Mayo; una de aquellas tardes que, no sé por qué incorregible desviación de los instintos nativos de la humanidad, no nos arroja, fatigados del problema cada día más intrincado y difícil de la vida, en el seno amante de la Naturaleza para derramar en sus brazos las lágrimas del hijo pródigo. Lo diré sin el propósito de arrojar un guante inflado de soberbia á ninguna comunión política, ni á ninguna escuela filosófica. Para mí la política es un fuego que abrasa y raramente purifica: la filosofía es la evolución eterna del ingenio humano al rededor de una esfinge indescifrable.

Pero aseguro en verdad que la tarde era digna de la creación; su belleza aparecía tan infinitamente superior á la obra de los hombres, que hubo un momento en que Pancho, haciendo, á despecho de la fibra tenaz y dolorida que le resonaba en el alma, el estado comparativo del trabajo de la Naturaleza y del trabajo de la humanidad, llegó á pensar con espanto que, á no cerrar el oído á las predicciones, por desgracia hartamente acreditadas, de la ciencia, el exiguo planeta en que vivimos podría llegar á ser un cadáver, como el de su satélite, en el espacio infinito, ántes que la descendencia de los juicios cabelludos de Darwin, ó de los hijos nativamente racionales de Adán y Eva, llegara á descifrar el *a, b, c* del libro de la creación y de la ciencia de la vida.

De improviso esta negra idea batió sus alas de cuervo y se lanzó hácia los espacios tenebrosos donde se revuelca el monstruo de la duda, sin hallar manera de posarse sobre sus cuatro piés. (Perdonad el estilo: Pancho estaba enamorado, y ¿qué enamorado no ha puesto alguna vez á prueba los oídos del padre Apolo?) El espectáculo que se ofreció á su vista era, en efecto, para desviar el curso de las negras corrientes que cruzaban su pensamiento. Se hallaba bajo unos álamos frondosos, que entoldaban un ancho andén tapizado de rubia y menuda arena. Un corro de niñas de diez á doce años, que semejava una corona formada con flores recién cogidas de la primavera, giraba rápidamente como un grupo de rosales y azucenas agitado por un remolino de la brisa. Las cintas de nieve y rosa que aprisionaban los talles revolaban á impulso de la carrera, retozando con las trenzas de azabache ú oro de las pingües y hermosas cabelleras. Encendidas las mejillas por la excitación del inocente juego; agitados los senos virginales, bajo cuyos velos de ligera granadina se vislumbraba la tímida esperanza de una floreciente pubertad; arrastrando con blando susurro las suelas del gracioso y elegante calzado por el suelo granuloso del andén; entreabiertas por el cansancio las bocas de coral, y anegadas en las altas luces del espacio las luces de las pupilas, ora negras y fulgurantes como el carbunco herido por los rayos del cenit, ora azules como las aguas del lago lejano, bañadas por los lánguidos resplandores del crepúsculo, las niñas giraban entonando un cantar, cuyo sentido no pudo descifrar al pronto el pampero, atento sólo al espectáculo que tenía ante los ojos y á no sé qué íntimo y, por desgracia, efímero bienestar del alma, que, aún rompiendo á des-

pecho sus cadenas, respira por un momento con placer instintivo las auras apacibles de la libertad.

Se detuvo: no tenía sino alargar la mano para llevar á sus labios la sabrosa copa de la venganza y realizar el sueño de su vida. Allí estaba la inocencia; la inocencia en planta y en flor. «¡Ah, Blanca, Blanca! ¡Niegas la inconsciencia del mal, porque la has perdido en el comercio indescripto ó inaprensivo de una sociedad corrompida! ¡Pues bien, yo te probaré que hay, para este diluvio de todas las creencias y de todas las poesías del alma, un arca y una paloma; un arca que ha sacado á flote esa virginidad moral que me niegas, después de haberla fingido, como se fingen las rosas de la juventud en las mejillas que han perdido su frescura, y una paloma que ya bate las alas en ese corro de ángeles para venir á traerme el ramo de oliva!»

En las súbitas y pasajeras reacciones del alma contra una pena tenaz, el consuelo suele ser una embriaguez. Pancho se abalanzó al corro con el ardiente deseo de encontrar en él una criatura bastante desposeída de los bienes de la fortuna para constituirse en su providencia y guardarla entre cristales, como una flor exótica de exquisitos aromas, destinada á formar por sí sola, en su día, el paraíso de un simple mortal.

Estaba cerca de ellas; sus voces argentinas llegaban al oído de Pancho con encanto indefinible. El arrobamiento del jóven era tan profundo, que aún no le permitía fijar la atención en la adorable poesía que, sin duda alguna, debía dar sentido íntimo, inefable, celestial á aquel canto unísono, propio de seres puros, que expresan con una sola nota la identidad de sus inocentes alegrías.

Procuró romper el encanto que avasallaba sus sentidos, y escuchó.

¡Oh.... bienaventurados los sordos, porque de ellos es el reino mil veces venturoso del silencio!.... De pronto el sentido de los versos llegó con aborrecible claridad al espíritu de Pancho. ¡Maldición! Aquellos ángeles salmodiaban el poema criminal de no sé qué adúltera esposa de un tahonero inverosímil, en presencia de doscientos espectadores de todos sexos, edades y condiciones, que, sentados en las sillas de hierro inmediatas ó en los potros de tormento que sirven de descanso en los aguaduchos del salón del Prado, gozaban del inefable atractivo de aquel coro de serafines. El pampero escuchó claramente estos versos inconcebibles, entregados á las auras primaverales por aquellas voces purísimas, lánguidas y concertadas, que parecían la respiración armoniosa de un candor virginal:

La pretende un señor cura;  
La quiere pisar el pié.  
Déjalo que te lo pise  
Si te da bien de comer....  
Ya se sientan á la mesa  
Como marido y mujer.... (1).

Una ráfaga piadosa de la brisa se llevó, con la ilusión de Pancho, el resto del cantar. El mozo huyó consternado por no oír el final de aquel nefando poema; huyó como quien huye de un desenlace dramático á la moda del día. ¿Era un sueño? ¿Era verdad lo que acababa de oír de aquellos labios de rosa? ¿Era verdad que aquellos embalsamados alientos habían ser-

(1) Cancionero inédito del Prado.

vido de vehículo al más grosero y más cínico y más tabernario de los poemas? «¡Imposible!», gritó Pancho, sin echar de ver la sorpresa y la sonrisa de los transeuntes, que le tomaban por loco; y como la palabra, ó por mejor decir, el concepto de lo imposible no admite más allá, el mozo, que ya de suyo era impresionable, como todo espíritu exaltado, poco propenso á seguir la direccion lógica de los afectos reposados, se detuvo en lo más precipitado de su carrera.

Tenía delante de sí otra ronda de niñas, de más temprana edad que las que, á despecho de una generosa ilusion, cantaban, á alguna distancia de allí, las hazañas horribles de la mujer del tahonero. Eran bellas como el amor, y alternaban en el corro con ocho ó diez niñeras de rostro picaresco, las cuales espiaban con la cola del ojo los movimientos de un círculo de galanteadores (de cabo primero para abajo), que bloqueaban el corro á distancia poco respetuosa de las madres, tias ó hermanas mayores, encargadas de mantener corrido el velo del candor ante los ojos de aquella pléyade de inocentes criaturas. Pero Pancho no paró mientes en estos detalles; buscaba un objeto ideal que colocar en el fondo luminoso de su ilusion, y este foco intenso le deslumbraba: no veía nada fuera de la línea recta y la proyeccion impetuosa de su deseo.

Lo repito, las niñas del segundo corro eran como el amor; eran tan bellas, que hacían olvidar las gracias de las que, fuera ilusion de los sentidos perturbados de Pancho, ó lamentable realidad, habían puesto al pampero en precipitada fuga. Pero era fuerza esperar, esperar largos años..... ¿Qué importa? Nunca es largo el camino cuando se tiene por compañera á la esperanza. Porque Pancho, que era todo ilusiones y quimeras, creía que sus fuegos juveniles y sus ímpetus de pampero eran perfectamente compatibles con la paciente idiosincrasia de Job. «Aquella rubia de ojos garzos y ondulante y abundosa cabellera, decía el mozo, está en la aurora de la vida; aquella niña pálida, de negras y relucientes pupilas, cuyo fuego nativo parece que haya quemado prematuramente las rosas de sus mejillas, cuenta apenas diez años: aquella otra, que con sus manos de rosa, fuertemente enlazadas con las de sus compañeras, quiebra hácia atrás la flexible cintura y su cuello de paloma, como para anegar más á sus anchas el azul de sus ojos en el azul del espacio, está lejos aún de la edad en que le será dado descifrar los impulsos secretos de su corazón. Ninguna de ellas puede asignar un corto plazo á la realizacion de las felicidades humanas. Pero ¿qué importa? Esperaré: elegiré entre esas flores la que exhale más delicado aroma, y la guardaré, si no con más celo, con más delicadeza que el avaro guarda su tesoro. ¡Ah, Blanca, Blanca! Yo te juro por el que ha dado al armiño el instinto de la limpieza inmaculada, que no has de llevar la mejor parte en la lucha á que me provocas! Dices que la inocencia es una planta cuyas flores se agostan sin que ella pierda el valor que le da su arraigo en la tierra en que el vicio no ha estampado su huella..... Pues yo te digo que mientes, que no hay una sociedad, por materialista y descreída que te la imagines, que no tenga su invernadero donde preservar de las injurias de la corrupcion la eterna primavera del candor. ¿Ves esas madres, que con la sonrisa del amor en los labios, fijos los ojos, humedecidos por las lágrimas, en esas preciosas criaturas, presencian arrobadas sus inocentes juegos? Pues ellas

te dirán cómo se custodian y se preservan de la peste de un siglo materialista las virginidades del alma!

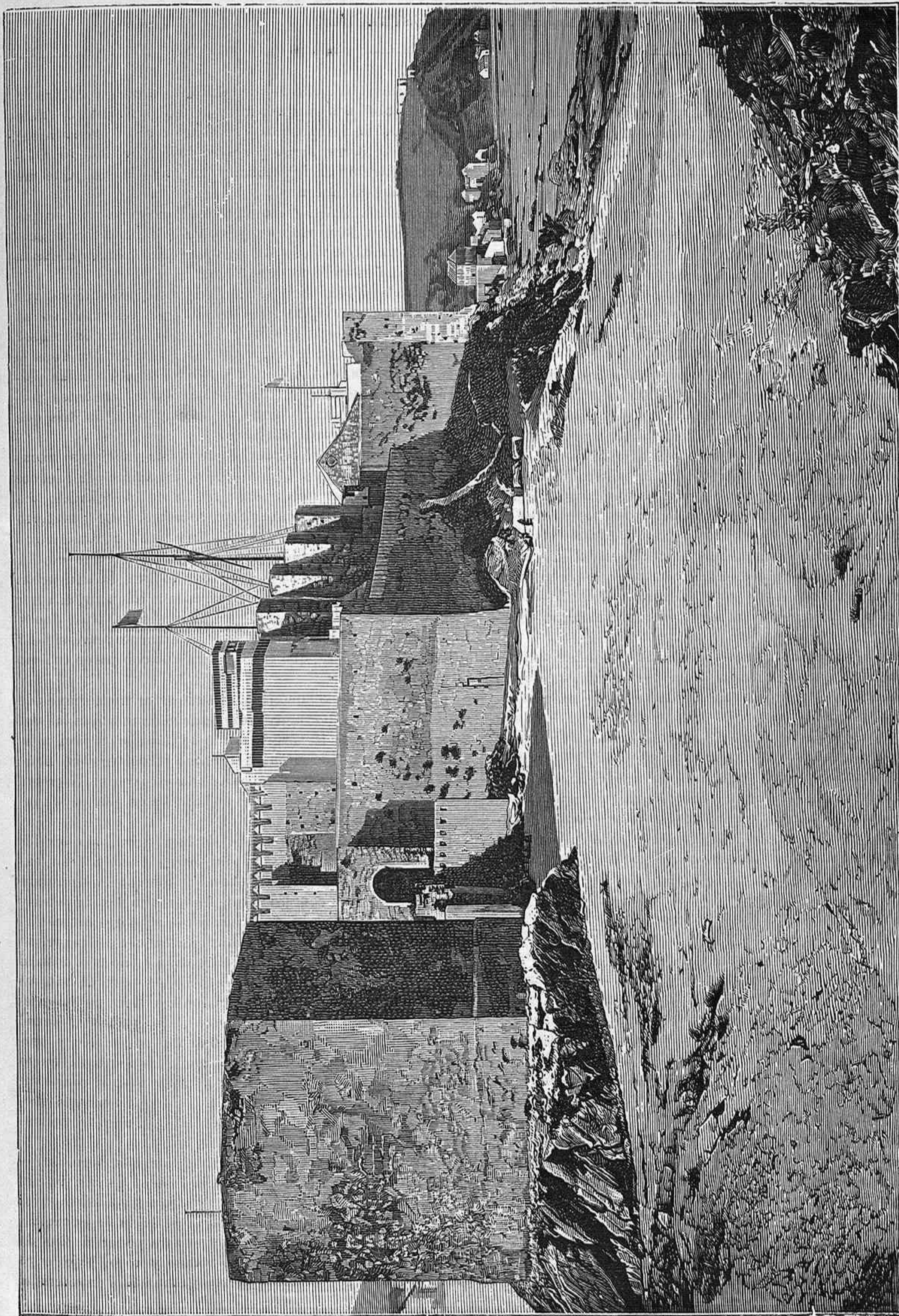
El entusiasmo vengativo de que Pancho se hallaba poseído había desatado su lengua, y el joven hablaba en alta voz. Una risotada mefistofélica, ó por mejor decir, la risotada seca y sarcástica de un fanfarron del escepticismo grosero de estos tiempos, que no necesitan de las sugerencias del pobre diablo que Goethe ha pedido prestado á la leyenda para acreditar la filiacion inmemorial del vicio y la perversidad, estalló de improviso á sus espaldas, junto á su oído, produciéndole un sacudimiento nervioso, que apagó por un momento en su corazón el latido de sus ilusiones juveniles.

—¡Ah! exclamó Pancho volviendo la cabeza y llevándose las manos á los oídos..... ¿Eres tú, José?

—Sí, muchacho, yo soy. Dispensa si mi interrupcion ha hecho levantar el vuelo á alguna de tus quimeras inveteradas de soñador. Hablabas á tus solas, sin consultar la opinion de los transeuntes, de no sé qué virginidades del alma; y no lo tomes á mal, el entusiasmo de tu monólogo me ha hecho reír. Oye, Pancho, añadió el importuno echándole un brazo al cuello y asiéndole de una mano, cuya inmovilidad debía dar inequívocos indicios de la sorpresa desagradable con que era acogida la malhadada interrupcion. Tu padre fué un guancho, como el mio. Tuvieron ingenio y constancia; soplóles el caprichoso viento de la fortuna, y no las hay más cuantiosas en Montevideo que las que debemos á su bien premiada actividad. Además eres joven, tienes salud, puedes aspirar á todas las felicidades de este mundo. Pero te conozco bien; tienes la cabeza llena de viento, y buscas por este mundo un ente de razon. ¿Qué haces aquí, inmóvil y absorto como una estatua de la imbecilidad, contemplando con ojos encandilados ese grupo de niñas, que se solazan bajo la vigilancia exquisita y la direccion ejemplar de sus niñeras?

—Hago, le respondió Pancho con mal humor, lo que un frívolo escéptico como tú no comprenderá jamás. Busco lo que para este siglo de corrupcion y esta sociedad de positivistas desalmados es una baratija despreciable; busco la flor nativa y pura de la inocencia.

—¡Ya! replicó su compatriota cerrando los ojos y dando expansion á una sonrisa, que dilató hasta muy cerca de las orejas los extremos de su boca de sátiro, cuya ductilidad competía con la de la goma elástica; buscas la camelia azul, la camelia teñida del color aparente de los espacios..... Bien, muchacho, busca; eres un privilegiado de la fortuna; tienes con qué vivir como un banquero opulento, á quien no inquieta el fantasma de la liquidacion, y dicho está con esto que has adquirido desde la cuna el derecho de soñar á tu sabor. Sueña, hijo, sueña; D. Quijote es la eterna personificacion de una minoría de la humanidad, que no vive á su gusto si no va contra la corriente de lo ordinario y lo vulgar. Adora á tu imaginaria Dulcinea, pero no quieras hacer al mundo confidente y tercero de tus locos amores, porque el mundo, en estos tiempos en que vivimos, es un muy ilustrado, y culto, y refinado Sancho Panza, que te probará, cómo dos más tres son cinco, que si la vaporosa señora de tus pensamientos no se pasa la vida aechando el rubio grano de las eras, no por eso es ménos aficionada —y ántes al contrario, lleva la inclinacion al grado del frenesí — á lo que, en sentido figurado, y sin la aquiescencia de la Acade-



TARIFA. — HISTÓRICO CASTILLO DE GUZMAN « EL BUENO ». (DE FOTOGRAFÍA DE LAURENT.)

mia, suele dar el nombre de *trigo* esta sociedad, aficionada á designar con denominaciones nuevas los vicios antiguos. Y sin más, quédate ahí con tus placeres impalpables y etéreos, que á mí no me va mal con los cuerpos sólidos y las satisfacciones tangibles y de por vida.

Terminado su discurso, José dió media vuelta, girando sobre su pié izquierdo y arrastrando la punta del derecho, en busca del camino que pensaba seguir; volteó su baston, dejándole sujeto entre el brazo y las costillas, y se alejó siguiendo con las piernas y la voz el ritmo de unas pausadas habaneras.

— ¡Así! exclamó Pancho sin poder refrenar su indignacion y siguiendo con ojos de basilisco á su amigo de la infancia; ¡baila, blasfema; pero véte!

José estaba ya léjos; seguía los andenes escasamente ondulados del angosto paseo de Recoletos, en busca de una aventura de amores que le ayudára á pasar la velada, cuando de repente embelesó los oídos de Pancho un concierto de voces argentinas, semejante al de una bandada de ruiseñores que invaden las ramas floridas de un almendro en una noche de primavera, llenando de gratas armonías la soledad.

— ¡Oh, bendita música! exclamó el jóven llevándose la mano al corazón y poniendo los ojos en el espacio estrellado. Entre esos acentos melodiosos, que llegan á mis oídos como el preludio de un poema de aventuras, escucho quizá el de la vírgen candorosa y pura, destinada á cubrir de flores de eterna primavera la senda de mi vida..... ¡Escuchemos!

Pancho aguzó el oído y puso en él toda la atención inquieta y anhelante que cabe en el alma de un enamorado del ideal cuando cree llegado el momento de la suprema revelación, el momento en que su ilusión querida va á tomar forma y cuerpo de realidad. El corro de niñas, después de una pausa que había dado lugar al diálogo de Pancho y su compañero de la infancia, entonaba un nuevo cantar. ¡Qué voces! ¡Divinas! ¡Con qué purísimo acento, con qué unísona y concertada melodía dieron al aire estos versos abominables, que, escuchados al principio con avidez, cuajaron muy pronto la sangre en las venas de Pancho:

Ciento cincuenta reales  
Me han ofrecido  
Por engañar al tonto (1)  
De mi marido.  
¡Qué bueno fuera.....

Pancho no escuchó más; tapóse los oídos con las manos, y sin apartar los ojos atónitos de aquella ronda de ángeles degenerados, que aventajaban en sabiduría á las cantoras de *La Mujer del tahonero*, dejóse caer con desaliento sobre un banco de piedra que había á sus espaldas, el cual le hubiera recibido con la impasible hospitalidad que ponía de inmemorial á disposición de los paseantes, á no interponerse entre la materia inorgánica de que estaba formado y la personalidad calamitosamente espiritualista de nuestro soñador el cuerpo sólidamente constituido de una nodriza asturiana, que amamantaba en aquel instante á la criatura confiada á su mercenaria maternidad.

(1) *Cancionero inédito del Prado*. En el original la idea de este verso está expresada por medio de una imagen más pintoresca, pero menos adecuada al gusto delicado de nuestros lectores.

— ¡Animal! exclamó la corpulenta asturiana encorvando las cejas sobre sus ojos verdes y redondos, como de gata montaraz, al recibir sobre sus rodillas las seis ó siete arrobas de peso, que borran, ante las leyes de la gravedad, toda diferencia entre un espiritualista y un materialista. ¡Que me ahoga V. á esta inocente!

¡Inocente!..... Al oír este epíteto, Pancho se puso en pié como movido de un resorte, y volvió la cabeza con el celo de un mecánico caviloso que oye pregonar á sus espaldas la solución del movimiento continuo.

— ¡Inocente! exclamó lanzando de sus ojos centellas, que sólo, aunque por lejana irradiación, pudo encender en su mirada el sol de los trópicos. ¿Hay aquí alguna inocente?

— ¡Pues ya lo creo! respondió la nodriza arrullando á la niña, á quien la involuntaria agresión de Pancho había perturbado profundamente en sus tranquilos é inocentes placeres de la nutrición. ¡Como que ha estado en un tris que usted no me la hiciera una plasta!

— ¡Nodriza! exclamó Pancho, cuya imaginación sobreexcitada había llegado al último grado de exaltación; ruégote que me dispenses; mi caída no fué la del ángel malo; ha sido casual é independiente de mi voluntad. Pero ¿es cierto que en tus brazos se cobija una inocente? ¿Una criatura celestial que no ha oído jamás el poema infame de *La Tahonera*, y que no sabe pregonar todavía la cotización horrible del adulterio?..... ¿Es verdad que hay aquí una flor perfumada de los jardines de impenetrables tapias, donde no ha podido llegar el aliento de la humana perversidad? ¿Es verdad, nodriza, que esa criatura que cobijas en tu seno es una inocente?

— ¿Qué dice? exclamó la mofletuda asturiana abriendo de par en par ojos y boca, para expresar nada más que las dos terceras partes de la sorpresa que le causaba la pregunta. ¡Pues ya lo creo que es una inocente! ¡Como que no tiene más que catorce meses y no se ha separado de mí! ¡Si creará este tumbón que la criatura ha andado ya en manos de niñas y con escolta de soldados!

Pancho se alejó consternado de la nodriza, sin oír los comentarios interminables á que había dado pié su extraña interrogación, y siguió el andén adelante, murmurando con voz no tan contenida que no atrajera las miradas y provocara la sonrisa de los paseantes. — ¡Catorce meses!..... He cumplido, no sé cómo, veintiocho años; sería preciso que esa inocente pasara quince más asida como una ostra al seno opimo é inagotable de su nodriza, á salvo de niñas y soldados, para que yo, á los cuarenta y tres, pudiera llegar á la posesión de la mujer ideal! ¡Ah, Blanca, Blanca! ¿Por qué Dios, que te ha concedido tan singulares y permanentes atractivos, te ha dotado con duración tan efímera del más preciado de todos ellos?..... ¿Por qué, al conservar en tí la hermosura y la bondad, no ha conservado la inocencia?..... ¡Oh inocencia, inocencia! ¿Dónde te encontraré?.....

— Ese es mi nombre de pila.—¿Me llamabas, hermoso?— dijo acercándose á Pancho con los brazos en jarras, terciado el pañolón de Manila que encubría atractivos entregados hacía veinte años á todos los huracanes de la depravación, y quebrando hácia delante el cuerpo para poner á tiro de tentación un rostro jalbegado de blanco y rojo, bajo cuyo grosero afeitado se dibujaba cierta granulación inveterada,

que la clínica más galante no hubiera osado hacer pasar á los ojos de la paciente por una erupcion espontánea de los ocultos y pudorosos fuegos de la castidad. Pancho extendió los brazos para poner á raya la osadía de aquel vestigio, y huyó en un estado muy próximo á la enajenacion mental; huyó... como quien huye de sí mismo, que es la carrera más desesperada que puede dar criatura en este mundo. No sé si para los fisiólogos será, como para mí, una verdad que las almas creyentes y exaltadas, á quienes ha tocado en suerte por envoltura material un temperamento nervioso, difícilmente andan el camino del desengaño sin dar en un extremo de la sensibilidad que, á los ojos de lo que llamamos sentido comun, aparece siempre como una de las formas que reviste la extravagancia humana. Esto le ocurrió á Pancho. Aquella cotizacion ingenua y desvergonzada del adulterio en boca de criaturas de aspecto angelical, recién caídas del pezon de la madre ó la nodriza, acabó de dar al traste con la poca fortaleza de espíritu que le quedaba, y se alejó gritando con un acento de desesperacion capaz de despertar en su tumba el remordimiento de Heródes: «¡Ya no hay inocentes!»

Un coro de angelitos vestidos de percal y calzados con zapatitos veraniegos de cáñamo blanco, cuyos profusos trenzados de cinta roja semejaban, al precipitado girar del corro, una ronda furiosa de cangrejos cocidos, hizo resonar por intervalos en los oídos de Pancho estos fragmentos de *poesía* popular, dignos de una sociedad que no se cree nunca en el caso de desenvainar en la calle la espada de la ley, ni de reivindicar los derechos de la moral, como no medien lesiones curables de primera intencion en la Casa de socorro:

Estaba una señorita  
Asomada á su balcon,  
Cuando pasó un caballero  
Á caballo en su troton.  
—¡ Señorita, señorita!  
Con usted cenará yo..... (1).  
—Suba, suba, caballero;  
Cenará una noche ó dos.....

Pancho salvó de una sola arrancada el paseo de Recoletos, y penetró en los desiertos andenes de la Fuente Castellana, con el deseo de buscar el consuelo de la soledad. ¡La soledad! oasis de las almas que sienten el peso insoportable de su plenitud, ó buscan en el aislamiento y el silencio el ideal de su vaciedad, ó encuentran en ella el silencio complaciente de la soberbia indómita, que no quiere escuchar en este mundo más voz que la de su orgullo. ¡La soledad! Un confesionario vacío, donde se desahogan á su placer, y sin hacer acto de contricion, las pasiones humanas.

La de Pancho hablaba muy alto, ó por mejor decir, hablaba muy hondo; hablaba como hablan las pasiones que, no hallando por contraste la lógica apremiante de una voz humana guiada por un criterio enérgico é imparcial, sólo tienen que habérselas con las insinuaciones acomodaticias de la conciencia. El pobre mozo huía de Blanca, sin advertir que no daba un paso que no le acercase á ella, por ese

(1) *Cancionero inédito del Prado*. El verbo de este verso no es el del original, y nuestros lectores comprenderán fácilmente esta sustitucion. La publicidad por medio de la imprenta es siempre más pudorosa que la que le está concedida á la que tiene por vehiculo las vibraciones privilegiadas del aire.

rodeo fatal que recorre el despecho ántes de volver, con el fuego cubierto entre cenizas, al punto en que se encendió.

Y huyendo, ya no tanto de Blanca, cuya figura iba adquiriendo involuntariamente á sus ojos el prestigio, la atraccion involuntaria que suele ejercer el objeto de la primera pasion, sino de aquel horrible cancionero del Prado, que, áun suponiendo en sus inocentes propagadoras el candor más impermeable, no podía ménos de despertar su curiosidad. Y ya sabemos lo que es la curiosidad en los espíritus que no han gastado las fuerzas de la reflexion: la actividad incansable del deseo.

Pancho no dejó de correr hasta que, en un momento de lucidez excepcional de sus sentidos, pudo observar que la luna no tamizaba ya sus rayos de plata á través de las altas copas de los árboles, dibujando en los andenes y no sé qué jeroglíficos formados de luz y sombra, que han sido, son y serán hasta el fin del mundo el delicioso rompe-cabezas de las almas soñadoras. El astro de la noche, olvidado en aquel sitio de los primores del claro-oscuro, alumbraba con resplandor monótono, aunque claro y apacible, una gran extension de terreno, donde no se veía más sombra que la que proyectaban avaramente algunos árboles raquíticos y algunos áridos y sedientos matorrales. Miró delante de sí, buscando las tintas vaporosas del lejano horizonte, donde se cruzan las miradas melancólicas de todos aquellos locos de atar que se pasan la vida persiguiendo por este valle de lágrimas alguna sublime gollería negada á los insensatos deseos de la mísera humanidad; y viendo que hasta donde alcanzaba la vista se extendía una ancha faja de tierra aterida y pedregosa, cuyo desolado aspecto y secular abandono claramente determinaban la pavorosa línea de una carretera castellana, siguió el camino recto con la vana esperanza, engendrada por el despecho, de que aquella vía, excluida de la ley general del progreso, conducía derecha y brevemente á las pampas, cuna de sus ilusiones, por un despeñadero de la desesperacion.

Pero de pronto distinguió á lo léjos, á un lado del camino, y ya muy adentro en la zona donde vegetaban miserablemente los ralos y áridos matorrales, una lucecita tenue, agitada y temblorosa, cuyo resplandor instable y vago dibujaba con intermitencia el marco de una ventana en la pared de una casita rústica. Y.... ¡para que se vea hasta dónde puede llevar la fantasía á un espíritu acalorado mal avenido con ese tirano regulador de las acciones humanas que se llaman sentido comun! Aquella lucecita inquieta hubo de parecerle á Pancho el simbolo genuino de la inocencia, defendiendo su llama, todavía pura y trasparente, de los alientos corrompidos de la maldad. Llevado de esta extraña alucinacion, el jóven corrió á la casita donde seguía oscilando la misteriosa luz, y así que hubo salvado la distancia matemática que suele separar la quimera de la realidad, detúvose á la puerta de una habitacion de tablas mal unidas, alumbrada por la llama de un candil, que oscilaba sin cesar agitada por las mil y una corrientes de aire que penetraban por las rendijas de las paredes, y cuyo interior, nada limpio, compartian en no siempre amigable y armoniosa compañía un cordero flaco y balador, y un número, á primera y áun á segunda vista inapreciable, de gatos huraños y pollos mal nutridos, que semejaban en su habi-



táculo de maderas carcomidas un simulacro miserable del Arca de Noé.

Pero Pancho no fijó la atención en estos detalles. Desde el primer momento sus ojos se habían quedado fijos en un punto de invencible atracción; sus oídos se cerraron al fantástico clamoreo de los animales domésticos, y la potencia íntegra de sus sentidos quedó concentrada en el objeto que absorbía toda su atención. Y este objeto era una niña de hasta quince años, de negra y destrenzada cabellera, hermosa como la flor más hermosa de un inculto jardín abandonado á las fuerzas nativas de la naturaleza; la cual, vestida, ó por mejor decir, medio despojada de sus vestidos con el descuido propio de un candor primitivo, de una confianza ilimitada en la discreción de la soledad; puesta la derecha mano en el borde de un fogón denegrido, y apoyada la izquierda en la tímida curvatura de su cadera incipiente y virginal; anegado el iris clarísimo de sus ojos en la ahumada techumbre, con la misma placidez que si nadara en las aguas de lago sereno y trasparente, entonaba con voz todavía infantil una especie de balada, cuyas primeras melodías se habían perdido en la soledad, y de la que los ávidos oídos de Pancho sólo pudieron recoger estos últimos versos:

La maga, que era muy linda,  
Oyó al enojado amante,  
    Sí, sí,  
Oyó al enojado amante:  
    Y entre risueña y adusta,  
Le dijo razones tales;  
    Sí, sí,  
Le dijo razones tales:  
    No busques entre oropeles  
Tesoro que tanto vale;  
    Sí, sí,  
Tesoro que tanto vale;  
    Que la flor de la inocencia  
Se cria entre matorrales;  
    Sí, sí,  
Se cria entre matorrales..... (1).

La niña hizo una pausa, alzando más los ojos y llevándose el dedo á la boca para recordar el fin del romance. Pero Pancho había visto y oído lo suficiente para adquirir el derecho á una celda en Leganés.

Abalanzóse impetuosamente á la puerta del tabuco. La muchacha, sorprendida, volvió rápidamente la cabeza, poniéndose en actitud de rechazar la que creyó inesperada agresión, y dió un chillido terminado en una carcajada que hizo brillar las dos hileras de perlas más bellas á que han servido nunca de estuche unos labios de coral. Y apagada la risa, la niña dijo, fijando en el mozo unos ojos muy abiertos y redondeando la boca para dar á sus palabras un sonido gutural con que parodiar el susto que acababa de recibir:

—¡Ay, qué miedo me ha dado V.!

—¡Escucha, niña hermosa! exclamó Pancho cruzando nerviosamente las manos sobre el pecho; ¿es verdad que ese perfume no inficionado de las almas puras, esa divina flor de la inocencia, que ensalzaba poco há tu voz angelical, sólo nace entre matorrales?

—Así lo dice el cantar, respondió la muchacha encogiéndose de hombros.

(1) Véanse las notas anteriores.

—¡Y, dime, respóndeme por favor! añadió el joven pampero dando un paso adelante; ese aroma divino del pudor virginal, esa divina flor de la inocencia, ¿tú la posees! ¿no es verdad?... ¿tú la posees!.....

La niña del tabuco puso los brazos en jarras, mirando de hito en hito al exaltado pampero, y respondió guiñando el ojo y frunciendo los labios con toda la picardía que pueden atesorar quince años de educación de barrio bajo en un rostro formado por la Naturaleza para expresar la modestia y el candor:

—¡Pues ya se ve que tengo esa flor!..... ¡Pero no es para V.!.....

Y dicho esto, la muchacha dió media vuelta presentando la espalda á su interlocutor, pero enseñándole por cima del hombro su boquita entreabierta por una sonrisa capaz de dar al traves con la virtud salvaje y ayuna de los padres del yermo, y lanzándole de soslayo una mirada que el intérprete más timorato y meticoloso del lenguaje de los ojos hubiera traducido de este modo:

—¡A no ser que venga V. con buena intención!

Pancho se mesó los cabellos y se alejó de aquel sitio, poniendo en alta voz por testigos de su infortunio á los astros de la noche. «¡Oh inocencia, inocencia! ¿Será que has perdido para siempre tus blancas alas de mariposa? ¿Será que ya no eres sino un cuerpo sólido, de tan mísera condición, que necesites apelar á la industria de un aparato natatorio para no sumergirte en el abismo del mal?..... ¿Será verdad lo que dice Blanca?.....»

No habían pasado muchas horas cuando llegó á manos de la ofendida amante de Pancho esta lacónica misiva, compendio y síntesis sustancial de una larga y veinte veces refundida lucubración amorosa:

«¡Blanca, Blanca mía! ¡Perdon!..... ¡Estaba loco!..... ¡Tenía fiebre! ¡Dime que me perdonas; dime que olvidas la ofensa de un insensato, y mañana seré tuyo para siempre!»

Contestación de Blanca:

«Si fué locura, no puedes haberte curado de ella en tan pocas horas. Te perdono, pero no tengo fe en tu convalecencia. No soy más que una mujer de bien, y tú pides un ángel. Si cayera en la tentación de darte mi mano, temería que en otro acceso de locura me pidieras, con un puñal á los pechos, la cédula de vecindad del paraíso. ¿No quieres esposa honrada que viva á flor de tierra? Pues yo tampoco quiero marido que viva en los espacios imaginarios. No he nacido para tí: sigue buscando por ese mundo tu decantada flor de la inocencia... y mira no te lleve tras ella el entusiasmo de la exploración al artificioso jardín de la hipocresía.»

Pancho apuró hasta las heces este cáliz de amargura, y no durmió en seis noches; á la séptima, descansó: estaba deshecha la creación. Desde entonces asistía todas las tardes al Prado con el deseo de estudiar á fondo su Cancionero, y no tardó en fijar la atención en una niña (con perdón sea dicho de su partida probable de bautismo, porque no debía tener menos de quince años) que giraba, constantemente sola, al rededor de la fuente de Apolo, bajo la vigilancia de una oronda y empaquetada mamá, á quien la maledicencia atribuía un gran interés en prolongar indefinidamente la adolescencia de su hija, entonando invariablemente un cantar de virtud anodina, que empieza de este modo:

En Toledo hay una niña  
Que Catalina se llama;  
Su padre es un perro moro;  
Su madre, una renegada.....

La muchacha era linda y elegante por extremo, y parecía que para otra cosa no hubiera nacido sino para cantar la muerte de aquella santa gloriosa, que padecía el martirio bajo una rueda de *cuchillos* y *navajas* (1), y le dió mano de esposo y dote de príncipe, con no poca satisfacción de

(1) *Cancionero del Prad.*

la madre, que deseaba alejar de su lado aquella fecha viviente y de imposible raspadura de su fe de bautismo.

A los dos años, la inocente y solitaria cantora del Prado había consumido la mitad de la hacienda y las tres cuartas partes de la paciencia de su marido.

Ella se fué á Burdeos, donde vive en la actualidad, con un comisionista de vinos de Alicante. Él ha vuelto desesperado á su país nativo, donde se dedica con frenesí á la caza de cocodrilos hembras.....

¡Cocodrila que caiga en sus manos!.....

PEREGRIN GARCÍA CADENA.



EL TRAJE DE COLA. — (DIBUJO ORIGINAL DE KEYSER.)



## DIFFUGERE NIVES.....

¡ Ved !.... ya la vida universal fermenta  
En el regazo de la inmensa madre,  
Que, rota la amplia túnica de hielo,  
Su seno entrega sin cesar fecundo,  
Á los besos de lluvia engendradora  
Ó á las caricias de amoroso viento:  
La eterna desposada  
Cede al blando alentar que hinche y entreabre  
Los poros mil de su robusta entraña,  
Y hombres, brutos y plantas,  
Y hasta el metal y hasta la piedra sienten  
Su vida duplicarse  
Con el olear de la existencia nueva:  
Y del halago de su madre ansiosos,  
Van á beber del néctar de sus pechos  
La irrestañable vena.

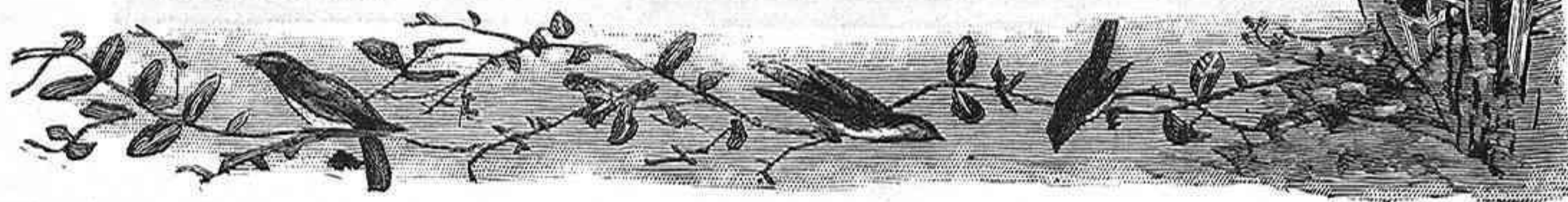
Hermosa la mañana,  
Rica de luz y de oriental aroma,  
Imprime sobre mármoles y muros  
Las huellas de su beso luminoso,  
Y áun parece que alegre y regocija  
De mi estrecho tugurio los rincones,  
Donde alzan la cabeza,  
Como anhelando resurgir á vida,  
En mudos libros los ingenios-muertos.  
¡ Alegre día ! ¡ Primavera hermosa !  
¡ Clima dulce y sereno,  
Como el clima de Aténas  
En el tiempo feliz de los Misterios !  
¿ Por qué entre tanta pródiga alegría  
Que en la inerte vejez renueva el jugo  
De la primera edad, que hasta en la tumba  
Hace saltar los conmovidos huesos,  
Sólo estoy mudo yo, y áspero y triste ?  
¿ Por qué no vuelven las vitales auras  
Á refrescar mi frente ?

Aunque los años mi cabeza opriman,

Jamas podré apartar de la memoria  
Aquellas horas de misterio llenas,  
En que el alma se abría  
Del primer sol al fecundante rayo,  
Y por nuevas regiones  
En rápida vision peregrinaba,  
Mirando en otros ojos  
Adivinada su fugaz ventura,  
Más alto el pensamiento,  
La voluntad más firme y poderosa,  
Y aquel instinto vencedor que guía  
Á las grandes y estériles empresas.  
Si sangrientas dejé mis vestiduras  
En las ásperas zarzas del camino :  
Si labré por mis manos la cadena,  
Cuyos férreos abrazos  
Aun en las marcas de mi cuello duran :  
Si me arrojé á luchar contra las olas  
De la inconstancia femenil, más bravas  
Que las del mar entumecido y bronco :  
Si quise detener en su carrera  
Los átomos del aire bullidores,  
El carro irreparable de las horas,  
Ó el pensamiento suyo movedido  
Aun más que el viento y que la errátil nube,  
Fué loca y temeraria mi osadía,  
Más generosa fué ; y hoy, que en la arena,  
Cual gladiador rendido,  
Lanzo el escudo por mil partes roío,  
Aun la recuerdo y la bendigo, y creo  
Que vivirá como perenne aroma  
Su espíritu en el mío,  
Aunque me ensene la mundana ciencia  
Dónde la hierba de olvidar se cria.

M. MENENDEZ PELAYO.

Abril de 1881.







**DON ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA,**  
autor del poema heroico *La Araucana*. — Nació en Madrid en Agosto de 1533; † en Noviembre de 1594.  
(Copia del retrato dibujado por Carnicero y grabado por Selma.)

# DON ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA.

*A verdade que eu conto, nua e pura,  
Vence toda grandiloqua escriptura.*

LU'S DE CAMOENS, *Los Lusíadas*, canto v.



A notoriedad de la obra del escritor público recorre una escala de indefinido número de grados; escala cuyo punto de partida, si así puede decirse, *cuyo cero*, usando la calificación de las ciencias físicas, se halla indicado en el conocido epigrama del autor de *La Comedia nueva*:

En un cartelon lei  
Que tu obrilla baladí  
La vende Navamorcuede:  
No has de decir que la vende,  
Sino que la tiene allí.

Los libros á que aludia en este epigrama D. Leandro Fernandez de Moratin, los libros que *se imprimen*, pero que no *se publican*, se hallan colocados en el *cero* de la escala de la notoriedad; y esas obras que de continuo citan hasta las personas de escasa cultura, *La Iliada*, *La Eneida*, *La Divina Comedia*, *La Jerusalem*, *Los Lusíadas*, *El Fausto* y algunos otros poemas epicos; en el género novelesco *El Quijote* y *El Telémaco*, y en los géneros dramático y lírico las producciones de Esquilo, Sófocles, Píndaro, Horacio, Ovidio, Shakespeare, Calderon, Schiller, Molière, Petrarca y de algunos otros autores no ménos ilustres; esas obras que es tal y tan grande su popularidad, que su título ó el nombre de alguno de los personajes que en ellas aparecen, y áun con más frecuencia el nombre de sus autores, llegan á convertirse en adjetivos, cuya significacion es generalmente entendida; como sucede cuando se dice que es *pin-dórica* una oda de elevada y patriótica inspiracion; *horaciana* una sátira bien pensada y bien escrita; *quijotesco* un acto de exagerada y hasta ridícula caballeridad; esas obras que, adoptando un expresivo modismo, puede decirse que *todo el mundo* cita, áun cuando no todo el mundo, ni mucho ménos, lea; esas obras, muy pocas, *muy poquísimas*, perdónese la redundancia, en comparacion del inmenso número de creaciones más ó ménos literarias que ha producido el ingenio humano desde la invencion de la escritura hasta nuestros dias; esas obras que el genio individual crea, pero que parece que están creadas por el espíritu colectivo de los pueblos y de las épocas en que aparecieron; esas obras que la humanidad eternamente admira, porque eternamente halla en ellas algo de lo que constituye la esencia de su vida, el alma de su alma; esas obras son las que alcanzan el más alto grado posible de notorie-

dad, en el cual, vencida ya la destructora ley del tiempo, los siglos que pasan aumentan cada vez más y más los extensos dominios de su imperecedera fama.

Si empleando la imaginaria escala de notoriedad, ó mejor dicho, si empleando la verdadera escala de la gloria literaria, cuyos extremos acabamos de indicar, se quisiera inquirir el lugar que ocupa en el concepto público el poema épico escrito por el autor cuyo nombre encabeza este artículo, *La Araucana*, de D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, fuerza será convenir en que se halla muy cerca de las producciones de su género de Camoens, Tasso y Ariosto, y muy léjos, por lo tanto, de la obrilla baladí que *no se vendía* en casa de Navamorcuede, porque quizá fuera semejante al poema intitulado: *El Sol de los anacoretas*, *La Luz de Egipto*, *El Pasma de la Tebaida*, *El Asombro del mundo*, *El Portento de la gracia*, *La Milagrosa vida de San Antonio Abad*, de D. Pedro Nolasco de Ocejo, impresa en Madrid en 1737, ú otros *poemas* de esta misma época, tan notables por la complicacion de sus títulos como por su absoluta carencia de mérito, en la esfera del arte considerados.

Es lo cierto, yendo derechamente al asunto en que ahora nos ocupamos, que á D. Alonso de Ercilla se le asigna el primer lugar entre los poetas epicos castellanos; y entre todos los poetas epicos nacidos en la Península Ibérica, sólo se le anteponen el inmortal autor de *Os Lusíadas*, Luis de Camoens, y el hispano-romano que escribió *La Farsalia*, el famoso poeta cordobés M. A. Lucano.

Si el autor de *La Araucana* ocupa alto puesto entre los poetas españoles, su singular valentía, puesta al servicio de su patria, y su imparcial criterio, puesto al servicio de la justicia, presentan á la imaginacion la noble figura de D. Alonso de Ercilla rodeada de la triple aureola del pensamiento que crea, de la fuerza que mantiene y de la razon que juzga.

La fortuna no prodigó sus favores á Ercilla durante su tránsito por la tierra, y por esto mismo es de creer que se le puedan aplicar con exactitud aquellos versos de Luis de Camoens:

*Mais raso é que queira eterna gloria,  
Quem faz obras tam dignas de memoria.*

Contribuir, pues, á popularizar el nombre y á dar á conocer los merecimientos literarios del autor de *La Araucana* es tarea digna de pluma mejor cortada que la nuestra; pero encargados nosotros de desempeñarla en estas páginas del ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, procuraremos suplir lo que nos falta de erudicion y ciencia con el desinteresado amor á la verdad, que era el alto ideal á que rendia ferviente culto nuestro

Ercilla, segun se verá demostrado en tiempo y lugar oportunos (1).

## I.

Glorioso es para la capital de España que se cuenten en el número de sus hijos cinco de nuestros más ilustres escritores: el primero entre los primeros poetas dramáticos nacidos en la Península Ibérica, D. Pedro Calderon de la Barca; el fundador de nuestro teatro nacional, Lope de Vega; el autor dramático que dió vida artística á la legendaria figura de D. Juan Tenorio, Tirso de Molina; el gran polígrafo D. Francisco de Quevedo, y el poeta épico cuya biografía ahora comenzamos á escribir, que nació el 7 de Agosto de 1533 y recibió las aguas bautismales en la parroquia de San Nicolas (2). Este celebrado poeta y valerosísimo soldado, D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, fué el sexto de los

(1) Para escribir estas noticias biográficas se han tenido presentes: el *Elogio de Ercilla*, escrito en el año 1585, por el licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa, Auditor general de la Armada y Ejército del Rey nuestro señor, y Corregidor de la ciudad de Écija; el *Prólogo del impresor sobre la vida de D. Alonso de Ercilla y Zúñiga*, que se halla al frente de la edición de *La Araucana*, publicada por D. Antonio de Sancha, en 1776; la monografía titulada: *Don Alonso de Ercilla. Su vida y su Araucana*, escrita por D. Antonio Ferrer del Rio, con más artificio en la frase que abundancia de noticias y seguridad de criterio; una biografía de Ercilla, que publicó D. Gregorio Cruzada Villamil en el tomo del *Museo Universal* correspondiente al año de 1857; las noticias acerca de Ercilla y de *La Araucana*, que se hallan en la colección de poemas épicos castellanos, publicados por D. Cayetano Rosell en la *Biblioteca de Autores Españoles*, y gran número de libros y artículos de periódicos y revistas, en que, directa ó incidentalmente, se trata de D. Alonso de Ercilla ó de *La Araucana*. No terminaremos esta nota sin dejar aquí consignado que es verdaderamente lamentable la poca diligencia que áun se consagra á la investigacion de las particularidades biográficas de nuestros grandes escritores, puesto que sólo como excepcion puede citarse el gran número de meditados estudios en que se ha tratado de depurar las noticias que existen acerca de la vida del Príncipe de los ingenios españoles, Miguel de Cervantes Saavedra; en cuyos estudios tanto han brillado en estos últimos años los talentos y erudicion de los Sres. Fernandez-Guerra (D. Aureliano), Hartzenbusch, Asensio, Mainez, Tubino, Castro (D. Federico de), Fernandez Duro, Revilla, Hermua, el doctor Thebussem, Diaz de Benjumea, Castro (D. Adolfo de), el Marqués de Molins, Herran, Sbarbi, Álvarez Espino, Martin Gamero, Valera, y de algunos otros escritores. Fuera de Cervantes, sólo el ilustre poeta dramático D. Juan Ruiz de Alarcon ha alcanzado la buena fortuna de que su vida sea conocida hasta donde es posible, dada la carencia de datos referentes á la biografía de nuestros grandes escritores, merced á la sagacidad crítica de D. Luis Fernandez-Guerra; y de igual privilegio gozaria Lope de Vega, si se llegara á imprimir la biografía del Fénix de los ingenios, que escribió el malogrado D. Cayetano Alberto de la Barrera, y que permanece inédita entre las obras premiadas por la Biblioteca Nacional, aguardando á que haya un Ministro de Fomento bastante cuidadoso de las glorias literarias de España para que se ocupe en facilitar la escasa cantidad de dinero que es necesaria para llevar á cabo la impresion de las dichas obras, tan dignas de ser publicadas. Observaremos, al terminar esta nota, que ha sido preciso que la reciente conmemoracion del Centenario de Calderon haya excitado la curiosidad pública y el interes de los editores, para que la biografía del autor de *La Vida es sueño*, y el valor de sus escritos, hayan sido objeto de libros, folletos y artículos que, sin tal ocasion, há tiempo debieran haberse publicado; que esto y más merecia el Príncipe de los poetas dramáticos nacidos en la Península Ibérica.

(2) En el mes de Abril del presente año de 1881 ha publicado en *El Avistador Vitoriano* D. Ángel Allende Salazar un artículo titulado: *Ercilla era vizcaíno*, en el cual se trata de demostrar que el autor de *La Araucana* es natural de Bermeo. En nuestra opinion, el Sr. Allende Salazar no consigue el objeto que en su escrito se propone; pero en la ocasion presente no cabe exponer aquí las razones que nos hacen seguir creyendo que D. Alonso de Ercilla y Zúñiga es natural de Madrid y fué bautizado en la parroquia de San Nicolás, segun aparece consignado en la partida de bautismo que el mismo señor Allende Salazar por vez primera ha publicado, dando así una prueba de buena fe, en verdad sea dicho, muy digna de elogio.

hijos habidos en el matrimonio del jurisconsulto Fortun García de Ercilla, á quien cuenta Rodrigo Caro entre los claros varones nacidos en Sevilla, pero cuyo noble solar radicaba en la vascongada villa de Bermeo, con doña Leonor de Zúñiga y Zamudio, dama de noble alcurnia, que por muerte de su padre D. Alonso de Zúñiga heredó y disfrutó, hasta su incorporacion á la corona, el señorío de Bobadilla.

Quedó D. Alonso de Ercilla huérfano de padre cuando contaba poco más de un año, puesto que Fortun García de Ercilla murió en Setiembre de 1534. Viuda ya doña Leonor de Zúñiga fué designada para desempeñar el cargo de guarda mayor de las damas de la infanta doña María, que despues llegó á ser emperatriz de Alemania, y probablemente al favor cortesano que tan alto cargo supone fué debido el nombramiento de *menino* ó paje del infante D. Felipe, con que fué agraciado el futuro autor de *La Araucana*, cuando áun era un niño; pues á la edad de quince años, en 1548, ya acompañó á dicho príncipe en el viaje que hizo á Flándes para tomar posesion del ducado de Brabante, regresando á España en 1551, despues de haber recorrido buena parte de Italia y de Alemania. Acompañando despues á su señora madre, que, por razon del empleo palatino que desempeñaba, tuvo que ir á Bohemia y quedarse allí con la infanta doña María, esposa del archiduque Maximiliano, tuvo ocasion de viajar por Austria, Hungría y otras naciones del norte de Europa. Cuando regresó de este viaje fué muy corta su residencia en España, pues volvió á salir de ella formando parte del séquito del ya rey de Nápoles D. Felipe, que iba á Lóndres á contraer segundas nupcias con la famosa reina María de Inglaterra. Hallándose en Lóndres en 1554, y habiendo llegado allí graves noticias de las alteraciones del Perú y de Chile, fué nombrado virey del Perú el tercer marqués de Cañete, D. Andres Hurtado de Mendoza, y capitán y adelantado de Chile Jerónimo de Alderete, que á la sazón residia en la capital de Inglaterra, en cuya compañía resolvió nuestro D. Alonso partir, y bajo cuyas órdenes sin duda alguna se proponia militar en defensa de la honra de su patria. Pidió, pues, licencia al rey D. Felipe para dejar su servicio, y concedida que le fué, ciñó la espada del soldado, quizá ménos elegante, pero de cierto más útil y gloriosa que la del palaciego cortesano, y se embarcó con rumbo á América, hácia el año de 1555.

Al emprender la penosa profesion de las armas, no podia decir Ercilla, como el mancebo de quien nos habla Cervantes:

A la guerra me lleva  
Mi necesidad;  
Si tuviera dineros,  
No fuera en verdad.

No; D. Alonso de Ercilla dejaba los regocijos de regios palacios por las privaciones y peligros de la vida militar, mostrando así, desde su más florida juventud, esa generosidad del espíritu y esa alteza de pensamiento, que, andando el tiempo, le dictaria aquella estoica sentencia:

Que las honras consisten, no en tenerlas,  
Tan sólo en arribar á merecerlas.

Ha supuesto D. Antonio Ferrer del Rio (*D. Alonso de Ercilla. Su vida y su Araucana*) que quizá Ercilla tomó



JUAN SEBASTIAN DE ELCANO,  
primer circunnavegante. — (Estátua en mármol, por Bellver, destinada al Ministerio de Ultramar.)

la resolución de abandonar la tranquila *profesión cortesana*, digámoslo así, que tan fácilmente podía haber seguido, y emprender el áspero camino que conduce á la gloria militar, impulsado por algun desengaño amoroso; citando, como única prueba de su aventurada suposición, ciertos versos á que hace referencia Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*, y que se han publicado en el *Parnaso Español*, de Lopez de Sedano, en los cuales el autor de *La Araucana*, que parece era muy jóven cuando los escribió, se lamentaba del fiero desden de la señora de sus pensamientos; pero una sola composición amatoria, de fecha dudosa, es harto liviano fundamento para dar visos de verdad histórica á la novelesca ficción forjada en la fantasía del erudito y estimable autor de la *Galería de la literatura española*.

Reconozcamos y aceptemos, miéntras lo contrario no se pruebe, que D. Alonso de Ercilla trocó las sosegadas ocupaciones de su empleo en la Corte por la agitación de los campamentos, impulsado por su heroico y caballeresco ánimo, de que tantas y tan señaladas muestras dió durante todo el curso de su no corta vida.

Ya hemos dicho, y si no, lo diremos ahora, que el adelantado Jerónimo de Alderete habia sido designado en Lóndres para dirigir la campaña que en Chile habia de emprenderse contra los indios de Arauco, levantados en armas para alcanzar su independencia; y que D. Alonso de Ercilla se habia decidido á seguir al nuevo adelantado, de quien era amigo, y á combatir bajo sus órdenes; pero la muerte de Alderete, ocurrida en Taboga, cerca de Panamá, privó á Ercilla de su valiosa protección, que con haberle concedido lo que por sus altos hechos militares llegó á merecer, no habria tenido motivo para escribir aquellos melancólicos conceptos con que, en edad ya avanzada, ponía término á la tercera y última parte de su famosa *Araucana*.

Llegó Ercilla al Perú, y supo que el Virey habia designado para mandar las fuerzas destinadas á dominar el levantamiento de los araucanos á su hijo D. García Hurtado de Mendoza, mozo de veintiun años, y aún cuando tan jóven, ya acreditado de valeroso; pero de cierto que no lo podía estar de experimentado; y de poco reflexivo alguna prueba dió, que se verá relatada en el curso de este escrito. Conocia D. Alonso de Ercilla al novel caudillo, por haber cultivado su trato en Madrid y en Lóndres, y decidióse á militar bajo sus banderas, aún cuando de seguro que á su claro ingenio no se le ocultaría que la inexperiencia del jóven Mendoza era motivo más que suficiente para dudar del resultado que se alcanzaria en la campaña que iba á emprenderse.

No es aquí ocasión de relatar las proezas que llevó á cabo D. Alonso de Ercilla en aquella guerra, en la que fué valeroso soldado, modesto narrador de sus propias hazañas, y entusiasta ensalzador de las ajenas, y lo que es aún más loable, gran admirador del esfuerzo de sus enemigos, diciendo, para explicar esta admiración, en el prólogo de la segunda parte de *La Araucana*, que «todo lo merecen los araucanos, pues há más de treinta años que sustentan su opinión, sin jamas haberseles caído las armas de las manos, no defendiendo grandes ciudades y riquezas, pues de su voluntad ellos mismos han abrasado las casas y haciendas que tenían, por no dejar qué gozar al enemigo; mas sólo defienden unos terrenos secos (aunque muchas veces hu-

medecidos con nuestra sangre) y campos incultos y pedregosos.»

En el prólogo de la primera parte de *La Araucana* dice que, para que su relato fuese lo más exacto posible, «se hizo en la misma guerra y en los mismos puntos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños, que apenas cabían seis versos, que no me costó despues poco trabajo juntarlos.»

Llegamos á un acontecimiento que ejerció gran influencia en la vida de Ercilla: la reyerta que tuvo con el caballero sevillano D. Juan de Pineda, segun parece, á presencia del general D. García Hurtado de Mendoza, en cuya reyerta halló ocasión el inexperto caudillo para hacer alarde de tremenda severidad; pues como dice Ercilla:

El enorme delito exagerado  
La voz y fama pública lo canta,  
Que fué sólo poner mano á la espada,  
Nunca sin gran razon desenvainada.

Y, sin embargo, D. García Hurtado de Mendoza hizo poner en prisión á Ercilla y Pineda, y «luego mandó que los sacasen y cortasen las cabezas al pié de la horca; y para el efecto se trajo un repostero y una escalera para poner las cabezas en lo alto de la horca», segun refiere el capitán Alonso Góngora Marmolejo; y hubiérase efectuado esta sentencia; pero, segun dice Fr. Antonio de Calancha, *Crónica moralizada de la Orden de San Agustín en el Perú* (Barcelona, 1638), «convocóse todo el ejército á pedir que no los justificasen, siendo las palabras de ruego y el soneto de amenaza. Supo D. García Hurtado que habria respectivo motin si llegaba la sentencia á ejecución, por ser ambos caballeros amados por valientes, y bienquistos por liberales. Trocó la sentencia de muerte en destierro del reino.»

Claro aparece en estos relatos que el D. García Hurtado de Mendoza procedia con la irreflexión propia de sus pocos años, condenando á muerte á dos ilustres soldados sin bastante motivo para ello, y teniendo que cambiar la sentencia para evitar los males que su cumplimiento ocasionaria.

Ercilla, profundamente lastimado en su honra, que siempre padece el crédito personal cuando la justicia humana, con razón ó sin ella, fulmina condenatoria sentencia, aún cuando siguió tomando gloriosa parte en algunos reencuentros, se decidió á regresar á España, si bien ántes quiso ir á buscar al feroz Lope de Aguirre, asesino del capitán Pedro de Ursua, y manchado con la sangre de su propia hija, que en Venezuela ejercia tiránico dominio, con el fin de levantar gente en contra suya y tratarle como enemigo de la patria; pero cuando llegó á Panamá supo que Diego García de Paredes habia ya llevado á cabo la generosa empresa de vencer á aquel monstruo, que, con arreglo á los usos de la época, habia sido degollado y despues descuartizado.

Continuó Ercilla su viaje de regreso á España; pero habiendo caído gravemente enfermo, tuvo que detenerse largo tiempo en Tierra-Firme, hasta que en el año de 1562, aún convaleciente de su enfermedad, llegó á su patria, donde supo la muerte de su muy respetada y querida madre, que habia ocurrido en el palacio de Viena; y tanto por esta circunstancia, cuanto porque el caballero mayor de

la reina D.<sup>a</sup> Isabel de la Paz, D. Fadrique de Portugal, trataba de casarse, en segundas nupcias, con su hermana doña Magdalena de Zúñiga, que se hallaba en Hungría, tuvo que emprender otro viaje para ir en busca de su dicha hermana; y despues de cruzar por Francia, Austria, Suiza y el Languedoc, se halló de nuevo en España á principios del año 1564.

Parece que D. Alonso de Ercilla fijó su residencia en Madrid, donde se casó, en 1570, con doña María de Bazan, de la muy ilustre familia de los Marqueses de Santa Cruz, título que llevaba en aquel entónces su primer poseedor D. Álvaro de Bazan, cuyos gloriosos hechos llenan muchas páginas de la historia de nuestra marina de guerra; alcanzando el cortesano honor de que fuesen los padrinos de su boda la cuarta mujer del rey D. Felipe II, D.<sup>a</sup> Ana de Austria, y el archiduque Rodulfo, que despues fué emperador de Alemania. En el mismo año en que contrajo matrimonio publicó la primera parte de *La Araucana*, la cual fué recibida con mucho mayor aplauso que el crédito de que ahora goza entre los criticos é historiadores de la literatura española. Ya indicáremos en la segunda parte de este escrito hasta dónde se extremó el elogio por alguno de los panegiristas del poema de Ercilla.

Aun despues de haberse casado intentó D. Alonso de Ercilla, por dos veces, volver al servicio de las armas. Fué la primera cuando los turcos pusieron sitio á Túnez y á la Goleta; pero al llegar á Nápoles, para incorporarse allí á las tropas que habian de socorrer á los sitiados, supo que los sitiadores ya habian conseguido la victoria; y entónces se encaminó á Roma, donde nuestro Embajador y su pariente, don Juan de Zúñiga, le presentó en 6 de Abril de 1575 al Papa, que á la sazón lo era Gregorio XIII, el cual le colmó de elogios, y le dijo que se alegraba mucho de conocerle, porque tambien habia conocido de jóven á su padre Fortun Garcia de Ercilla, y le habia estimado muy de véras por las altas prendas de su carácter y la extension de sus talentos.

La segunda vez que deseó volver Ercilla á tomar parte en empresas militares, dejando el sosiego de su hogar, fué cuando Felipe II recurrió á las armas para hacer valer sus derechos á la corona de Portugal; y el Sr. Ferrer del Rio (obra ántes citada), para explicar que no se le concediese el puesto que de justicia le correspondia en el ejército del Duque de Alba, supone que debió impedirlo el cuarto Marqués de Cañete, D. Garcia Hurtado de Mendoza, que segun se deduce por algunas frases de Pedro de Oña, en su *Arauco domado*, y de Cristóbal Suarez de Figueroa, en sus *Hechos del cuarto Marqués de Cañete*, se hallaba muy resentido con el autor de *La Araucana*, porque en este poema no aparecia su personalidad ocupando el lugar que Aquiles y Enéas desempeñan respectivamente en las inmortales obras de Homero y de Virgilio. Podrá ser que sean acertadas las conjeturas del Sr. Ferrer del Rio; pero sin necesidad de ellas puede explicarse que D. Alonso de Ercilla no alcanzára grandes medros personales, porque á ello se oponian las altas dotes de su carácter, en el cual parece que el amor á la verdad se sobreponia á toda consideracion social; en el cual parece que el amor á la verdad constituia, si así puede decirse, la religion de su alma; y sin calumniar á los hombres, cabe sostener que el amor á la verdad no

suele ser prenda de carácter que con facilidad obtenga la simpatía de los que siempre prefieren las *mentiras dulces* á las *verdades amargas*.

De este amor á la verdad dió pruebas Ercilla ensalzando á los guerreros de Arauco, y censurando las faltas de sus compatriotas; de este amor á la verdad dió frecuentes testimonios en las aprobaciones de los libros que se le encargaba que examinase; pues siendo obras, la mayor parte de ellas, de mediano ó escaso mérito, se limitó á decir en breves palabras que podian imprimirse sin detrimento de las buenas costumbres; añadiendo cortésmente alguna frase de alabanza, pero tan sólo en la medida que la justicia lo consentia. De este amor á la verdad es una prueba el episodio referente á la reina Dido, que se halla en *La Araucana*; pues queriendo amenizar su poema, nada mejor se le ocurrió que defender á la reina de Cartago de las invenciones de Virgilio, que perjudicaban su buena fama. De este amor á la verdad se halla tambien claro indicio, observando que los hermanos del autor de *La Araucana* se nombraban doña Magdalena de Zúñiga y D. Juan de Zúñiga, usando el apellido materno, que quizá consideraban más ilustre que el paterno, y sólo nuestro poeta se firmaba D. Alonso de Ercilla, sin cambiar nada del verdadero nombre y apellido que de derecho le correspondia.

Y si no temiésemos pecar de prolijos, aún añadiríamos que la veracidad de Ercilla es la que puede dar la clave para explicar cierta anécdota que se refiere en los *Avisos para Palacio*; anécdota que de otro modo es de todo punto inverosímil. Cuéntase en los citados *Avisos*, impresos á continuacion de la *Carta y guía de cosados*, que al hablar con el rey D. Felipe II, «D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, que era muy discreto hidalgo, que compuso el poema *La Araucana*, se perdió siempre, sin acertar lo que queria decir, hasta que, conociendo el Rey, por las noticias que tenia de él, que su turbacion nacia del respeto con que ponía los ojos en la majestad, le dijo un dia: — D. Alonso, habládme por escrito.» Fácilmente se alcanza que el hijo de una noble dama que desempeñaba alto cargo en la córte de los monarcas españoles; que el antiguo *menino* del príncipe D. Felipe; que el ilustre caballero que habia sido apadrinado en su boda por una reina y por un príncipe de la casa imperial de Alemania, fácilmente se alcanza que D. Alonso de Ercilla, avezado desde sus más tiernos años á la etiqueta establecida en los regios palacios, no podia turbarse al hablar con Felipe II, con quien tantas y tantas veces habria tenido que cruzar su palabra durante los largos viajes, en que le habia acompañado; y su silencio, que no turbacion, es probable que reconociese como causa la dificultad que hallaria en expresar su pensamiento acerca de la gran injusticia que cometia Felipe II olvidando sus servicios militares en Arauco y sus merecimientos literarios, porque su amor á la verdad le impulsaria á decir lo que el respeto al Monarca le obligaba á callar. Mediante esta hipótesis, cabe aceptar como verdadero el hecho relatado por el autor de los *Avisos para Palacio*, y se añade á los datos que ya existen, otro nuevo dato, que viene á robustecer nuestra opinion de que la veracidad de Ercilla debe tenerse muy presente al historiar la vida de tan celebrado poeta.

En suma, creemos que la severidad del carácter de Ercilla explica suficientemente el olvido en que le tenían los

soberanos dispensadores de mercedes oficiales; olvido que sólo se interrumpió una vez con motivo de haber venido á España los Duques de Bransuich, emparentados con el rey Felipe II, el cual dispuso que su gentil-hombre don Alonso de Ercilla saliese á recibirles y á acompañarles desde Zaragoza hasta Madrid, procurando que en este viaje se empleasen nada ménos que dos meses, puesto que Ercilla llegó á Zaragoza el penúltimo día del mes de Octubre de 1578, y el Rey quería, por razones largas de exponer, que los Duques no llegasen á Madrid hasta los primeros días del mes de Enero de 1579, lo cual consiguió nuestro buen D. Alonso, aunque no sin grandes dificultades.

Ercilla, en su matrimonio con D. María de Bazan, no tuvo descendencia; pero tenía un hijo natural, llamado don Diego, nacido por los años de 1566, á quien envió, bajo las órdenes de su pariente el Marqués de Santa Cruz, para que formase parte de la expedición contra Inglaterra, en la *Armada Invencible*; expedición en la cual murió desastrosamente el joven D. Diego de Ercilla al naufragar la nao *San Márcos*, á cuyo bordo se hallaba.

La muerte de este hijo, y el olvido en que la corte tenía sus proezas militares y sus merecimientos literarios; quizá el concurso de otras causas que cabe imaginar, aunque sin mayor alcance que el de meras conjeturas, y que aquí no expresamos por no alargar en demasía este escrito, explican la melancólica entonación que empleaba D. Alonso de Ercilla cuando, al terminar la tercera y última parte de *La Araucana*, publicada en 1589, dirigiéndose al rey D. Felipe II, escribía lo siguiente :

¿ Cuántas tierras corri, cuántas naciones,  
Hacia el helado norte atravesando,  
Y en las bajas antárticas regiones  
El antípoda injusto conquistando!  
Climas pasé, mudé constelaciones,  
Golfos innavegables navegando,  
Extendiendo, Señor, vuestra corona  
Hasta la casi austral, frígida zona.

¿ Qué jornadas también por mar y tierra  
Habeis hecho que deje de seguiros?  
A Italia angusta, á Flándes, á Inglaterra,  
Cuando el reino por rey vino á pedirnos,  
De allí el furioso estruendo de la guerra  
Al Perú me llevó por más serviros,  
Do con suelto furor tantas espadas  
Estaban contra vos desenvainadas.

Dejo por no cansaros y ser míos  
Los inmensos trabajos padecidos.....

Riesgos, peligros, trances y fortunas,  
Que aún son para contados importunas.

Ni digo cómo al fin, por accidente  
Del mozo capitán acelerado,  
Fui sacado á la plaza injustamente  
A ser públicamente degollado,  
Ni la larga prisión impertinente  
Do estuve tan sin culpa molestado,  
Ni mil otras miserias de la suerte,  
De comportar más graves que la muerte.

Y aunque la voluntad, nunca cansada,  
Está para serviros hoy más viva,  
Desmaya la esperanza quebrantada,  
Viéndome prohejar siempre agua arriba;  
Y al cabo de tan larga y gran jornada,  
Hallo que mi cansado barco arriba,  
De la adversa fortuna contrastado,  
Léjos del fin y puerto deseado.

Mas, ya que de mi estrella la porfía  
Me tenga así arrojado y abatido,  
Verán al fin que por derecha vía  
La carrera difícil he corrido;  
Y aunque más inste la desdicha mía,  
El premio está en haberlo merecido;  
Que las honras consisten, no en tenerlas,  
Sino en sólo arribar á merecerlas.  
Y el disfavor cobarde que me tiene  
Arrinconado en la miseria suma,  
Me suspende la mano y la detiene,  
Haciéndome que pare aquí la pluma.

Seguramente que el verso donde Ercilla dice que se halla *Arrinconado en la miseria suma* es una exageración poética, en que sólo puede aludir al disfavor que le había impedido añadir, á los laureles que alcanzó en Arauco, los que de seguro hubiesen ceñido su frente en la campaña de Portugal, ó en cualquiera otra ocasión en que Felipe II le hubiese confiado algún mando militar de tanta importancia como por sus altas prendas merecía. Por lo demás, don Alonso de Ercilla y Zúñiga vivía holgadamente con los rendimientos del mayorazgo en que debía sucederle su sobrino D. Pedro Hurtado de Mendoza; y habitaba, según afirma D. Ramon de Mesonero Romanos en su *Antiguo Madrid*, en su casa propia, frontera á la casa llamada del *Cordón*, en la calle del Sacramento, en cuya morada fué donde terminó su vida terrenal el autor de *La Araucana*, el mártir 29 de Noviembre de 1594; siendo depositado su cadáver en el Convento de Carmelitas descalzas, de Madrid, vulgo Baronesas, hasta que doña María de Bazan fundó otro convento de la dicha orden en la villa de Ocaña, y allí se labró decorosa sepultura, en que durante largos años reposaron los restos mortales del valerosísimo caballero, honrado varón y notable poeta D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, que, á pesar de tales y tan grandes títulos á la pública estimación, las únicas mercedes que obtuvo durante su no corta vida fueron la roja cruz de Santiago, que también había ornado el pecho de su noble padre y que con justicia podía ostentar el nieto del señor de la torre de Ercilla, Martin Ruiz de Ercilla; el cargo de gentil-hombre del rey D. Felipe II, sin duda alguna mucho más honorífico que lucrativo; y el mismo cargo de *gentilhombre de la cámara de la majestad del Emperador*, que aparece consignado en las portadas de *La Araucana*, cuya honra palaciega le había concedido el Emperador de Alemania, padrino de su boda con la

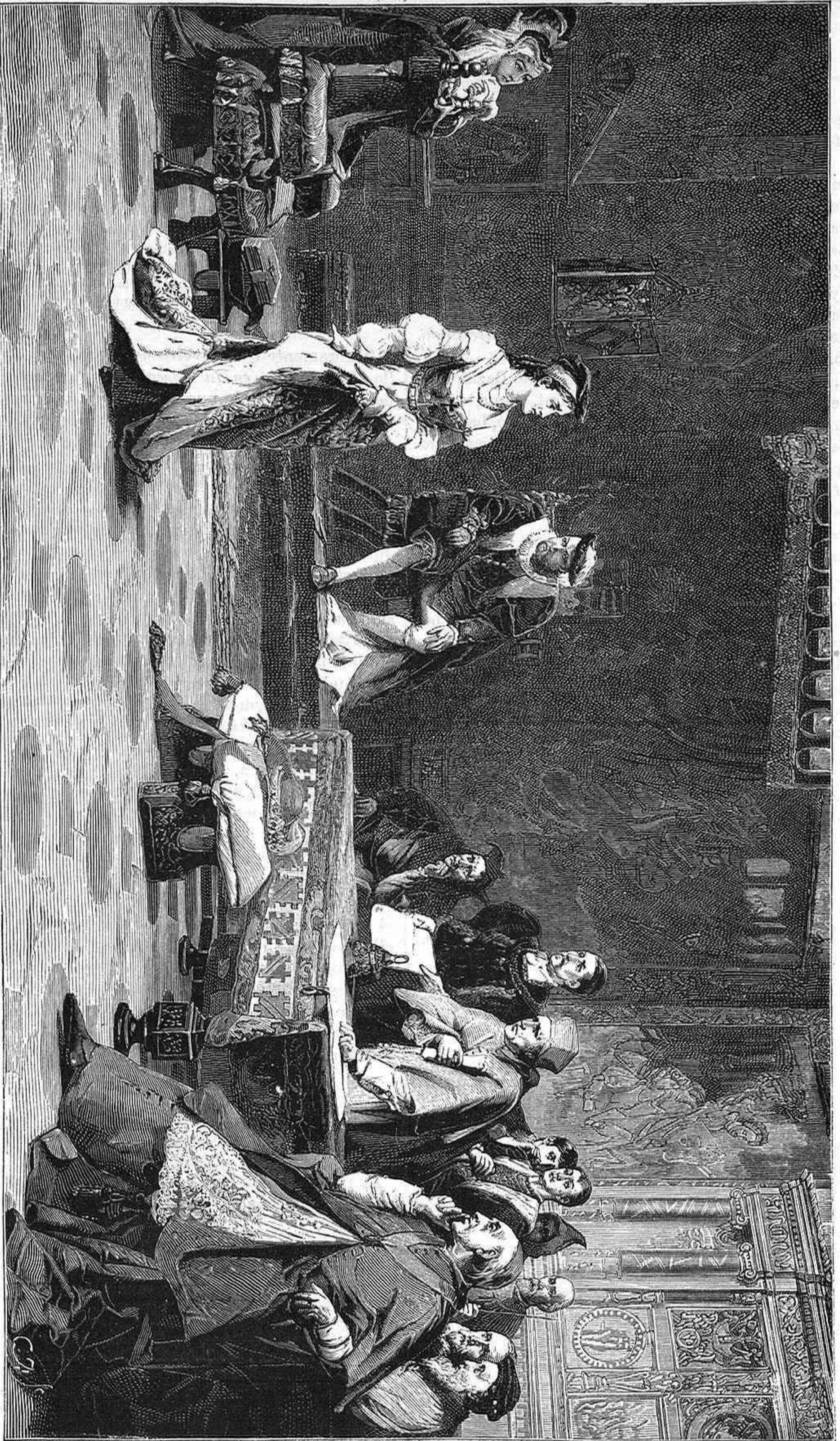
Del tronco de Bazan, doña María,

cuando aún sólo era el archiduque Rodolfo. ¡Escasísimas mercedes para tan altos y superiores merecimientos! (1).

(1) Los restos mortales de Ercilla permanecieron enterrados en el convento de carmelitas de Ocaña, hasta que el ministro D. Manuel Ruiz Zorrilla, por decreto fecha 31 de Mayo de 1869, dispuso que se cumpliera la ley de las Cortes de 1837 acerca de la creación de un Panteon Nacional dedicado á honrar la memoria y conservar los restos mortales de los insignes hijos de la nación española. Eligióse, como sitio el más conveniente para tal objeto, el magnífico templo conocido con el nombre de San Francisco el Grande, y en su fachada principal se puso esta breve inscripción: *España á sus preclaros hijos.*

En la tarde del 20 de Junio del ya citado año de 1869 fueron conducidos en carrozas, adornadas con alegorías é inscripciones, al edificio que se designaba como Panteon Nacional, los restos mortales de Juan de Mena; D. Gonzalo Fernandez de Córdoba, el *Gran Capitan*; D. Pedro Calderon de la Barca; Ambrosio de Morales; D. Alonso de Ercilla y Zúñiga; los arquitectos don

BELLAS ARTES.



PROCESO DE LA REINA CATALINA DE ARAGON, ESPOSA DE ENRIQUE VIII.

(Cuadro de Mr. Laslett J. Pont, presentado en la Exposition de la *Royal Academy* de Londres, en 1880.)



El retrato de Ercilla publicado en la colección de la Calografía nacional, que aquí se reproduce, es copia del que se hizo en 1585 para complacer á la casa imperial de Alemania, que deseaba que nuestro poeta figurase entre los españoles ilustres de aquella centuria; retrato al cual acompañaba un elogio del licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa, mucho más rico en palabras y en alardes de erudi-

Ventura Rodríguez y D. Juan de Villanueva; el *Justicia de Aragón*, D. Juan de Lanuza; D. Francisco de Quevedo y Villegas; el Almirante D. Federico Gravina; Garci-Lasso de la Vega; el médico Andrés Laguna; el Marqués de la Ensenada, y el Capitán general Conde de Aranda. Depositados en la iglesia de San Francisco los restos mortales de estos esclarecidos españoles, pasaron los meses y los años sin que los poderes públicos dispusieran nada de lo que era necesario para proporcionarles decoroso enterramiento; y en vano el ilustrado publicista D. Ángel Fernández de los Ríos, que había tomado parte muy activa en la creación del Panteón Nacional, indicó los medios fáciles y económicos que podían emplearse para llevar á cabo la comenzada obra de honrar la memoria de los hijos de España, cuyos altos merecimientos constituyen los más preciados timbres de nuestra historia nacional.

La paralización del impulso que había producido la creación del Panteón Nacional ha tenido sus naturales consecuencias. Las corporaciones ó personas interesadas en la conservación de los venerandos restos mortales, que yacían amontonados, si vale la frase, en una capilla del templo de San Francisco, solicitaron y obtuvieron que se les devolviese lo que durante siglos habían conseguido salvar, aquí, en esta tierra de España, donde se han perdido las cenizas de Cervantes y de Lope de Vega, de Luis Vives y de D. Jorge Juan, y donde es lo probable que también se pierdan las de los grandes escritores del siglo presente, cuyas tumbas acaban de cerrarse ante nuestros ojos; que motivos hay para pensar así, recordando que cinco escritores acompañaron el cadáver de la insigne poetisa Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, desde la casa donde falleció, calle de Ferraz, núm. 2, al cementerio donde fué enterrada; prueba de indiferencia que no necesita comentarios para que se comprenda toda su triste significación.

Como lamentable resultado de todo lo que acabamos de relatar, en los momentos que estas líneas escribimos (Julio de 1881) sólo resta del proyectado Panteón Nacional la inscripción en la fachada de San Francisco el Grande, ántes mencionada, y un estante, como los que se usan para guardar libros, que se halla en una sala próxima á la sacristía de dicha iglesia, dentro de cuyo estante, y á través de los cristales de sus puertecillas, se ven seis pequeñas cajas, en las cuales se hallan escritos los nombres de los poetas Quevedo, Garci-Lasso y Juan de Mena; del *justicia* Lanuza; del ministro Marqués de la Ensenada, y del general Conde de Aranda.

Los restos mortales de D. Alonso de Ercilla y Zúñiga fueron entregados al regidor del Ayuntamiento de Ocaña, D. Vicente Domínguez y Carrillo, accediendo á una solicitud de dicho Ayuntamiento, en el día 3 de Julio de 1877, y han vuelto al convento de carmelitas donde habían estado sepultados durante cerca de tres siglos.

Segun nos ha dicho, en carta que tenemos á la vista, nuestro amigo el promotor fiscal del juzgado de Ocaña, D. Trinidad Lizana, la sepultura de Ercilla « está colocada á la derecha del altar mayor, en el presbiterio, metida en la pared, á modo de nicho puesto debajo de la reja del coro bajo ó comulgatorio de las monjas », y tiene una lápida de color negro, en la cual se ve una cruz de Santiago, y debajo de esta cruz, dice el Sr. Lizana que se lee la siguiente inscripción:

*Aquí yacen los restos mortales del señor don Alonso de Ercilla y Zúñiga, Caballero del hábito de Santiago y Gentil-hombre de Cámara del emperador Carlos V. Los de su hermana, Doña María Magdalena de Zúñiga, y los de su mujer, la señora Doña María Bazan, fundadora, en el año de 1595, de este convento de San José, del Orden de Carmelitas descalzas, de esta villa de Ocaña. Falleció en Madrid, el 10 de Marzo de 1603.—R. J. P.*

Sería de desear que desapareciese de esta lápida el error grave que en ella se comete al decir que D. Alonso de Ercilla fué gentil-hombre de cámara del emperador Carlos V, puesto que, si bien es cierto que el autor de *La Araucana* afirmaba en las portadas de este poema que era gentil-hombre de la Cámara de la Majestad del Emperador, ya hacia tiempo que Carlos I de España y V de Alemania había dejado de existir cuando Ercilla esto decía, y mal pudiera ser gentil-hombre de un emperador difunto; pero éralo, en efecto, del emperador Rodolfo de Alemania; y, sin duda, poco satisfecho del olvido en que le tenían los dispensadores de soberanas mercedes, prefería recordar los honores palaciegos que le habían concedido en tierra extranjera, á mencionar los honores de la misma clase que el monarca español Felipe II le había otorgado, nombrándole también gentil-hombre de su Real cámara.

cion que en acertados juicios acerca del ingenio y singular valía del autor de *La Araucana*.

Otro Cristóbal de Figueroa, el doctor Cristóbal Suárez de Figueroa, publicó en 1613 los *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, cuarto Marqués de Cañete*, en cuyo libro trató de manchar la fama de D. Alonso de Ercilla, sin conseguirlo ni por asomo, segun puede verse demostrado en la biografía de Ercilla que precede á la edición de *La Araucana* publicada por D. Antonio de Sancha en 1776. Bien es cierto que achaque era de este buen doctor dejarse llevar por los vientos de su capricho, hasta el punto de querer disculpar los desafueros cometidos por el cuarto Marqués de Cañete en las personas de los generales Aguirre y Villagran, y de usar, en cambio, toda la severidad de su juicio para censurar torpemente en su libro *El Pasajero* al inmortal autor de *El Quijote*, y procurar destruir la entonces naciente, y hoy universal fama, del gran autor dramático D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza.

Antes de pasar á emitir nuestro juicio acerca del valor literario de *La Araucana*, no encontramos mejor terminación para estas noticias biográficas que copiar aquí algunos párrafos de los que el gran poeta Quintana, en su *Musa épica*, consagra á Ercilla, del cual dice lo siguiente:

«Jóven y bizarro, deseoso de ver países y de adquirir gloria, oye en Inglaterra que hay un levantamiento de indios en Chile, y se embarca para América á servir á su patria en aquella porfiada lucha. Cumple allí, á la verdad, con los deberes de militar y de español; pero contemplando las costumbres extrañas y curiosas, el carácter indómito y el valor heroico que presentan sus enemigos, se exalta su ingenio poético, y celebra en sus versos por la noche á los mismos que ha combatido por el día. Movido del mismo impulso, trata á los esclavos que la suerte de las armas pone en su poder más como protector y amigo que como amo y vencedor; da libertad á Glauro y Cariolano; consuela á Tegualda y la entrega el cadáver de su esposo, muerto en un encuentro; defiende, no una vez sola, la vida del feroz é implacable Galvarino áun de sus mismos furros; y ya que, por estar léjos, no puede salvar al fuerte Caupolicán del inexorable Reinoso, vierte á lo ménos lágrimas de dolor y admiración sobre su acerbo y doloroso castigo. Así, en medio de aquel campo en que solo se veía y oía la agitación de la independencia, los esfuerzos de la indignación y los gritos de la rabia de parte de los indios; y de los dominadores irritados, el orgullo de su fuerza, el desprecio á los salvajes, y los rigores de una autoridad ofendida y desairada, el jóven poeta es el sólo que, con su conducta y sus versos, aparece como hombre entre aquellos tigres feroces, oyendo las voces de la clemencia y de la compasión, y siguiendo las máximas de la equidad y de la justicia. Los hechos, pues, de Ercilla pertenecen á una categoría harto más respetable que la de *altos*, porque son magnánimos y buenos, y en este concepto ningún poeta épico se ha mostrado al mundo de un modo tan interesante.»

## II.

Se censura en la actualidad, y se censura con justicia, que apénas un mozo imberbe, ó un varón barbado, publica un libro de versos, ó consigue que su nombre figure en los

carteles de anuncios de los teatros, cuando una turbamulta de complacientes amigos, ó de impresionables cronistas literarios, agotan el diccionario de las alabanzas, y si nuestro autor ensayó su ingenio en la poesía lírica, se dice que sus versos son dulces como los de Garcilaso, grandiosos como los de Herrera, enérgicos como los de Quevedo, filosóficos como los de Rioja, armoniosos como los de Fray Luis de León, correctos como los de los Argensolas; en resumen, versos, ó mejor dicho, poesías tales y tan buenas, que le aseguran un puesto en el templo de la gloria al lado, ó por cima, que acerca de esto no están muy seguros los dichos amigos y cronistas, de Leopardi, Byron, Quintana, Lamartine, Alfredo de Musset y demás príncipes de la poesía lírica del siglo XIX. Y no digamos si por ventura acertó el novel autor á conseguir el aplauso del público en la representación de alguna obra dramática, que entonces, si la obra es un drama, ya es probado que en España ha nacido un poeta tan grande como el griego Sófocles ó el inglés Shakespeare, y desde luego muy superior á nuestro gongorino, desigual y poco respetuoso con la verdad histórica don Pedro Calderón de la Barca; y si la obra es comedia, claro es que Moratin, por su estrecho criterio neo-clásico, y Breton, por su falta de estudio del natural, son dos niños de teta comparados con el genio que acaba de entrárenos por los senderos de nuestro Parnaso, ó sea por las puertas de nuestras academias, ateneos y círculos más ó menos científicos y literarios. Exageraciones son éstas, en las cuales padece la justicia momentáneo eclipse, pues bien pronto se hace oír la severa voz de la verdad, y el improvisado genio baja rápidamente de las altas cumbres á que le elevaron sus encomiásticos admiradores, y viene á confundirse modestamente entre los simples mortales, y en ocasiones entre los mortales simples.

Y es el caso que la actual costumbre de prodigar encomios muy superiores á los merecimientos de los escritores tiene, en nuestra patria, antiguo abolengo y gran copia de autoridades con que pueden defenderse, ó disculparse al ménos, sus mayores y más visibles extravíos. Léase el canto de Caliope, el *Viaje al Parnaso* y el escrutinio de la librería de D. Quijote, y se verá cómo Cervantes, el gran Cervantes, en materia de ditirambos injustificados puede dar lecciones al mejor *confeccionador de amistosos bombos* de los tiempos que hoy corren; y lo mismo sucede en el *Laurel de Apolo*, de Lope de Vega, donde, si exacto fuese lo que en sus páginas se dice, habria que convenir en que las naciones más cultas jamás habian abrigado en su seno tan gran número de prosistas *sobrehumanos* y poetas *divinos* como los que en España existian durante los reinados del tercero y cuarto de los Felipes de Austria.

Injusto, injustísimo sería condenar con la severidad que al parecer merecen las exageraciones encomiásticas de Cervantes y Lope de Vega, que aquí hemos hecho notar, porque las reglas de la moral absoluta, y á la moralidad literaria se refiere la cuestion de que aquí nos ocupamos, deben siempre contrastarse con las reglas que estatuyen los usos sociales, y el valor de las palabras cambia tanto ó más que el valor de los objetos en los contratos de compra y venta. En el siglo XVII, parece que, para calificar á los poetas, se usaba de la palabra *divino* casi con tanta frecuencia como ahora se usa de la calificación de *distinguido*; y acaso no

se faltaba á la verdad, ni en aquel entonces, ni ménos ahora, porque sarcásticamente suele decirse *¡divino!* cuando se oye algo no conforme con las reglas de la lógica, y distinguido puede ser un poeta, si por lo malo se distingue.

Después de todo lo que llevamos dicho en el asunto de que estamos tratando, se podrá ya saber sin gran asombro que en uno de los sonetos que se halla al frente de las antiguas ediciones de *La Araucana*, se dice que trataban de llegar á la cumbre del Parnaso, Homero y Virgilio primero, después el Ariosto y el Tasso, y más tarde Boscan, D. Diego Hurtado de Mendoza y Garcilaso (¡qué mezcla!); pero dirigiéndose al autor de *La Araucana*, el versificador panegirista exclama:

Vais después de ellos, generoso Ercilla,  
Y aunque en tiempo primero que vos fueron,  
Pasais delante á todos fácilmente:  
Apolo en versos tal se maravilla,  
Y antes que á todos los que allá subieron  
Con lauro os ciñe la sagrada frente.

En comparación de tan hiperbólica alabanza, humilde parece la calificación de *poeta divino* que Pedro de Oña otorga á Ercilla en su *Arauco domado*, y la afirmación de que el autor de *La Araucana* es el Homero hispano, que aparece en el *Convite de oradores* del aventajado discípulo del Bronce, Juan de Guzmán.

La verdad es que, haciendo caso omiso del Dante, todo lo más que podría decirse, y aún quizá se nos tache de benévolo en demasía, es que Virgilio es el Homero italiano; Camoens el Virgilio ibérico, y Ercilla el Camoens castellano. Y aquí hemos resuelto ya de plano, al indicar que *La Araucana* es un poema épico, cierta cuestion en que andan muy discordes los críticos é historiadores de la literatura, que han tratado de puntualizar el género literario á que pertenece el famoso libro de D. Alonso de Ercilla.

Claro es que, para los que entienden que toda obra literaria escrita en verso es *obra poética*, y toda obra literaria escrita en prosa *no es obra poética*, la clasificación de *La Araucana* es sencillísima. Figurémonos que toma en sus manos uno de estos críticos *formalistas*—si vale el adjetivo—la famosa obra de Ercilla; ve que está escrita en octavas reales desde la primera hasta la última página, cumpliéndose así la regla de los preceptistas que dicen que el poema épico debe escribirse en versos endecasílabos y sin cambiar el metro, que desde el principio debe elegirse; y que entre los pocos metros en que cabe realizar esta elección, el más apropiado para los asuntos heroicos es la octava real, puesto que el romance endecasílabo es poco artificioso, y el verso libre carece del encanto musical que tienen las combinaciones de la rima aconsonantada; y si, después de este exámen visual, el sabio se toma el trabajo de leer algunas páginas del libro, y halla en ellas descripciones de batallas, arengas altamente pensadas, y personajes históricos bellamente retratados, es seguro que nuestro crítico dirá que *La Araucana* es un poema épico; en que se cumplen las condiciones esenciales del género literario á que pertenece.

Pero es lo cierto que ya Cervantes decía, en 1505, que la poesía épica podía escribirse en prosa tan bien como en verso, y que el reputado historiador de Murcia, Francisco Cascales, en sus *Tablas poéticas*, publicadas en 1616, afirmaba,

apoyándose nada ménos que en la antigua y respetada autoridad de Aristóteles, que se puede ser autor de versos de todos generos, y, sin embargo, no ser poeta; y despues, por cuenta propia, decia: «Yo no excluyo los versos de la poesia, pero tampoco los hago tan sustanciales, que sin ellos no se pueda hacer el poema. Hay buena poesia sin verso.» Y más adelante, definiendo la épica, dice que este género de poesia «teje su tela, ó con medida en versos, cual en el heroico y bucólico poema, ó en un decir suelto, que comunmente se llama prosa.» Y confirmando esta definicion, afirma en otro lugar: «No piense nadie que el verso hace á la poesia, ni la prosa á la historia; porque la historia de Tito-Livio ó de Salustio, aunque se escribiese en verso, ni más ni ménos sería historia; y si la *Iliada* de Homero se tradujese en prosa, ni más ni ménos sería poesia.» Y por último, al citar los ejemplos del género épico, al lado de *Los Lusíadas* «del divino Camoens lusitano», y del *Orlando furioso*, del Ariosto, y la *Jerusalén*, de Torcuato Tasso, pone varias novelas pastoriles, entre las cuales cita la *Diana*, de Jorge de Montemayor, y el *Pastor de Filida*, de Luis Galvez de Montalvo. Se ve, pues, que no es novedad germánica, ni singularidad paradójica, la afirmacion de que hay poesia en prosa, ni tampoco lo es la idea de considerar á las novelas como obras pertenecientes al género épico. Pero borrada la fácil distincion que se establece, diciendo que son obras poéticas las escritas en verso, y obras no poéticas las escritas en prosa; distincion que parece al principio una perogrullada — pase la palabreja — y al fin resulta que es absurda; borrada esta primitiva distincion, ¿cómo saber cuáles son las obras que, aún cuando escritas en verso, pertenecen á los géneros prosaicos, y las obras que, aún cuando escritas en prosa, pertenecen á los géneros poéticos? ¿Cómo averiguar, viniendo al asunto en que ahora nos ocupamos, si *La Araucana*, á pesar de estar escrita en las clásicas octavas reales, es sólo una *historia rimada*, segun sostiene D. Antonio Ferrer del Rio (obra varias veces citada) (1), ó si es un excelente poema,

(1) El célebre escritor J. C. L. Simonde de Sismondi, en su libro intitulado: *De la littérature du midi de l'Europe* (Paris, 1813), participa de la misma opinion que el Sr. Ferrer del Rio, y dice que *La Araucana* es frecuentemente una *gaceta rimada*. Quizá Simonde de Sismondi para compensar la sobra de exactitud que tan censurable le parecia en el libro de Ercilla, procuró que su historia tuviese algo de novela, y tomando al pié de la letra el verso que se halla en el final de la tercera y última parte de *La Araucana*, donde el autor de esta *gaceta rimada* dice que vivia en la miseria, afirmó en el tomo III, página 440 de su ya citada obra histórico-crítica, que Ercilla *dans ses voyages, pendant lesquels il ajouta une troisième partie à son poème, il dissipa le reste de sa fortune, et il éprouva, en avançant en âge, les souffrances de la pauvreté*; afirmacion que carece completamente de exactitud, puesto que las disposiciones testamentarias del autor de *La Araucana*, que se conservan con la debida legalizacion, demuestran y ponen en punto de evidencia que D. Alonso de Ercilla poseia bienes de fortuna en cantidad suficiente para vivir con la holgura y el decoro que requerian su noble cuna y la no ménos ilustre prosapia de su mujer, doña Maria de Bazan.

También con arreglo á este sistema de escribir novela en forma de historia procede Sismondi, cuando pinta á Ercilla recorriendo extrañas tierras en busca de los recursos necesarios para atender á su subsistencia y á la de su familia; porque si no existiera el testamento que por completo destruye tan peregrina especie, aún se podría presentar otra prueba en pro de que nuestro D. Alonso en los últimos años de su vida no estuvo atormentado por las privaciones que la pobreza impone, recordando que su viuda pudo hacer los gastos, de no escasa importancia, que requeria la fundacion del convento de monjas carmelitas de Ocaña, á cuyo convento hizo trasladar los restos mor-

segun han dicho sus panegiristas Cervántes, Vicente Espinel, Juan de Guzman, Jimenez Paton, el abate Lampillas, Andres Escoto, Lopez de Sedano, Masdeu y otros muchos escritores de los siglos XVI, XVII y XVIII?

Si se acepta como verdad que poesia es la expresion de la belleza por medio de la palabra, serán obras poéticas todas aquellas cuyo carácter predominante es la belleza, ya la belleza se halle expresada en verso, como en *Los Lusíadas* de Camoens, ó ya en prosa, como en *El Quijote* de Cervántes.

Cierto es que D. Alonso de Ercilla dice en el prólogo de la primera parte de *La Araucana* que sólo pretende escribir la historia de las empresas militares á que habia dado lugar la conquista de Arauco; cierto es que su veracidad, nunca desmentida, ha hecho que su libro sea considerado como documento digno de crédito, en el cual se han apoyado frecuentemente los historiadores de Chile; pero también es cierto que, como dice Quintana en su *Musa épica*, «*La Araucana* es, de todos nuestros grandes poemas, el único que goza de alguna reputacion europea»; y esto es así porque, aún cuando la obra de Ercilla, ni alcanza, ni podia alcanzar las proporciones de la epopeya, dado que jamas su autor aspiró á tanto, es, sin embargo, el único de nuestros poemas históricos que por la grandeza de los hechos en sus páginas relatados, y por la forma de relatarlos, traspasa los límites de vulgar historia, y parece oirse á veces la voz del poeta que exclama, repitiendo las palabras de Camoens:

La verdade que en conto, nua e pura,  
Vence toda grandiloqua escriptura.

En el siglo próximo pasado, Federico Schlegel en Alemania; Voltaire en Francia; Hugo Blair, y más determinadamente Hayley en Inglaterra; y en nuestra patria el juicioso traductor de los *Principios filosóficos de la literatura*, de Mr. Batteux, D. Agustin Garcia Arrieta, pusieron en punto de evidencia los merecimientos de Ercilla para ocupar el primer puesto entre los poetas épicos castellanos; y esta opinion ha sido seguida por todos los más principales escritores que en el presente siglo se han ocupado de la historia de la literatura española, segun puede verse en las obras de Ticknor, Gil de Zárate, Fernandez Espino, Alcántara Garcia y otras varias que fuera prolijo enumerar.

En ley de justicia, aún cuando, como castellanos, no como españoles, padezca algo nuestro amor propio, hay que confesar que *Los Lusíadas* es el poema heroico de la gente ibérica; pero despues de Luis de Camoens hay que citar á nuestro D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, como el más insigne de los poetas épicos peninsulares; porque ni la leyenda mística del capitán Cristóbal de Virués, ni el desordenado, aunque á las veces altamente inspirado, poema de Valbuena, pueden privar á *La Araucana* de la primacia que por tradicional derecho ocupa entre los poemas épicos escritos en lengua castellana. Algun crítico quiere conceder esta pri-

tales de su marido, cuando sólo habia pasado un año, poco más ó ménos, desde la fecha de su fallecimiento.

Entre escribir poemas que parezcan historia, ó escribir historia que por lo inexacta se asemeje á novelesca fábula, nos parece que lo primero es literariamente ménos malo y moralmente mucho mejor que lo segundo; pero acaso no pensaba así el autor *De la littérature du midi de l'Europe*; acaso creia Simonde de Sismondi que toda historia debe tener algo de novela, ya que toda novela suele tener algo, y aún algo, de historia.

macia á un poema burlesco, *La Mosquera*, de Villaviciosa; pero para que una obra de carácter crítico, como el que revisten los poemas heroi-cómicos, los exclusivamente cómicos y los satíricos, pueda competir con las creaciones estéticas fundadas en pensamientos afirmativos, es necesario que su concepcion artística encierre la singular belleza y profunda trascendencia de que se halla acabado modelo en el inmortal *Quijote*, del inmortal Cervántes. No alcanza el poema burlesco de Villaviciosa, aunque por muchos conceptos estimable, las altas dotes que requiere la negacion de la crítica, para contrarestar las afirmaciones de la humanidad en su manifestacion histórica; y sólo consiguiendo esto, y quizá sólo Cervántes lo ha conseguido, es cuando la obra individual del crítico aparece con toda la grandeza de esas creaciones épicas, más colectivas que individuales, que, si son populares exclusivamente, se llaman el *Romancero del Cid* y los *Nibelungen*; si son artístico-populares, el *Ramayana* y la *Iliada*, y si son exclusivamente artísticas, la *Eneida* y *Los Lusíadas*; y en grado inferior, aunque aún estimables, la *Farsalia*, la *Enriqueida* y nuestra *Araucana*.

Analizar las excelencias que avaloran y los defectos que deslustran las páginas del poema de Ercilla, sería tarea más larga que lo que la actual ocasion consiente; y por lo tanto, nos limitaremos á indicar que en *La Araucana* su argumento es digno del poema histórico; que dignos son de eterno y poético recuerdo las hazañas de los conquistadores españoles y de los guerreros americanos que en Arauco, como en otros muchos sitios, regaron con su sangre las tierras descubiertas por el genio de Colon, y que su estilo, sus versos, sin ser inmejorables, reúnen condiciones de fluidez y sonoridad, que acreditan á su autor de fácil y elegante poeta. Entrando en detalles, habría que recordar que Voltaire ha sostenido que la arenga que Ercilla pone en boca de Colocolo es superior á la que, en ocasion semejante, pone Homero en boca de Nestor; y que D. Agustín García Arrieta, en uno de los apéndices á la traduccion del Batteux, ántes citada, hace notar las bellezas de algunos otros pasajes de *La Araucana*, entre ellos la descripcion de la batalla de Lepanto, de la cual copia gran parte, diciendo luégo: «Dudo que se pueda señalar en ninguno de los poemas épicos modernos, y aún en los antiguos, una pintura más acabada y expresada con más fuerza y valentía que la que nos ofrece este cuadro de Ercilla.» Por último, para no amontonar más citas, don Antonio Gil de Zárate, en su *Manual de Literatura*, alaba bastante á Ercilla; dice que describe admirablemente las batallas, y sostiene que el discurso del paje de Valdivia es más enérgico y poético que el de Colocolo, tan encomiado por Voltaire.

Al tratar de los defectos de *La Araucana*, el que mayormente se nota es la falta de un héroe que sea como el centro de unidad, alrededor del cual giren todos los personajes y sucesos que en el poema aparecen; falta es ésta que igualmente se nota en *Los Lusíadas*; y para explicarla se recurre en ambos casos á suposiciones muy semejantes, puesto que se dice que Ercilla no hizo un Aquiles del general bajo cuyas órdenes peleó, á causa de hallarse ofendido con el cuarto Marqués de Cañete, por haberle retenido en larga prision y condenado á muerte sin más delito

que haber puesto mano á la espada en una contienda personal; y de un modo semejante se intenta dar la razon de que Vasco de Gama no sea el héroe de *Los Lusíadas*, diciendo que Camoens estaba resentido con los Condes de Vidigueira, que eran los descendientes del intrépido navegante; pero nosotros entendemos que jamas deben echarse á mala parte los motivos que producen las acciones humanas, si estos motivos son desconocidos, y si cabe explicar el hecho de que se trata como fundado en generosos móviles. En el caso presente, por ejemplo, parécenos que Camoens pensó que el héroe de su poema debía ser, no una persona, sino una colectividad, el pueblo portugues, y así se indica desde el título de su obra: *Os Lusíadas*, los portugueses; y del mismo modo Ercilla entendió que, al describir las guerras de Arauco, el héroe de esta empresa no era el general que la mandaba, mozo de pocos años, que cuando ejercia el supremo mando parece que no daba gran importancia á mandar cortar de vez en cuando alguna ó algunas cabezas de sus soldados ó de sus súbditos, segun ya hemos visto, y á juzgar tambien por algunas frases de su panegirista Suarez de Figueroa; Ercilla entendió que los guerreros españoles que combatian en defensa de la honra de su patria en los pedregosos campos de Arauco eran los únicos héroes dignos de ser cantados en poético estilo y de constituir el héroe colectivo, digámoslo así, de su histórico poema.

El defecto capital de *La Araucana* consiste en su demasiada extension, y en la falta de artístico enlace entre las várias partes de que este poema se compone. Bastaronle á Camoens diez cantos para presentar en bellissimo resumen, no sólo todo lo que de más glorioso presenta la historia de Portugal, sí que tambien algo de lo que constituia el ideal histórico de los dos pueblos ibéricos al comenzar la edad moderna; y Ercilla, en treinta y siete cantos, no consigue presentar el cuadro completo de las guerras de Arauco; lo cual demuestra que escribió su poema sin sujetarse, ó sin formar el plan general que debe preceder á la creacion de toda obra poética.

Hora es de terminar este rápido bosquejo de la vida de Ercilla y rapidísimo exámen de su famosa *Araucana*. Con más tiempo y mayor espacio del que hemos contado en la ocasion presente, hubiéramos intentado escribir una meditada monografía acerca de Ercilla y de su poema, porque el escrito del Sr. Ferrer del Rio, en que parece se trata de realizar esta empresa, en cuanto á noticias biográficas, añade muy pocas á las que se hallan en la vida de Ercilla que precede á la edicion de *La Araucana* publicada por don Antonio de Sancha en 1776; y en cuanto á sus apreciaciones crítico-literarias, nos parecen deficientes las más é inexactas no pocas. Baste lo que someramente dejamos indicado en estos apuntes biográficos y críticos, pues acaso nos engañe nuestro buen deseo y carezcamos de las dotes necesarias para dar cima á la empresa de presentar en animado cuadro la vida de Ercilla y el desenvolvimiento de su concepcion poética; empresa que deseáramos ver realizada por pluma mejor cortada que la nuestra, para honra de las letras españolas y justo tributo de público aplauso á los altos merecimientos del valeroso caballero, verídico narrador y notable poeta épico D. Alonso de Ercilla y Zúñiga.

LUIS VIDART.

Madrid, 28 de Julio de 1881.



## EL AÑO CAMPESTRE.

AL GRAN POETA ZORRILLA.

I.

¡Ya en el alto campanario  
vuelve á anidar la cigüeña,  
ya florecen los almendros,  
ya viene la primavera!

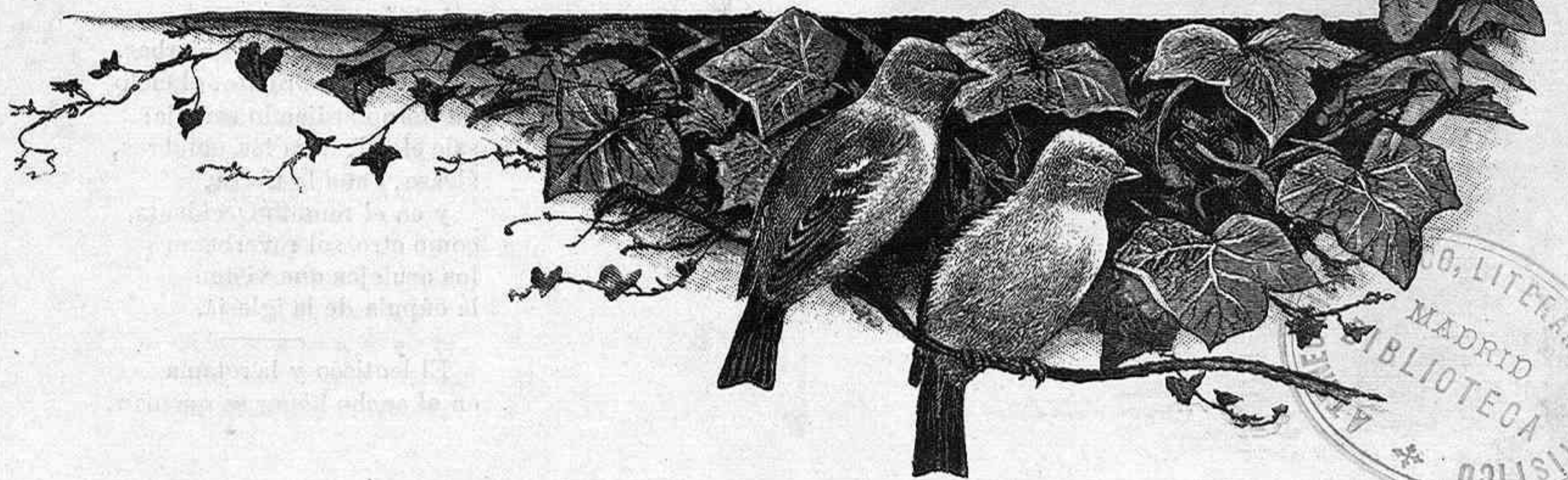
En vez de anunciar borrasca  
en bandadas las cornejas,

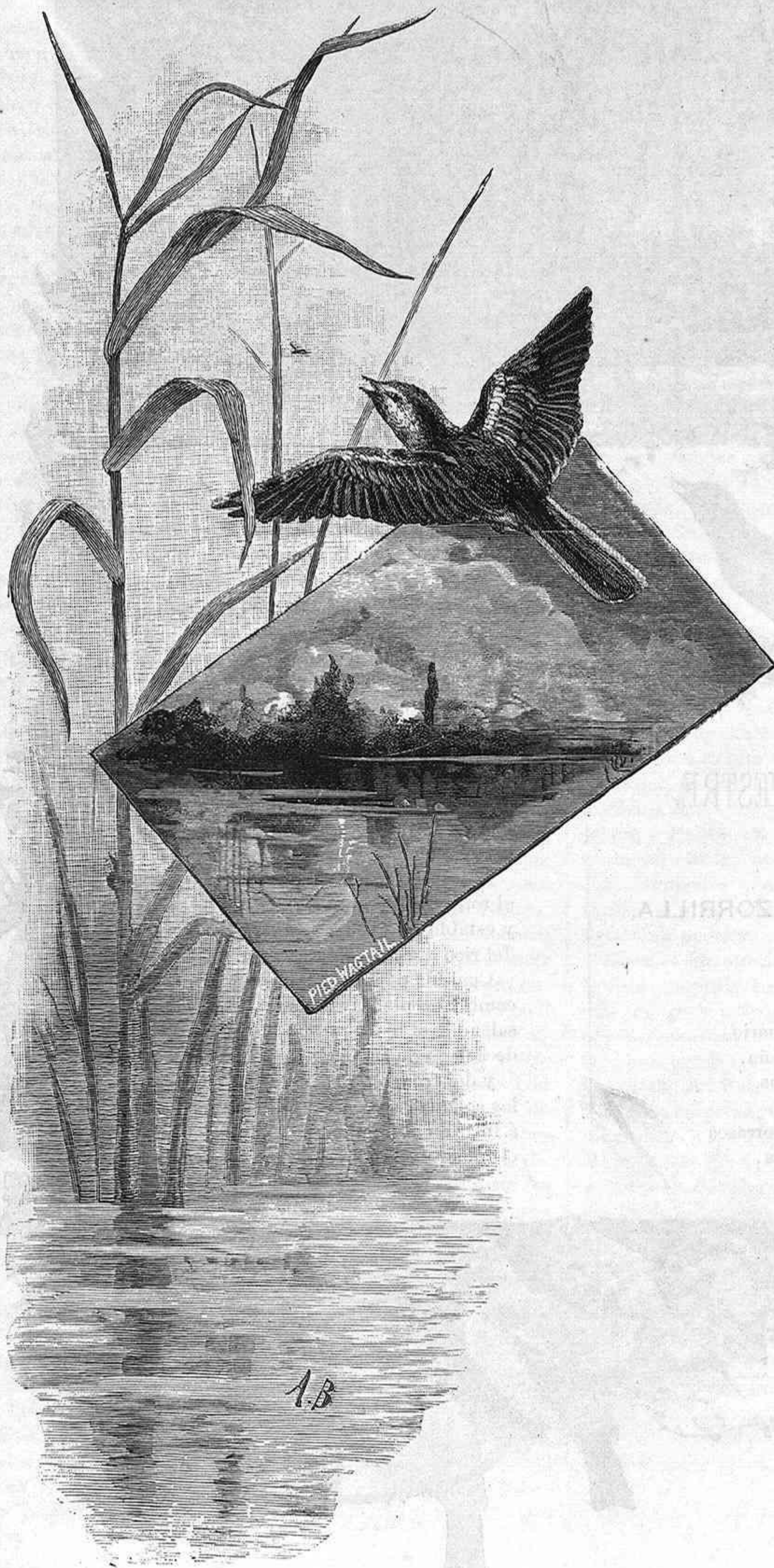
ó los grajos chilladores  
revolcándose en la arena,  
pinzones y pitirajos  
el soto y el bosque alegran,  
y alondras y cogujadas,  
los surcos y las veredas.

De césped se viste el prado;  
las acacias, de hoja nueva;  
en las tablas de los huertos  
pinta y madura la fresa,  
y el follaje crece y borra  
en la montaña las sendas  
que en forma de laberinto  
trazaron cabras y ovejas.

Celoso bebe los vientos  
el toro, bufa y berrea,  
y establo y redil trascienden  
del rico almizcle á la esencia.

Cual los pájaros de pluma,  
cambia de piel la culebra;  
salen al sol los lagartos  
de debajo de las piedras,  
y del tronco de la encina,  
las solícitas abejas  
á libar en el tomillo,  
el romero y la alhucema.





De tajo en rambla y vertiente  
 el arroyo se despeña,  
 hecho espuma, caminando  
 entre floridas adelfas,  
 y en su curso detenido  
 por juncales y mimbreras,  
 se remansa en la laguna  
 donde las garzas invernan.

Todo á la vida renace:  
 en planta el gérmen se trueca,  
 el fiero huracan en brisa,  
 en hojas y en flor la yema,  
 y en mariposa, que el iris  
 pintado en las alas lleva,  
 la oscura larva que ha roto  
 su blanda cárcel de seda.

Amanece; ya lo anuncian,  
 poniendo al rústico en vela,  
 los arpegios de la alondra,  
 que se remonta á la esfera,  
 y los cánticos del gallo,  
 que escarba, que picotea,  
 y que en el húmedo suelo  
 va, al andar, sembrando estrellas.

Para saludar al alba,  
 del tendadero en las cuerdas  
 se juntan las golondrinas,  
 formando una cinta negra.

El ganado se rebulle,  
 cencerros y esquilas suenan,  
 y rompe en toque de *gracias*  
 la campana de la aldea.

Echando el yugo á los bueyes,  
 el rudo gañan bosteza,  
 y al barbecho se encamina,  
 alzada en alto la esteva,  
 ó bien, al hombro la alforja  
 y el escardillo en la diestra,  
 á arrancar va la cizafia  
 que trata de ahogar la siembra.

El aura, que de los montes  
 desciende, de aromas llena,  
 y tibia como el aliento  
 de un niño que se despierta,  
 al correr va disipando  
 el pabellon de la niebla  
 y bebiéndose el rocío  
 en las puntas de las hierbas.

Al fin, en Oriente, el cielo  
 un horno ardiendo semeja;  
 sale el sol, dora las cumbres,  
 álzase, baña la tierra,  
 y en el remoto Occidente,  
 como otro sol reverberan  
 los azulejos que visten  
 la cúpula de la iglesia.

El lentisco y la retama  
 en el ancho hogar se queman,

precipitándose en ondas  
 el humo en la chimenea;  
 y las mujeres, en tanto  
 que la sopa á hervir comienza,  
 al aire brazos y cuello  
 y desatadas las trenzas,  
 se lavan junto á los pozos  
 en la cuba de agua fresca,  
 al sol y al viento dejando  
 que enjuguen su tez morena.

En los patios y corrales  
 desnudos los niños juegan,  
 trocando en canal un charco  
 ó haciendo casas de arena,  
 y cercados de gallinas,  
 que las migajas esperan  
 del pan moreno que comen,  
 tan duro como una piedra.

En las horas de trabajo  
 la paz en el suelo reina,  
 y las aves enmudecen,  
 ocultas en la maleza.

Sólo se escucha en los campos  
 el rodar de la carreta,  
 el rechinar de la noria  
 y el golpe de la herramienta,  
 ó los trémulos balidos  
 de alguna perdida oveja  
 que corre hácia la cañada  
 donde el pastor apacienta.

Pero ya viene la tarde,  
 y el regocijo con ella,  
 y el hombre el sudor enjuga  
 con que fecunda la tierra.

Silba el mirlo en los frutales,  
 la perdiz canta en la breña,  
 y el jilguero y la calandria  
 en los sotos y alamedas.

El perro, que todo el día  
 estuvo de centinela  
 guardando el hato, retoza  
 y caza al ir á la aldea.

Tornan del monte las cabras,  
 hinchado el vientre de hierba,  
 y arrastrando por el suelo  
 las ubres, de leche llenas.

En su hogar los campesinos  
 hallan dispuesta la cena,  
 y los pastores, servida  
 la cuajada en hojas frescas;  
 y apénas el sol oculto,  
 á blando sueño se entregan,  
 no turbado por el grito  
 de la pasión ni la pena.

Y cuando en hondo silencio  
 el mundo sumido queda,  
 y la luna lentamente  
 hácia la altura se eleva,  
 los ruiseñores entonan  
 sus trinos en la ribera,

llenando los corazones  
 de dulcísima tristeza.

## II:

¡Cuánta hermosura en la tierra!  
 Parece el prado un vivero;  
 las rocas están vestidas  
 de la felpa del helecho,  
 y las mieses, ya espigadas,  
 cuando las inclina el viento,  
 ocultan, formando un toldo,  
 de las hazas los linderos.

Vense bardales y tapias  
 de enredaderas cubiertos,  
 de amapolas los sembrados,  
 de juncias los arroyuelos;  
 y para colmo de vida,  
 crecen cardos en los yermos,  
 y malvas y jaramagos  
 en las calles y los techos.

A los perfumes silvestres  
 que en los campos toma el céfiro  
 del toronjil y el mastranto,  
 del hinojo y el cantueso,  
 se juntan los de la albahaca,  
 el azahar y el espliego,  
 que embalsaman el ambiente  
 de los jardines y huertos.

Ya tusadas crin y cola,  
 grabado en el anca el hierro,  
 y en brillante pelo corto  
 trocado el sucio de Enero,  
 el potro, cual si sintiera  
 hervir en sus venas fuego,  
 resopla, piafa, relincha  
 y ensaya en correr sus remos.

El rico vellon de lana  
 entrega el manso cordero,  
 y tábanos zumbadores  
 persiguen á los becerros,  
 que parten, perdido el tino,  
 hijadeando y mugiendo,  
 en busca del valle umbroso  
 donde está el abrevadero.

Madura el albaricoque,  
 más fino que el terciopelo;  
 pica el gorrion en la breva,  
 que de miel guarda un venero,  
 y la mazorca, que agita  
 un penacho como un yelmo,  
 sus tocas pajizas abre,  
 mostrando el grano bermejo.

Pasa el rústico la noche  
 los melonares cubriendo  
 con paja, para librarlos  
 del influjo del sereno,  
 y frente á las madrigueras,  
 el arma al brazo, en acecho

de los topos y lirones,  
para su daño despiertos.

Mas pronto la escena cambia:  
derrama el sol vivo fuego,  
y como al salir de un horno,  
abrasa y sofoca el viento,

que lleva sobre sus alas,  
en vez de aromas, suspenso  
el polvo de los terrones  
que el calor va deshaciendo.

En pedregal se convierte,  
ó en banco de arena, el lecho  
del arroyo, que era un rio  
sin vado alguno en invierno.

De la aurora los fulgores  
tiñen de rojo sangriento  
la bruma caliginosa  
que se levanta del suelo,

semejante á la abrasada  
humareda de un incendio,  
y se alza el sol, y se aspira  
la atmósfera del desierto.

Entónces, debajo de otro  
la testuz guarda el carnero,  
la yeguada se mosquea,  
juntándose en corro estrecho,  
y la perdiz y la alondra  
están, con el pico abierto  
y con las alas caídas,  
á la sombra de los setos.

Tan sólo el calor resisten  
los zumbadores insectos,  
cuyas corazas de oro  
despiden vivos reflejos;  
las tórtolas, que, escudadas  
por el pabellon espeso

de los pinos, siempre verdes,  
de uno en otro van gimiendo,  
y las cigarras ventrudas,  
que redoblan su concierto,  
saltando á la espiga seca,  
que se desgrana á su peso.

¡ Infeliz del campesino  
que, sudando, sin aliento  
y abrasadas las espaldas,  
va por los valles y oteros  
el trigo rubio segando,  
que, convertido en pan tierno,  
en manos del poderoso  
ha de ver, quizás hambriento!

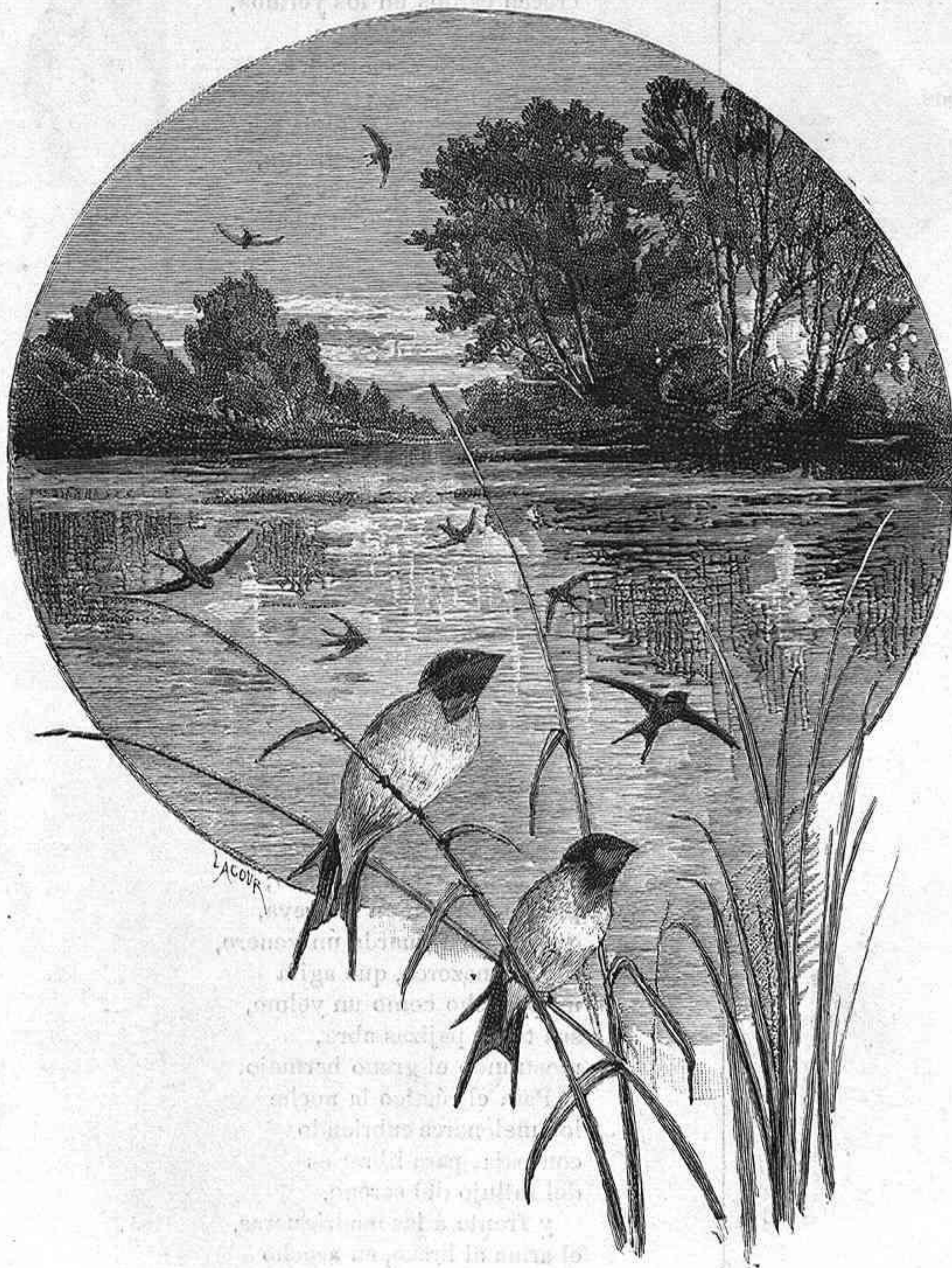
Pero el triste, con su sino  
resignado y satisfecho,  
apénas si pára mientes  
en el dia venidero,  
y duerme sobre la hacina  
tranquilo, miéntras su dueño  
quizás procura y no logra  
cerrar sus ojos despiertos.

Cuando repara en que apénas  
proyecta sombra su cuerpo,  
¡ con qué placer deja el tajo,  
y en el parral, á cubierto,  
bebe á chorro en el botijo,  
aliña el gazpacho fresco,  
ó abre la roja sandía,  
que cruje bajo sus dedos!

Y cuando llega la noche,  
¡ qué bullicio, qué contento  
en las parvas de las eras,  
que sirven de mesa y lecho!

Hasta el capataz se olvida  
de su alto rango y empleo,  
y en vez de acallar la zambra,  
alegre baila en el ruedo

con alguna escogedora  
de buen talle y ojos negros,  
que de amapolas y espigas  
orló su rostro moreno.







COMISIONES ESCOLARES DE LAS UNIVERSIDADES DE SALAMANCA Y COIMBRA, QUE ASISTIERON A LAS FIESTAS DEL CENTENARIO DE CALDERON. — (De fotografía.)

Aquí un mozo enamorado  
 está á solas y en silencio  
 ensartando arreboleras  
 para aquella que ve en sueños;  
 allá las espigadoras  
 van buscando por los setos  
 luciérnagas encendidas  
 para adornar sus cabellos,  
 y allá, en la vereda, se oyen  
 los cantos del pasajero,  
 que, más que canto, parecen  
 gemidos que lleva el viento.

Mas bien pronto no se escucha  
 otro rumor en el suelo  
 que el del grillo, que ha tomado  
 de las cigarras el puesto.

Entónces, de las estrellas  
 á los fugaces reflejos,  
 responden nubes lejanas,  
 ocultas tras de los cerros,  
 con súbitos fusilazos,  
 que encienden de grana el cielo,  
 y que anuncian otro dia  
 de más calor que el ya muerto.

### III.

Ya la Virgen de Setiembre,  
 tan hermosa con sus galas,  
 cual si del cielo con ellas  
 bajado hubiese á las andas,  
 en procesion sale al campo,  
 entre vítores y salvas,  
 y disparos de cohetes  
 y repiques de campanas.

No lleva la faz llorosa  
 de una madre atribulada,  
 sino la alegre y risueña  
 de los hijos que la aclaman,  
 y por joyel en el peto,  
 que reluce como un ascua,  
 un haz de espigas atado  
 con el cairel de una parra.

A ella debe el campesino  
 tener las trojes colmadas,  
 y abiertos para llenarse  
 el lagar y la almazara;

pues ella vertió el rocío  
 y apaciguó las borrascas,  
 y el valle llenó de mieses  
 y de pasto las montañas.

¡Oh, con cuánto afan espera  
 el rústico, que trabaja  
 sin descanso el año entero,  
 la alegre *sanmiguelada!*

Todo es entónces riqueza  
 y contento y algazara:  
 se ferian los animales  
 y utensilios de labranza;

no queda en el pueblo moza  
 que no luzca nueva saya,  
 ni zagal que sin dinero  
 lleve la bolsa en la faja;  
 hasta el mísero mendigo  
 con pan blanco se regala;  
 se cumple el arrendamiento,  
 los pastores se contratan,  
 se reponen los ajuares,  
 se socorren las desgracias  
 y se arreglan los litigios  
 y los amantes se casan.

Mas poco la huelga dura,  
 pues ya las aves de entrada  
 anuncian el dulce riego  
 de las otoñales aguas;

y si bien ardió el rastrojo  
 que abona la tierra exhausta,  
 y para el invierno crudo  
 almacenóse la paja,

áun las colmenas incitan  
 al castrador con su carga,  
 y revientan en el árbol  
 las encendidas granadas,  
 áun los peros y membrillos  
 engordan bebiendo savia,  
 y el melocoton se viste  
 de sedosa felpa blanca,

y áun la cepa sus sarmientos  
 por el suelo desparrama,  
 rendida á la pesadumbre  
 de las uvas apretadas.

Sopla el vendaval, trayendo  
 de vapor ligeras gasas,  
 que se ennegrecen al cabo  
 en la altura condensadas,  
 y, tendidas como un toldo  
 que en los cerros se apoyára,  
 rompen en lluvia copiosa,  
 que el suelo bebe con ánsia.

A los vientos sofocantes  
 suceden brisas templadas;  
 á las noches de rocío  
 las de fresquísima escarcha,  
 y la fuente enriquecida  
 vuelve á dar en la cañada,  
 el arroyo en la laguna,  
 y en la laguna las garzas.

La codorniz deja el surco,  
 la espesura la calandria,  
 y la alegre golondrina  
 el techo de las cabañas;

pero, en cambio, cada tarde,  
 de estorninos nueva banda,  
 que el horizonte oscurece,  
 desciende como una plaga  
 sobre la rica aceituna,  
 que se ennegrece y ablanda,  
 y el racimo generoso  
 que se mostea en la parra.

Viene la alegre vendimia,  
de pámpanos coronada;  
por el lagar rueda el mosto,  
y el vino por las gargantas;  
poniendo digno remate  
á tanto jolgorio y zambra,  
la noche en que se celebra  
la fiesta de la abundancia.  
¡Noche de Todos los Santos,  
que llega siempre colmada



de frutos y de venturas  
para mozos y zagalas!

Este rapaz come almendras  
y piñones y avellanas;  
aquél pone en el rescoldo  
un puñado de castañas;

uno aquí con pan de higos  
y con nueces se regala,  
otro allá monda gozoso  
el membrillo y la granada;

y, en tanto, da entre los hombres  
vueltas y vueltas la jarra,  
y con arropo y compota  
las mujeres se empalagan.

Mas ¡ay! que la alegre fiesta  
viene á turbar la campana,  
pidiendo triste á los vivos,  
para los muertos, plegarias,

y á la voz de este conjuro  
parece que se derrama  
el hálito de la muerte  
por la tierra y por las almas.

Todo verdor se concluye,  
las aves parleras callan,  
el arroyo se congela  
y el sol sus rayos apaga.

Se rinde el liron al sueño,  
la hormiga sus trojes tapia,  
y mueren las mariposas,  
envolviéndose en sus alas.

Sin pasto el monte, en las pitas  
los bueyes el hambre sacian,  
y madroños y lentiscos  
van despuntando las cabras.

El árbol queda sin fruto,  
y el huracan, cuando pasa,  
con los nidos aún calientes,  
las secas hojas le arranca.

Lo que aún con vida persiste,  
de muerte y tristeza habla;  
lo mismo el cipres, que erguido  
á los cielos se levanta,

que la hiedra, que en los muros  
desmoronados arraiga,  
y el sauce lloron, que cubre  
los sepulcros con sus ramas.

Y cuando muere la tarde,  
y el sol de amarillas franjas,  
como á un paño mortuorio,  
adorna las nubes pardas,

en vez de los dulces cantos  
del ruiseñor á su amada,  
se oye el silbo del mochuco  
en la torre solitaria.

## IV.

Ya el pastor con el pellico,  
que del hielo le preserva,

desde léjos se confunde  
con sus lanudas ovejas,  
y vuelve al redil trayendo  
las tiernas crías á cuestras,  
perseguido de las madres,  
que se empinan para verlas.

Marchan detras del arado,  
que abre el seno de la tierra,  
las aves beneficiosas  
que de insectos se alimentan,

y la plaga de trigueros,  
cogujadas y terreras,  
que se come la semilla  
á medida que se siembra,

y que cantando se burla  
del labrador que la oea  
ó la espanta, convirtiendo  
su roja faja en bandera.

El vapor que por las noches  
en los vidrios se condensa,  
y en lágrimas se deshace  
cuando el sol sube á la esfera,

dice al rústico del llano  
que ya en la montaña nieva,  
que el invierno será crudo  
y hay que atestar la leñera,  
confirmándolo la nube  
de aves frías y cercetas,  
chorlitos y alcaravanes  
que de extraños climas llega.

Pero no todo es motivo  
de abatimiento y tristeza.  
En el corral gruñe atado,  
pudiendo moverse apenas,

el gordo lechon, que estuvo  
há poco de montanera,  
y que llenará muy luégo  
de regalos la despensa;

en la almazara prosigue  
sin descanso la molienda,  
y el alpechin va corriendo  
por las calles de la aldea;

y ya mozos y zagalas  
componen, compran y aprestan  
almireces y zambombas,  
guitarras y panderetas.

Y cuando al fin luce el día  
alegre de Noche-buena,  
los muchachos en arrobo  
el nacimiento contemplan,  
que arreglaron las mujeres,  
colocando en una mesa  
verdes matas de lentisco  
sobre un puñado de arena.

Y allí los tres Reyes Magos  
caminando tras la estrella,  
sobre arroyuelos de vidrio  
y montañas de madera,

y en el fondo, con la Virgen,  
el niño Jesus, y cerca  
la mula y el buey de barro,  
que al resoplar le calientan.

Viene la noche: ¿qué importa  
que truene, granice ó llueva?

Toca á la misa del Gallo  
la campana de la iglesia,  
entónase el villancico,  
repican las castañuelas,  
el ronco tambor redobla  
y el órgano trompetea.

Al volver ya está servida  
la rica sopa de almendras  
y escanciado el vino añejo,  
que con su aroma marea.

En las mismas gañanías  
la Navidad se celebra  
con migas y con madroños  
en vez de pavo y jalea;

y hay tal bullicio en las casas,  
que las aves se despiertan  
y unen su voz al concierto  
de júbilo de la tierra.

Mas cuanto en torno se mira  
es señal de lluvia cierta:  
el círculo blanquecino  
que el disco lunar encierra,  
el gato que maya y brinca,  
la sal que en agua se trueca,  
el hollín que se desprende,  
la torcida que chispea,

y el graznido de las grullas,  
que, al extender la cabeza  
al par que el tarso y el ala,  
parecen cruces que vuelan.

Y tan tenaz es la lluvia,  
que se hunde en fango la reja,  
y el buey se queda atollado  
hasta en las mismas veredas.

Hecho torrente el arroyo,  
en cascadas se despeña,  
se sale de madre el río,  
y la campiña se anega.

Entónces ¡ay! se suspenden  
en el campo las faenas,  
y los pobres que tan sólo  
con un triste jornal cuentan,  
acosados por el hambre,  
mendigan de puerta en puerta,  
en las horas de la noche,  
para ocultar su vergüenza.

¡Con qué afán es acogido  
el solano que dispersa  
los nubarrones oscuros  
y el suelo encharcado seca!

Brota entónces la simiente,  
la laguna se deshiela,  
y vuelve con el trabajo  
el regocijo á la tierra.

Ya el alivio de la cuadra  
no necesita la yegua,  
ni la vaca el del establo,  
ni el del aprisco la oveja;  
pues vigorosa en el monte  
ha retoñado la hierba,  
y el rigor de la alborada  
el rocío no congela.

Al rayo de sol que lucha  
por desvanecer la niebla,  
el viento de la montaña  
en las llanuras se temple,  
y desentume al insecto,  
el suelo mojado orea,  
hace circular la savia,  
y los gérmenes despierta.

Dice, al correr, el arroyo  
que arrastra nieve deshecha,  
en los árboles tempranos  
apuntan rojas las yemas,

algunos pálidos lirios  
florece en la pradera,  
y se aventura el enjambre  
á salir de la colmena.

A poco en el campanario  
la zanquilarga cigüeña,  
con un reptil en el pico,  
ruidosa castañetea;  
de flor se viste el almendro,

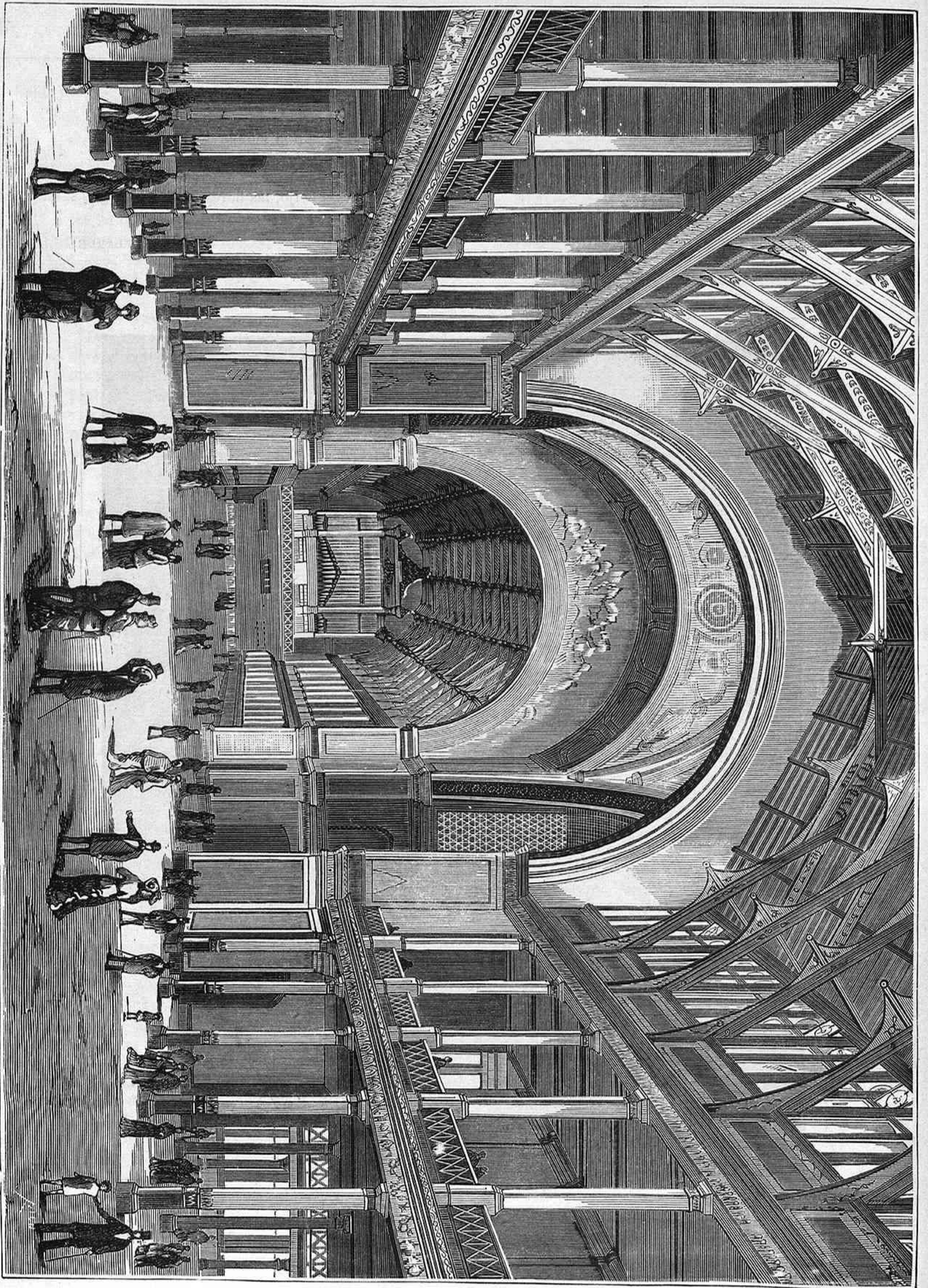
empurpúrase la fresa,  
y al aire da su perfume  
regalado la violeta,  
hasta que al fin aparece  
la golondrina, y con ella  
el regocijo, las flores,  
la vida, la primavera.

JOSÉ VELARDE.

Conil, Agosto del 81.



ESTUDIO DE UNA ARTISTA.  
(CUADRO DE LA ESCUELA INGLESA CONTEMPORÁNEA.)



MELBOURNE. (AUSTRALIA).—GALERÍA CENTRAL DE LA EXPOSICION INTERNACIONAL CELEBRADA EN 1880-1881.

# UN MAESTRO DE ANTAÑO.

(FRAGMENTO DE LAS «MEMORIAS INÉDITAS DEL BACHILLER PADEAYA», QUE SE PUBLICARÁN INTEGRAS DESPUES DE SU MUERTE.)

## I.

**T**ócame retratar ahora (dice el Bachiller, comenzando el segundo cuaderno de su manuscrito) á otro de los personajes de mayor bulto y trascendencia que figuran en la historia de mi niñez; al más caracterizado sin duda alguna, despues de los autores de mis dias, del cura que me bautizó y de mis once amas; al que sigue, en el orden de estos recuerdos casi fantásticos, á aquellos músicos de la capilla de la catedral, que casi todas las noches iban de concierto y jolgorio á mi casa, convidados por mi buen padre; al que roturó, digámoslo así, la tierra vírgen, y luégo mártir, de mi inteligencia y de mi memoria, y echó, en los surcos abiertos por la palmeta y las disciplinas, la primera simiente de los llamados conocimientos humanos; á mi único maestro oficial de lectura, escritura, cuentas, religion, geografía y demas cosas que diré en su lugar oportuno; al ilustre SARGENTO CLAVIJO, en fin, que santa gloria haya, y que de seguro estará en ella, no diré de patas ó á pié, pues esto no le satisfaria, pero sí á caballo, como Santiago y San Jorge; que tal fué siempre su postura favorita en este planeta de tres al cuarto, que llamamos mundo.

Paréceme que lo estoy viendo....., no á caballo precisamente, pues yo lo conocí ya apeado, sino paseándose sobre los ladrillos de la escuela, como un rey sin trono, y alguna que otra vez en burra, camino de su viña.....—Era á la sazón más paisano que militar y más eclesiástico que lego..... Habia llegado á mi muy amada ciudad natal (Jaen), en los últimos años del Rey Absoluto, desempeñando el cargo, casi siempre honroso, de mayordomo de un señor Chantre; y, por muerte del tal Prebendado, heredó aquella viña, un olivar y algunos maravedises, con los cuales puso la escuela..... Antes de mayordomo, cuando el Dignidad era todavía simple Canónigo de Leon, Clavijo habia desempeñado otra escuela en Astorga, en la Roma de los maragatos..... —Constaban documentalmente su nacimiento, bautismo y confirmacion, verificados en no sé qué villa de Astúrias, así como que habia hecho toda la guerra de la Independencia, y llegado, desde humilde rancho, á sargento segundo de caballería..... Tenía una hermosa cicatriz en la frente, y, al pecho, la cruz de yo no sé qué cosa..... Los mismos conocimientos culinarios que le proporcionaron la plaza de rancho de su escuadron debieron de elevarlo, andando el tiempo, á la mayordomía del capitular, hombre que se cuidaba hasta cierto punto; pero lo que aún no he podido averiguar ni discernir es en virtud de qué conocimientos de otra especie fué maestro de escuela dos largos periodos de su vida..... Decíase, por último, que en Leon estuvo ca-

sado siete meses con una antigua sobrina del Chantre, la cual murió de parto, anticipado segun los amigos de su merced, y muy de tiempo, segun los enemigos.....

Paréceme que lo estoy viendo (vuelvo á decir)..... Habia nacido en 1788, como lord Byron, y, por consiguiente, tenía cincuenta años cuando á mí me pusieron en su escuela. Érase alto y recio, aunque no gordo, y su rostro, atezado y vulgar, resultaba grave, y hasta digno, merced á una larga y porruda nariz, de las llamadas borbónicas, y, sobre todo, á un enorme tupé entrecano, que hubieran visto con envidia Larra, Martinez de la Rosa y demas elegantones de aquel tiempo. Su vestimenta en la clase, desde el dia de San Antonio hasta el de San Miguel, reduciase á un cumplidísimo pantalon de hilo oscuro, que le llegaba hasta cerca de la barba, colgado de los hombros por medio de dos tirantes de vando, y provisto de un amplio portalon, del tamaño y forma de aquella compuerta que comunica algunos comedores con la cocina, y que se baja, á guisa de mesa, para servir las viandas con mayor comodidad y más calientes..... Y digo que su traje se reducía al tal pantalon, porque en verano andaba siempre en mangas de camisa y sin chaleco, aunque sí con la clásica y descomunal corbata de ballena, que entónces era de rigor, y que, á mi juicio, sugirió á los criminalistas la idea de sustituir la horca con el garrote. En invierno vestía otro pantalon por el estilo, de paño de Ohanes; chaleco de seda, rameado, de vivos colores, y levita negra, muy alta de cuello, muy larga de faldones y muy estrecha de mangas, aunque no de puños. La corbata era siempre igual, y como inamovible; tanto, que yo creo que dormía con ella. Usaba en todo tiempo recias botas negras de alto cañon, que lucía mucho, por llevar constantemente doblados los pernils de los pantalones, y no recuerdo haberle visto nunca, en ninguna estacion, sitio ni hora, sin un pañuelo de los llamados de hierbas, de vara y media en cuadro, echado sobre el hombro izquierdo á manera de alforjas, sin duda porque no habia ni podia haber bolsillo en que cupiese tan hermosa pieza.—No fumaba el antiguo sargento; pero sí tomaba mucho polvo, y, cuando se sonaba las narices, parecia que se hundía el mundo, y todos los muchachos quedábamos inmóviles como soldados que oyen la voz de ¡firmes! ¡tal estruendo hacía el santo varon! Su voz era tambien estentórea, aunque descubria, en los raptos de furia, alguna que otra nota de vieja. Tenía afeitada toda la cara, excepto el comienzo de las patillas. Pisaba muy ruidoso, á causa de los grandes clavos que orlaban las suelas de sus botas, y ufanábase de no gastar antiparras ni haber tenido nunca sabañones. En cambio, llevaba en los piés todo un almanaque de callos, que le anunciaban los cambios atmosféricos con tres dias de anticipacion, y tenía cierta quebra-

dura ó hernia inguinal (*quebrancia* le llamaba él), equivalente á un termómetro, un barómetro y un higrómetro, instrumentos que no le eran conocidos y que, ni aún en el caso de conocerlos, le hubieran librado de la tal hernia....

Con que, vamos á clase; es decir, estudiemos á nuestro hombre en el pleno ejercicio de su magisterio.

## II.

Pasabamos de ciento veinte los *jóvenes amables* que nos dirigiamos por aquel camino al *templo de Minerva*.—Costaba una peseta al mes á los pudientes, y dos reales á los pobres, recibir el pan intelectual, en forma de palmetazos, de manos del *Sargento Clavijo*, á quien las autoridades y otras personas circunspectas solian denominar *Don Carmelo*.—Por la mañana se entraba en clase á las ocho, lo mismo en Diciembre que en Junio, y se salia á las doce, y por la tarde se entraba á las tres y se salia á las cinco.—Los jueves sólo habia escuela por la mañana.

Voy á ver si recuerdo todas las vacaciones del año: Diez y nueve días de Pascuas de Navidad, ó sea desde Santo Tomás Apóstol hasta Reyes; siete de Carnaval, desde el *Jués lardero* hasta el Miércoles de Ceniza; doce de Semana Santa, desde el Viérnes de Dolores hasta el Mártes de Pascua de Resurrecion (todos inclusive); tres de Pascua de Pentecostés; once de ferias; tres de Jubileo de la Porciúncula, y sobre ciento de *misa*, entre domingos, fiestas y santos que sólo traian *mano* en el almanaque (y que son los que despues ha declarado Roma *no de precepto*): total, ciento cincuenta y un dias de huelga, sin contar la entrada ó proximidad de los *facciosos*, la recepcion del nuevo obispo, las romerías tradicionales, la llegada de un batallon con música, las elecciones, las rogativas, el exorcismo á la langosta, las grandes nevadas, los *dias* y cumpleaños del padre, de la madre, de los abuelos, de los hermanos, de los tios, de los padrinos y de la ex-ama de leche de cada alumno, por lo que respectaba al alumno mismo, y sus propios dias, cumpleaños, sarampion, escarlatina, viruelas, alfombrilla, catarros, indigestiones, aporreaduras, lutos y repentino destrozo del pantalon ó de la chaqueta....—Pongamos, pues, la mitad del año, y es cuenta redonda.

Pero voy extendiéndome á hablar de cosas comunes á la mayoría de las escuelas de aquellos tiempos, cuando debo circunscribirme á las especialidades de la de mi ex-sargento segundo....

El buen D. Carmelo Clavijo tenía muy buena letra, aunque demasiado gorda y anticuada: letra de canciller del siglo XVII. En cuentas no era ningun Pitágoras; pero á enseñarnos á serlo, como algunos lo fuimos, ayudábale su *pasante*, pupilero y oráculo, el Sr. Frasquito Sarmiento, antiguo escribiente de la *Administracion de Millones*, y capaz de contarle los pelos al demonio. De lo demas que sabia nuestro héroe trataré en capítulo aparte, cuando examine el programa y los textos semi-vivos y semi-muertos de su escuela.

Cinco eran allí los castigos ó sanciones penales de la enseñanza: 1.º, ponerse de rodillas; 2.º, correazos *sobre la*

ropa; 3.º, palmetazos; 4.º, llevar colgado al cuello ¡todo un dia! cierto carton en que estaba pintado un *burro*, y 5.º, azotes, ó sea disciplinazos, que llamaré *pajareros*, por ir este adjetivo pegado al *innominable* (por no decir *inefable*) sustantivo con que se designaba allí, y aún suele designarse en la vida doméstica, la parte del cuerpo.... infantil que los recibia. La correa ó correas (pues habia dos) eran de lo más recio que se conoce en materia de pieles, y una tenía D. Carmelo y otra el Sr. Frasquito.—La palmeta, primorosamente tallada y torneada en madera de álamo negro, que es de las más fibrosas y ménos quebradizas, ostentaba los cinco agujeros de rigor, en recuerdo de las cinco llagas del Salvador del mundo, y su manejo correspondia exclusivamente al Jefe de la clase. El burro habia sido dibujado por la señora de Sarmiento. Y, en fin, los azotes se administraban, tomando á costas un adulto al *recipiente* ó *receptor* (pues no cabe llamarle *recipiendario*), bajándole los calzones, y dándole otro adulto con las disciplinas.... Ambos oficios, el de picota y el de verdugo, eran muy codiciados, y sólo se concedian al mérito notorio. Las disciplinas se diferenciaban muy poco de las que usan los ascetas; pero tenian la desventaja de no ser esgrimidas por mano propia.

No tacharé, sin embargo, de cruel al maestro Clavijo.... ¡Mucho más lo era el pasante! El antiguo sargento distinguíase, por el contrario, como hombre sensible y cariñoso, y recuerdo innumerables rasgos suyos de ternura verdaderamente maternal (que no paternal) con los muchachos, sobre todo con los pequeñuelos. V. gr.: Cuando alguno de éstos era víctima de tambien *inefables* ó *innominables* descuidos propios de la infancia, él mismo lo metia en la pila, sacaba agua del pozo, lavábalo como una niñera, enjuagábale luégo la ropa, tendíala al sol para que se secara, y, en el ínterin, acostábalo entre las dos zaleas que hacian veces de alfombra en la Presidencia y en la Vicepresidencia, si era invierno, y, si era verano, cubríalo con su moquero de seis cuartas....

Las tardes de canícula presentaba la escuela un cuadro digno de los pintores flamencos de costumbres, ó de que entónces hubiera habido fotógrafos.—Debia de ser cosa convenida entre el maestro y el pasante que cada uno de ellos dormiria la siesta una de las dos horas que duraba la clase vespertina; el maestro, de tres á cuatro, y el pasante, de cuatro á cinco. Mas para ello requeríase ante todo que calláramos ciento veinte muchachos durante aquellas dos horas...., y hé aquí cómo se lograba este milagro.—Recostábase D. Carmelo en su sillón de vaqueta, y el Sr. Frasquito comenzaba á dar paseos de tigre enjaulado, rápidos y de puntillas, por el único y vastísimo salon (antiguo alhori) que servia de aula.—¡*A callar!* gritaba en cuanto el dómine bajaba los párpados, y ya no permitia á ningun niño ni mojar la pluma, ni volver la hoja del libro en que leia, ni rebullirse, ni mirar á nadie ni á nada.... Dormíanse todos, por consiguiente, ó aparentaban dormirse, y si alguno abria los ojos ó la boca, ya estaba encima el Sr. Frasquito, amenazándole con la correa hasta que los cerraba. Libres y aseguradas de impunidad las moscas, su largo y monótono zumbido era entónces la única voz que sonaba en la escuela, aparte de los ronquidos del benemérito asturiano, cuya alma, en aquel momento, recorria los campos de batalla de



Talavera, Ciudad-Rodrigo y Vitoria.....—Daba luego la reciproca el maestro al pasante, y á las cinco en punto acabábanse simultáneamente la clase y las siestas. — No podian, empero, llamarse á engaño los padres de los chicos, puesto que tambien habian logrado que éstos les dejasen dormir; y no para otra cosa obligaban tiránicamente al sargento Clavijo á que tuviese escuela las tardes de canícula, contra la antigua y buena práctica andaluza.

Los sábados dirigia siempre el maestro un ligero sermón á sus regocijados discípulos, momentos ántes de darles suelta por treinta y nueve horas.— Ya se habia cantado la Salve, y cada arrapiezo tenia su gorra en la mano (soñando con todo lo que iba á diablear el domingo, desde que Dios echase sus luces hasta bien entrada la noche), cuando D. Carmelo daba un correazo sobre su mesa, en señal de atencion, y decia: «Señores: mañana es domingo, día de misa de precepto: no hay clase. Oigan ustedes misa mayor en su respectiva parroquia, y ademas todas las que puedan, pues las almas del purgatorio no reciben otro consuelo que el que nosotros les enviamos. Traten con respeto y obediencia á sus padres, á los mayores en edad, saber y gobierno, y á las personas de suposicion. Besen la mano á los sacerdotes que encuentren en la calle, y socorran á los pobrecitos con los cuartos que hubiesen de gastar en dulces. Por la tarde vayan ustedes á la novena..... tal, y al oscurecer, al rosario. Y, en fin, vengan el lunes con muchos ánimos de hacerse pronto hombres útiles á sus familias y á la patria.— Vayan ustedes con Dios.»

Algunos sábados añadia en tono confidencial: «Señores: se está acabando la tinta; traigan ustedes el lunes un cuarto, los que puedan, y los que no, procúrense caparrosa y agallas. En el jardín del Marqués de Tal hay un hermosísimo ciprés, y el jardinero les permitirá que cojan los gálbulos que haya derribado el aire.»

El penúltimo día de cada mes, aunque no fuera sábado, pronunciaba tambien algunas frases monitorias. «Señores, decia: recuerden ustedes á sus padres que este mes trae treinta (ó veintiocho ó veintinueve, ó bien que mañana es 31), y que, por lo tanto, hay que venir á la escuela con el dinero para el pobre maestro, el cual celebraria mucho ser rico y poder enseñar á ustedes de balde.»

Y, en fin, desde 1.º de Noviembre comenzaba á pregonar este otro bando: «Señores: se acerca el día de la Purísima Concepcion, patrona de las escuelas. Hay que traer colgaduras, cera, flores de trapo, candeleros, cornucopias, dulces, castañas, frutas secas, garbanzos tostados y demas, para la gran función religiosa, con refresco y todo, que habrá aquí dicho día, y á la que vendrán únicamente aquellos de ustedes que sean buenos y aplicados. Tambien les exhorto á que vayan reuniéndose los domingos en la noche y ensayando los coros á María Santísima, cuya letra y música conoce todo el mundo.— ¡Es menester que nuestra función eclipse la de todas las escuelas de Astorga....., donde se hacen con especial magnificencia!»

¡Astorga! ¿Qué nos importaba á nosotros eclipsar á gentes de un país tan distante del nuestro?— Pero á D. Carmelo le importaba mucho. ¡Don Carmelo tenia sus pasiones en el particular! ¡Don Carmelo no olvidaba nunca ningun capítulo de su pasada historia! ¡Don Carmelo era un hombre esencialmente retrospectivo!

## III.

Pasemos ahora revista, como anunciamos ántes, á las asignaturas y textos de aquella famosísima Academia de 1.ª enseñanza, donde aprendieron á leer y medio escribir muchos que han sido luego jueces, promotores, médicos, boticarios, canónigos, catedráticos y hasta periodistas.

Comenzábase por el *Jesus ó Abecedario*. (JESUS era entonces la primera palabra que proferia el niño al comenzar á civilizarse. Despues seguia la primera letra del alfabeto.)

Pasábase luego al *Silabario* y á aprender de viva voz, y hasta con música, todo el *Catecismo* del Padre Ripalda.— Por cierto que, al llegar á la pregunta: «Decid, niño: ¿cómo os llamais?», costaba á algunos mucho trabajo responder al tenor del libro: «Pedro, Juan, Francisco, etc.», y respondian: *Valentin, Manuel, Bonifacio*, ó como quiera que se llamaban.

Entrábase á continuacion á leer en el *Libro de obligaciones del hombre*; en seguida, en *El Amigo de los niños*, y, finalmente, en *El Fleury* (sic), tres obras notables, que nos enteraban de lo poco ó mucho que contenian, sin que don Carmelo se metiese nunca á poner ni quitar, ni á explicar ó comentar cosa alguna.— ¿Qué tenia él que ver con tantas cosas del Antiguo y del Nuevo Testamento como trae á colacion, en su célebre *Catecismo histórico*, el preceptor de los hijos y nietos de Luis XIV?

En punto á *Aritmética*, no era el maestro, sino el pasante, quien nos enseñaba hasta cuentas de *proporcion* y de *compañía*, y recuerdo que, para sacar esta última, habia que llenar de rayas y guarismos todo un pliego de papel de barbas.....— ¿De qué me han valido los laureles que alcancé en este punto?— Pero ¿qué sabia entonces nadie, ni yo mismo, si mi porvenir era ó no de banquero?— ¡Hicieron, pues, divinamente en enseñarme á manejar ó contar millones, billones y trillones!

Nuestro muestrario para escribir debíase á la pericia caligráfica del propio D. Carmelo, á cuya letra sigue pareciéndose mucho la mia y la de todos los que frecuentaron su escuela. Tambien nos enseñaba á *reglar* papel con un plomo sobre las *pautas* de madera y alambre; mas, por lo que toca á *Ortografía* y *Gramática castellana*, nos dejaba en el estado de la inocencia y dueños absolutos de nuestras acciones. ¡El héroe de Bailén y de los Arapiles no habia sospechado siquiera que existiesen reglas y trabas para la escritura, despues de tanta sangre como les habia costado á los españoles su *independencia*!

En compensacion, algunas tardes de invierno (indudablemente en los grandes aniversarios de aquella gigantesca lucha), el antiguo soldado sentia como nostalgia de los campamentos y de las lides, y, despues de referirnos varios combates, y sobre todo aquel en que lo hirieron y ganó la cruz, nos decia:

— ¡Vaya, caballeros, de todo conviene saber un poco! Voy á dar á ustedes otra leccioncita de equitacion.

¡Era de ver entonces la escuela! Todos los muchachos soltábamos plumas, libros y papeles, y nos colocábamos de un lado de las extensísimas y achafanadas mesas de escribir, muy parecidas á largos caballos, y que de tales servian en semejantes ocasiones.

# LAS APTITUDES PRECOCES.



EL PRIMER HIJO.

(Grabado de Brend'amour.)

# LAS APTITUDES PRECOCES.



LA ÚLTIMA PINCELADA.

(Grabado de Brend'amour.)

—¡Pié en el estribo!.....—gritaba el maestro.

Todos poníamos la mano derecha sobre la mesa correspondiente, y el pié izquierdo sobre el banco que de ella nos separaba.

—¡Una!—seguía mandando D. Carmelo.

Todos nos alzábamos hasta quedar enhiestos sobre el pié apoyado en el banco-estribo y con la pierna derecha colgando al aire.....

—¡Dos!

Todos extendíamos la pierna derecha á lo largo del lomo de aquel prolongado y doble pupitre.....

—¡Tres!

Todos pasábamos la pierna derecha al lado opuesto, y quedábamos á caballo sobre la mesa.

—¡Magnífico!—exclamaba fuera de sí el veterano, blandiendo la palmeta sobre invisibles enemigos.—¡A ellos, muchachos, á ellos! ¡A paso de carga! ¡Viva Dios! ¡Viva España! ¡Viva Fernando VII! ¡Viva la independencia española!

Entonces hacíamos todos como si cabalgáramos en un corcel á galope; principiábamos á mecernos de atras para adelante, golpeando la mesa con las posaderas, y manteniendo como si blandiésemos espadas ó lanzas, y excusado es decir que libros, papeles, plumas, tinteros, todo rodaba ó saltaba que era una bendición de Dios, hasta que el sargento Clavijo, asustado de su propio triunfo, daba la orden de

—¡Alto la carga!

Figúrese cualquiera qué habría sido, entre tanto, de los pantalones claros de color, y el asombro y furia de las madres al ver llegar á sus hijos con toda la horcajadura llena de tinta.....—Felizmente, tales escenas ocurrían en invierno, como dejo dicho, y casi todos los escolares llevábamos pantalones de paño oscuro.—¡Y, de un modo ó de otro, los franceses habían sido pulverizados!

Réstame hablar un poco de la asignatura de *Geografía*.

Dos textos, guardados como oro en paño, tenía D. Carmelo para instruirnos en esta ciencia, y éranse dos *listas manuscritas*, no sé por quién ni cuándo, que se nos leían todos los viérnes para que las aprendiésemos de memoria.

Comenzaba la una diciendo:

«*Tiene este Reino de España ciento cuarenta CIUDADES, que son: En el Reino de CASTILLA LA NUEVA, tal y cual; en el REINO DE NAVARRA, esta y la otra*», etc., etc., y que concluía (lo recuerdo perfectamente) por este rabillo: «*En el SEÑORÍO DE VIZCAYA, Orduña.*»

¡Y nada acerca de ríos, ni de montañas, ni de límites, ni de ninguna otra particularidad física del territorio español! ¡Nada tampoco de la actual división por provincias, ya realizada entonces! ¡Ni tan siquiera se nombraba á Madrid! ¿Para qué, si no era *ciudad*?—En cambio, justo es decirlo, los que allí estudiamos sabemos hoy perfectamente y podemos lucirnos en cualquier tertulia diciendo de golpe qué poblaciones de España son *ciudades* y cuáles no. ¡Hemos cantado la lista tantas veces!

Pero vamos al segundo texto geográfico de D. Carmelo.

—Decía así literalmente, y creo que no era poco decir: «*Lista de las CORTES de los más principales reinos y soberanos europeos:*

»MADRID, de España.—PARÍS, de Francia.—LISBOA, de

Portugal.—LÓNDRES, de Inglaterra.—VIENA, de Alemania.—ROMA, de Italia.—NÁPOLES, de Nápoles.—VARSOVIA, de Polonia.—BERLIN, de Prusia.—CONSTANTINOPLA, de Turquía.—COPENHAGUE, de Dinamarca.—ESTOKOLMO, de Suecia.—SAN PETERSBURGO, de Rusia.—PRAGA, de Bohemia.—HAYA, de Holanda.—BUDA, de Hungría.»

Tal era la división política de Europa que se enseñaba en aquella escuela el año de gracia de 1838, y que, según mis noticias, siguió enseñándose otra docena de años.

Salí yo, pues, de manos del sargento Clavijo con una Europa casi fantástica dentro de la cabeza, y sin conocer las reglas de mi lengua patria; y, cual si ya no necesitara estudiar más acerca de lo presente, pasé á una clase de latin á estudiar lo pasado, á aprender una lengua muerta, á enterarme de las guerras púnicas ó de las maldades de Catilina, y á divertirme traduciendo liviandades de la poesía romana.

¡Figuraos, por consiguiente, mi asombro, y también mi admiración al *tupé* moral del buen D. Carmelo, cada vez que oyese decir y sostener, y probar hasta la evidencia á tal ó cual lectorcillo de *El Eco del Comercio*, las siguientes verdades: 1.<sup>a</sup>, que desde 1806 Viena no era la capital de Alemania; 2.<sup>a</sup>, que existía en Europa un imperio de Austria, de que yo no tenía noticia; 3.<sup>a</sup>, que ni en Roma vivía el Soberano de Italia, ni había tal *Italia* en el mundo político, como lo demostraba aquello mismo de «NÁPOLES, de Nápoles»; 4.<sup>a</sup>, que Polonia fué despedazada en 1792 y 1793, y dejó de existir en 1795, sin que le hiciese resucitar como Estado su heroica lucha de 1830; 5.<sup>a</sup>, que Bohemia, desde 1556, no pasaba de ser una de tantas provincias austriacas, y que, por consecuencia, todo lo relativo á tal reino, á su corte y á su soberano caía por su base; 6.<sup>a</sup>, que no otra cosa pasaba con la pobre Hungría, sierva también entonces del Emperador austriaco, á pesar de todos los magyares antiguos y modernos..... y 7.<sup>a</sup>, que, en cambio, existían en Europa, aunque no en la *lista* del sargento Clavijo, un reino de Piamonte, otro de Grecia y otro de Bélgica, dignos ciertamente de ser mencionados en las clases de Geografía de las escuelas públicas!

Pues ¡áun hay más!—A modo de posdata de aquella galería de nacionalidades muertas y ensangrentadas, leíase este singularísimo apunte, que mucho me dió que pensar por entonces:

«NOTA.—Se ha descubierto una nueva *Parte del mundo*, á la que se ha puesto el nombre de OCEANÍA.»

¡Qué enormidad de apéndice! ¡Qué majestad en la incongruencia! ¡Qué lisura, qué desenfado, y qué embuste tan delicioso!

Porque lo cierto es, como sabrán todos los que hayan estudiado en escuelas ménos peregrinas, que ni en 1838 acababa de descubrirse ninguna *Parte del mundo*, ni tampoco fué entonces cuando se puso el nombre colectivo de OCEANÍA á las islas del gran Océano que no cabía asignar al Asia ó á la América. Inventaron tal *nombre* los geógrafos á principios del siglo actual, y entre las tales islas figuraban muchísimas descubiertas por Magallanes, Van-Diemen y otros navegantes de los siglos XVI, XVII y XVIII.....

Pero, áun así y todo, ¡qué naturalidad, qué frescura salvaje, qué gracia bucólica había en aquella errónea y trasnochada *posdata* referente á toda una PARTE DEL MUNDO!

¡Ah!; yo me enorgullezco de haber aprendido algo en semejantes condiciones, de haber tenido tantas ideas falsas, de haber estado en tantos errores! ¡Figúraseme, cuando pienso en ello, como que he vivido en dos planetas ó en dos siglos muy apartados el uno del otro; que he estado en dos mundos, que he existido dos veces; como acontecerá al que cambia de religion ó al que se casa en segundas nupcias! Por lo demas, permítaseme decir desde ultratumba que me parece mucho más poético aquel modo de ser, en que no sabian las gentes por dónde andaban, ni lo que ocurría más allá del anillo de su horizonte, que este otro, en que cualquier mocoso es capaz de decirle á uno cuántos lunares tiene en la rabadilla el Primer Ministro del celeste Imperio.

## IV.

Ni una palabra más acerca del sargento Clavijo, considerado como profesor de primeras letras, y ¡bien sabe Dios que no ha sido mi ánimo zaherirlo en estos renglones, sino hacer su elogio hasta cierto punto!—¿Tenía él la culpa de no ser un sabio? Y ¿podía enseñarse más y mejor sabiendo menos? ¿Llegaría nadie á ser maestro de escuela con tan cortas luces y pocas humanidades?—¿Qué digo pocas? ¡Él no tenía más que una, la que manda Cristo, la *humanidad*, que tambien se llama *amor al prójimo!*—Y ¿cabe negar mérito á la hercúlea tarea de meterse á enseñar sin saber nada? ¿No revela esto, cuando menos, grandísima fuerza de voluntad, conocimiento del corazon humano, ó profundo y filosófico desden á la sabiduría? ¿Desconocerá álguien que Sócrates, el ilustre, el insigne, el incomparable maestro de Platon y Antísthenes, *acabó* por donde *empezó* el sargento Clavijo, esto es, reconociendo que no

*sabía nada*, ó, por mejor decir, que en el mundo *no habia nada que saber ni que enseñar?*

¡Descanse, pues, tranquilamente mi respetable y querido maestro, el aliado de mi inocencia, el cómplice de mi ignorancia!—A la edad de setenta años, y cuando yo tenía ya veinticinco y rodaba por el mundo, dejó la instruccion pública y se retiró á la vida privada. Un verano, que fui á mi siempre grata ciudad natal (Jaen), á desaturdirme de las vanidades de la córte y á visitar los pobres majuelos que heredé de mis padres, topé con *él* en un solitario camino. Iba caballero en la más alegre y lustrosa borrica que haya podido nunca reemplazar sin desventaja á un troton de guerra. Llevábala enjaezada con estribos, bocado y todo, como si fuese el más brioso corcel, y la ilusion habria sido completa sin el cesto de uvas y de higos, cubiertos de pámpanos, que sujetaba sobre el arzon con el brazo derecho....

¡Muy viejo estaba!.... pero risueño y tranquilo. Lo reconocí en el acto, y él lloró de júbilo al enterarse de quién era yo. Díome á probar sus higos y uvas, y nos separamos para siempre.

Murió tan digna y feliz persona pocos meses despues, y de seguro que inmediatamente subió al cielo, donde, como ya he dicho, no podrian menos de colocarle entre los grandes héroes de á caballo, sin tener para nada en cuenta la parte literaria y pedagógica de su vida.—Mientras tanto, habia yo vuelto á la córte, ó sea á mis cuarteles de invierno, y hasta dos ó tres años más tarde, que regresé á mi pueblo á vender unas viñas, no supe que el antiguo maestro de primeras letras sólo vivia ya en la memoria de sus discipulos.

*Por copia.*

P. A. DE ALARCON.

Valdemoro, 30 de Setiembre de 1881.



LA AURORA.—(FRAGMENTO DE UN FRESCO DE GUIDO RENI.)





CONTROVERSIA DE TEÓLOGOS.

(CUADRO DE ANDREA DEL SARTO, EXISTENTE EN EL PALACIO PITTI, DE FLORENCIA.)

## EL INGENIO ES MEDIATO FACTOR DE DIOS.

### I.



É aquí un axioma que debiera tenerse por credo, y que, sin embargo, se olvida con frecuencia.

Segun el Génesis, Dios creó el mundo en seis dias, y descansó el séptimo. Descansó, acabada la creacion, pero no cesó en su actividad.

En efecto, la obra del Hacedor, de esa alma, de esa vida, fuerza y secreto de la Naturaleza; causa, móvil y objetivo de cuanto existe, y que llamamos *Dios*, no cesó, ni puede cesar nunca de animarlo todo, producirlo, reproducirlo, modificarlo y sostenerlo, segun las leyes eternas de su inexcrutable sabiduría.

A la religion se le piden milagros. ¿Qué más milagros que los realizados constantemente á nuestra vista? ¿No lo son la permanencia de cuanto hay, su marcha fija, regulada y constante; sus evoluciones sistemáticas y sucesivas; sus trasformaciones precisas y metódicas? ¿No es milagro la propagacion de la raza humana, la vitalidad y conservacion de un simple individuo? ¿Quién da circulacion á nuestra sangre y movimiento á los pulmones? ¿Por qué acto voluntario nuestro el alvéolo se desarrolla en el útero materno, el niño crece, el mozo gallea, el viejo madura?

Pero sobre todos esos milagros, ninguno como el poder, como el alcance y la sujetividad de la inteligencia.

Un sér cuyo organismo es material de raíz, distínguese de la universal materia en el privilegio de concebir, discurrir, imaginar, y lo que es más, ¡de inventar y crear como Dios! Porque á tal llega el poder de la inteligencia elevada á ingenio.

Esta máquina prolija del universo tiene tan cabal ajuste, que todo concurre á sus grandiosos fines, lo mismo en el orden material que en el moral.

En el primero, ya le hemos visto llevar la garantía de una accion directa por la misma causa producente; en el segundo, la accion no ha querido, ó no debe mostrarse, y válese indirectamente de las mismas facultades concedidas á los seres creados.

La inteligencia inmaterial, activa y en movimiento perenne, como el resto de cuanto goza vida; más activa y móvil, porque sin duda es la cúspide y suprema coronacion del existir; ese privilegio que blasona al rey de la creacion, recibió el otro admirable privilegio de desplegarse y perfeccionarse por sí misma, brotando oportunamente en chispazos luminosos de las inteligencias especiales.

Que el ingenio es una especialidad, baste considerar la escasez relativa de ellos entre la gran masa de seres humanos.

Hay, ademas, otra providencia innegable, consistente en

la sazon y oportunidad de las manifestaciones del ingenio.

Estas vienen preparadas por numerosos sucesos, que forman el desarrollo de la actividad universal, á que cooperan privilegiados y no privilegiados. La guturacion de los hombres primeros originó el lenguaje, á que, de seguro, algun ingenio dió forma; é igual debió de suceder con los demas inventos.

Dios ha concedido al hombre organismo y facultades, pero deja en su mano la aplicacion de ellas.

Más hace: á fin de estimularle, brinda alicientes al ingenio, alicientes subjetivos, que nacen de sus propios logros, y alicientes objetivos, fundados en sus mismas aspiraciones.

Merced á tan nobles anhelos del espíritu, la criatura ha obrado maravillas, y otros milagros han venido realizándose: instituciones, ciencias, artes, letras, industrias, descubrimientos, conquistas, glorias; todo ha surgido de ese privilegio, ayudando no poco el acaso, que es otra providencia. Y el genio se ha cernido sobre la humanidad bajo nombres augustos, que se destacan cual potentes lumbreras en el decurso de las séries históricas.

No es ménos providencial la oportunidad del ingenio. Las sociedades primitivas tuvieron patriarcas, las conquistadoras caudillos, las invasoras y asoladoras azotes, las civilizadas legisladores y otros guías para sus necesidades.

Cuando lo exigió la asimilacion de razas, hubo Rómulos y Remos; el descubrimiento de tierras, Hércules y Geriones; el redondeamiento de imperios, Césares y Alejandro; Moises conduce al pueblo escogido: Cristo levanta la religion sobre las ruinas del mundo pagano: Carlomagno civiliza al Occidente: Pelayo inicia una restauracion que librará á Europa de recaer en la barbarie.

Los milagros se suceden y multiplican con teólogos y controversistas, sabios y doctores, exploradores y guerreros, naturalistas y mecánicos, artistas y poetas. Invéntanse la brújula, la pólvora, el arco apuntado, la pintura al óleo; concíbese idea del movimiento de la tierra, del sistema planetario, del cálculo infinitesimal, etc.

Cuando convino, surgieron Numa, Pitágoras, Arquímedes; Apéles, Homero, Virgilio; Keplero, Galileo, Newton; Tomás de Aquino, Jenner, Dante, Rafael, Colon, etc.; y en el complemento de los tiempos, han surgido inventores del vapor y del telégrafo, de la fotografía y de la electricidad aplicada.

Hasta puede decirse que cada siglo ha tenido sus genios sobreinentes y providenciales; genios que vienen á constituir una meta, una edad, segun V. Hugo, porque todo el siglo piensa y vive de sus ideas.

## II.

Concretémonos, para demostracion, á una sola operacion del ingenio, la que con más exactitud llena el gran precepto de Horacio, *enseñar deleitando*: las Artes Bellas.

Deleitar, en efecto, es su principal móvil.

Sin la hermosura que agrada, no pueden concebirse.

Por esto se las llama bellas antonomásicamente.

Esa belleza, sin embargo, no debe ser estéril, so pena de hacerse ellas indignas del timbre de nobles, que igualmente se las atribuye.

A la verdad, ya las consideremos en su origen, ya en su desarrollo y resultados, siempre verémos ser las Bellas Artes imágen fiel del estado de civilizacion de las naciones, habiendo servido de poderoso incentivo para el vuelo de la imaginacion y la inteligencia, y para inspiraciones muy enalzadas.

Hasta los más rudos ensayos figurativos ó decorativos tienden á producir algo de ideal en armonía con el incesante afán del espíritu.

Las cavernas de Ellora y Elephanta, las representaciones antropomórficas de Java y Joluca, la monocromía etrusca y la poligrafía de los Speos rebosan igual tendencia, á veces con tal misterio y profundidad, que pueden graduarse de cabalistas.

Tal fué de ordinario el primer grado de la manifestacion artística, ideal como la poesia, simbólica como las teogonías, enigmática como el destino.

Al cundir la ilustracion, progresaron las artes, cual otras muchas cosas. A manera de flor peregrina, soltáronse de su capullo para desplegar á la luz del sol la viveza de sus matices y exhalar la dulzura de sus perfumes.

Entónces las artes se hicieron pulcras, coquetas, graciosas, tomando las apariencias más galanas y las combinaciones más complejas, para rendir al buen gusto ó al capricho, á la holgura ó á la riqueza, los mil recursos y prestigios que en sensual incentivo involucran.

La importancia, el destino de un edificio, son del resorte de la arquitectura: las decoraciones opulentas corren á cargo de las artes plástico-ornamentarias: sólo las Bellas, en la brevedad de un lienzo ó de un trozo de mármol, alcanzan á compendiar cuanto la mente concibe, inspirada por el genio y cimentada en el estudio y la observacion.

Gracias al artista maestro, la especulacion ingeniosa inventa nuevos recursos, llena numerosas necesidades, suple los desperfectos de la naturaleza, realza y ennoblece cualquier objeto hasta proporciones incalculables, y suple exactamente las veces del Supremo Hacedor, pues saca algo de la nada, crea y produce fuera de la materia.

¿Y qué decir del arte en la esfera de su idealidad? Él es, con la trasmision oral y escrita, uno de los medios de dar forma y comunicacion al pensamiento: no sólo tiene la circunstancia de embellecer objetos externos, sino que vive de sí mismo, inmaterial é impalpable como la fantasía, libre como el albedrío, arrebatado en raudo vuelo á encumbradissimas regiones, desde donde y con subitánea mirada abarca á un tiempo la inmensidad del espacio, la hondura de los abismos, los arcanos de la naturaleza y los encantos del existir.

Si bajo el concepto primero el artista crea al igual de

Dios, ¿qué no hará en estado de abstraccion, sin límites ni vallas que coarten su magnífica espontaneidad?

Dadas las sublimes producciones que conocemos de todo origen, no hay que ponderar los inmensos alcances del arte.

Por él son distinguidas las ciudades y egregios los templos y palacios; por él se depura el gusto y se dulcifican las costumbres; él ha mejorado á la humanidad, suavizando ideas, ilustrando inteligencias, perfeccionando sentidos y refinando la percepcion. Él, no ménos que la filosofía, la moral y la doctrina, ha secundado las miras providenciales, ayudando á levantar el edificio social sobre la base de la civilizacion.

Por fin, á las Artes Bellas débense en gran parte el encanto de la vida y la felicidad en la tierra.

¡Bien haya el artista, á quien fué dado poder tan omnímodo!

¡Qué gloria la suya! ¡Qué lauros tan merecidos!

¡Cuán justamente gigantea el genio, que, descollando por encima de las muchedumbres, puede apellidarse Xéuxis, Ticiano, Murillo, David, Kaulbach!.....

## III.

Desgraciadamente, segun al principio deciamos, hartas veces se echa en olvido que el ingenio es un encargo, y que de consiguiente, entraña una mision.

Los hombres escogidos, sujetos, como todos, á las miserias de su naturaleza, suelen estimarse á sí mismos por lo que valen, acaso más de lo que valen, y obran en consecuencia.

Esto no deja de constituir un yerro, y, por lo comun, las consecuencias resultan lamentables.

Una de ellas, la peor, consiste en los abusos que el ingenio hace de sí.

Ese factor tan poderoso del bien puede convertirse en igual medida del mal, si, desviado de su genuina mision, tuerce camino y emplea dañosamente sus mismos prestigios y fuerzas.

¿Cuál es, pues, la mision del artista, de un ingenio cualquiera?

Esta mision no es ni puede ser otra que secundar la obra de la Creacion y las sublimes miras de la Providencia; ilustrar, moralizar, perfeccionar, combatir groseros instintos, ennoblecer las pasiones, aquilatar el espíritu.

El dualismo de nuestra naturaleza se demuestra por experiencia cotidiana.

De un lado pertenecemos á la materia, y ella nos arrastra y envilece; de otro, somos seres dotados de razon, y ésta nos enajena y sublima.

Para seguir á la materia bastan los instintos; para sobreponerse á ella es necesario el concurso de todas las facultades intelectuales, que nos segregan de lo irracional y material.

Hé aquí la obra á que se ha de consagrar el ingenio; hé aquí por qué tiene una mision benéfica, y no dañosa; reguladora, y no perturbadora.

Así, el hombre ingenioso, el moralista, filósofo, industrial, artista, literato, si debe cumplir como bueno y merecerse la corona de los privilegiados, aún bajo el solo punto



de vista humano, no se desviará, ni explotará torcidamente ese privilegio suyo, so pena de hacerse reo de lesa humanidad, falseándose á sí propio con gestion contraproducente.

Los que están puestos sobre el candelero, lo están para dar luz, dice el libro de la Sabiduría.

Si la luz se vuelve humo, y el resplandor tinieblas, aquel beneficio viene á ser un perjuicio mayor, quedando trastornadas las miras providenciales.

Entonces el ingenio produce cismas y apostasías, genera

monstruosos abortos, forja armas sediciosas, predica delirios, redacta libelos, retrata liviandades. Su influjo nocivo solivianta á las turbas: hierven las malas pasiones, y la humanidad propende á la materia.

¿Y por qué todo esto?

Porque el ingenio ha olvidado que es un mediato factor de Dios.

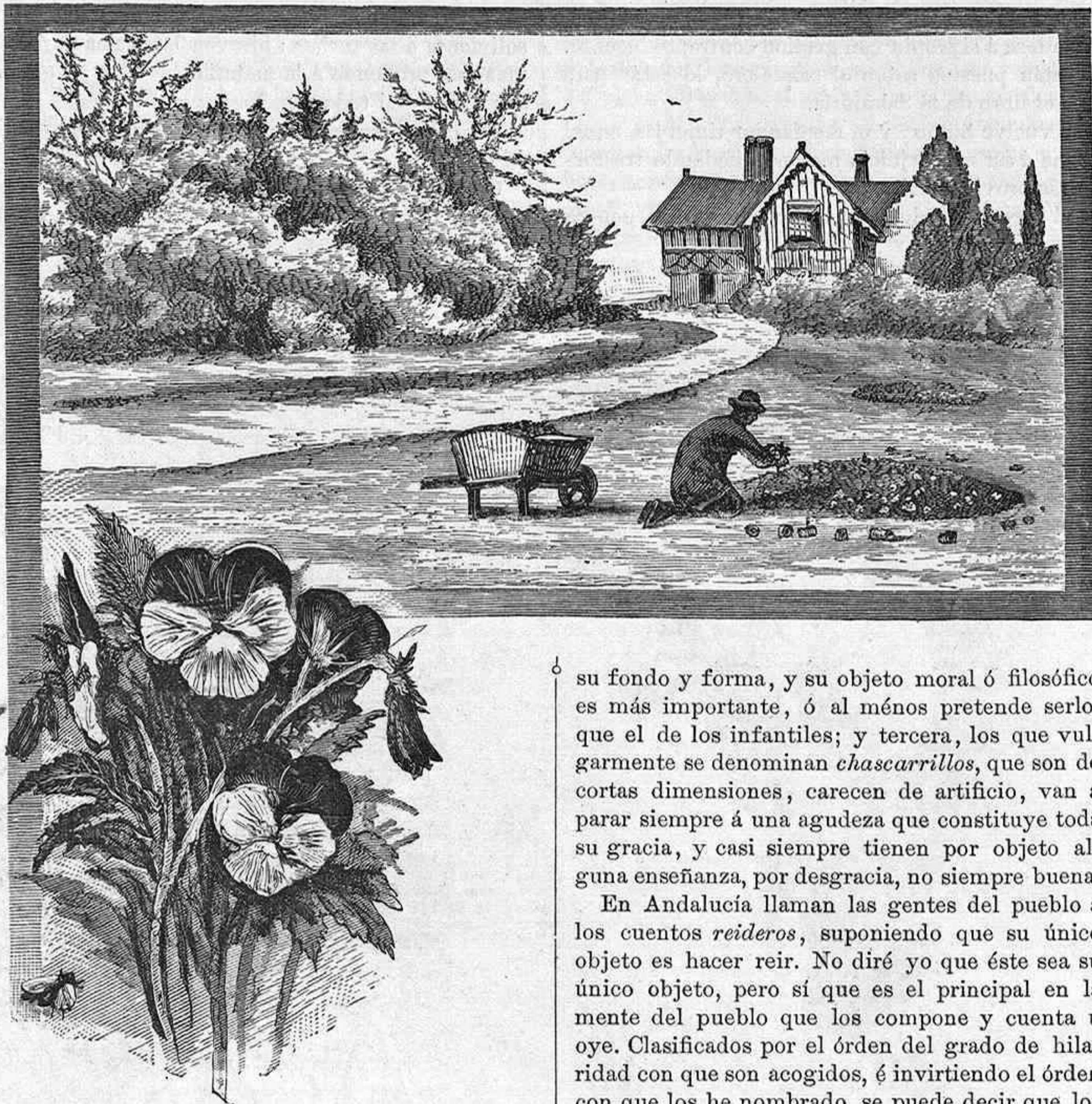
*Corruptio optimi, pessima.*

J. PUIGGARÍ.



LA MUJER DE LOTH.

(Escultura en mármol, por H. Thornycroft.)



## TRES CUENTOS POPULARES.

### I.

#### PRELIMINAR.

Los cuentos populares españoles se pueden dividir en tres clases: primera, los *infantiles*, que casi siempre se sirven de lo sobrenatural y son sobremanera candorosos en invención y forma, si bien rara vez carecen de fin moral ó filosófico; segunda, los que llamaré *viriles*, porque están destinados á gentes adultas, y en este concepto tienen más agudeza y malicia, hay más arte en

su fondo y forma, y su objeto moral ó filosófico es más importante, ó al ménos pretende serlo, que el de los infantiles; y tercera, los que vulgarmente se denominan *chascarrillos*, que son de cortas dimensiones, carecen de artificio, van á parar siempre á una agudeza que constituye toda su gracia, y casi siempre tienen por objeto alguna enseñanza, por desgracia, no siempre buena.

En Andalucía llaman las gentes del pueblo á los cuentos *reideros*, suponiendo que su único objeto es hacer reir. No diré yo que éste sea su único objeto, pero sí que es el principal en la mente del pueblo que los compone y cuenta ú oye. Clasificados por el orden del grado de hilaridad con que son acogidos, é invirtiendo el orden con que los he nombrado, se puede decir que los *chascarrillos* sólo buscan y obtienen una carcajada, los *viriles*, unas cuantas, y los *infantiles* son continuo coro de ellas.

A la clasificación de *chascarrillos* corresponden los dos que he creído conveniente encabezar con este preámbulo. Con sentimiento de todos los que comprendemos cuán digno de respeto y enaltecimiento es todo lo que se relaciona con la religión, el pueblo, desde muy antiguo, tiene gran predilección á los curas y los frailes para protagonistas de sus cuentos. Si la comparación no fuera demasiado profana, diría yo que, así como Cristo eligió á Pedro para base fundamental de su Iglesia, el pueblo, al ménos el español, parece haber elegido á los sacerdotes de esa misma Iglesia para base fundamental de sus cuentos! Yo no sé si el vulgo y el pueblo son una misma cosa, porque á la palabra *pueblo* se la ha ido despojando de la significación que le atribuyó Don Alonso el Sabio cuando dijo que por pueblo se

entendia el conjunto de todos los ciudadanos, altos y bajos, ricos y pobres, sabios é ignorantes; pero si pueblo es tanto como vulgo, para que éste mereciera ser llamado como le llamaron Ruiz de Alarcon y Lope de Vega hace cerca de tres siglos bastaria su proceder en la eleccion de protagonistas de sus cuentos.

No es ésta ocasion de averiguar la razon estética que el pueblo tiene para preferir á los curas y los frailes en esta eleccion, y sí sólo la de decir que, si bien en los nueve volúmenes de cuentos más ó ménos populares que yo he dado á luz figuran de vez en cuando curas ó frailes, he procurado siempre atenuar la maliciosa intencion con que el pueblo trae á cuento personalidades que para él debieran ser sagradas. Y en verdad que no debo estar arrepentido de este proceder, pues ya he oido contar, tal como yo los habia adecentado, cuentos muy indecentes, recogidos por mí para enderezarlos á un fin moral ó, cuando ménos, desviarlos del inmoral á que habian caminado quizá por siglos enteros.

Si no me he sustraído por completo á esta mala propension del pueblo, ha sido por parecerme que uno de los rasgos fisonómicos que más caracterizan á las creaciones del ingenio y la malicia popular es esa propension, y suprimir ese rasgo era tanto como suprimir gran parte de esa fisonomía.

Los cuentos populares tales como el pueblo los cuenta me parecen indignos de ingresar en una literatura decente y seria, porque generalmente son absurdos en su forma, el fin moral ó filosófico á que se encaminan no pocas veces es nulo, y lo demas está desvirtuado y oscurecido por la falta de éste, sobre todo por la falta de arte en la forma, que es más comun en las creaciones populares que la falta de arte en el fondo.

Desde que empecé á recoger estas creaciones con objeto de darles ingreso en nuestra literatura, enamorado de las perlas de inestimable valor que se encuentran entre su cieno, me propuse conciliar constantemente el aprovechamiento de lo bueno, que es la gracia en la expresion, la intencion filosófica ó moral, la ingenuidad, el espíritu regocijado y característico del pueblo, y el sentimiento que no pocas veces traspira en la jovialidad y la malicia, con todo lo que forma la peculiar fisonomía de las creaciones mentales del pueblo.

Lo que he hecho con todos los cuentos populares en que figuraban curas ó frailes he hecho tambien con los dos que se van á leer á continuacion de este largo preliminar: despojarlos, cuanto mi ingenio ha alcanzado, de la malicia y la hostilidad con que fueron concebidos y trazados los protagonistas. Vamos al fin á los tres cuentos populares de éste, el otro y el de más allá.

## II.

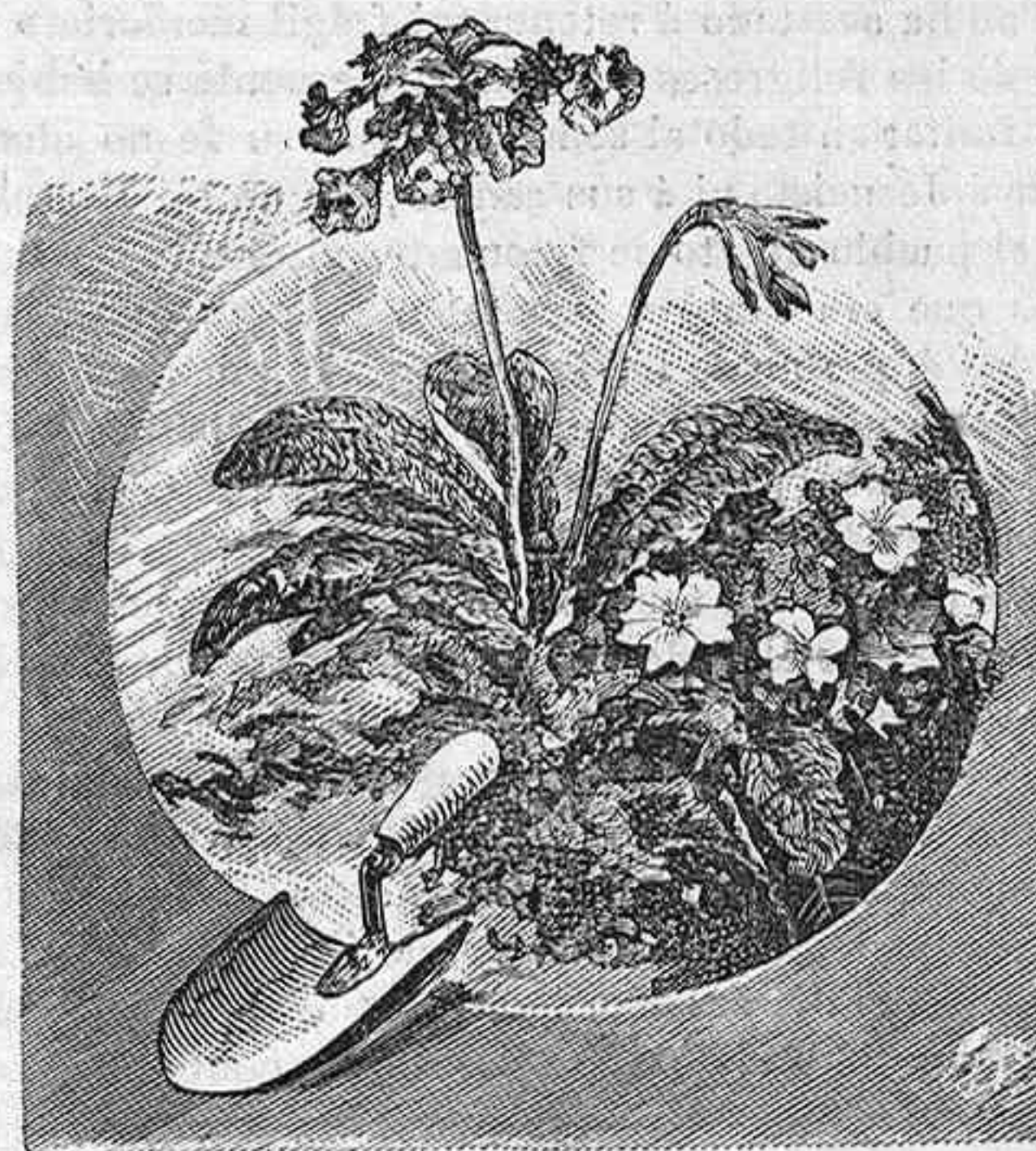
### LA IMITACION.

Este era un señor cura de un pueblecillo de tres al cuarto, que tenía merecida fama de celoso en el cumplimiento de su sagrado ministerio, de bondadoso, de ingenuo y de sencillo, aunque tambien la tenía de tan escaso de dos de las tres potencias corporales, que eran la memoria y el en-

tendimiento, como de abundante de la otra, que era la voluntad.

Llegó la Cuaresma, y nuestro buen señor cura, que nunca se habia atrevido á subir al púlpito, desconfiando de su elocuencia, se decidió al fin á hacerlo, imitando á los señores curas de otros pueblos cercanos al suyo, que al llegar tan santo tiempo, bien ó mal echaban sus sermoncitos y dejaban tan contentos á sus feligreses, y sin duda tambien á Dios, que tendria en cuenta, si no su talento y elocuencia, al ménos su buena voluntad de servirle y amarle como todos estamos obligados, amén.

La primera dificultad con que tropezó fué el asunto que habia de elegir para su sermoncito; pero le sacó muy pronto del paso esta reflexion: «Yo me decido, al fin, á subir al púlpito imitando á mis compañeros de sacerdocio; la imitacion es asunto muy bueno para un sermón, y la imitacion de Cristo, recomendada por el Padre Kempis, es dignísima



de encarecerse desde la sagrada cátedra. Pues, señor, ya tenemos andada la mitad del camino. Ahora sólo nos falta escribir el sermón, estudiarle y echarle, y tendrémos andada la otra mitad.

Dicho y hecho: el señor cura compuso su sermoncito, que, á su parecer, le salió muy redondo y muy mono; le aprendió de memoria, se echó el manuscrito en el bolsillo por lo que pudiera suceder, y el domingo siguiente subió al púlpito, con gran contento de toda la feligresía, que llenaba de bote en bote la iglesia.

El resumen del sermón era éste: «Imitemos á Jesucristo en cuanto podamos; si nuestra fe no alcanza á imitar á Jesucristo, imitemos á sus santos; y si tampoco alcanza á imitar á sus santos, imitemos siquiera á sus sacerdotes.»

El señor cura expuso sumariamente esta doctrina en el exordio con tanta elocuencia, y sobre todo con tanta fe, que muchos de sus oyentes se propusieron desde luégo, y sin esperar á que la explanase y razonase en el resto del

sermon, seguirle al pié de la letra en cuanto les fuese posible. «Yo, decian para sí muchos de ellos, no alcanzaré á imitar á Cristo, ni áun á los santos; pero al señor cura le he de imitar en todo lo que pueda.» El señor cura iba ya muy adelantado en su sermon, como que se esforzaba en persuadir á los fieles de que si su fe no alcanzaba á imitar por completo á Cristo ni á sus santos, al ménos debian imitar á los sacerdotes, cuando, como suele decirse, se le fué el santo al cielo, y por más esfuerzos que hizo para atraparle, no lo pudo conseguir.

Entónces echó mano al bolsillo, y sacando el papel en que habia escrito el sermon, terminó éste leyendo lo que le faltaba, despues de disculparse de ello con las siguientes, humildes, oportunas y piadosas palabras:

«Como estais viendo, amados oyentes míos, he perdido el hilo de mi discurso: sin duda Dios ha querido castigar mi vanidad, porque yo la tenía hoy en dirigiros la sagrada palabra con algun acierto. Acato humilde el castigo y me someto á la humillacion de terminar leyendo en este papel lo que no ha acertado á retener mi frágil memoria.»

Uno de los feligreses que más firmemente se habian propuesto imitar en todo al señor cura, si su fe no alcanzaba á imitar á Jesucristo ni á sus santos, era un tal Bartolo, que era en el pueblo objeto de frecuentes altercados, sosteniendo unos que era tonto y sosteniendo otros que era pillo; altercados á que no se habia conseguido poner término con la prueba de meter á Bartolo el dedo en la boca á ver si era ó no tonto, porque si Bartolo no mordió el dedo que se le metió en la boca cuando se hizo esta prueba, los que sostenian que no era tonto no se dieron por vencidos, atribuyéndolo á que el dedo tenía un panadizo que á Bartolo le habia dado lástima agravar con un mordisco.

Al dia siguiente de predicar por primera vez el señor cura, Bartolo fué á cumplir con la Iglesia. Arrodiado en el confesonario, el señor cura le preguntó si llevaba la cédula de examen de doctrina cristiana, que él, como tenía la mala memoria que el dia anterior habia demostrado en el púlpito, no recordaba haberle dado. Bartolo le contestó que no la llevaba, porque no se habia presentado á examen creyendo que le eximia de ello un propósito que habia formado el dia anterior.

—Pues necesitas el examen, hijo, le dijo el señor cura; y como es indispensable que yo, ántes de oír tus pecados, vea si estás al corriente de la doctrina cristiana, te la voy á preguntar. Vamos, hijo, á cumplir con este deber. ¿Quién es Dios?

Bartolo echó mano al bolsillo, sacó el catecismo y empezó á leer:

—«Es una cosa la más excelente y admirable.....»

—¿Qué es lo que haces, hijo? le preguntó el señor cura interrumpiéndole.

—¿Qué he de hacer, señor cura, sino imitarle á usted? le contestó Bartolo. Ayer nos recomendó V. desde el púlpito que si nuestra fe no alcanzaba á imitar á Cristo ni á sus santos, imitase á los sacerdotes, y yo no hago más que imitar á V., que ayer se puso á leer lo que no sabía de memoria.

Al oír esto, el señor cura se sonrió bondadosamente; pero reflexionó un poco y se le saltaron las lágrimas, pensando que la humanidad es más propensa á imitar lo malo que á imitar lo bueno.

## III.

## COMPOSTELA Y CARACAS.

Este otro era un fraile llamado el Padre Cándido, muy afamado como predicador, como confesor, como cantor y como hombre sencillo, caritativo y bueno.

Al ménos, en cuanto á esto último, aquella fama era merecida, porque el Padre Cándido empleaba en obras de caridad casi todas las buenas limosnas que le valian sus sermones, su misita diaria y su asistencia á los funerales, donde nunca faltaba, porque tenía voz hermosísima, y ya se sabía que cantar el Padre Cándido era andar la gente á trompadas por entrar en la iglesia y coger buen sitio para oír bien su canto.

Una cuaresma vino á Bilbao á ejercer su santo ministerio en la basilica de Santiago, y las gentes se despepitaban por confesarse con él, de modo que desde que Dios amanecía hasta cerca de mediodía el Padre Cándido no podia levantarse del confesonario, en cuya intermediacion habia siempre una porcion de gente que habia tomado vez para confesarse con el famoso predicador, confesor y cantor.

Tienen fama de listos los del agua delgada, como llaman á los de las Encartaciones de Vizcaya, y principalmente á los de Gordejuela, y no la tenía sin razon un panadero gordejuelano, conocido por el apodo de Rompe-y-rasga, que correspondia á su genio expeditivo y vivo, que con su mula cargada de pan venia todas las mañanitas á Bilbao, que entónces casi se surtia exclusivamente del que se traia de Güeñes y Gordejuela, como lo prueba un dato que yo poseo: en 1814 averiguó el alcalde de Güeñes, Sr. Ondázorros, que en la jurisdiccion de aquel concejo se molian anualmente de 48 á 50.000 fanegas de trigo.

Rompe-y-rasga oyó ponderar al Padre Cándido, y dijo:

—Una mañana me voy á confesar con él ántes de ponerme á vender el pan en la plaza, porque buenos señores son los curas de Gordejuela, pero, francamente, tengo en la conciencia algunas picardías, que no quisiera se supiesen por allá ni áun bajo el secreto de confesion.

En efecto, una mañana, así que llegó, ya preparado con el examen de conciencia que habia hecho la noche anterior, descarga la mula en la plaza, encomendó á una panadera vecina suya que echase una mirada á las cestas de pan cerradas que dejó á su lado, llevó la mula á la posada y se fué á la iglesia de Santiago á descargar la conciencia.

El confesonario del Padre Cándido tenía delante más de treinta personas, que esperaban vez para confesarse, y al ver esto, dijo Rompe-y-rasga, mal humorado:

—No me toca mi vez para confesarme ni áun á las doce de la mañana; y si espero tanto, ¿cómo vendo yo el pan, hago las compras que me han encargado y tomo un poco temprano el camino de Gordejuela? ¡Es una gaita este contratiempo! Y lo que es quedarme yo hoy sin confesar, no lo hago, porque no es cosa de *maladar* el examen de conciencia que tanto trabajo me costó anoche. A ver, amigo Rompe-y-rasga, cómo te las compones para salir de este atolladero, que aunque á los de Gordejuela nos llaman los que desollaron al buey vivo, no debemos tenernos por tontos, porque ésas son calumnias con que los de Güeñes y los de Zalla se desquitan de que les llamemos rabudos y brujos.

Dicho esto, Rompe-y-rasga salió de la iglesia, entró en una tienda, compró una libra de chocolate, salió de la tienda desenvolviendo lo comprado, entró, como quien entra á satisfacer una curiosidad, en una valla de tablas que habia delante de una casa en construccion, volvió á la iglesia llevando lo comprado en la mano, y se arrodilló frente al confesonario del Padre Cándido.

El Padre Cándido no tardó en reparar en él, llamándole la atencion su traza de forastero, las señales de impaciencia que daba, y hasta las miradas de súplica que le dirigia, y áun ciertas señas como que queria entregarle lo que llevaba en la mano, que desde luégo pareció al buen religioso una libra de chocolate.

Es de advertir que el Padre Cándido, entre sus muchas virtudes, de las que formaba principalísima parte la sobriedad, sólo tenía un vicio: este vicio era una gran afición

al chocolate, de modo que más agradecía él un regalito de éste, segun unos alimentorio, y segun otros ensuciatorio del estómago, que todos los mundo.

Así que dió la absolucion al penitente cuya confesion escuchaba, hizo señas al de la libra de chocolate para que se acercase al confesonario.

—Hijo, dijo á Rompe-y-rasga, he com-

prendido que es forastero, y como tal tiene más prisa que nadie de despachar pronto, y por eso le he llamado, anteponiéndole á los que han venido ántes.

— Gracias, padre, por su bondad, y hágame el favor de aceptar esta friolera como pequeña prueba de mi agradecimiento....

— Gracias, hijo, pero no sé si debo aceptarlo.

— Padre, si esto no vale nada.

— Bien, hijo, lo tomo porque no lo achaque á desaire, y porque al fin los sacerdotes vivimos de la limosna de los fieles.

En efecto, el fraile tomó el envoltorio, y en seguida Rompe-y-rasga dió principio al « Yo pecador. »

La penitencia que el fraile echó al panadero fué que rezase delante del altar de Santiago cierto número de Padrenuestros.

Cuando Rompe-y-rasga fué á cumplir esta penitencia, el Padre Cándido dijo para sí :

— Tengo el estómago tan débil, que temo no pueda resistir hasta despachar con esa hilera de fieles que esperan turno para confesar conmigo. Lo mejor que puedo hacer, ya que la caridad de ese buen aldeano me ha proporcionado medio de hacerlo, es comerme aquí con el debido disimulo una oncita de este chocolate, que, aunque sea crudo, siempre me fortalecerá el estómago.

Así diciendo, el Padre Cándido fué á desenvolver lo que creia chocolate, y se encontró con que era un ladrillo más duro que un demonio. A pesar de su natural bondad, tanto le indignó el engaño, no por lo que defraudaba su esperanza de refocilar un poco el estómago, sino por lo que de tal engaño tenia, que llamando al penitente le dijo :

— Hijo, no ha comprendido sin duda cuál es la penitencia que le he impuesto, quizá por falta de advertencia mia. El altar á cuyo pié ha de cumplirla es el de Santiago de Compostela, porque el de Santiago de Bilbao para eso no vale.

— Pues, padre, le contestó Rompe-y-rasga, yo tambien he cometido una falta de advertencia al decirle que el regalito no valia nada, pues debí añadirle que el que quiera tomar buen chocolate ha de ir á Caracas á buscarle, porque el de Bilbao no vale para eso.

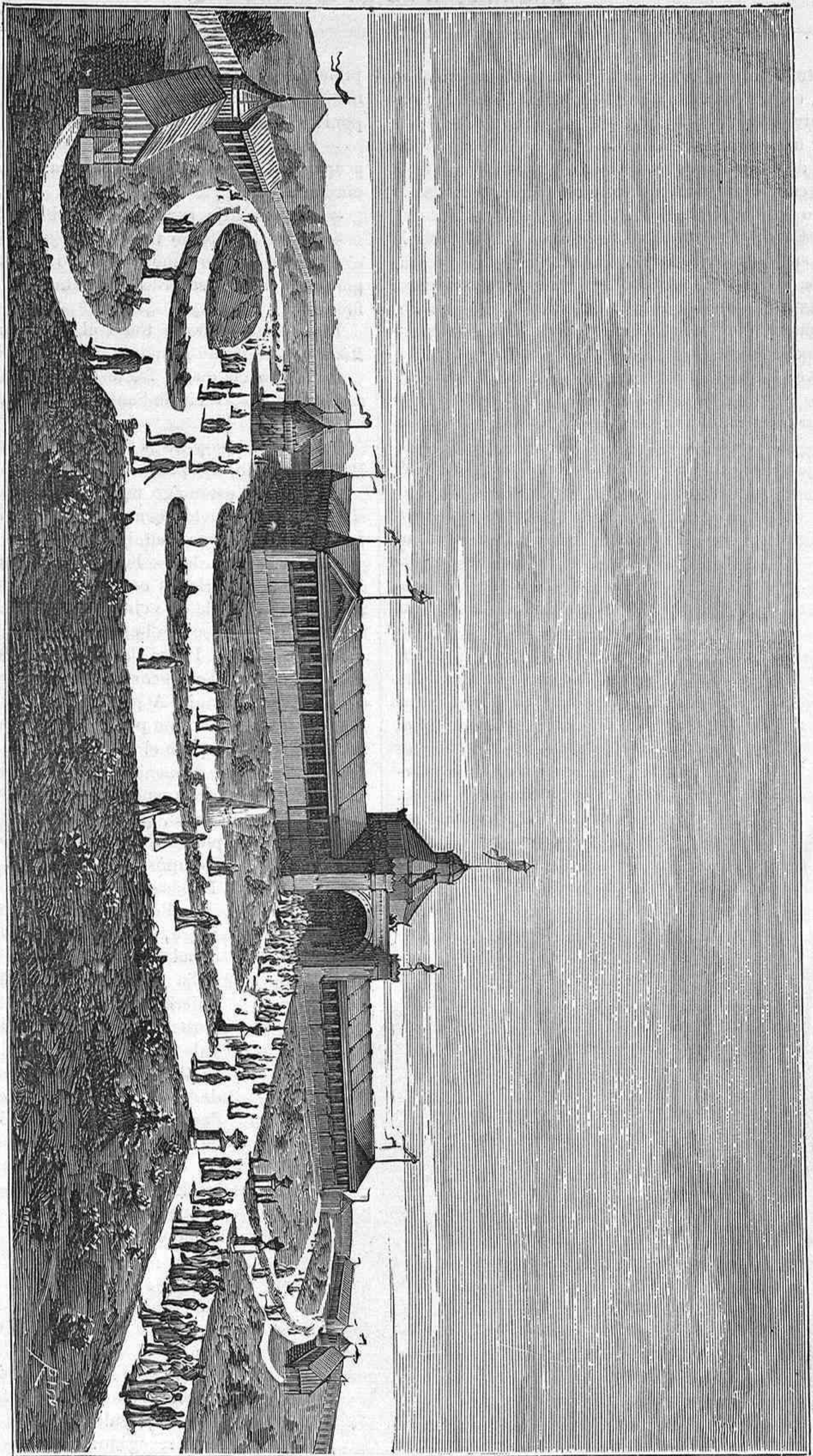
El Padre Cándido tomó como castigo de Dios lo que le acababa de pasar, y desde aquel dia no pasó uno sin pedirle de todo corazon que le perdonase la especie de cohecho á que habia tenido la debilidad de prestarse, y perdonase tambien al que le habia tentado á incurrir en aquella debilidad.

#### IV.

##### EL PAR DE CAPONES.

Contados los cuentos de *éste* y el *otro*, contemos ahora el de *más allá*, que tambien es popular, pues de boca del pueblo le he recogido.





MATANZAS (ISLA DE CUBA).—EDIFICIO DONDE SE CELEBRA LA EXPOSICION REGIONAL.

El de más allá era el Sr. D. Luis de Laraudo, caballero de Bilbao, donde siempre hubo gente alegre y amiga de *tomar el pelo*, como aquí se llama al acto poco meritorio de chun-garse socarronamente con el prójimo.

El Sr. D. Luis, que vivió en el primer tercio de este siglo, á pesar de haber sido alcalde de la villa y haber desempeñado otros cargos tan serios como éste, dejó memoria imperecedera de gracioso y agudo como pocos, como que se decia que todos se morian de risa al oírle; y es de notar en él que, á fuer de pariente del cuentista por excelencia llamado pueblo, no podia dominar su inclinacion á elegir curas ó frailes, si no precisamente para protagonistas de cuentos, para interlocutores de bromas que parecian cuentos, segun se verá en éste con que completo mi trilogia.

Era D. Luis muy amigo del Padre Guardian del imperial convento de San Francisco de Abando, y toda tarde en que escogia para su paseo la banda izquierda del Ibaizábal, pasaba el puente de San Anton, cruzaba Bilbao la vieja y se detenia en San Francisco á hacer una visita al Padre Guardian, religioso obeso, aficionado á la carne de pluma, y particularmente á los capones de Durango, de alma plácida y serena, y de candor que contrastaba por completo con la malicia de buen género de su gran amigo el Sr. D. Luis.

Y en verdad que el Padre Guardian no se mostraba ingrato á las visitas del Sr. Laraudo, porque rara era la vez que éste lograba salir de la celda del prelado sin haber sido obsequiado cuando ménos con un jicaron del rico chocolate que fabricaba en aquella santa casa un hermano lego que habia sido chocolatero de ley, acompañado de un bollo no ménos rico de los que fabricaba Pedro Franconi, el que, en compañía de su paisano Francisco Matossi, habia fundado en Bilbao el primer café suizo que hubo en España.

Una tarde el Sr. D. Luis, despues de despachar el canjilon de chocolate, el bollo y el vaso de agua con azucarillo, miéntras el Padre Guardian reia como un bienaventurado que era, oyendo sus gracias, que para él era gracioso cuanto salia de labios del Sr. D. Luis, éste dijo al buen religioso con la mayor formalidad del mundo:

— Padre Guardian, se me cae la cara de vergüenza cada vez que vengo á verle á V.

— ¿Y por qué, amigo D. Luis?

— Porque V. me está siempre obsequiando y yo no le hago obsequio alguno.

— ¡Miren qué porrazo! Bastante obsequio me hace V. con su amistad y sus visitas.

— Eso, Padre Guardian, bastára para tranquilizarme en cuanto á V., que es la bondad suma, pero no en cuanto á los demas religiosos, que me ven venir casi todas las tardes á llenar la andorga, y no ven nunca venir de mi parte ni siquiera un par de pollos tísicos. Precisamente ahora tengo famosa ocasion de regalar á V. un par de capones, que meten miedo de grandes y gordos, y se los voy á enviar mañana.

Al Padre Guardian le chispearon los ojos de alegría al oír hablar de un par de capones, que instantáneamente se figuró del tamaño de un par de pavos y con unas mantecazas capaces de dar sustancia al *gaudeamus* de toda la comunidad. Estuvo por rehusar formalmente la oferta, pero no tuvo valor para pasar en este capítulo de lo que la cortesía más elemental aconseja en estos casos.

— Amigo D. Luis, no se moleste.....

— No hay molestia que valga, Padre Guardian; el par de capones viene aquí mañana por la tarde.

— Pero ¿qué necesidad tiene.....

— Vaya, no me incomode V., Padre Guardian.

— Pues ¡porrazo! si V. se empeña, venga el par de capones y los despacharémos, á la salud de usted.

Así diciendo uno y otro, el Sr. D. Luis se fué á dar su paseo, y el Padre Guardian quedó chispeándole aún los ojos de gula, único pecado en que solia incurrir aquel santo hombre, con la idea del par de capones.

El Sr. D. Luis, cuando no daba su paseo por Abando, le daba por Begoña, que está por la banda opuesta del Ibaizábal. En este caso subia por Zabalbide, se detenia un rato en Larrinaga á *tomar el pelo* á un hortelano, gordo como un cebon, que trabajaba en las huertas lindantes con la calzada; llegaba al santuario, rezaba una salve á la Virgen, salia al pórtico, y se entretenia allí tambien en *tomar el pelo* á un hermano suyo, que era cura, y á otro cura de Begoña, apellidado Anillu, que era amigo inseparable de su hermano. Era proverbial en Bilbao y sus cercanías la corteidad de alcances de estos dos señores curas, y D. Luis solia utilizar esta circunstancia para sus gracias; por ejemplo, del modo siguiente:

— ¿Les parece á ustedes que el Padre Santo puede casarse?

— No, señor.

— Pues yo creo que sí.

— Es imposible.

— Imposible me parecia á mí tambien, pero al fin he caído de mi mulo despues de consultar á dos grandes teólogos.

— ¿Y se puede saber qué teólogos son éstos?

— Dos muy consumados: mi hermano y Anillu.

Al oír esta salida no habia quien no se desternillase de risa, porque una cosa es contarle y otra ver y oír al Sr. Laraudo.

Así como, cuando paseaba por Begoña, el hortelano de Larrinaga y su hermano y Anillu eran los que hacian el gasto á su aficion á *tomar el pelo*, cuando paseaba por Abando, lo era, ademas del Padre Guardian de San Francisco, un hortelano de Abando-Ibarra, muy parecido, en diversos conceptos, al de Larrinaga. Los dos hortelanos eran gordos, los dos tenian un mismo apodo, los dos llevaban muy á mal que por este apodo se les designase, los dos eran muy codiciosos y los dos tenian un genio de mil demontres.

La mañana siguiente los dos hortelanos recibieron este aviso:

— De parte de D. Luis de Laraudo, que esta tarde á las cuatro vaya V. de su parte á ver al Padre Guardian de San Francisco para un asunto que le interesa á V. mucho.

Como los dos hortelanos sabian que el Sr. Laraudo era muy amigo del Guardian, y le visitaba todas las tardes, cada cual creyó que el Guardian habria encargado al señor Laraudo que le diese aquel aviso.

Casi al mismo tiempo llegaron á la portería de San Francisco los dos hortelanos, que se saludaron cordialmente, pues eran amigos, y se sentaron á esperar, por haberles dicho el hermano portero que el Padre Guardian estaba aún en los oficios de vísperas.

Entrados en conversacion, naturalmente recayó ésta en la circunstancia que los reunia allí, y cuando mutuamente se manifestaron que habian sido llamados por el Padre Guardian por conducto del Sr. Laraudo, empezaron á discurrir sobre lo que el Padre Guardian tendría que decirles.

Como los dos eran codiciosos y los dos tenian en América parientes de quienes no sabian hacia muchos años, y el Padre Guardian solia tener comisiones de averiguar el paradero de los parientes de vizcaínos muertos en América, y aún de ponerles en camino de percibir herencias, pensaron si el Padre Guardian los llamaria para algunas cosas de éstas.

Terminadas las vísperas, el portero subió á avisar al Guardian que en la portería esperaban para verle de parte del señor Laraudo, y el Guardian se apresuró á decir que subiesen á su celda.

A ésta precedia una salita de recibimiento, y allí los esperaba el Padre Guardian, que se sorprendió, y aún se disgustó, al verlos con las manos peladas, pues él esperaba que las llevasen ocupadas lo ménos con un par de capones.

—¿De parte de quién vienen? les preguntó el Guardian, dudando aún de que fuesen de parte de su amigo.

—De parte del Sr. D. Luis de Laraudo, que nos ha mandado á cada recado para que de su parte nos presentemos á usted.

—Pues no sé cómo puede ser eso, porque yo no he hecho encargo alguno al Sr. D. Luis. Ayer, como casi todas las tardes, estuvo aquí; tomamos chocolate juntos; hablamos de diferentes cosas, y se despidió, por más señas, diciéndo-

me que hoy me enviaria un par de capones que metian miedo de grandes y gordos....

Dos rugidos de cólera, y dos pasos hacia el Padre Guardian, con los puños cerrados, interrumpieron al santo y candoroso prelado, que retrocedió espantado, sin comprender la cólera y el ademán amenazador de aquellos hombres.

—¡Padre Guardian, exclamaron éstos, es una iniquidad que V. se divierta así con nosotros!

—No, hijos, si yo no me divierto con ustedes.

—A mí me llaman por mal nombre el Capon de Begofía.

—Y á mí el Capon de Abando.

—¡Ah, porrazo! exclamó entonces el Padre Guardian, trocándose su espanto y su sorpresa en tentaciones casi irresistibles de reir á todo trapo. ¡Entonces quien se ha divertido con ustedes y conmigo es el Sr. D. Luis!

Los hortelanos comprendieron que, en efecto, eran tres, y no dos, los chasqueados por el Sr. Laraudo, y tomaron escaleras abajo.

Cuando pasaron por la portería, el hermano portero les oyó decir que iban á matar al Sr. Laraudo. ¿Le mataron?

¡Ca! El Sr. Laraudo murió mucho años despues, de enfermedad natural, y se cuenta que hasta en su última confesion hizo una de las suyas haciendo perder con ella la gravedad propia del acto al Padre Guardian, su gran amigo, que era el que le confesaba, y á quien dijo: «Padre, se cuenta por ahí que á muchos he hecho morir de risa. Absuélvame tambien de esas muertes.»

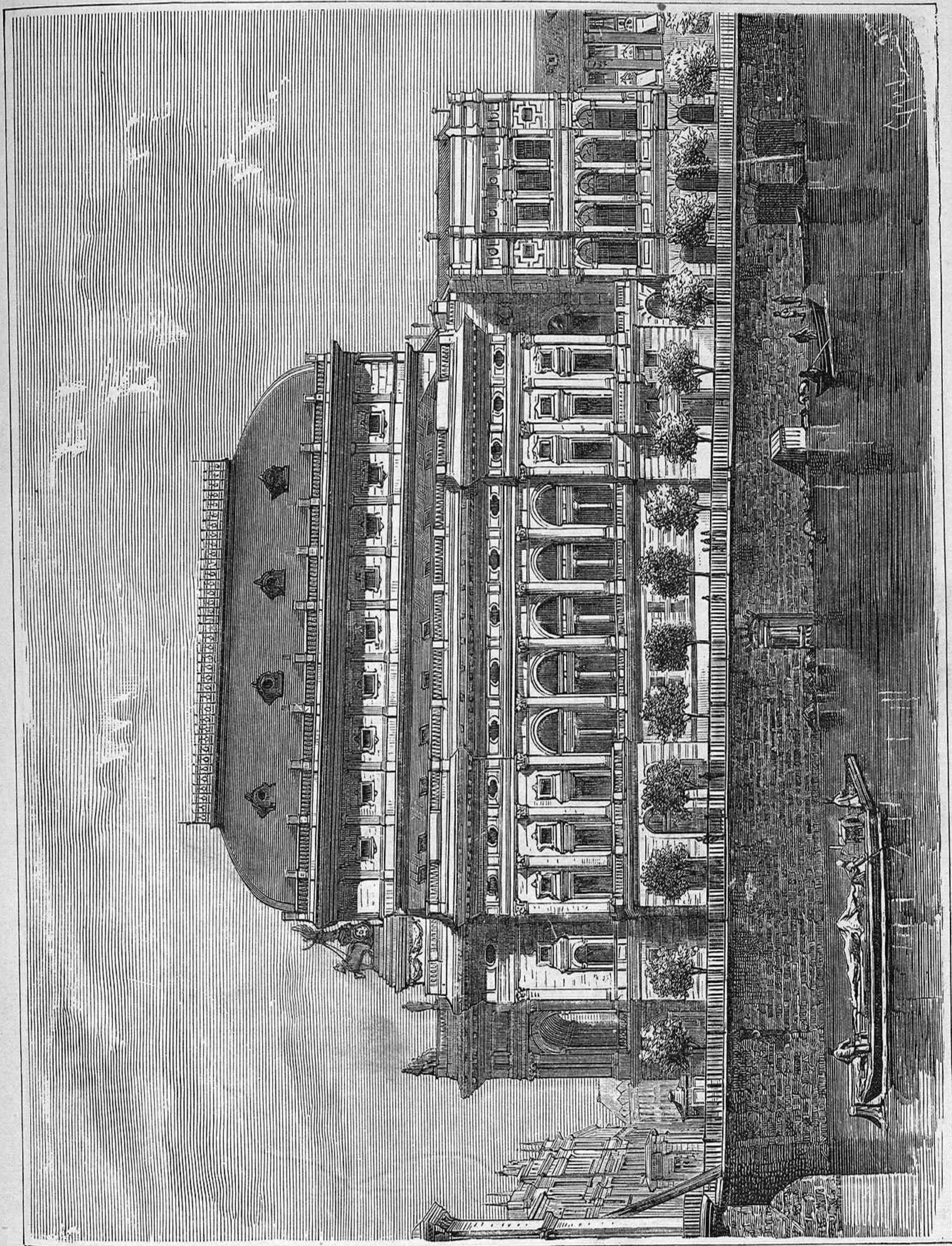
ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao, 1881.



CABEZA DE NEGRO. — (Escultura de Legrain.)





EL TEATRO NACIONAL DE PRAGA, (BOHEMIA) DESTRUIDO POR UN INCENDIO EN EL MES DE AGOSTO ÚLTIMO.

# UNA AVENTURA Y UNA CONQUISTA.

**I**NVITADO por el señor de Carlos para que escribiera un artículo con destino al ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION, he aceptado gustoso, porque abrigo la esperanza de que no sea del todo estéril, sin embargo de su precisa falta de galanura. Para conseguirlo, ruego á mis lectores que dediquen la mayor atencion al relato siguiente:

Fernando Z..., mi antiguo compañero de instituto cuando cursaba yo latinidad, y al que no veia desde el año 1862, relatábame, no hace muchas noches, el compendio de sus aventuras; supe que torciendo su primitivo propósito de brillar en el foro, habia seguido la carrera diplomática así como yo habia ingresado en la marina Real. Su profesion obliga tal vez tanto como la mia á lo que suele decirse *correr mundo*, y lógico era que dedicáramos recuerdos á regiones y personas muy remotas y distintas, saltando con prodigiosa rapidez de la Europa al Asia y de Asia á la América. Allí, ante las majestuosas cataratas del Niágara, habiamos dado cada cual rienda suelta á la admiracion, con diez años de intervalo, sin que la formidable caída de aguas hubiese sido ménos caudalosa para el que la vió despues, ni el ruido ménos imponente y ensordecedor.

Desde el Niágara regresó mi amigo á New-York y tomó pasaje para volver á España por la vía de Inglaterra. El relato de este viaje es de tan grande interes y encierra tan provechosa enseñanza, que juzgo suceso providencial el que me lo haya referido, por ser en mí un deber sagrado hacerlo público.

Pero dejémosle la palabra á mi amigo Fernando.

## I.

Embarqué en un *steamer* de mucho andar, y sin tropiezo alguno atravesamos el golfo de las Yeguas, dulcemente ayudados por las templadas aguas del *Gulf-Stream*. Los pasajeros eramos cerca de trescientos. Yo intimé con un viejo Comodoro, gran maniobrista é idólatra de la vida de mar, el que gruñia constantemente y desaprobaba por sistema, así los cambios de rumbo como los trabajos de estima y hasta los más ligeros toques que mandábanse dar al aparejo.

Pero, mal que pesase á aquel digno jefe de la armada británica, nuestro capitán era un marino experto y hombre amable, que si respetaba la alta graduacion de su crítico pertinaz, no olvidaba que á bordo él era el amo despues de Dios.

## II.

Quiso la desgracia que, ya cercano á las costas de Inglaterra, nos envolviera un rudo temporal, y que una terrible

ola arrancase de cuajo el timon, dejando al buque sin gobierno y en situacion peligrosísima.

El terror cundió á bordo: los balances del buque atravesado no permitian á nadie mantenerse en pié: el agua entraba como enormes cucharadas por encima de las bordas, é inundando las cubiertas, se despeñaba sobre las escotillas y desbordaba por las cámaras y salones, refugio de los apiñados pasajeros.

Pensóse en disponer una especie de timon que creo llamaron *espadilla*, pero fueron inútiles todos los trabajos; la mar y el viento partian como débiles cañas los masteleros que con aquel fin asomaban por la popa.

Rápidamente derivaba el buque, siempre de traves, con direccion á las costas de Inglaterra.

Al anochecer distinguimos un *faro* en el horizonte, cuyo alcance, dijo el capitán, era de treinta millas, y cuyo nombre no recuerdo.

La vista de aquel faro arrancó un grito de horror de todos los corazones.

— ¡Allí está la tierra con sus peladas rocas batidas por el oleaje! exclamaban unos.

— ¡Allí se estrellará el buque en cien pedazos, y moriremos quizá sin un testigo que nos compadezca! gritaban otros.

— ¡Allí está la muerte de estos infelices! Comodoro, decía el Capitán por lo bajo desgarrándose el pecho con las uñas; hemos derivado sobre los peores arrecifes de la costa.

El Comodoro, que, no obstante su displicencia, habia aplaudido la pericia y el arrojo del Capitán en aquellos momentos, le contestaba, sazonzando la oracion:

— ¡Mil rayos! ¡Si, morirán! Tened listas las anclas. ¡Truenos! Poco me fio de ellas.

— Tampoco yo, pero dispuestas están. Aun hay mucho fondo.

Confieso que mi ánimo estaba turbado por el miedo y la desesperacion.

La oscuridad más profunda nos envolvía, y sólo los relámpagos alumbraban por breves instantes el aspecto horrible del mar y la tristísima escena de á bordo. El coro de sollozos y plegarias de tantas madres infelices dejábase oír durante los recalmones del viento.

El buque continuaba corriendo de traves con ligereza suma en direccion á los arrecifes, y los tripulantes, reducidos á la impotencia, median con ojos desencajados la distancia que nos separaba de la farola.

Poco tardamos en distinguir el panorama de nuestro sepulcro. Una prolongada línea de blanca espuma se interponia entre nosotros y la costa. Eran las rompientes, las terribles rompientes, cuyo estruendo espantoso crecía y crecía, llegando á sobrepujar el rugido del viento.

En este supremo instante resonó la voz del Capitan.

—¡Fondo! repitió el eco de su bocina.

Casi inmediatamente yo vi deslizarse sobre cubierta las gruesas cadenas que, arrastradas por las anclas, corrian á hundirse en lo profundo del mar.

Con fiera angustia aguardamos la eficacia de este último recurso. Filada ya toda la cadena, cesó ésta de correr, se puso tirante, crujió y resistió, deteniendo casi bruscamente la deriva del buque, que empezó á bornear y enmendar la proa; pero, por desgracia, entónces una ola gigantesca vino á estrellarse sobre la mura, y rompiendo toda traba, volvió á arrastrar el barco hácia los arrecifes.

—¡Han faltado las anclas! ¡Estamos perdidos! fué el grito pavoroso y desgarrador que todos exhalamos.

El viejo Comodoro estaba cerca de mí, tranquilo en la apariencia.

—¿Aun teneis la esperanza de llegar á puerto? tartamudeé.

—¡Truenos! ¡sí, pero hemos cambiado de rumbo, y ahora viajamos hácia la eternidad, como los cascotes excluidos.

De repente un choque formidable me hizo caer sobre las tablas de cubierta, y por el crujido espantoso que siguió despues, comprendí que el buque habia sido abierto de alto á bajo.



EL BOTE SALVA-VIDAS. — (CUADRO DE MOORE.)

Corrí á asomarme á la borda, y lo contemplé inmóvil sobre las rompientes, atacado por el oleaje con furor indescriptible.

¡Qué triste cuadro advertí entónces al rededor! Nunca podré olvidar aquellas faces descompuestas y marmóreas, aquellas miradas de infinita angustia, y aquellos abrazos de despedida eterna. Algunas madres oprimian sobre sus pechos á tres ó cuatro hermosos niños y elevaban á Dios, con frases entrecortadas, la súplica más fervorosa que saliera sin duda de labios humanos. Otra buscaba refugio en brazos de su esposo, y, casi loca, le exigia la salvacion del hijo de sus entrañas. Otra levantaba sobre su cabeza al sér recién nacido que le sonreia, y exclamaba delirando:

—¡Vuelve al cielo, hijo mio; elévate sobre estas negras nubes, y que los ángeles te reciban!..... ¡Dios te querrá mu-

cho! ¡Huye ántes de que la mar te trague y los peces te devoren!

¡Cómo desgarraba mi alma tan cruel martirio; no obstante, debia ser yo tambien de los sacrificados! La suerte horrible de todos aquellos pequeñuelos de rizos de oro, que habian sido mi encanto durante la navegacion, confieso que era lo que más hondamente me conmovia.

¿Será posible, pensaba yo, que el hombre, dueño del mundo, inventor de tantas cosas útiles, arquitecto de tantas maravillas, no tenga poder para evitar estas hecatombes humanas, no tenga recursos dispuestos por su industria y su valor para despejar estas tinieblas, vencer estos escollos y trasladar á la costa vecina siquiera á estos pobres niños, objeto de la mayor angustia?

¡Ah, hombres! ¡Cómo debemos maldecir ahora todo lo

supérfluo que ayer nos recreaba! ¡Cómo debe avergonzarnos no haber pensado hasta hoy en los muchos náufragos que se ahogan por falta de socorros indudablemente posibles!

Así exclamaba yo, en tanto que las furiosas olas batían el buque encallado y arrancaban enormes tablas deshaciéndolo, como una bandada de buitres á la herida res. Los golpes de mar saltaban por encima de las bordas y caían sobre nosotros, cegándonos, sofocándonos y lacerándonos las carnes. No era posible resistir más tiempo.

—¡Venga la muerte rápida, decíamos, y que Dios nos perdone!

De repente nos deslumbró una viva claridad que partía de la costa, y todos lanzamos un grito de asombro y de esperanza.

Aquella luz brillante é intensa fué recorriendo el horizonte hasta encerrarnos dentro de su foco, y entónces se detuvo.

Poco despues el disparo de un cañon resonó en el espacio, y vimos describir en los aires su línea parabólica á un extraño proyectil que vino á caer sobre cubierta. Los marineros, locos de alegría, se acercaron á él sin recelo alguno.

El proyectil era una flecha, que habia arrastrado consigo, desarrollándola, á una delgada cuerda, cuyo extremo parecia haber quedado fijo en la playa, al pié del cañon que la hubo disparado.

—¡Dios mio! exclamé yo. ¿Quién nos envia este socorro?

—¡Ella es, ella es! gritaron trescientas voces.

—¡La Sociedad de Salvamento! ¡Que el cielo la bendiga!

Y multitud de mujeres se acercaban á la cuerda y la besaban con trasporte, como á un sér animado, regándola de copiosas lágrimas. La esperanza renacia en nuestros pechos. Todos los ojos se fijaban en la costa, y muchas manos aplaudían sin cesar á los invisibles bienhechores.

Yo no habia comprendido bien el alcance y eficacia de lo que llamaban *Sociedad de Salvamento*, é interrogué al Comodoro:

—¿Es cierto que estamos salvados?

—¡Ciertísimo! respondiome sin ocultar su legítimo orgullo. La *Sociedad de Salvamento*, á que me honro pertenecer, tiene aquí funcionando á una de las 584 estaciones que circundan el Reino-Unido, y ya nada hay que temer. Ahora veréis cómo trabaja y cómo vence.

Un segundo cañonazo retumbó, y otra flecha cautiva cayó casi á nuestros piés.

—Hé aquí, dijo mostrándomela el Comodoro,— lo que nos envian los aparatos *lanza-cabos* situados en tierra; este es sistema *Boxer*, el más completo de todos los conocidos. Pero mirad, mirad cómo funcionan.

Púsemé á observar, y vi que los marineros halaban con rapidez de la cuerda delgada unida á la flecha, la que á su extremo prendía á otras dos gruesas y resistentes. Continuaron halando de estos cabos hasta sujetarlos de firme en el palo mayor.

—Ya está tendido el *andarivel* (1). Ahora colgarán de él las canastas, y dentro de las mismas pasarán los tripulantes sin riesgo alguno por encima de las rompientes hasta la tierra firme, donde hay muchos brazos dispuestos á recogerlos y consolarlos. ¡Mil truenos! ¿Comprendeis?

(1) *Andarivel*: palabra técnica, que quiere decir *va y viene*: aplíquese en este sentido para comprender mejor sus funciones.

—Sí, sí, respondi conmovido y admirado.

—No es esto solo; mirad hácia los angostos canales que separan los arrecifes.

Miré en aquel sentido, y distinguí dos grandes lanchas, que á toda fuerza de remos se encaminaban sobre nosotros; pero temblé por ellas. El oleaje las cubria enteramente largos momentos, y cuando volvian á aparecer, un golpe de mar las arrojaba de costado, mostrando al aire toda su quilla; pero sus hombres, sin descansar un punto, hundían los remos con fuerza hercúlea, avanzando siempre hácia el buque náufrago.

—¿Son esas lanchas insumergibles?

—Esos son los *botes salva-vidas*, y contra ellos no tiene poder bastante el mar irritado.

### III.

Pronto llegaron los botes, y entre éstos y los andariveles se efectuó el desembarco de todos los tripulantes, con órden asombroso y pasmosa rapidez, porque el buque continuaba deshaciéndose, y á la salida del sol ya habrian desaparecido probablemente hasta los últimos restos.

¡No se perdió ni una sola vida!

Yo pisé la tierra hospitalaria acompañado de mi viejo marino, cuyo entusiasmo por su patria, y más especialmente por la *Sociedad de Salvamento*, habian crecido cien codos. Mi gratitud y entusiasmo no eran ménos grandes y profundos.

Él me refirió que esta Sociedad se halla establecida en todas las naciones de Europa, patrocinadas por los jefes de los Estados, y que las familias más ilustres se honran con pertenecer á ella. Dijome que todas están subvencionadas por los Gobiernos, y que, segun datos estadísticos, Francia sostiene 145 estaciones, que han salvado ya á 1.800 personas; Bélgica, 15; Holanda, 31; Dinamarca, 65; Suecia y Noruega, 26; todas las que registran salvadas 7.000 existencias. Alemania posee 97; los Estados-Unidos, 78; é Italia, Austria, Rusia, Turquía y China mantienen organizadas y funcionando en sus litorales numerosas estaciones.

—¿Y la Inglaterra? pregunté al Comodoro.

—¡Oh! nuestra Sociedad desde su fundacion ha arrancado de la muerte á 88.000 personas. Ya os he dicho que tenemos 584 estaciones de salvamento.

—Entónces ¿serán enormes vuestros ingresos?

—Son tales, que nos han permitido otorgar al heroísmo y la abnegacion premios en metálico, que importan más de cinco mil libras esterlinas.

—Y decidme vos, que sin duda lo sabréis: ¿Cuántas estaciones mantiene España en su litoral? pregunté tímidamente. El marino inglés me miró sorprendido y dijome, bajando la cabeza:

—En España no existe aún la *Sociedad de Salvamento*.

—¡Que no existe! murmuré con voz trémula, ruborizado hasta los ojos. ¿Conque, es mi patria la única nacion de Europa que no socorre á los náufragos, la única que no devuelve los recibidos favores!

—Pero vuestra patria, añadió el Comodoro, es noble y generosa. Id, relatadle esta *aventura* y á quién le debeis la salvacion. Apostaria mis galones á que responde con entusiasmo.

## IV.

Ocho dias despues atravesaba yo los Pirineos preocupado por una sola idea ; así es que , con alegría indescriptible , supe que esta noble y benéfica Sociedad , á la que debo mi existencia , se habia fundado ya en España , merced á los constantes trabajos de D. Martin Ferreiro , y bajo la presidencia del ilustre almirante el Marqués de Rubalcaba. Por sus estatutos y primer anuario , que me apresuré á leer , tuve noticias del hecho heroico que realizó el digno Marqués en años anteriores , salvando personalmente con temerario arrojo á diez y ocho tripulantes de un bergantin inglés perdido en la isla de Cuba.

Supe que S. M. la Reina patrocina la Sociedad ; que eran sus miembros muy numerosos , y que , robusta apenas nacida , habia cambiado ya su cortés saludo con todas las demas europeas de su mismo título.

¡Cuán hermosa y noble *conquista* para mi querida patria!

Cuando mi amigo terminó esta verídica relacion , yo completé las noticias más importantes , que él ignoraba.

Díjele que España habia continuado respondiendo á tan hermosa idea , y que hoy se hallaban establecidas en su litoral más de veinte Juntas locales , que no tardarian mucho en comenzar sus funciones humanitarias ; que habíanse premiado ya en Cádiz y Ayamonte hechos de arrojo á salvadores de náufragos , y que S. M. la Reina habia ofrecido

lucir en su pecho la medalla de oro , distintivo de las socias protectoras , cuyo diseño , emblemas y colores , ella misma eligió con particular cariño.

Díjele tambien que nuestro primer Presidente habia muerto , y que sus últimas palabras fueron una súplica á la Providencia para que su sucesor continuára con entusiasmo y fe la organizacion de la Sociedad ; que el Consejo superior , por acuerdo unánime , habia elegido nuevo Presidente al Excmo. Sr. Vice-almirante D. Francisco de Paula Pavia , cuyo merecido elogio pudiera hacer si no lo vedase á mi delicadeza el que es hoy uno de los Ministros de la Corona.

La Sociedad continúa robusteciéndose , pero siempre necesitará recursos á causa del vasto círculo que abraza. Por esto no he vacilado en darla á conocer y propagar la idea entre los treinta mil lectores que calculo prudentemente á esta selecta publicacion.

— ¿Y mi amigo Fernando?

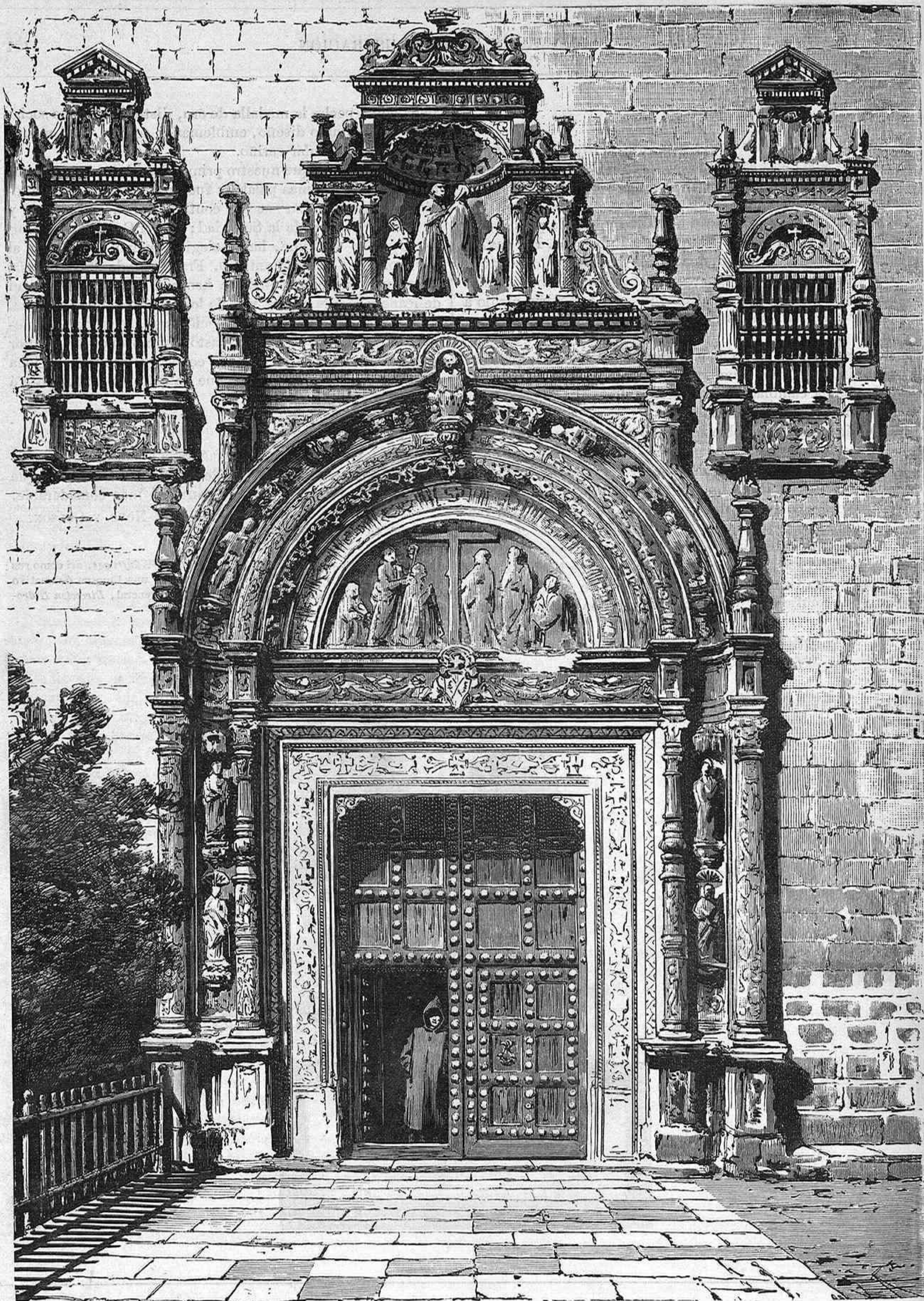
— Fernando no quiso , por exagerada modestia , que se supiera su nombre , y él es uno de los Socios Anónimos que aparecen en el *Boletin* (1) con cantidad más considerable.

PEDRO DE NOVO Y COLSON.

Madrid , 15 de Julio de 1881.

(1) Este *Boletin de la Sociedad de Salvamento de Náufragos* , así como sus *Estatutos* , se remiten á todo el que contribuya con una limosna ó donativo en favor de la Sociedad.— Dirigirse al Secretario general , *Direccion Hidrográfica* , Madrid.





TOLEDO. — PORTADA PRINCIPAL DEL HOSPITAL DE SANTA CRUZ.

## EN LAS AZOTEAS DE LA CATEDRAL DE SEVILLA.

### I.

**H**ACE cuatro años que tuve ocasion de recorrer las azoteas de la Catedral de Sevilla, en compañía de mi amigo Alvar, que estudiaba los chapiteles latino-bizantinos, perdidos entre las tablas de atahurique ajacarado de la Gran Torre.

Recordaba perfectamente la descripción de *la Catedral por fuera*, de Cean Bermudez, y fué grande mi asombro al encontrarme sobre la cubierta *de aquel buque de alto bordo empavesado, cuyo palo mayor domina á los de mesana, trinquete y bauprés, con armoniosos grupos de velas, cuchillos, grímpolas, banderas y gallardetes.*

Plagiando al laborioso Cean, diré que, poco avezado á embarcarme en Leviatanes de granito, sentí al poco tiempo los efectos del mareo. Reclinado en una ojiva, creí ver girar en torno aquella arboladura marmórea y aquel velámen insensible á las caricias del viento; describieron círculos concéntricos pirámides, linternas y torrecillas; escapáronse, volteando, remates y balaustradas y vi caer los arbotantes uno despues de otro, sin que me hicieran el menor daño.

Luégo, cada trozo de piedra volvió á ocupar su lugar; fué despejándose poco á poco mi cerebro, y pude darme cuenta de lo que me cercaba: hallábame á cien piés próximamente del suelo; tenía á mi alrededor la cubierta de sesenta y ocho bóvedas colosales, y debían abrirse acá y acullá ochenta y tantas ójivas adornadas de primorosos vidrios.

El que haya recorrido esta region de piedra, habitada ordinariamente por colonias de aves de distintos géneros y tribus de reptiles insociables y recelosos, podrá comprender lo que experimenté al hallarme bajo aquellos arcos, junto á aquellas moles, y casi entre las filas de aquel escuadron de monstruos inmóviles, adheridos durante tantos años á sus verdinegros sillares. Del asombro pasé sin tregua á la contemplación: fueron delineándose al cabo las perspectivas lejanas y aparecieron en toda su delicadeza los detalles próximos. En tanto que mi amigo Alvar copiaba los notables ejemplares empotrados en el muro de la Giralda que mira al patio de los naranjos, emprendí yo un viaje de exploración en compañía del campanero, causando no poco terror á los cernícalos, á las palomas y á los vencejos, que veían asaltados, en las horas más gratas de la tarde, sus habituales dominios, y que, en su aturdimiento, solían tocar nuestros rostros con sus alas.

Nunca olvidaré esta excursión á través del granito, en las altas regiones creadas por ese atrevido arte ojival, cuyas prolongadas líneas tienen la propiedad de levantar las almas de la tierra. El campanero, que seguramente estaba avezado á tratar con soñadores y visionarios, apenas se atrevía á se-

ñalarme con el dedo los variados encajes de los antepechos, ó las caprichosas hojas cubiertas de musgo de algunos pináculos gigantes. Subiendo y bajando; deteniéndome á veces bajo aquellas airosas estribaciones, que sostienen como brazos con garras las naves y las capillas; volteando por los caracoles de los ocho ángulos y buscando la luz en las plataformas que miran á occidente, pasé más tiempo del que hubiera deseado. La Giralda parecia cada vez más alta; el sol, próximo al ocaso, iba tendiendo sobre las azoteas ligeras gasas de colores, y si no reflejaba en aquellas áureas esferas que tanto admiraron á D. Alonso el Sabio, heria, en cambio, dulcemente el celebrado Giraldillo.

Durante aquella larga exploración vespertina, algo debía de llamar mi atención preferentemente, y, en efecto, llamáronla desde el primer momento las famosas vidrieras, que casi podía tocar con la mano.

El arte de pintar el vidrio tiene una historia tan curiosa, que no pude resistir á la tentación de recordarla á la vista de tan bellos modelos. Pronto me olvidé de mi acompañante y de mí mismo, de tal modo, que le hice no sé cuántas preguntas, perdiendo el tiempo y la paciencia, como aquel filósofo ecléctico que solía explicar á su cochero el principio metafísico: *Essentie rerum sunt immutabiles.*

Las más celebradas vidrieras de la Catedral de Sevilla datan del siglo XVI, perteneciendo unas á Micer Cristóbal Aleman, que comenzó á pintarlas el año de 1504, continuándolas sucesivamente Juan, hijo de Jacobo, Juan Jaqués, Juan Bernal, Juan Viván y Bernaldino de Gelandia; y otras á Arnao de Flándes y su hermano, á Carlos Bruges y Vicente Menandro, que dieron cima á su empresa en el año de 1569.

Nada más bello, vistos desde el interior del templo, que esos cuadros transparentes iluminados por el sol, que parecen destacarse en la profundidad de las naves, como una puerta entreabierta del cielo, por donde se dejan ver los santos y las vírgenes, y cuyo principal oficio es cerner é irisar la luz exterior, prestándole indefinible encanto.

Hallándome junto á ellos y al aire libre, no me era posible apreciar las bellezas de color de esta manifestación del arte pictórico combinado; pero, en cambio, conseguí contar sus trozos y sus enlaces; pude admirar la prodigiosa trabazón de las pesadas armaduras; logré recorrer las líneas desiguales y duras del emplomado, que debían formar desde abajo tan maravilloso conjunto, y comprendí, aunque confusamente, la suma de genio y de paciencia, las raras cualidades de que deberian hallarse dotados los Bruges y los Menandros, para poder triunfar artísticamente de aquella materia rebelde y quebradiza.

En efecto, ántes que el maestro Dolfin pintase los transparentes de la Catedral de Toledo, y de que Santiago Ale-

man, Alberto Durero, Coussin y otros eleváran el pintado del vidrio á la categoría de verdadero arte, reduciéndose tan sólo sus procedimientos á ingeniosas combinaciones de pedacitos de distintos colores unidos entre sí y circunscritos por plomo, con los cuales se formaban vistosos mosaicos, agradables á la vista, pero desprovistos por completo del carácter historial y pictórico que distinguió á las vidrieras más tarde.

Al siglo XII toca la honra de haber trasladado al vidrio las miniaturas bizantinas, ampliándolas atrevidamente y demostrando que los cristales de colores son como las arracadas y adornos de piedras preciosas, que debe ostentar esa caprichosa arquitectura que tiene por distintivo la ojiva.

Algunos pasajes de Lactancio, algunos versos latinos de Fortunato de Poitiers y cierta crónica de San Benigno, que debe datar del siglo IX, nos hablan de cristales pintados y de vidrios aplicados á los huecos de los eremitorios é iglesias; mas ni las descripciones de las tales vidrieras son detalladas, ni restan ejemplares de aquellas lejanas épocas, por los cuales se pueda venir en conocimiento del estado del arte en los primeros siglos.

Sólo despues de la fecha citada, preciosos restos y ejemplares perfectamente conservados vienen á patentizar cuánto valian aquellos modestos vidrieros, originarios de Bizancio y Venecia, más hábiles aún que los que cubrieron de mosaico de cristal las celebradas murallas de Echatana y los pavimentos del palacio de pórfido del rey Asuero. Las catedrales de Chartres, Reims, París, Rouen y Tours, en Francia; las de Strasburgo, Munster é iglesia de San Cuniberto de Colonia, en Alemania; las de Cantorbery y Salisbury, en Inglaterra, y la de Leon, en España, son testimonios irrecusables de la gran altura á que llegó el arte del vidrio pintado, en el espacio de tiempo que media desde los asomos del siglo XII hasta las postrimerías del XVI, para España de pleno renacimiento.

Las vidrieras de la Catedral de Sevilla marcan distintamente las tres primeras etapas del arte. Las primitivas se asemejan á las que se pintaron por Dolfín en Leon: están encerradas en ojivas, divididas por parteluces, coronadas de rosetas y llenas de santos y patriarcas en andanada, á la manera bizantina; las del segundo grupo acusan la flexibilidad y la gracia del Renacimiento, que bebieron, acaso en Florencia, Arnao de Flándes y Arnao de Vergara; en cuanto á las últimas, pintadas por Bruges y Menandro, tienen todos los encantos de la virilidad del arte; muévense en ellas las figuras, ondulan los paños, brilla el color, aparece el grupo libre y desligado de los accesorios y se fijan los términos y las perspectivas.

Modelo de las de este género es la llamada de la Conversion de San Pablo, que puede admirarse en la capilla de Santiago: lo atrevido del dibujo y de la composición; el admirable efecto de aquellos matices vivos y brillantes; los tonos vigorosos de claro-oscuro, producidos por el emplomado, forman un conjunto tan maravilloso, que bien pudiera creerse un fresco de la Sixtina, hecho trasparente por medios sobrenaturales.

No son de tan relevante mérito, á pesar de ser muy bellas, las que representan los mercaderes arrojados del templo, la unción de la Magdalena, la resurrección de Lázaro, y las redondas de la Ascension y Asuncion, colocadas en el

testero del santuario: las mismas de la Anunciacion y de la Visitacion, que se hallan sobre la puerta llamada del Bautismo, y son tambien debidas á Vicente Menandro, no pueden competir en grandeza y valentía con la citada.

De propósito omito hablar de las que pertenecen á los siglos posteriores, época de decadencia marcada, por desdicha, en la célebre basílica. Las complicadas armazones de hierro, el vidrio de color esmaltado y preparado por medio del fuego de la mufla, los emplomes ingeniosísimos para dar vigor á las sombras y delinear las figuras, fueron perdiéndose poco á poco con la importacion del vidrio cortado en grandes láminas y el uso inconveniente de la grisalla.

Una costumbre cortesana vino á dar el golpe de gracia á la pintura de *imaginaria* y á los vidrios historiados.

Los santos nimbados y los grupos bíblicos fueron arrojados de sus capillitas y de sus doseletes por los grifos y los leones rampantes de una heráldica aparatosa, complemento, como decia cierto escritor, del ancho y costoso lechugado, los gregüescos bordados á medio muslo, las ricas ropillas con brahones, las mangas perdidas y las pomposas plumas en el sombrero.

## II.

No se habrá olvidado que las anteriores reflexiones me las hacía yo mismo contemplando las ojivas de la Catedral desde sus azoteas dilatadas.

Mi acompañante, permaneciendo á respetuosa distancia, pensaba sin duda en cosas muy diferentes, supuesto que contestaba siempre con monosílabos á las preguntas que solia dirigirle.

—¡Estais distraído, amiguito!—le dije, notando cierta inquietud inconveniente en un hombre que desempeñaba el palaciego oficio de *cicerone*.

—¡Perdonad, señor,—repuso mi guía, que era un veje de cabello gris y pómulos salientes, curtido por los cuatro vientos del campanario y tostado por el sol del toque de vísperas;—es la hora en que pasea Catana y tengo el alma en un hilo! ....

—¡Catana!..... ¿y quién es esa Catana y por dónde pasea?—repetí, picado de la curiosidad con tan original respuesta.

—¡Quién ha de ser, sino mi sobrina Catana, que anda por aquí como nosotros!—dijo el campanero fijando en mí sus pupilas melancólicas, que parecian protestar de aquellas cejas ásperas y de aquellos mechones levantiscos.

—Vamos, alguna niña traviesa,—pensé yo, volviendo con la imaginacion á las orillas del Belus, donde, segun algunos, se inventó el vidrio.

Seguimos nuestro paseo en torno á la gran nave: quieras que no quieras, le hice entender que los fenicios habian legado á los romanos la invencion del vidrio; que, en tiempo de Pompeyo, tuvieron éstos un teatro cuyos intercolumnios eran de cristal puro; que en los siglos modernos la industria vidriera habia alcanzado tales conquistas, que en Bélgica podian contarse 176 hornos en actividad, con 8.500 obreros, que ganaban diez millones al año; que Alemania tenia 500 fábricas de vidrio y que el importe de la produccion media de vidrio de todas clases en Europa ascendia, segun las últimas estadísticas, á 500 millones de francos.

Mi guía, por lo visto, no era aficionado ni á las estadísti-



cas industriales, ni á las excursiones históricas. Acelerando el paso, y sin replicar palabra, siguió haciendo su oficio, mostrándome, ya la descomunal cabeza de una esfinge en cuyo cuello el caprichoso escultor habia dejado un primoroso calabrote de piedra; ya los afilados dientes de un grifo, modelo de delicadeza y de verdad escultórica; ya los enlaces y lóbulos de los rosetones; ya, en fin, las piedras angulares escogidas por los misteriosos obreros del siglo xv para dejar sus compases y escuadras cruzados de una manera simbólica.

Entre tanto el sol declinaba y las palomas se refugiaban en los huecos de los sillares; allá en las profundidades de las linternas comenzaban á brillar las fosfóricas pupilas de los mochuelos y las lechuzas, y las azoteas, bañadas por las últimas luces de la tarde, tenían tonos tan desusados y extraños, que apenas podría describirlos.

Estábamos en el ángulo que mira á Oriente, y los paños de sombra de la nave central comenzaban á envolvernos poco á poco. Los remates del cimborrio, las cúpulas y las torrecillas brillaban como ascuas por su parte superior, é iban tiñéndose de negro por su base, como si estuvieran hechos de carbones encendidos.

La luz sólo reinaba sin rival en la explanada de la nave mayor y en los cuerpos superiores del célebre alminar convertido en campanario. Mi amigo Alvar habia terminado sin duda sus trabajos y, al volver hácia la parte de Oriente, no le vi ya en las azoteas.

Yo iba á abandonar también aquel mundo de piedra, en que libraban la sombra y la luz colosal batalla, cuando lancé un grito de espanto y me acerqué instintivamente al viejo campanero, que permaneció mudo y helado como un mascarón de granito.

En la asombrosa altura de la nave mayor, destacándose sobre el azul del cielo, como uno de aquellos pináculos, eternos vecinos de las nubes, cerca del calado antepecho, y reclinada graciosamente en una torrecilla cuadrangular, apareció una jóven de interesante figura, vestida de blanco como Beatriz y coronada de flores como Ofelia.

— ¡Catana! — gritó el campanero, después de un momento de indecisión, tendiendo hácia la atrevida jóven sus brazos temblorosos; — ¿no te he dicho que no persigas ahí á las palomas! ...

La llamada Catana tenía, en efecto, una paloma blanca posada en el puño, á guisa de gerifalte, y varias otras la rodeaban como una verdadera nube, solicitando, al parecer, sus cuidados y sus caricias.

Era tan caprichoso aquel grupo, formaba tan original contraste con el lugar en que nos encontrábamos, que me olvidé, al fin, de fenicios y babilonios, y seguí con avidez hasta los menores movimientos de la niña; ella, entre tanto, se deslizaba por aquella peligrosa altura, sin parar mientes en nuestros miedos, entonando á media voz la antigua canción, que dice:

Por las barandas del cielo  
Se pasea una zagala,  
Vestida de azul y blanco,  
Que Catalina se llama (1).

(1) Antiguo y popular romance del martirio de Santa Catalina, cuyo soneto tiene un ritmo apropiado y monótono.

— Pero ¿está loca?.... — dije al campanero, que temblaba como un azogado.

— ¡Ay, señor! — contestó éste sollozando, — supo que su novio se habia arrojado desde el cuerpo de campanas, y.... no la hemos vuelto á ver en su cabal juicio.

— Y ¿cómo la dejan ustedes vagar por esos sitios?

— No la dejamos: se nos escapa; y como sus manías son apacibles, nos hemos convencido de que no hay peligro en ello. ¡Si viese usted cuánto ha sufrido!....

Mi curiosidad se desbordó con estas breves frases del viejo; mas el episodio que presenciaba era tan interesante, que me decidí á satisfacerla más tarde. Entre tanto, Catana, la Loreley de aquellas regiones, entonando siempre su monótona canción y deslizándose sobre las curvas de la bóveda, desapareció, con su falda flotante y su cortejo de palomas, por uno de los caracoles de la gran nave.

El pecho del anciano campanero se ensanchó, como si le quitáran de encima una montaña, y yo respiré más libremente, á pesar de hallarme en alturas relativamente peligrosas.

Quando abandonábamos las azoteas y tomábamos á nuestra vez las tortuosas y oscuras escalerillas de caracol que habian de conducirnos, primero á los anditos y después á la planta baja del templo, todavía pude escuchar el eco lejano de la voz de la niña, que, rebotando de piedra en piedra, no cesaba de repetir dulcemente:

Por las barandas del cielo  
Se pasea una zagala, etc.

### III.

No hay para qué decir que á la tarde siguiente volví á las azoteas de la Catedral, con el deliberado propósito de conocer la historia de Catana.

La suerte me fué esta vez tan propicia, que no sólo hallé al viejo campanero dispuesto á referirme aquel drama de las alturas, sino que, por una de esas casualidades no compaginadas, la protagonista se halló entre nosotros, dotando al relato de los más caprichosos detalles.

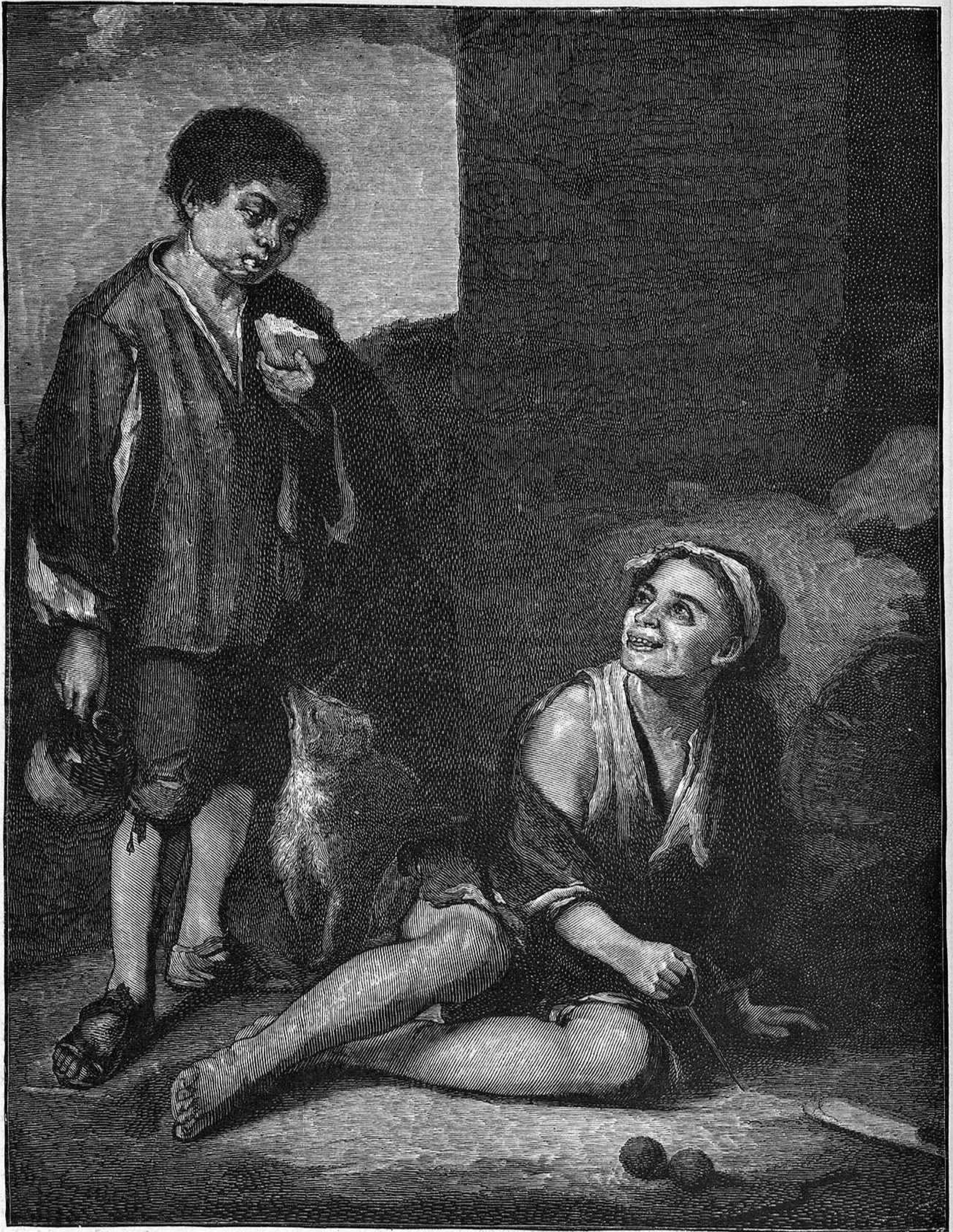
Catana, vista de cerca y sin rodearla de fantásticas imaginaciones, era sencillamente una graciosa niña andaluza, un tanto triste y ensimismada, cuyos grandes ojos garzos tenían vaguedades indefinibles.

Quando el viejo campanero le dijo que yo deseaba pasear por las azoteas á su lado, me miró sonriéndose sin extrañeza y se dispuso á servirme de guía, deteniéndose de vez en cuando y mostrándome, sin hablar palabra, ya algún exótico grupo de campánulas que se encaramaban por los arbotantes, ya un depósito de agua llovediza, en torno del cual revoloteaban las golondrinas, ya, en fin, alguna que otra mata de esa florecilla olorosa que llaman los ingleses violeta de las ruinas, y cuyas modestas hojas se refugiaban bajo los salientes del muro.

Las azoteas eran sus jardines y sus alcázares.

Si en la tarde anterior tuve ocasión de sorprender las minuciosidades arquitectónicas de aquella región de piedra, en ésta se me inició hasta en los más pequeños misterios de su fauna y de su flora.

Catana, experta en todas estas cosas ignoradas, sabía de



LOS MENDIGOS. — CUADRO DE BARTOLOMÉ ESTÉBAN MURILLO  
(EXISTENTE EN LA GALERÍA DULWICH.)

memoria sobre qué bóveda crecía el musgo más verde y aterciopelado; qué rincon preferían las criptógamas y las parietarias; en qué parajes colgaban ó hacían las aves sus más ingeniosos nidos, y hacía qué ángulos se reunían las abejas, ó tendían sus redes las arañas.

Como si tuviera la misión de cuidar de todas aquellas familias de plantas parásitas y de aves de paso, fruncía el ceño cuando algún importuno reptil asomaba su chata cabeza entre las grietas de los sillares, y golpeaba con su pié menudo las bóvedas, diciéndonos:

— ¿Los veis?... ¡No sirven para nada esas pícaras lechuzas que tengo alojadas en los mechinales, á despecho de mis tórtolas y de mis palomas!

Yo seguía encantado á la melancólica niña, admirándome del profundo instinto de observación desarrollado en aquel cerebro por la soledad y la pertinacia de ideas. Ni un hongo, ni una ortiga, ni el más pequeño brote de muérdago, pasaba desapercibido para la bella monomaniaca: su mano fina, nerviosa y nacarada solía coger la mia con familiaridad encantadora, para mostrarme alguna de sus florecillas ó de sus insectos favoritos.

El campanero, instado por mí, y aprovechando los momentos en que la niña se apartaba de nosotros, comenzó á referirme la historia de sus amores y la trágica muerte de su amante, acaecida hacía pocos años.

Catana, — díjome el viejo, — que se dedicaba, como su madre, á bordar paños de altar y á hacer flores artificiales, iba con frecuencia á la Giralda á visitar á su tío, y conoció en ella á Lorenzo, que aspiraba al puesto de primer ayudante en la torre, y que no sólo se distinguía por su habilidad y arrojo en los días de repique general, sino que también pasaba por el mozo más guapo y decididor de su parroquia.

Como el fuego no está sin prender junto á la estopa, enamoráronse locamente, y una noche de fiesta y de luminarias se juraron amor eterno, al són de unas *sevillanas* que rasgueaba el sacristán, cantaba el pertiguero y bailaba la entonces afortunada pareja.

Pasaron los meses como relámpagos de color de rosa y hubo ya proyectos formales. Decididamente Lorenzo y Catana iban á ser el uno del otro.

La fatalidad, sin embargo, parece que no estaba muy conforme con que se realizáran tan halagüeñas esperanzas, y entróse un día en casa de Catana, en hábito de rico caballero, decidida á poner argollas de oro y brillantes á la adorada de Lorenzo.

Todos conocen el poder de esa áurea palanca, que lo mismo perfora montañas que abre istmos ó derriba murallas inexpugnables: Catana, trastornada por uno de los ejemplares de la diabólica cajita que Mefistófeles dió á Fausto, estaba á punto de caer en el abismo.

¿Cayó, ó no cayó? . . . . .

Esto es lo que iba á decirme el campanero, cuando vino á interrumpirnos Catana, con tal insistencia, que no pudo reanudarse el comenzado relato.

Habíamos llegado cerca de la vidriera de los Evangelistas y, parada ante la gran ojiva y señalándome la red de alambre que preserva al cristal de las contingencias exteriores, no cesaba de repetirme:

— ¡Mirad, señor! ¡aquí, aquí anidaban, aquí vivían! Escuchad su historia, que es la misma de Catana y de Lorenzo: ¡Os lo juro por la Virgen de la Esperanza!

El campanero me hizo una expresiva seña, incitándome á que la escuchára, y ella, sin soltar mi mano y mirándome con pertinaz fijeza, dijo poco más ó ménos lo siguiente:

— «Aquí vivían mis dos gorriones; entre el cristal y el alambrado tenían su nido y por estas mallas rotas salían y entraban al caer el sol y al nacer el alba.

»Él volaba tan alto, que solía posarse en el Giraldillo, á pesar de las aves de rapiña; ella era tan viva y coquetuela, que se despepitaban por verla los pájaros de las azoteas vecinas.

»Hicieron el nido con las pajas más finas del término y las plumillas más suaves; iban juntos al cuerpo de campanas cuando no había repique, y se bañaban en los depósitos de agua de las bóvedas, secándose al par las alas sobre los remates de piedra.

»El gorrion era feliz: me lo dijo piando muchas veces. Su compañera lo hubiera sido también si no hubiese hallado estrecho el hueco de cristal y alambre de su ventana.

»Cierta día, un gorrion extraño pasó por las azoteas de la Catedral y halló sola á la hembra, que coqueteaba en las balaustradas. No sé qué jarabe de pico supo dar á la pájara mal avisada; pero lo cierto es que se fueron volando.

»Cuando el pájaro, que había ido á la era por un haz de pajas, se encontró sin su compañera, preguntó por ella á las golondrinas y á los vencejos; y luégo que supo su perfidia y vió cerca del nido plumas extrañas, metió su cabecita entre dos alambres, y se ahorcó, sin más ceremonias.»

— Aquel mismo día, — díjome por lo bajo el campanero, procurando que su aparte no fuera sorprendido por la joven, — Catana partía para Francia con el Marqués de X\*\*\* y Lorenzo se arrojaba, desesperado, desde la Giralda, dejando sobre los sillares una señal indeleble.

Tal es la historia que me fué referida en las azoteas de la Catedral, ó que, en mi alucinación, creí recoger de los labios del campanero y de su sobrina.

Acaso yo haya vestido el relato de inútiles hojaraseas; acaso nada de cuanto en él se encuentra tenga más realidad que la que dan á los fantasmas de la imaginación esos maravillosos lugares que producen el sonambulismo y el vértigo; pero es lo cierto que yo juraría haber visto á Catana y á sus palomas; que sabría reducir á ritmo y á notas su antigua y monótona canción; que podría mostrar á mis lectores la horrible señal que dejó sobre el muro el cráneo del suicida Lorenzo.

Por lo demás, la existencia del protagonista de esta historia es indudable: se trata de un tipo tan vulgar, que tiene á cada momento imitadores. No así el de Catana, cuyas émulas, en los tiempos que corren, no suelen volver á los lugares consagrados por los recuerdos de los primeros años, entonando el triste romance de *la Santa que se paseaba por las barandas del cielo*, sino tarareando los vales del *Fausto* ó los voluptuosos caprichos de Offenbach.

BENITO MAS Y PRAT.

Sevilla, Julio 1881.

## LA PRODUCCION EN ESPAÑA.

**C**UESTIÓN ardua y de excepcional importancia es sostener el equilibrio entre la población y la producción, y por lo tanto, la que debe ser objeto de estudio preferente por parte de los Gobiernos y personas pensadoras.

El bienestar y felicidad de los pueblos, todos, reconocen por base la buena proporción entre el número de consumidores y la cantidad de materias alimenticias que se producen. Y se comprende desde luego que sea así. Las estadísticas de los distintos pueblos del antiguo Continente nos demuestran con exactitud que la mayoría de sus habitantes la constituyen obreros y gentes que viven de la magnanimidad de los demás; es decir, que el pauperismo está muy desarrollado. Pues bien; ¿es posible el bienestar, ni mucho menos la felicidad, en esos países, si no se establece perfecto equilibrio entre el número de habitantes y los productos de que éstos mismos han de alimentarse? Las clases acomodadas, las personas favorecidas por la fortuna, no tienen por qué ocuparse ni preocuparse del precio que alcanzan los artículos de consumo; pero como hemos visto que éstas constituyen minoría, es obligación, repetimos, de los poderes públicos y de todos aquellos que se interesan por la prosperidad de los pueblos, estudiar primero, y determinar después, los medios para llegar al equilibrio de que se trata. Este es, pues, nuestro propósito con respecto á España.

Aquí está muy generalizada la creencia de que los frutos de la tierra deben producirse al acaso, sin cálculos ni estudios de ningún género; más claro: que lo mismo da cosechar patatas, que uvas, que trigo. Créese también que es indiferente dedicarse á la fabricación de harinas que á otra cualquiera, como la de vinos ó aguardientes. Esta manera de raciocinar, tan absurda é incomprensible, hija sólo de la falta absoluta de reflexión, es causa de muchos y graves males. Veamos: Supongámonos que, sin previo estudio sobre el estado de los mercados, vías de comunicación, abonos, tipos de jornales, etc., etc., se procede á cultivar plantas cereales, y se establece la fabricación de harinas, y demos por supuesto también que en los centros de contratación más próximos el trigo se cotiza á precios bajos, y que efecto de condiciones desfavorables, la instalación y sostenimiento de molinos harineros se hace muy costosa: es evidente que los resultados, en este caso, serán negativos. Pero ahora bien; con esta manera de proceder no sólo procuraremos nuestra ruina, sino que contribuiremos al malestar de la comarca, y por ende, al de toda la nación, lo cual se comprende perfectamente; basta para ello calcular los rendimientos que se hubieran alcanzado planteando cultivos é industrias cuyos resultados fueran ventajosos.

Concretemos la cuestión y fijémonos en nuestras provincias del Mediodía. ¿Qué cultivos vemos en ellas? ¿Qué industrias se practican? ¿Qué productos ofrecen? Allí no se

cosecha más que frutos de huerta y alguno que otro especial, cuyos rendimientos no bastan la mayor parte de las veces ni aun para cubrir los gastos de siembra y recolección. La consecuencia lógica y natural de todo esto es que los propietarios no obtengan el interés que debían esperar de sus capitales empleados en la Agricultura; que los colonos ó arrendadores se vean siempre escasos de los medios más indispensables á la vida, y por último, que el suelo laborable vaya empobreciéndose hasta llegar al estado de agotamiento absoluto. Pues bien; si en esta región se cultiváran todos aquellos vegetales que, gracias á las condiciones climatológicas, pueden cultivarse, como, por ejemplo, la morera, el argan, el ramie, el sorgo azucarado, el trigo de Egipto, la palmera de Arabia, el algodón, el almizcle y otros; si se establecieran industrias como la sericícola; la del esparto, en mayor escala que hoy se ejerce; la de la fabricación del vino de naranja; la del aceite extraído del argan, etc., etc., y por fin, si se organizase convenientemente el comercio de exportación que se hace con los frutales, es seguro que la situación de las provincias de Valencia, Murcia, Almería, Málaga, Cádiz, Granada y Sevilla sería muy floreciente, pues que los propietarios tendrían entonces mayores rentas, y los colonos vivirían en la abundancia. Pero aún hay más: este estado de cosas tan halagüeño traspasaría los límites de las provincias citadas y haría llegar su benéfica influencia al resto de España, cuyos habitantes podrían adquirir con facilidad las materias alimenticias de que hoy carecen.

Ocupémonos ahora de la parte central.

Lo mismo que hemos dicho respecto á la región de Levante hemos de repetir al hablar de las provincias que forman el centro de la Península. En ellas sólo se cultivan las plantas cereales y algunas vides y olivos. Es verdaderamente extraño lo que aquí acontece, pues que ni el ejemplo ni los resultados obtenidos durante largos años de práctica son bastantes á hacer variar de sistema á los agricultores de ambas Castillas y del extenso desierto conocido por *La Mancha*. Hemos hablado de ejemplo, y debemos explicarnos. En efecto, todo el que haya viajado por la línea del Norte habrá podido admirar, próximo á la estación de Las Navas, un extensísimo bosque de hermosos y corpulentos pinos. Este pinar en explotación, verdadero *oasis*, es propiedad de la Excm. Sra. Duquesa viuda de Medinaceli, dama ilustre, á quien por tantos títulos hay que reconocer como protectora de nuestra Agricultura. Esta magnífica posesión era, hace algún tiempo, lo que hoy son sus vecinas, un conjunto de vegetación; pero bien pronto los conocimientos nada comunes de la poseedora, y su deseo de crear en España una nueva industria que diera á la misma fama y provecho, hizo convertirse aquellas dilatadas arboledas en explotación modelo, en la que se recoge abundante cosecha de excelente resina. ¿Por qué no tiene imitadores la ilustrada Duquesa de Medinaceli? ¿Por qué no se emplean algunos capitales en crear esos veneros de riqueza allí donde hay condiciones

para ello? Grande, inmensa es la responsabilidad que alcanza á quienes, pudiendo hacer algo, permanecen en la más completa indiferencia.

Por otra parte, la producción de granos, de seguros y positivos resultados en pasados tiempos, hoy hay que considerarla como ruínosa. Várias son las causas que motivan este cambio, y muy principalmente la competencia que, ya en calidad, ya en precios, nos hacen en todos los mercados las cereales de otros países ántes importadores de estos productos.

En vista, pues, de lo expuesto, y atendiendo á los resultados que han dado cuantos estudios sobre el particular hemos hecho, somos de opinion, y así lo aconsejamos, que se establezcan en esta region cultivos como el de la *Solanum tuberosum* (patata), la vid y el olivo en gran escala, la morera blanca (*Morus alba*), el castaño, el olmo, el plátano, roble, tilo y demas vegetales arbóreos de reconocidas ventajas. Tambien débense plantear industrias tan lucrativas como la fabricacion de harinas, ora sea por vapor, ora empleando por motor el viento ó el agua. Las producciones de la seda y de la miel y cera son muy importantes, y de seguros y positivos resultados en la region que nos ocupa; plántense, pues, buenas *magnanerias* y colmenares. La corta de maderas, sin deber constituir el trabajo preferente á que se dediquen los habitantes del centro de España, tampoco ha de estar en el abandono en que hoy se encuentra. El producto de la madera va siendo cada dia más importante á causa de las grandes construcciones de Madrid y otras capitales, y es claro que, en general, en el consumo de este como de todos los artículos, se da siempre preferencia á aquellos que, á las buenas condiciones reúnen las de baratura y poderse obtener prontamente. Queda, pues, demostrado que llevando á cabo lo que recomendamos, los rendimientos de la Agricultura serian mucho mayores que ahora, y que las industrias y toda clase de trabajos aumentarían, proporcionando así ocupacion constante y segura á cuantos braceros útiles hay, los cuales vense hoy obligados á vivir de la caridad pública, ó á trasladarse á otras naciones que, á cambio de pan, les ofrecen una existencia llena de amarguras y de intranquilidad.

Pasemos á ocuparnos de la region del Norte y Noroeste. ¿Qué cultivos y qué industrias se conocen en las provincias Vascongadas, Navarra y en Asturias y Galicia? Causa verdadero asombro que, teniendo estas comarcas condiciones excepcionales para producir ganados, frutas y maderas superiores y quesos y mantecas exquisitos, nos veamos obligados á adquirir todo esto en otros países que en manera alguna pueden obtenerlos tan fácilmente como nosotros, y que, valiéndose de la ocasion, como suele decirse, nos lo proporcionan á precios fabulosos. Las castañas, las nueces, la sidra ó sagardúa, la leche, los aguardientes, los quesos y mantecas, y toda clase de frutas, á excepcion de los agrios procedentes de esta region, debieran ser objeto de muy ventajosas transacciones, no sólo en los mercados del interior, sino tambien en los del extranjero.

Es indudable que, una vez desarrollada la industria de la fabricacion de la sidra y del vino de naranja, de que ya hemos hablado, el comercio de vinos espumosos que hoy se sostiene con Francia disminuiría notablemente. Pensemos, pues, en nuestro porvenir; salgamos de la inaccion en que vivimos, y verémos variar en poco tiempo, y por completo,

la situacion affictiva y desconsoladora en que hoy se presentan la mayoría de los moradores de estas comarcas.

De la industria sericícola no dirémos nada, porque ya está bien demostrado que puede ser de considerables y muy satisfactorios resultados. Para convencerse de ello, basta examinar la explotación que en Usurbil, lugar próximo á San Sebastian (Guipúzcoa), tiene establecida el distinguido y activo profesor Sr. Perez de Nueros. Por último, harémos observar el descuido tan grande en que se halla el cultivo en la provincia de Santander. En esta parte hemos recorrido leguas y leguas por valles y montañas, sin encontrar más vegetacion que la espontánea. Allí no hemos visto la *consuelda*, planta forrajera de superiores condiciones, ni otras de suma importancia; sólo hay algunas hectáreas de esparteta y remolacha, aunque tampoco de la mejor para alimento del ganado. Los establos dejan tambien mucho que desear.

Fijémosnos ahora en el Este de la Península.

Algo más agradable nos es ocuparnos de las provincias que componen esta parte de España, pues los adelantos en ellas efectuados, sobre todo en lo relativo á las industrias, demuestran clara y terminantemente el afan constante y decidido de progreso, y por lo tanto, de mejorar de condicion. ¡Ah, qué pocos catalanes y aragoneses abandonan su pueblo natal para dedicarse á la vida errante, á la vida del merodeo y de la aventura! Esto no obstante, aún falta mucho que hacer en Aragon y Cataluña, aún no se ha alcanzado, como algunos creen, el estado de bienestar á que todo pueblo debe aspirar; para esto es necesario que la Agricultura adelante, y ésta, si bien mejora, todavía encuéntrase en un estado de atraso relativo. Miéntas no veamos grandes plantaciones de vegetales textiles, como, por ejemplo, el cáñamo y lino; miéntas no se establezcan importantes fábricas de aguardientes y espíritus, miéntas no se produzcan vinos que puedan competir en calidad y precios con los más estimados de fuera de España, no podemos decir que la region del Este ha hecho cuanto tiene que hacer.

Entremos, por último, á ocuparnos de la parte Oeste, constituida por Extremadura y aún alguna provincia andaluza, como la de Córdoba. Region es ésta que, por su clima y su suelo, debiera producir frutos apreciabilísimos, que compitieran con los de igual clase de otros países. Sin embargo, nada de esto sucede. En las comarcas de Cáceres y Badajoz no se encuentran más que extensas dehesas donde se mantienen millares de cabezas de ganado, y aún esas generalmente no reúnen las buenas condiciones que son de desear. Verdad es que la industria del corcho se halla bastante adelantada; verdad tambien que se consiguen lanas muy apreciiables. Empero, ¿es esto todo lo que puede y debe esperarse de localidades capaces de producir cuanto se produce en todas las partes del mundo, sea cualquiera la latitud? Pues que, si se pusieran en buen cultivo los extensos baldíos, que hoy por doquiera se ven, ¿no obtendríamos resultados verdaderamente asombrosos? Pues qué, si se desarrollára la industria apícola, ¿no llegaríamos á establecer un activo é importante comercio de exportacion? Por otra parte, ¿qué razas de animales se dan en estas comarcas? ¿cuántas cabañas modelos hay? ¿existe alguna escuela para la enseñanza de la ganadería? Reflexionemos con un poco de espacio acerca de tan triste situacion; calculemos las ventajas que

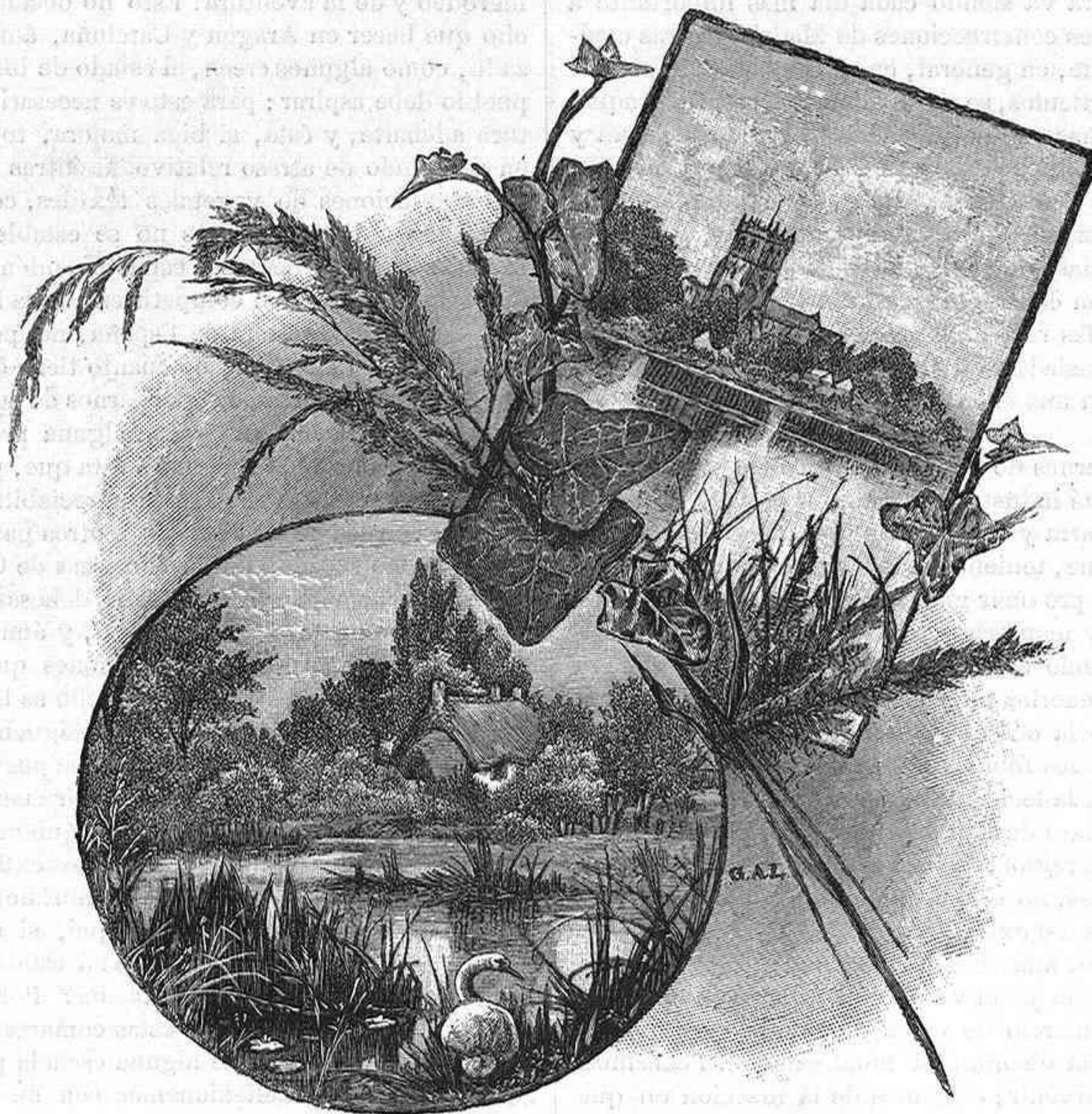
ha de reportar el planteamiento de las mejoras indicadas, y seguramente nos arrepentiremos del tiempo perdido, apretándonos con fe y decision para campaña tan útil y provechosa.

Ahora bien; á estas observaciones, á todo esto que nosotros aquí exponemos, se nos puede objetar diciendo que, sin agua, sin seguridad en los campos, que faltando las vías de comunicacion y los abonos, y en fin, que pesando sobre el propietario agricultor las cargas que hoy pesan, es absolutamente imposible pensar siquiera en adelanto alguno, en la más insignificante mejora. Cierto que es así; pero no lo es ménos que todas esas contrariedades, que todas esas cosas de que en la actualidad se carece podian y debian remediarse y procurarlas en primer término los mismos que de ello se lamentan. Hé ahí por qué les exigimos la responsabilidad; hé ahí por qué los presentamos como principales culpables. Pero aún hay más: en la provincia de Córdoba cuéntanse hasta 8.428 hectáreas de tierra sin cultivar, tierras bañadas por los rios Genil, Salado, La Hoz, Guadalquivir y otros de ménos importancia, y rodeadas de monte alto y bajo. Pues lo mismo que sucede en Andalucía acontece en el resto de España. Y entiéndase que hablamos con perfecto conocimiento, puesto que en nuestros viajes por las márgenes del Tajo, del Segura, del Ebro, del Besaya, del Duero y otros canda-

losos rios, hemos encontrado inmensos eriales, cuya flora tiene bien poco que estudiar; en cambio, la fauna merece detenido exámen.

Ahora bien; parécenos que, despues de lo expuesto, no habrá nadie que dude de que, faltando el equilibrio entre la poblacion y la produccion; se hace imposible la vida; y asimismo, que ese equilibrio no podrá existir miéntras sigamos el camino por el cual há tiempo marchamos. Abandonémosle, pues; emprendamos el derrotero que hemos trazado, y se conseguirá lo que hace largos años perseguimos: el logro del más completo bienestar y felicidad. De lo contrario, poco á poco irémos empeorando tan triste situacion, hasta que llegue un momento en que nos veamos precisados á emigrar á causa de la falta ó escasez de los medios indispensables para la subsistencia. ¡Dichoso el pueblo cuya alimentacion tiene por base la carne, la patata y la leche, é infeliz aquel que sólo se mantiene de plantas de huerta! El primero, ademas de presentarse siempre rico y potente, producirá generaciones fuertes, capaces para toda clase de faenas, miéntras que el segundo se compondrá de seres raquíticos é imposibilitados de emprender el trabajo que exija ménos aptitudes, ya intelectuales, ya físicas ó corporales.

LUIS ÁLVAREZ ALVISTUR.





MR. JAMES A. GARFIEL.

Presidente que fué de la República Norte-Americana. Nació en Orange (Ohio) en 1831; falleció de muerte alevosa, en Long-Branche, el 19 de Setiembre de 1881.

# LA LEYENDA DEL THÉ.

(TRADICION INDO-CHINA.)



Fó es grande y poderoso.

Manú el legislador lo ha dicho.

Y Manú es el Sabio.

Para él las cosas más ocultas son transparentes como las cristalinas aguas del lago donde se bañan las almas que habitan el *Devavloka* ó quinto paraíso, y que devuelven á los ancianos la juventud y la energía.

Él ha leído en la sagrada flor del loto los misterios más recónditos de la Naturaleza.

Y en esas noches en que la luna llena se duerme, guiado por la luz esplendorosa de las estrellas, ha descifrado las santas escrituras que el dedo del Gran Sér habia trazado sobre el vestibulo áureo del Edificio invencible, donde tiene su trono de diamantes la Sabiduría, que purifica el corazon y es el centro de todos los seres.

Para Fó sea la alabanza que, descendiendo al seno de una doncella, ha enseñado á los hombres el camino de la justicia.

El caudaloso Ganges no es más que un mísero arroyuelo á las alas de su caballo volador.

Un solo golpe de su espada ha derribado por tierra al gigante atormentador de los hombres.

Y el sol brilla como diadema celestial sobre su frente.

Luz de su mirada es la antorcha que resplandece inextinguible sobre las cumbres de la Montaña de oro.

Y su impalpable sombra ahuyenta al dragon enemigo de la luna.

Él ha enseñado á los hombres que el verdadero mérito consiste en conocerse á sí mismo.

Él ha dicho que el que domina á los demas hombres es poderoso, pero que sólo es verdaderamente fuerte el que se domina á sí mismo; que las violencias pasan como pasa el sol sobre las cumbres, y que sólo las buenas obras, la virtud y la humildad dejan recuerdo imperecedero en la memoria de los hombres.

No basta conocer la virtud, han dicho sus enviados; es necesario practicarla para gustar sus dulzuras y sus alegrías, porque para morir con tranquilidad es preciso haber vivido honestamente. El hombre que ama la verdad y la busca no se separará jamas del camino de la justicia.

Por la naturaleza todos los hombres son iguales; sólo la educacion, la ciencia y la virtud elevan á los unos sobre los otros.

Las riquezas y los honores que se adquieren por las sendas de la iniquidad son como la nube que flota un momento sobre las cabezas de los hombres y pasa.

El que no piensa en el porvenir está próximo á experimentar algun mal en el presente.

El príncipe que no dirige á sus pueblos con el cetro de la razon y de la justicia verá pronto el dia de la desobediencia y de la venganza. Para conquistar el amor del pueblo es indispensable honrar á los hombres cuya rectitud no se dobla á los halagos del encumbramiento ni á las asechanzas de los inícuos.

Todas estas cosas las ignoraban los hombres, porque la iniquidad se habia extendido sobre la tierra como peste maligna, y los vientos del olvido habian soplado por la boca de Mára, rey de las tinieblas.

Compadecido Fó del estado de los hombres, y deseoso de tender la mano de su poder á los que se revolvan en la laguna impura de la ceguedad y de la ignorancia, determinó descender de nuevo á la tierra, verificando su tercera transformacion y su encarnacion para redimir á los hombres y aproximarlos al Gran Espíritu, en quien residen la inteligencia, la union y la sabiduría.

Para realizar esta gran obra, que sea bendita, y confundirse con los hombres é identificarse con ellos, Fó escogió el seno de Mâya, la prometida del rey Souddhodana, la hermosísima doncella cuya belleza daba celos al sol y cuyos radiantes ojos eran negros como la noche sin luna.

Una noche Mâya dormia dulcemente, y tuvo un ensueño indescifrable.

Oyó una dulcísima música y un coro de argentinas voces, y vió que un elefante blanco, circuido de esplendores, atravesaba majestuosamente los aires, llenando de luz el mundo entero: una lluvia de flores, de fragancia nunca sentida, caia por doquier á su paso.

Así fué aquella vision mágica acercándose, acercándose, hasta que vino á colocarse sobre la cabeza de la dormida virgen.

Entónces el coro celeste entonó sus cánticos más melodiosos, y poco despues elefante y coros y resplandores desaparecieron como por encanto.

Mâya, presa de horribles congojas, despertó súbitamente, temblando como la hoja que va á desprenderse del árbol cuando el Invierno llama á las puertas de la Naturaleza.

El Rey, á quien conmovió profundamente la relacion que de este sueño le hizo al dia siguiente su prometida, se apresuró á consultar á los adivinos para que le explicasen el sentido misterioso de aquella vision inesperada.

Y los adivinos disiparon sus temores, anunciándole que aquel sueño era mensaje de buenas nuevas, y significaba que un espíritu celeste habia descendido al seno de su prometida, y que de aquel ósculo inefable naceria un hijo, que libertaria á las diez partes del mundo de la oscuridad en que yacian, y sembraria entre los hombres la semilla de la verdad.



Un día, cuando el sol había entrado en el solsticio de invierno, Mâya, inspirada por los genios que rodean al Gran Sér, abandonó el palacio del Rey, su esposo, y dejando á su espalda la ciudad, se internó en la floresta y se sentó á la sombra de un árbol gigantesco. Una luminosa estrella apareció en el cielo, y de la tierra brotaron flores: Mâya inclinó su frente, y Fó salió del seno de su madre, sin producirla dolor alguno, como un suspiro que se escapa del pecho.

Los dioses y los genios rodearon al hijo y á la feliz madre que le había llevado en sus entrañas; el rey Souddhodana le prestó homenaje, y los hombres, en incontable muchedumbre, le adoraron y le aclamaron, saludándole dios de los dioses, luz de luces y regenerador de los hombres.

Maravillosos prodigios acompañaron su nacimiento y pregonaron su grandeza á los mundos.

Tembló la tierra de alegría, y las montañas giraron sobre su asiento:

Cubriéronse de follaje los árboles secos, y alzaron su tallo las marchitas flores:

Las flores del loto, hijo de las aguas, brotaron espontáneas en las áridas llanuras:

Frescos arroyuelos de corrientes cristalinas y bullidor murmurio se precipitaron sobre la superficie de la tierra:

Suspendieron los vientos su carrera eterna, y las nubes que velaban el cielo corrieron á ocultarse en los abismos:

Los astros detuvieron su curso, y la perla divina de la luna llena descendió sobre el misterioso infante para iluminarle con sus resplandores:

Llenaron los dioses el perfumado carro del rocío con las siete cosas preciosas, y quinientos elefantes blancos, y otros tantos leones habitantes de las selvas, vinieron á postrarse ante las puertas del palacio de Souddhodana, donde dormía Fó su primer sueño, que velaban diez mil vírgenes, agitando sus mosquiteros de plumas de pavo real.

Dulcísimas armonías resonaron por todas partes: los pájaros entonaron sus trinos, sacudiendo las pintadas alas, y cesaron por completo los terribles suplicios que atormentaban á los condenados en las tenebrosas regiones de los treinta y dos infiernos donde reina Yan-lo el inexorable

Desde su más tierna edad, Fó, el niño enviado de los mundos inmutables, asombró á los hombres por su sabiduría incomparable y la austeridad de sus costumbres, que por todas partes dejaban la huella de la virtud y el perfume de la verdad.

Así pasaron los años de su infancia y los albores de su juventud, consagrados al bien y á la meditación.

Un día Fó reunió á los suyos y les dijo: «Todo lo que existe no es más que una ilusión, un sueño y un eco: ha llegado el día de alejarme de vosotros, porque yo he venido para hacer penitencia por las culpas de los hombres y predicar la verdad á los ciegos, cuyo corazón está cerrado á la luz.»

Llamó á su escudero; mandóle ensillar su caballo Kantakanam, blanco como una paloma; montó sobre él, y atravesando de un salto el río Ganges, se internó en el desierto.

Allí se despojó de sus ricas vestiduras, que sólo son la cubierta del cuerpo, y de sus afecciones, que son las vestiduras del alma; y perdiéndose entre las montañas, empezó

su vida de penitencia, de soledad y de maceraciones, para enseñar á los hombres con el ejemplo ántes de comenzar á predicarles la palabra de vida.

Seis años duró su penitencia de preparación, llegando sus austeridades y su amor para con los hombres á hacerle el oráculo del pueblo, por donde quiera que pasaba, y á atraerle un número infinito de discípulos, ansiosos de aprender sus doctrinas y de recoger la perla de la verdad de los labios de aquel cuya palabra, suave y conmovedora como el murmurar del arroyo que corre entre los juncos de la pradera, dominaba á la absorta multitud y la arrastraba tras de sí, como arrastra la golondrina á sus pequeñuelos para enseñarles á volar.

Su sabiduría era como un rocío perfumado para los ignorantes, y los más sabios y poderosos se sentían pequeños ante la grandeza de aquel sér misterioso, que sabía andar sobre las aguas contra la corriente y hacerse invisible á la muchedumbre, trasformándose súbitamente en impalpable sombra.

Su poderío era tan grande, que la fama de sus prodigios recorría la tierra y las islas más apartadas, y de todas partes acudían á él en busca de luz y de alegría.

Los ciegos se acercaban á Fó, y Fó les daba sus propios ojos para que volvieran á ver.

Su intuición leía las cosas ocultas en los pliegues más escondidos del corazón, y el rayo de su mirada le arrancaba la máscara de oro á la mentira.

Un día que disputaba con los incrédulos en medio de una turba de reyes, de mandarines y de hijos del pueblo, una mujer hermosa como una creación de Mâra, el padre de los genios maléficos, inspirada por los enemigos del Profeta sagrado, colocó su túnica de manera que parecía una mujer en cinta; y presentándose ante las turbas, acusó, llena de furor, á Fó de haber labrado su desventura, violentando su casta belleza.

Pero los dioses son justos.

Y los dioses enviaron sobre ella un ratón blanco, cuyos menudos dientes cortaron las ligaduras que había colocado sobre su vientre aquella hija de los dragones; y cayendo instantáneamente sus vestiduras y los lienzos con que había fingido su preñez, se descubrió la mentira.

Y Fó fué ensalzado y aclamado por la muchedumbre, mientras que la tierra, abriendo sus fauces, se tragaba viva á la impostora, que no ha vuelto á ver la luna en lleno, que es la alegría y la antorcha de los creyentes.

Pero nada bastó para que el tentador de los hombres dejara de perseguir á aquel que era soplo de la inteligencia suprema y Maestro de la Ley.

Y reuniendo en el palacio de las sombras terribles á toda la turba de los genios que le ayudan á conmover la tierra, se concertó con ellos para poner á prueba la austeridad del gran Fó y derribar su poder.

Y entonces, tres hijas de Mâra, de infernal sonrisa, de voz fascinadora como la flauta de un encantador de serpientes, y de atractivos más irresistibles que un ejército de soldados montados sobre elefantes, se lanzaron al mundo de los hombres y se presentaron á Fó, radiantes de juventud y de belleza, jurando servirle como esclavas que son la delicia de su señor.

El alma de Fó permaneció, sin embargo, dura é inque-

brantable como un diamante de Golconda, y pura como una perla de Ceylan.

Alzó los ojos al mundo de los soles, extendió la mano hácia las hijas de Mâra, y aquellas jóvenes, poco ántes tan erguidas y tan lozanas como un naranjo cuando está en flor, aparecieron trasformadas en repugnantes viejas encorvadas bajo el peso de los dias.

Cuando Mâra las vió regresar así, brillaron de ira sus ojos como rayo que hiende las torres de porcelana en noche de tempestad; y bramando como el mar en el equinoccio, púsose á la cabeza de dos millones de demonios y se precipitó por la tierra, tomando todos las formas de los animales más horribles y feroces para amedrentar á Fó y abatir aquel corazon indomable.

Pero ni las visiones más repugnantes, ni los fantasmas más imponentes, ni las brutales acometidas de aquella plaga de los abismos, lograron poner miedo en el corazon del predestinado, que, con su humildad y su paciencia incomparable y su palabra llena de dulzura, salió vencedor de todos los combates y de todas las asechanzas.

Desde aquel dia Fó pudo continuar su mision derramando la luz por doquier, conquistando el corazon de los hombres, como héroe triunfador, y cambiando la faz de la tierra con el rocío de la verdad que brotaba de sus labios sagrados; hasta que, cumplidos los dias, y dada la bendicion á sus fieles discípulos, se durmió en sí mismo para volver al seno de la inmensidad, centro de los seres y trono de su grandeza.

Habia terminado su mision sobre la tierra.

Sus recuerdos y su doctrina purifican aún la conciencia de los hombres, como el árbol del sándalo purifica la atmósfera de los valles.

Pero ¡ay! que el olvido es opio que adormece las almas, y el corazon de los hombres se dobla como se dobla la caña del bambú á impulsos del viento.

Y hubo tiranos que no quisieron leer en el espejo de la verdad, y que, cerrando los ojos á la luz, opusieron los mayores obstáculos á la propagacion de la buena nueva y á la introduccion de la sagrada semilla en sus imperios.

Las tierras que el Indus y el Gánges bañan vieron más de una vez correr la sangre de los apóstoles y discípulos de Fó, y la misma Kapila, la ciudad sagrada donde sus ojos vieron por vez primera la luz de la luna, fué destruida y sus cimientos arrasados.

Los emperadores Kao-tsou y Wen-toung mandaron más de una vez dispersar á los sacerdotes budistas, confiscar sus riquezas y destruir sus suntuosas pagodas; y el venerable Hoaï-y, el fundador del Ta-ming tang, ó templo de la gran luz, hallaba la muerte á manos de los sicarios que la hermosa emperatriz Wou-heou había concitado contra él para perderle.

Pero el reinado de los dragones durará poco, y los leprosos serán confundidos.

Porque miéntras las venerandas huellas que el pié de Fó imprimiera en las rocas permanezcan sobre las cumbres de la montaña Ba-keng, su nombre será venerado, y las misteriosas leyes del Budha santo se extenderán, como lluvia de primavera, por las comarcas que el sol saliente dora.

El agua, vivificando las semillas, produce plantas y hace crecer árboles gigantescos.

La sangre de los que mueren por la ley crea nuevos profetas.

Todo pasa, y todo vuelve al vacío, y todo renace: Manú lo ha dicho.

Fó vió perseguir á los suyos, y lloró sobre la ceguedad eterna de los hombres.

Y envió á la tierra nuevos apóstoles que lleváran su doctrina á todos los vientos.

Entónces nació Darma el prodigioso.

Una voz desconocida anunció el instante de su concepcion, y Fó hizo que gozase del dón de la palabra, aún ántes de nacer, en el vientre de su madre.

Ya hombre, consagróse por completo á la predicacion de las misteriosas máximas y de las leyes santas de su Maestro; y los pueblos le siguieron en tropel y adoraron á Fó, que le habia enviado.

Hierbas y raíces formaban su único alimento; y el sol durante el dia, y la luna por la noche, en cada una de sus revoluciones, le sorprendian siempre absorto en profunda meditacion y en el estudio de los libros santos.

Para no interrumpir nunca esta ocupacion, tan agradable á Fó y tan digna del que ha nacido para enseñar á sus hermanos, á quienes el destello de la suprema inteligencia no ha tocado en la frente, Darma habia jurado ante la presencia del Gran Espíritu que jamas se entregaria al sueño, que no ve al tiempo correr y es noche de muerte para el alma.

Pero Mâra, enemigo eterno de los hombres, y serpiente venenosa, cuyos anillos se retuercen al solo nombre de Fó, que sea bendito, tendió sus lazos al venerable Darma, como cazador astuto de elefantes; y vertiendo en el aire una lluvia de opio, azotó con él los párpados de Darma, que cediendo á una fascinacion irresistible, los entornó violentamente y se durmió.

Pasó el encanto y Darma abrió los ojos á la luz.

Entónces, lleno de afliccion por haber olvidado sus votos, alzó una mirada de dolor á los cielos, y llevándose la mano á aquellos párpados prevaricadores, los arrancó sin piedad y los arrojó lejos de sí.

Y Fó sonrió al ver la energía de aquella alma grande.

Pero ¡oh sorpresa! Tan pronto como aquellos músculos ensangrentados habian tocado la tierra húmeda, brotaron de ellos, como de semilla que entreabre sus entrañas, dos verdes plantas cargadas de hojas, que exhalaban suave aroma.

Darma, queriendo agradecer aquel dón á los dioses, llevó algunas hojas á su boca, y encontrándolas gratas al paladar, las comió, y despues otras y otras.

Apénas las hubo comido, sintió que una dulce emocion embargaba todos sus sentidos; que una alegría nunca sentida inundaba su sér, y que su cerebro se despejaba del peso de las ideas y adquiria una lucidez que le hacia penetrar el secreto de las cosas ocultas, ver delante de sí un cielo sin nubes, y leer en el corazon de los hombres como en un libro abierto por la mano de ángeles de color de oro.

Entónces, cayendo de rodillas y vertiendo lágrimas de gratitud, bendijo á Fó grande y poderoso, que habia concedido aquel tesoro inestimable á su humilde siervo, y que con acentos misteriosos le anunciaba que aquella planta sería bálsamo regenerador para los hombres, dulzura de sus tristezas, y rayo de luz que abriria sus ciegas inteligencias á

los resplandores de la verdad, y su endurecido corazón á las alegrías de la virtud.

Todos los discípulos de Darma oyeron al otro día, de sus labios, el relato del prodigio que la Divinidad había obrado; y llenos de asombro y de respeto, dieron gloria á Fó, señor de los genios y de los hombres, de cuyo caballo volador á las alas el caudaloso Ganges no es más que un mísero arroyuelo, y que con la luz de sus ojos ha encendido la antorcha que arde inextinguible sobre las cumbres de la Montaña de oro.

Aquella planta maravillosa y bendita era el *thé*, cuyas semillas extendieron bien pronto por todas las partes de la tierra Darma sus discípulos, que desde el día de aquel prodigio vieron crecer sus adeptos, como crecen las flores en el valle después que las lluvias primaverales han fecundado las entrañas de la madre tierra.

Desde aquel día el *thé* es la ambrosía de los hijos del Tsin y de los que habitan al otro lado del Ganges.

Alados genios de gigantesca estatura y color de oro le sirven en copas de blanca porcelana á los felices espíritus de los justos que han merecido habitar los cinco paraísos.

Y su aroma es la delicia de los buenos peregrinos que desde las más remotas ciudades van á visitar la Montaña sagrada y besar las huellas que Fó dejó señaladas en la roca de sus altas cumbres.

Hermosísimas bayaderas, voluptuosas como un suspiro de amor, ligeras como pluma de golondrina, y de mirada radiante como rayo de sol que se quiebra en el cristal del mar Índico, sirven el *thé* en deslumbrantes tazas de diamantes y oro á los poderosos de la tierra.

El *thé* da alegría y rejuvenece á las mujeres chinas de pequeño pié y entornados ojos.

Y hasta las blancas mujeres del Occidente, las de pupilas negras como la traición y dientes nacarados, que son las reinas de los hombres del otro lado de los mares, hacen correr el *thé*, en dorados ríos de corrientes perfumadas, en los fastuosos banquetes con que obsequian á los bien amados de su corazón.

Fó le ha enviado á los hombres como presente de los cielos.

Fó es grande y poderoso.

¡Que él sea bendito!

Que la caña del bambú, columpiándose en brazos del viento, le rinda homenaje, y las negras golondrinas repitan sus alabanzas.

Esta es la leyenda del *thé*, que los hijos de Oriente cantan cuando está la luna en lleno.

JUAN CERVERA BACHILLER.

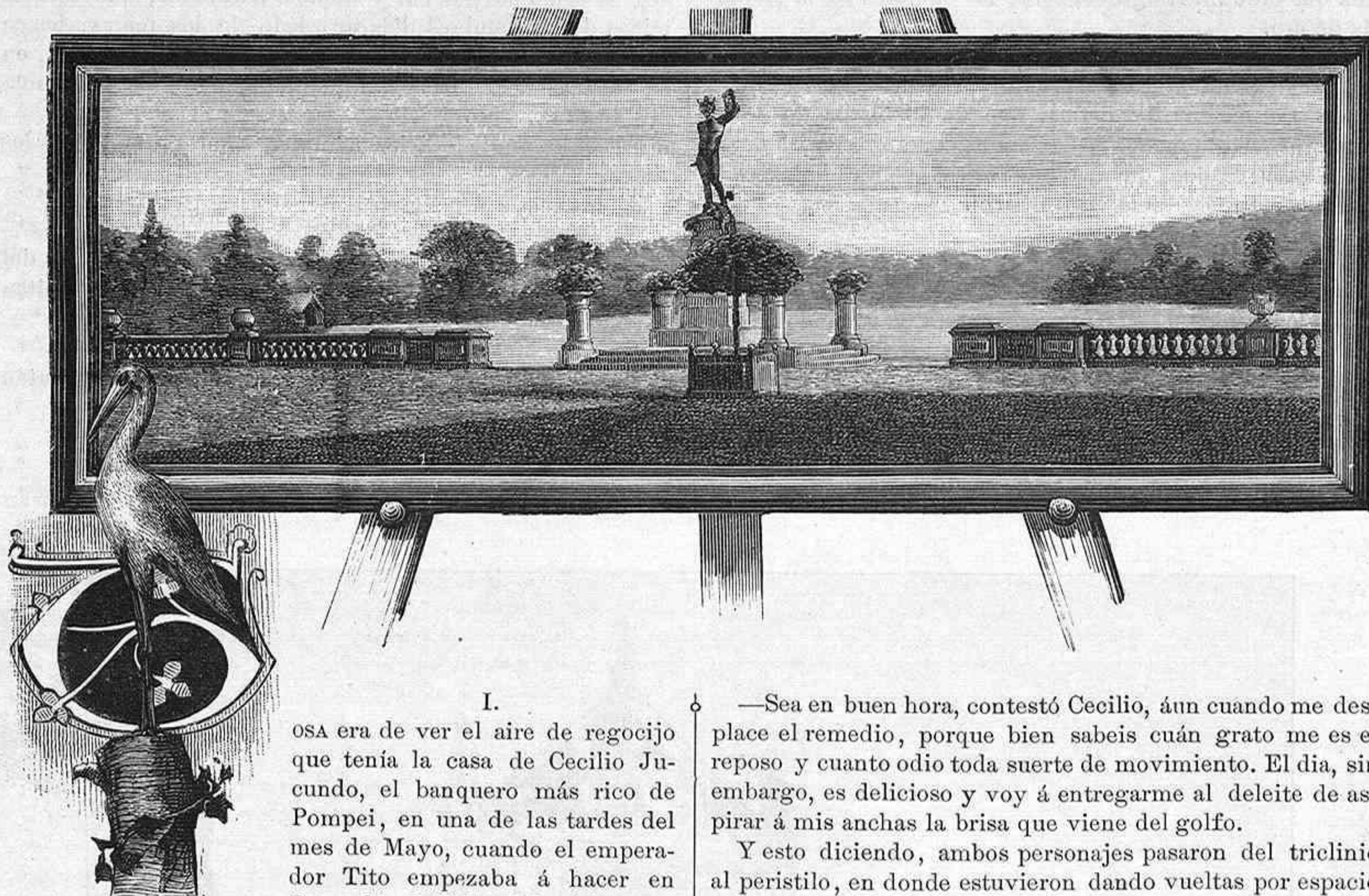
Madrid, Julio de 1881.



FLORENCIA. — IGLESIA DE « SANTA CROCE ».

# LAS FIESTAS DE ANTAÑO.

UNA COMEDIA EN POMPEI.



I.

OSA era de ver el aire de regocijo que tenía la casa de Cecilio Jucundo, el banquero más rico de Pompei, en una de las tardes del mes de Mayo, cuando el emperador Tito empezaba á hacer en Roma las delicias del género humano. Tumbado, más que recosta-

do, el dueño en un triclinio que hacía más mullido un tapiz del Asia, de esplendente color y fastuoso dibujo, respiraba con dificultad, por consecuencia de una digestion laboriosa, tras de interminable comida remojada con repetidas libaciones del encendido Falerno. Faltábale aire al opulento *argentarius*, su rubicunda tez iba poco á poco compitiendo con el rojo subido de los muros del comedor ó *triclinium*, y todo se le iba en volver la cabeza hácia el portalon de columnas pareadas que separaba á la estancia del jardin vecino, aspirando con sus descomunales narices el aire semitibio y perfumado que en dias serenos de primavera sopla en las comarcas meridionales de Italia y de España.

—Vano trabajo es el vuestro,—dijole entrando Metelo Scauro, grande amigote suyo, antiguo decurion y hombre que se sabía al dedillo el *Ars Amandi* de Publio Ovidio,—vano trabajo, porque si no aligerais la panza, no hallarán consuelo los pulmones. Fiad á los piés el remedio de la congoja y venid conmigo á pasearos breves instantes por el peristilo.

—Sea en buen hora, contestó Cecilio, aún cuando me desplace el remedio, porque bien sabeis cuán grato me es el reposo y cuanto odio toda suerte de movimiento. El dia, sin embargo, es delicioso y voy á entregarme al deleite de aspirar á mis anchas la brisa que viene del golfo.

Y esto diciendo, ambos personajes pasaron del triclinio al peristilo, en donde estuvieron dando vueltas por espacio de algunos minutos alrededor del pórtico. Precioso espectáculo ofrecia entónces esta parte de la casa. Como en todas las habitaciones pompeyanas, formaba el peristilo una área cuadrilonga al aire libre, circunscrita por columnas en sus cuatro costados, techados todos; de modo que el conjunto semejaba, en punto á arquitectura, un patio ó claustro de siglos posteriores. Las esbeltas columnas del pórtico en la casa del banquero de Pompei tenían el basamento recubierto de estuco y otro tanto el fuste, con sendas manos de color al encáustico en ambas partes, rojo fuerte, que del sitio se ha llamado despues *pompeyano*, en la base, y amarillo un si es no es rojizo en lo alto, con estrías graciosamente trazadas. Un cuadrilongo más pequeño venia señalado en el pavimento central del peristilo, con tierra vegetal en todo su perímetro para que en él nacieran, vivieran y se desarrollaran hermosamente las flores predilectas del opulento propietario. Escogialas éste hábilmente, porque sus gustos sibaríticos abarcaban desde los placeres de la mesa y otros más pecaminosos todavía, á los goces que el espíritu logra por medio de la contemplacion de toda clase de objetos bellos. Así, en medio de plantas traídas de Egipto y del Asia

menor, de hojas crasas unas, de hojas flexibles y holgadas otras, todas de un verde luminosísimo, asomaban las corolas, dibujando caprichosas figuras de variados matices flores también no ménos variadas, y entre ellas una especie de grandes margaritas, moradas con punta de rojo ó de un tinte de amarillo real ó amarillo de fuego, como sin desatino podría llamársele. Tan simpático debió ser este tinte á los artistas de Pompei, que de semejantes flores tomaron sin duda alguna el tono amarillo con que pintaron los fustes de las columnas, como acontecia en el peristilo de Cecilio Jucundo, y las paredes también de los triclinios, *cubicula*, *exedra*, *tablinia* y de otras dependencias ménos principales de la habitacion en aquella ciudad romana.

Esta riqueza de colores, armoniosamente combinados, se enlazaba á maravilla en el lugar por donde paseaban Cecilio Jucundo y Metelo Scauro, con las artísticas líneas de las estatuas de mármol montadas en tallados pedestales y colocadas con cierto cuidadoso desorden en diversos puntos del patio; con los *bisellia* ó largos taburetes de bronce con piés que figuraban grifos y animales quiméricos; con el *velarium* de púrpura echado en parte al nivel del tejado para preservar de los rayos solares á los moradores de la casa, y, por fin, con el mismo firmamento azul, de ese azul inverosímil, de ese azul que no han podido copiar nunca por mucho que á él se hayan acercado, los pintores más diestros del universo mundo. Merced al paseo, al aire más puro que en el peristilo se respiraba, y sobre todo á que las funciones digestivas iban tocando á su término en el estómago de Cecilio, suavizábase también lentamente su encendida faz, tras de la cual semejaba ocultarse poco ántes un ataque apoplético. Daba pié á temer accidente de tal naturaleza la complexion del *argentarius* de Pompei. Su testa parecia vaciada sobre la de alguno de aquellos emperadores romanos, glotones y sensuales, oprobio y mengua del linaje humano. De rostro cuadrado, frente deprimida, barba carnosa que se confundía con el cuello de puro grande; ojos pequeños y algo saltones ya, que pugnaban por salir fuera de los carrillos, que les oprimian; nariz chata, y rubicunda más que el resto de la cara; el pelo como trigo en campo guijoso, y por detras un cogotazo de cuya piel tirante podia creerse próxima á brotar la sangre por innúmeros hilillos; tal era el banquero más famoso de la perinclita ciudad romana en los tiempos del Imperio que hemos señalado, y á los cuales aludiendo á quien dirigia los destinos de Roma, aplicaban sin duda los afortunados de entónces el *Deus nobis hæc otia fecit* que medio siglo ántes Publio Virgilio Maron habia escrito.

De estampa opuesta Metelo Scauro no era la gordura sin flaco, que de flaco y casi apergaminado pecaba su cuerpo. Hombre decididor y chancero, con ribetes de satírico, era solicitada su compañía de las gentes de rumbo y sestercios, á quienes prestaba muy buenos servicios con su elocuencia, poco escrupulosa en achaque de negocios. Erase, pues, el abogado y el consejero de Cecilio Jucundo, además de amigo y acompañante, especie de Mentor, ó cicerone á veces, que con una noticia ó una advertencia le ponía en el caso de poder echar su cuarto á espaldas en materia de letras ó de artes, á reserva de que con un disparate de á fóllo comprometiera la fama del maestro. Por fortuna, en la época de Tito, como en siglos anteriores y posteriores, el oro daba á

sus poseedores talento natural, áun cuando fueran unos zotes, é instruccion vastísima, áun cuando á duras penas conociesen las letras del alfabeto. Con tales prendas y con iguales aficiones que las del banquero, en lo que toca á comer bien y cultivar el trato de Vénus, no parecerá raro que abogado y cliente congeniáran de lo lindo, y que en los muchos ratos libres que les dejaban los negocios compitieran sobre quién aventajaba á quién en lo de pasar ménos mal las horas en esta pícara vida.

El sibaritismo de ambos personajes, como ya queda dicho, se extendía á los placeres que proporcionan las letras y las artes. Gozaba en ellos Metelo por su ingenio y por sus estudios, y hallaba también en ellos Cecilio muy grato pasatiempo, porque, merced á su natural instinto, sentía sus bellezas, áun cuando no se explicára la razon del deleite que experimentaba. Amaban ambos, por lo mismo, el teatro, adonde solian ir con frecuencia y en donde se proponian pasar la tarde el dia en que ocurrieron los hechos que estamos narrando, á juzgar por el giro que tomó la conversacion comenzada en el peristilo y terminada en una *exedra* colocada á su izquierda mano, á la cual se dirigieron los dos interlocutores cuando juzgaron que el cuerpo les pedia nuevamente reposo.

—Quedaos con vuestro Terencio, decia Cecilio con tono algo despreciativo, que yo me quedaré con Plauto, cuyas comedias me entretienen más y me divierten.

—No os negaré su gracia cómica ni su intencion satírica; pero no hay medio de comparar la delicadeza y casi aticismo de Terencio y su diction latina con la poca cultura de estilo y de concepto, y acaso con la grosería de vuestro autor predilecto.

—Ríome yo de estos méritos, amigo Metelo, buenos para que los aprecien y los pongan sobre su cabeza los retóricos y los eruditos como vos. Al pueblo, y para el caso yo soy pueblo, nos gusta lo que se apodera de nuestra atencion y nos obliga á estarnos callados y á escuchar atentamente y nos hace reir ó llorar, áun cuando le falten los arrequives del estilo, que tanto celebráis vosotros las gentes de paladar muy delicado.

—Así me ampare la diosa Isis, como para vuestros gustos viene pintiparada la *Aulularia* que echan hoy en el *theatrum tragicum* los histriones de Marco Laberio. No es cosa de que desaprovechemos la ocasion, y por lo tanto, dad orden á vuestros esclavos que dispongan la *lectica*, ya que á pié no iriais al teatro áun cuando debieseis ver puesto en escena el juicio de París, y á Ariana abandonada por Teseo en la isla de Nasos, como se hallan pintados á maravilla en los muros de esta estancia.

Y como si la indicacion hubiese sido voz de Mercurio, incontinenti Cecilio Jucundo mandó á su liberto Lucio que se dispusiera lo necesario al objeto de que su amo y señor pudiese trasladarse cómodamente al teatro, á fin de solazarse con la representacion de la regocijada farsa de Marco Accio Plauto *Aulularia*.

## II.

Poco se hizo esperar la *lectica*, apénas se hubieron corrido las órdenes. En el *atrium*, en el espacio que dejaban el *impluvium* ó estanque en donde se recogian las aguas plu-



viales que por una abertura de igual dimension caian del techo, habian colocado la litera ó *lectica* los esclavos del opulento *argentarius*. Tenia este mueble ó trasto disposicion parecida á la de los palanquines de Oriente, si bien en las dimensiones de la cubierta se advertia mayor desahogo. Cuatro montantes en lujosas maderas artísticamente talladas sostenian una cubierta de lo mismo, de la cual pendian por los cuatro lados sendas colgaduras que á voluntad de quien ocupaba la *lectica* podian bajarse ó recogerse, segun le fuera ó no agradable la impresion del aire, del sol y de los demas accidentes atmosféricos. Así en las colgaduras como en el mullido colchon y en los almohadones habia desplegado Cecilio una magnificencia en armonía con el tren de su casa y de su familia. Hermosas pieles de leon y de tigre formaban el lecho de la litera, y telas de Egipto tejidas con primor y hábilmente pintadas servian de cubierta á los almohadones y hacian oficios de cortinaje. Las entonaciones calientes de las pieles animales se aliaban bellamente con los tintes blanco, azul y rojo de las estofas egipcias, presentando un contraste seductor, que halagaba la vista y daba idea de la riqueza y esplendidez de la persona que ocupaba la litera. Tendido en ella Cecilio Jucundo, envuelto en su blanca toga pretexta orlada de franja de oro al gusto griego, ofrecia la imagen de Tiberio Neron ó Caracalla, cuando desde su mansion imperial del Palatino se trasladaban á los espectáculos sangrientos del circo.

Seis esclavos, cubierta la cabeza de bonetes, cogieron en hombros la *lectica*, apénas hubo entrado en ella su señor, y por el vestibulo, cuyo pavimento en mosaico adornaba la imagen del vigilante perro con la inscripcion *Cave Canem*, emprendieron el camino del *theatrum tragicum*. Metelo Scauro, á quien no molestaban las carnes y á quien por su fortuna no le era permitido sostener litera con los esclavos á ella adherentes, marchaba á pié y cabe la de su amigo, tomando la acera de las angostas calles de Pompei. Estaba el arroyo mucho más rebajado que las aceras de que se hallaban adornadas todas las vías, lo cual era causa de que los viandantes por las primeras se encontrasen en nivel mucho más alto que el de las gentes que marchaban por el centro. El ínclito abogado debia inclinar, pues, su cuerpo para hablar con su amigo en el trecho que mediaba desde la habitacion de Cecilio al teatro en donde se representaba la *Aulularia*, lo cual no fué obstáculo á que la conversacion siguiera más que medianamente animada. De este modo recorrieron algunas calles, dispuestas todas por idéntica manera, con aceras muy resaltadas, pavimentadas con enormes baldosas, con sillares de muy regulares dimensiones de vez en cuando á fin de que sirvieran de reparo y paso á las gentes de á pié siempre que por las lluvias venia el arroyo convertido en torrentera; con fuentes en las esquinas, de traza sencillísima, consuelo de los pobres en dias de Julio y Agosto, y con habitaciones y *tabernas* ó tiendas por ambos lados, vaciadas todas en un mismo molde arquitectónico, y parecidas todas á las de Cecilio, como un huevo de avestruz se parece á otro de paloma, iguales ambos en la forma, distintos en el tamaño y opulencia. Paso tras paso atravesaron asimismo el *Forum civile*, de gran magnificencia y en curso de reparacion para arreglar los desperfectos ocasionados por el terremoto que algunos años ántes habia afligido á Pompei, y tomando por el pórtico de Oriente, abierto á las

literas y cerrado á carros y caballos por un cancel de hierro, no sin haber ántes echado una pulla á las estatuas votivas de Marco Lucrecio, Decidiano Rufo y de los Cayo Cuspio Pausa, padre é hijo, desembocaron en una calle no ménos angosta que las demas de la ciudad, que en línea casi recta les llevó al teatro favorito de los pompeyanos, construido á estilo griego, y en el cual se estaban realizando tambien obras de restauracion importantes á la fecha en que ocurrieron los sucesos fidedignos que estamos relatando.

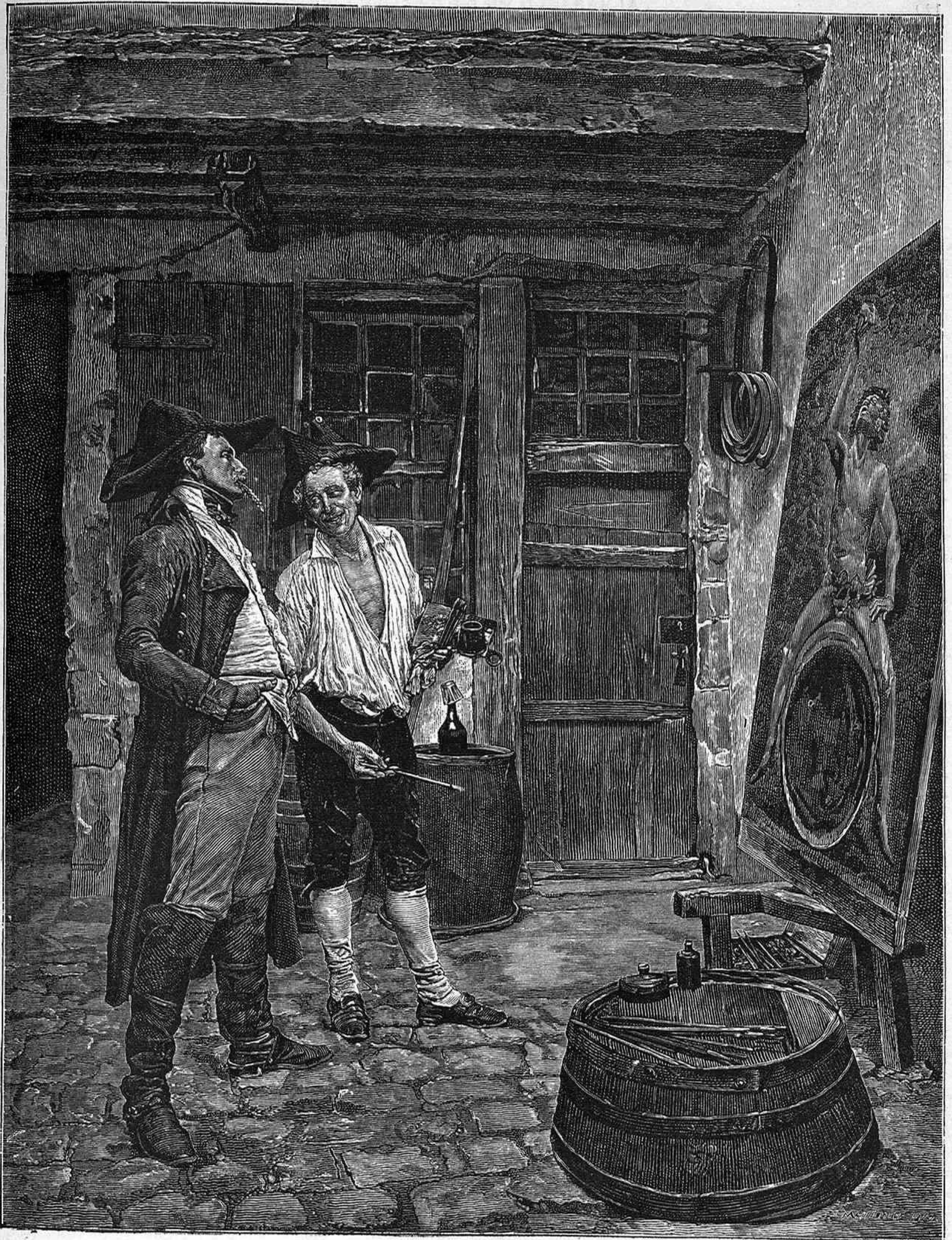
### III.

Señales de fiesta se veian en las calles próximas al teatro. No daba el espectáculo, costeándolo con su peculio, ningun senador, flamin ó rico personaje de Pompei para atraerse á los ciudadanos, sino que la funcion anunciada para aquel dia era de las llamadas de pago, de las que hacian indispensable la adquisicion de la *tessera* en taquilla, mediante una, por lo ménos, como lo pretendia Plauto, añadiendo que los que no lo tuvieran, bien podian ahorrarse la pena de ir al teatro. De bronce eran las *tesseras* que se entregaban al público para asistir aquel dia á la representacion de la *Aulularia* del citado poeta, y consistian en una plancha circular del sobredicho metal, que llevaba grabado en relieve el título de la obra que debian desempeñar los histriones, y la indicacion del puesto numerado que tenia derecho á ocupar cada uno de los poseedores.

Momentos ántes de la llegada de Cecilio y Metelo, el pueblo pompeyano hacia cola en un largo corredor por el cual se iba á la *cavea* alta, en donde le correspondia tomar asiento. Distraia el populacho la forzosa quietud de la espera, diciendo los hombres chicoleos á las mujeres, que esto ha sido privilegio de todos los tiempos y de todos los idiomas, charlando otros con sus vecinos más comunicativos sobre el mérito de la compañía y de las comedias de Plauto, aburriéndose de lo lindo no pocos, y alguno que otro próximo á la pared dibujando en ella monigotes ó poniendo toscas inscripciones, en las cuales la sátira jugaba papel principal y en las que la moral salia frecuentemente con la cabeza rota, achaque de pompeyanos y romanos, como lo ha sido posteriormente de otras gentes y de otras naciones. Un rumor sostenido con sus flujos y reflujos de crecimiento y disminucion, como las olas del mar, aunque sin ritmo marcado, llenaba aquel recinto é iba acentuándose á medida que se acercaba la hora fijada en los carteles para dar principio al espectáculo.—«No empuje el ciudadano», «Échese allá el buen viejo, que á su edad no cuadra buscarles cosquillas á las mozas», «Por los dioses inmortales, estéense quietos, que no ganaremos nada con los apretones», «Silencio los charlatanes», y otras voces parecidas sobresalian por en medio del general murmullo, hasta que, de pronto un rumor más firme, un ruido como de agua que corre por cauce en pendiente pronta á despeñarse, fué claro indicio de que se abrian á la multitud las puertas interiores del coliseo.

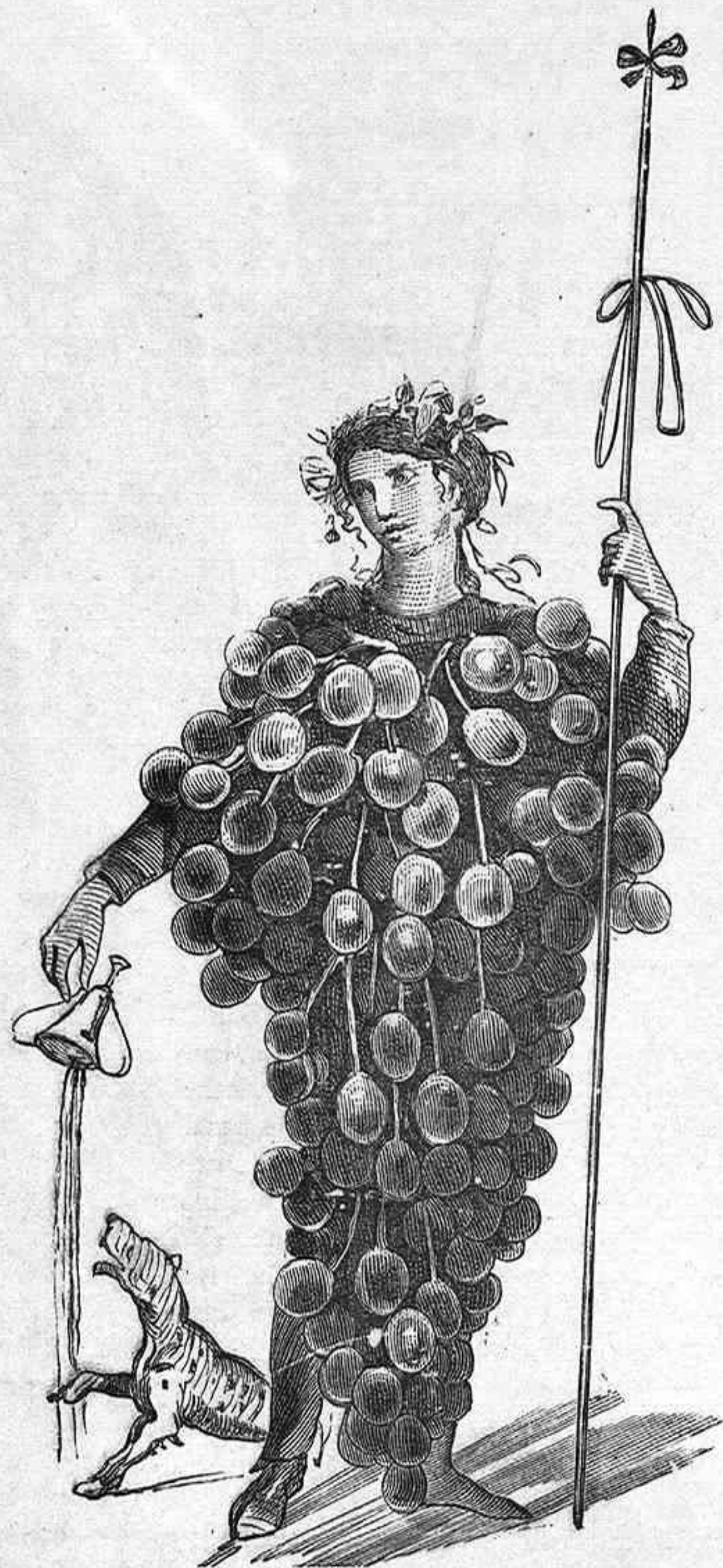
Asomémonos con el pueblo para ver el teatro desde las graderías altas y examinar cómodamente su disposicion arquitectónica.

Acusa el edificio la forma semicircular, algo prolongada,



UN CRÍTICO COMPETENTE.

y á semejanza de los teatros griegos, se halla construido sobre un montículo de manera que sólo las cuatro filas de la *cavea* superior ó galería alta se apoyan en un corredor abovedado. Todos los asientos están dispuestos en pendiente, á modo de anfiteatro, segun se ha llamado despues este sis-



BACO. — (PINTURA POMPEYANA.)

tema de ordenacion. Dividen este espacio semicírculos concéntricos que dan lugar á las llamadas *cavea*, tres en número, á saber: la baja ó *infima*, la media y la alta, y á su vez la segunda ó media queda subdividida por seis líneas radiales con las que cada division adquiere una figura cuneiforme, de donde la denominacion de *cunei*. La *cavea infima* es la parte noble del teatro, y en ella tenian asiento, por honorífico derecho, los decuriones y decenviros, los sacerdotes de

Augusto llamados Augustales, las vestales y todos aquellos personajes á quienes por méritos más ó menos soñados y más ó menos fantásticos, se habia concedido el *bisellium* ó silla de honor que el pueblo otorgaba cuando le venia en gusto. El lujo de esta seccion correspondia á la elevada jerarquía de los personajes que la ocupaban: de marmol blanco, esculpido en algunos puntos, tenia los asientos cuya comodidad se aumentaba por medio de pieles bien curtidas con blandos almohadones recubiertos de telas costosísimas lujosamente recamadas de oro y plata, ó con los *bisellia* de bronce de que hemos hablado anteriormente, que sus dueños llevaban al teatro, y en los cuales, á pesar de tener capacidad para dos personas, se sentaba una sola á fin de que estuviese más á sus anchas y con mayor decoro.

Destinábase la *cavea* media para toda aquella clase de gentes comprendidas en esta calificacion. Allí se sentaban el abogado bisoño, el mercader, el propietario de escasos caudales, el artifice que podia darse el gustazo de ir al teatro pagando su *tessera*, y otros ciudadanos de igual significacion y categoría. En el centro de esta *cavea* y en su última gradería se alzaba sobre un pedestal de mármol, labrado por sus tres caras con quimeras y figuras alegóricas, la estatua de igual materia de Marco Holconio Rufo, con la siguiente inscripcion:

M. HOLCONIO. V. F. RVFO  
II. V. I D. QVINQVIENS  
ITER. QVINQ. TRIB. MIL. A. P.  
FLAMINI. AVG. PATR. COLO. D. D.

Que interpretada del lenguaje epigráfico y puesta en romance, dice sustancialmente:

« A Marco Holconio, hijo de Rufo, duumviro encargado por quinta vez de administrar justicia, quinquenviro por segunda vez, tribuno de los soldados designado por el pueblo, flamin de Augusto, patrono de la colonia, por decreto de los duumviros. »

Majestuosa impresion causaba la estatua de Marco Holconio en el lugar del teatro en donde se hallaba emplazada. Obra habilísima de uno de aquellos escultores que en la época imperial de Roma supieron aliar en sus obras los accidentes que caracterizaban á los ilustres personajes romanos con la grandiosidad del estilo peculiar de la estatuaria griega, la imagen del duumviro de Pompei era, á la vez que fiel retrato suyo, noble representacion del magistrado á quien por variados conceptos debia gratitud la ciudad sentada al pié de la falda del Vesubio. El rostro anguloso de Marco Holconio acusaba los rasgos distintivos de una raza que, en medio de degradacion espantosa de costumbres, guardaba todavía algo y aún mucho de la energía de voluntad y del alma serena de sus progenitores. Ni ceñudo ni sonriente, trasparente en el rostro aire de proteccion bondadosa: bien plantado el cuerpo, realizaban sus partes la *lorica*, en la que se señalaban las líneas del tórax enriquecidas con relieves que representaban caballos alados delicadamente cincelados en bronce. La *clámide* pendia de ambos brazos y con sus pliegues, sobradamente apretados, contribuia á dar valor al busto, parte proeminente de la estatua y sobre la cual debian fijarse con predileccion las miradas de los ciudadanos. En el *baculum*, por fin, apoyaba



en alto la diestra mano, en señal de la autoridad del personaje.

Tomaban asiento en la *cavea* alta los plebeyos y las mujeres, que en punto á galantería con las damas no había mucho que aprender del pueblo romano. Y la division por sí sola no les bastaba todavía á los ciudadanos, caballeros y patricios de Roma, sino que, para impedir á la «vil muchedumbre» que se confundiera con ellos, separaron la *cavea* media de la *cavea* alta por medio de una verja de hierro, con lo cual los espectadores de aquellas galerías disfrutaban del espectáculo sin tener roce alguno con el privilegiado resto del auditorio. A pié llano podia entrarse en esta galería del gran teatro de Pompei, por causa del desnivel del suelo, y desde las cuatro gradas últimas la vista dominaba de un lado el foro triangular y algunos monumentos públicos, y de otro, por encima de la escena, la campiña y el embelesador panorama de las orillas del golfo de Nápoles, del mar iluminado por los encendidos rayos de un sol que presagiaba los calores del verano, y de las poblaciones costaneras muellemente tendidas á lo largo de aquel embelesador semicírculo, adrede creado por la Providencia para mover la acalorada fantasía de los poetas.

Con tales antecedentes, ya puede imaginarse el lector discreto qué espectáculo ofrecería el gran teatro de Pompei al entrar en la *cavea infima* nuestros personajes Cecilio Jucundo y Metelo Scauro. Gozaban ambos del derecho de sentarse en aquellos privilegiados escaños; por lo que toca á Cecilio, en razon de que antaño, como hogaño «poderoso caballero es don Dinero»; y por lo que se refiere á Metelo, por la causa no ménos poderosa de que una lengua elocuente y atrevida tiene fuerza para arrastrar á sabios y á ignorantes hácia donde se le antoja al afortunado poseedor de esta natural prerogativa. Sobre cinco mil espectadores cabrian en el grandioso coliseo, y por lo mismo se comprenderá muy fácilmente cuán animada perspectiva debia presentar aquella multitud de cabezas y de bustos de diversos sexos y edades, con variados trajes, con opuestas fisonomías, con innúmeras expresiones, agitándose todos y desperfilando la semi-uniformidad de las líneas circulares las figuras de los más turbulentos ó entusiastas, puestos de pié en actitudes diversas, segun el estado peculiar de su ánimo en aquellos instantes. El blanco, el rojo y el azul, colores que los romanos empleaban con profusion en sus trajes, ayudaban al efecto, algo abigarrado, pero artístico á pesar de todo, que notaba en el teatro pompeyano, quien penetraba en él momentos ántes de comenzarse el espectáculo, como les sucedió á nuestros dos ilustres ciudadanos. Complemento de esta artística escena era la *cavea* baja, en la cual los asientos de una parte se hallaban ocupados por los procónsules y duumvros, y los de la parte opuesta por las vestales, doncellas á quienes, como es sabido, se concedian los mayores honores y distinciones en los espectáculos y fiestas públicas. Con su blanca *stola*, que cayendo por detras acrecentaba la esbeltez del talle, las sacerdotisas de Vesta formaban un grupo, al que dirigia sus miradas, saludos y galantes atenciones, la turbamulta de espectadores ganosa de conquistarse sus simpatías.

Al numerosísimo público que llenaba el teatro resguardaba de los rayos del sol, que empezaba á picar ya por ser el día uno de los calurosos del mes de Mayo, el *velarium* ó tol-

do de lienzo blanco con anchas franjas de vivos colores. Potentes mástiles fijos en anillas de piedra empotradas á lo exterior del muro de cerramiento sostenian este reparo, cuya colocacion anunciaba de antemano el *album* ó carteles diseminados por las esquinas de Pompei y redactado en los siguientes términos:

PLAVTI. AVLVLARIA. SPARSIONES  
VELA. ERVNT.



DIANA. — (PINTURA POMPEYANA.)

Es decir, se echará la *Aulularia* de Plauto, y habrá lluvia de aguas olorosas y un toldo tendido por encima de los espectadores.

Y ya que viene á cuento, digamos en qué consistia una parte de los placeres que se prometian al público, ó sea la lluvia de agua olorosa. En uno de los ángulos del teatro se alzaba una torre ó depósito de agua, cuyo especial destino era templar el calor del local, aparte de otros usos ménos importantes en que tambien se la empleaba. Merced á tubos distribuidos por todos los puntos del edificio, conseguíase, apenas se soltaban las llaves ó espitas, que una lluvia fini-

sima, á modo de rocío, cayese sobre los espectadores de los tres rangos, suavizando así de este modo el ardor que la animacion misma de la fiesta y la elevacion de la temperatura habian producido en los cuerpos. Mas como los romanos, y sobre todo los ciudadanos de Pompei, no eran gentes para contentarse con que les remojaran con agua clara monda y lironda, hubo de inventarse algo con que aromatizar el líquido y con que hacer más voluptuoso el goce de recibirlo. Diferentes aromas se emplearon al intento, siendo el azafran uno de los predilectos, desde los tiempos en que á Cneo Pompeyo se le ocurrió esta clase de sibarítica remojadura para disminuir la intensidad de los calores estivos, segun lo reza el historiador latino Valerio Máximo.

En tal sitio, ante los espectadores que hemos descrito, y en medio de los alicientes que asimismo hemos apuntado, iba á verificarse la representacion de la *Aulularia* ó la *Marmita*, de Marco Accio Plauto. Bajóse el *siparium* ó telon de boca, como sucedia en los teatros de Roma, en donde la cortina que oculta la escena descendia arrollándose debajo del tablado, y comenzó la comedia. Pinta en ella Plauto, con mano maestra y con suma vis cómica, el tipo del avaro en el personaje Euclion, que tuvo en la tarde de que hablamos un intérprete habilísimo. La *persona* ó máscara que llevaba y que le cubria por entero el rostro, podia diputarse por obra acabada de caracterizacion y de expresion. Cuantos rasgos encontraría un escultor de agudo ingenio en la cara de un usurero para bien pintarle, otros tantos puso en la *persona* en cuestion el artista ó artífice encargado de labrarla. El cómico que hizo el papel de Euclion, con un decir algo campanudo, debido en parte á que la voz salia hueca y cavernosa al traves de la pasta de carton ó madera, y en parte á exigencias del local, pues sus vastas dimensiones reclamaban voz estentórea en los actores; el cómico, decimos, encargado del papel de protagonista, recitó á maravilla los versos todos de la farsa; acentuó con algo de saborete los pasajes más intencionados, y bordó con mil primorosos detalles toda la figura, dejando regocijados y contentísimos á los oyentes de todas clases y categorias que se habian reunido allí para solazarse con él y con sus compañeros de oficio. No se quedaron éstos rezagados, ántes por lo contrario, ahuecando tambien la voz y haciendo buen gasto de pulmones, fueron declamando, con más que mediano énfasis, todas las escenas de la *Aulularia*. Eran de oír los murmullos de aprobacion y las risotadas con que vulgo y patricios hicieron coro á las exclamaciones de Megadoro, otro de los personajes de la obra, quien regaña y chilla contra las doncellas de entónces, que se casaban con buenos dotes, y cuyos antojos no eran bastantes á satisfacer ni su dinero ni el de sus infelices maridos. « Cuando llegais á casa — dice Megadoro — veis plantados, esperándoos, al bordador, al joyero, al mercader de estofas de lana, á los peluqueros, al pasamanero, á los que confeccionaron peinadores, á los tintoreros en rojo, violado y amarillo, á los sastres, á los perfumistas de pantuflas, revendedores y tratantes en lencería. Los zapateros de zapatos de toda suerte, zapatos para la casa, para el paseo, para la mesa, están allí de planton tambien, y con ellos, asimismo, los zapateros de zapatos de color de malva. Imaginais haber acabado con la plaga despachándolos, y no es así, porque llegan luego trescientos más con sus cuentas. Invade el *atrium* un nuevo regimiento de

proveedores varios, tejedores, fabricantes de cintas y fruslerías. Entran todos y á todos pagais, con lo que os haceis la ilusion de haber quedado en paz. ¡ Error grandísimo! Sígueles el ejército de tintoreros en azafran, y otros muchos, que malditos sean, y armados todos con su cuenta. »

A medida que se iba desarrollando la accion de la comedia, los actores encargados de representarla aparecian sucesivamente á la vista del público ó desaparecian en el *post-scenium*, ó llámese los bastidores. En los teatros romanos, como en los griegos, la unidad de lugar simplificaba las condiciones de la escena. Representaba el fondo de ésta, de una manera corpórea, el palacio de un príncipe, constituyendo una decoracion construida é inmóvil, que se llamaba *scena stabilis*, y que en el gran teatro de Pompei era de piedra calcárea y de mármol. Figuraba esta seccion en el coliseo pompeyano un soberbio muro con tres puertas abiertas en el mismo, á saber: la puerta Real en el centro, por donde pasaban los reyes y los príncipes; la puerta de la derecha, que servia de entrada para las gentes de la casa y las mujeres, y la puerta de la izquierda — del espectador, se entiende — destinada al paso de los huéspedes y de los forasteros. Ocupaban los entrepaños hornacinas de medio punto ó en platabanda, en las cuales se ponian estatuas de mejor ó peor mano, segun fuera la riqueza de la ciudad, el buen gusto de sus moradores y el mérito de los artistas con quienes contaba. Las del gran teatro de Pompei debieron ser muy lindas, pues no es de suponer que en sitio dedicado al esparcimiento y solaz del espíritu se contentáran con monigotes torpemente esculpturados, quienes en sus *impluvia* y *peristilia* tenian estatuas en bronce de formas tan bellas y tan magistralmente modeladas, como el Narciso, los dos Faunos y otras muchas que en las casas conspicuas de la ciudad existian á la fecha del cuadro que estamos pintando. Trastos laterales, pintados y movibles á modo de bastidores, de escasisima importancia, constituian, por fin, la llamada *scena versilis*, y servian para señalar los cambios de lugar en los raros casos en que habia necesidad de acudir á este recurso para auxiliar la imaginacion del auditorio.

Cuando los rayos del sol poniente coloreaban con un tinte rojizo el ancho *velarium*, y la luz iba escaseando en todos los puntos del teatro, la *Aulularia* tocó á su fin, y tras de la acostumbrada frase *Plaudite cives*: « aplaudid ciudadanos », resonaron las palmadas de todos los espectadores, y voces que proclamaban el contentamiento con que habian asistido á la representacion de la comedia.

#### IV.

Las calles de Pompei se hallaban sumidas ya en tinieblas y sólo atravesaban por sus encrucijadas mozos que iban de bureo, cuando en una de las más fastuosas mansiones notábase grande algazara y rumor sonoro de cantares, instrumentos músicos y del chocar de fuentes y pateras. En el *triclinium*, poblado de estatuas de mármol, de pebeteros y trípodes en bronce y en plata, tendido un suave tapiz de Egipto para impedir que el aire se colase allí directamente desde el *viridarium*, hallábanse reunidos media docena de convidados que se entregaban á los deleites de una *comissa-*

tio ó cena opípara, con el aderezo de los más sensuales atractivos. Rosas ceñían las cabezas de los comensales; perfumes del Asia aromatizaban el ambiente, y doncellas de irreprochables formas, vestidas con túnica de finísima estofa de Coa, que velaba artísticamente su cuerpo sin ocultar ninguna de sus bellezas, incitaban con muelles posturas y eróticas danzas los muertos sentidos de aquellos ciudadanos de Pompei, entre quienes se contaban Cecilio Jucundo y Metelo Scauro. Y entre plato y plato menudeaban los dichos picantes y las libaciones de vino Rodio y Retio y del Falerno; porque, como dice el poeta:

*Nulla coronata peraguntur seria fronte,  
Nec liquidae vinctis flora bibuntur aquae (1).*

### UN DRAMA LITÚRGICO Y UN «MILAGRO» EN EL SIGLO XV.

#### I.

El majestuoso cenobio benedictino de Sta. María era en los primeros años del siglo xv el amparo del pueblo en donde había sido levantado. En las tristezas de sus moradores y en sus alegrías tomaba parte siempre la religiosa comunidad, custode del edificio, ornamento de la comarca y gloria de la ínclita Orden Benedictina. Había sido edificada la iglesia algunos años ántes al de la época en que ocurrieron los hechos cuyo relato harémos sucintamente, y se sabía por los pergaminos del archivo conventual, que en 1080, siendo abad del monasterio, Gundemaro, monje de gran saber, de mayores virtudes y de voluntad de hierro, se habían echado los cimientos de la actual iglesia, sobre restos de otra anterior, cuya antigüedad se perdía en la noche de los siglos. Reyes, condes y barones asistieron á la solemne ceremonia que se hizo entónces y á las preces que se elevaron al Dios de cielo y tierra y al fundador de la Orden para que bendijesen la obra, á cuyas preces se unió el pueblo, que á la sazón iba acorde con sus prelados y con sus señores en punto á sentimientos cristianos. Posterior á la iglesia fué la construcción del claustro, casa abacial, convento, hospedería y demas dependencias de la santa casa, algunas de las cuales, á la fecha de esta narración, presentaban todavía, en su traza y en la mampostería, indicios de labor muy reciente, que ni siquiera había tenido tiempo para secarse.

Día de la Pascua de Resurrección, de 1400 y tantos, celebraba la Iglesia, y celebraba asimismo el pueblo á que nos referimos, y cuyo nombre importa poco para la autoridad y comprensión de esta verídica historia. Baste saber que se hallaba en una de las comarcas más florecientes de Europa. Por ser tal día y por holgar en el trabajo todos los habitantes, advertíase en calles y plazas animación desusada, que era mayor aún en la vasta plaza que precedía la portada ó fachada anterior del monasterio. A la aurora, los graves y armoniosos sonos de sus campanas habían anunciado á los fieles la función religiosa que en el templo debía verificarse. Cantó la comunidad los divinos oficios con la grandiosidad y la majestad peculiares á los conventos de benedictinos, oficiando de pontifical el Reverendísimo Pa-

dre Abad, que tenía uso de mitra y gozaba de otros privilegios episcopales.

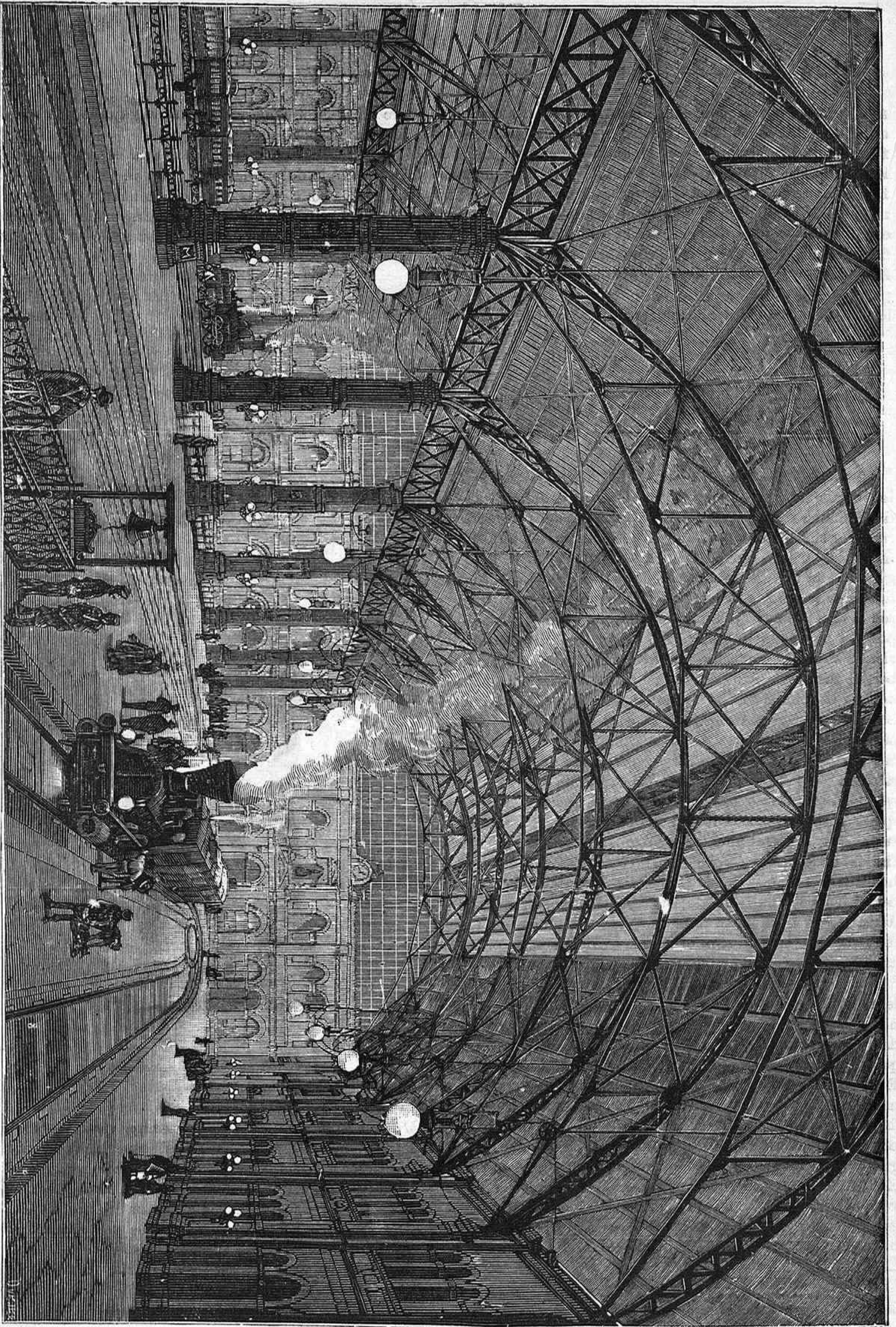
No eran los oficios propios del día el atractivo que llamaba al templo del monasterio á los vecinos del pueblo y de las aldeas comarcanas, aún cuando unos y otros asistieran á ellos con el fervor de firmísimos creyentes. En celebración de la primera Pascua, había dispuesto el Padre Abad que se cantase en la iglesia el drama litúrgico de *Las Santas*



URANIA. — (PINTURA POMPEYANA.)

*Mujeres en el sepulcro*, con la pompa y con el ceremonial desplegados en otras ocasiones. El espectáculo que ofrecía el interior del templo en el instante de comenzarse el drama era por demas imponente. Las tres naves, de una elevación superior á la que suelen tener las construcciones románicas del siglo xi, estaban iluminadas por grandes coronas llenas de ciriales, cuyas luces permitían ver, aunque algo confusamente, los entrelazos, imaginería y caprichosas combinaciones de las robustas columnas que sostenían la pesadumbre del techo, artesonado con armozón de roble, al aire,

(1) Con la frente coronada no se tratan asuntos serios, ni el agua es la bebida de los que se adornan con flores. (OVID. *Fast.*, lib. v.)



MUNICH (BAVIERA). — INTERIOR DE LA NUEVA ESTACION CENTRAL DE LOS CAMINOS DE HIERRO.

ricamente esculpido y estofado. Pequeños ventanales de medio punto, con vidrieras de colores, daban paso á una luz templada, que se derramaba por los tres grandes ábsides del templo y por las naves. A trechos, en alguna de las capillas ó en los intercolumnios, se veían sepulcros de igual sólida apariencia, simples en su ornamentación y con estatuas yacentes de príncipes, próceres, abades y egregios padres de la misma casa. Aquellas imágenes tendidas en sus lechos de piedra, cruzados los brazos ó plegadas ambas manos en actitud que indicaba su conformidad cristiana en el trance de la muerte, completaban el carácter severo del templo románico, tan en armonía con el papel que la Orden Benedictina representaba en el mundo civilizado, y con la fisonomía del siglo, y más todavía de la undécima centuria de Nuestro Señor Jesucristo, en que se levantó aquella grandiosa fábrica.

Esta majestad subía de punto en el presbiterio y retablo mayor. Era éste de plata maciza, dividido en compartimientos, en los cuales estaban representadas en bajo relieve las escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento. El artífice que lo labró, por los años de 1350, tuvo buen cuidado de cincelarlo hábilmente, poniendo en las testas á imágenes de Jesucristo, la Santísima Virgen y los Santos Apóstoles, la unción religiosa más profunda, y realzando los méritos del cincel por medio del esmalte discretamente empleado, y en ciertas partes con el engaste de esmeraldas, rubíes, topacios y otras piedras preciosas. Coronas que pendían de la bóveda y los candeleros de la credenza sostenían cirios y hachones en número bastante á dejar bien iluminado aquel santo sitio, y á permitir, en consecuencia, que los fieles pudiesen contemplar perfectamente las ceremonias litúrgicas que allí iban á verificarse.

El órgano anunció con un prefacio de algunos compases el principio del religioso drama, y á poco aparecieron en el presbiterio tres monjes vestidos con capas pluviales, la cabeza cubierta con sendos velos, en representación de las Tres Marías. Entonando una dulcísima melodía en canto llano gregoriano, empezó el primero de ellos con los siguientes versos:

*Heu! pius pastor occidit  
Quem culpa nulla infecit.  
O res plangenda!* (1).

A cuya estrofa contestó el segundo y luego el tercero, y así, alternativamente por un buen rato, con otras estrofas de igual combinación métrica, en las cuales se dolían de la muerte de Cristo y expresaban su voluntad de llevar aromas al sepulcro con que ungir su precioso y sacratísimo cuerpo. A cuyas palabras responde la aparición de otro monje mozo, que representa al Ángel, vestido con alba bordada de oro, con mitra en la cabeza y *deinfulatus*, ó sea con tiras de lana blanca que le colgaban por los costados. En la mano izquierda llevaba además una palma, y en la derecha, un candelabro con luces encendidas. Puesto al extremo del sepulcro que estaba figurado al pié del ara del retablo cantó con tono solemne y lento:

*Quem queritis in sepulchro, o Christicole?*

(1) «¡Ay, murió el pio pastor en quien no había culpa alguna! ¡Oh, muerte digna de ser llorada!»

á lo que respondieron los monjes que representaban á las Santas Marías:

*Jhesum Nazarenum crucifixum, o Celicola* (2).

Díceles el ángel que Cristo ha resucitado conforme lo predijo á los discípulos, y al oír estas palabras María Magdalena, dejando á sus dos compañeras, se adelanta hácia el sepulcro, echa una mirada en el interior de él, y al notar que faltaba de allí el Divino Cuerpo, prorrumpe en exclamaciones, doliéndose de que alguien lo hubiese robado. San Pedro y San Juan, figurados por un fraile anciano el primero, y por otro jóven el segundo, atestiguan también el hecho: San Pedro cree que Jesús resucitó, y San Juan expone sus temores de que su cuerpo hubiese sido quitado furtivamente del sepulcro, hasta que aparece otro monje, que hace el papel de Virgen María, y, como los anteriores personajes, se cerciora por vista de ojos de la verdad de lo que le han afirmado, y que le confirman dos acólitos ó ángeles, sentados en los ángulos de la tumba, quienes cantan:

*Nolli flere, Maria; resurrexit Dominus, alleluia!* (3).

En este momento entra en el presbiterio un nuevo personaje vestido á manera de hortelano, un azadon en la mano, y con las palabras que dirige á la Virgen María, y con su desaparición súbita, prueba ser Jesucristo mismo, que se le aparece en aquel traje. Voces de júbilo salen entonces de la boca de todos los interlocutores, y sus graves melodías, impregnadas de un sentimiento arrobador de consuelo, vienen esforzadas por los acordes del órgano, que resuenan en todos los ámbitos del templo, mientras el pueblo, á media voz y como acompañando el cantar de los monjes, repite la confesión:

*Resurrexit hodie Rex angelorum* (4).

El venerable Padre que poco ántes había representado al Señor en figura de hortelano aparece ahora como si fuese el Señor mismo en imagen, con dalmática blanca, blancas tiras de lana en la cabeza, y en ella también rica corona de piedras preciosas, y en la derecha mano, la cruz con el lábaro de salvación. Dirigiéndose á las Santas Mujeres, les dice suavemente que nada teman y que lo anuncien á sus hermanos para que vayan á Galilea, en donde le verán conforme les profetizó. *Alleluia*, cantan todos los interlocutores; *alleluia*, canta la comunidad benedictina, y en *alleluia* prorrumpan los fieles, siguiéndose á estas palabras de regocijo el himno *Te Deum laudamus*, á coro por todos los asistentes, y acompañado por el órgano; sublime melodía que deja entrever al creyente las bienandanzas de la mansión celeste, que conforta al alma en medio de los dolores terrenales, y que dió al drama litúrgico que acababa de representarse, el coronamiento más apropiado á su cristiano fin, á la piedad de los monjes y al fervor de cuantos fieles habían asistido devotamente á la sagrada ceremonia.

(2) «¿A quién buscáis en el sepulcro, oh seguidores de Cristo? — A Jesús Nazareno crucificado, ¡oh morador de los cielos!»

(3) «No lloreis, María: el Señor ha resucitado. ¡Alleluia!»

(4) «Ha resucitado hoy el Rey de los ángeles.»

## II.

Víspera de Quincuagésima señalaba el calendario el día en que el pueblo en donde se encontraba el monasterio de Santa María era todo holgorio y bullicio, por darse el primer paso para la representación, en fiestas de Pascua, de un *milagro* recién compuesto por uno de los poetas más renombrados de la época. Los ordenadores ó mayordomos del espectáculo dispusieron que en aquel día se hiciese el pregon al intento de convocar á cuantos por sus aficiones se hallaban en el caso de tomar parte activa en el desempeño de la obra dramática. Poco ántes que los pacíficos moradores del pueblo se sentáran á la mesa para la comida, el cortejo del pregon se puso en marcha, y los sonos de las trompetas anunciaron su aparición estrepitosamente. Apénas su rumor se percibía en una calle, cuando las puertas y ventanas se llenaban de espectadores como por encanto, aguzando luego todos el oído para entender bien la alocución en verso, que en sitios de antemano indicados pronunciaba el ordenador, corifeo ó empresario del espectáculo. Advertía el tal en su perorata, que el día de la Pascua de Resurrección se ejecutaría en la plaza del Monasterio el *Famoso milagro de Oton, rey de España*, y avisaba á cuantos hubiesen salido anteriormente en *juegos de escarnio y misterios*, ó conociesen que no les faltaba habilidad para aparecer en los tablados, á que acudiesen á la casa de los prohombres ó mayordomos de la fiesta, á fin de inscribir sus nombres y pasar despues por el exámen prévio, al objeto de acreditar que en punto á decir bien el papel, vestirlo con decoro y sacar el personaje á las tablas no habian de dejar desairado el buen nombre que en semejantes representaciones se habia conquistado el pueblo desde luengos años. Un trompeteo más estrepitoso que el primero cerraba el discurso, y el cortejo volvía á ponerse en marcha sin alterar el órden del acompañamiento en lo más mínimo, y al rumor de los comentarios que animadamente hacian los vecinos de la calle ó plaza en donde el pregon acababa de hacerse. Y así desfilaron por la carrera un piquete de arqueros con sus ballestas al hombro, que abrian el paso; seis trompeteros á caballo, con sendos largos clarines y el escudo del municipio en banderolas y gualdrapas, la bandera de la cofradía de Nuestro Señor Jesucristo en su Resurrección Santísima, llevada por los cofrades más devotos, los mayordomos de la fiesta, y entre ellos dos reverendos padres benedictinos del Monasterio, pues así el Padre Abad, como la Comunidad toda, tenían gran placer en asociarse á los regocijos populares, si con ellos no se causaba ofensa á los Mandamientos de la Ley de Dios, ni á los de su Santa Iglesia; los directores ó empresarios del Misterio, con el orador, en sitio privilegiado, llevando escrito en un pergamino, en gruesos caracteres, el discurso en verso, por si en lo mejor del caso le jugaba la memoria una mala pasada, y por fin, un pelotón no pequeño de ciudadanos, montados en su mayoría, que, á guisa de escolta, cerraba el animado acompañamiento.

En la cuadra mayor de la citada cofradía pasaron el exámen los aspirantes á figurar en el misterio, aprontando cada uno además un escudo para subvenir en parte á los gastos. Sentados los examinadores en un sitial ó banco tallado con relieves ojivales y el imprescindible escudo de la cofradía; rezado devotamente el *Credo* ante el precioso tríptico de la

testera, en el cual se veían pintados sobre fondo de oro, en el compartimiento central la Resurrección del Señor, y en los laterales la Crucifixión y su gloriosa Ascensión á los cielos, empezaba el exámen tomándole el papel á cada examinando, y haciendo que lo dijese allí y lo accionase como si estuviese en la plaza subido en el tablado. No era corto el *Milagro del rey Oton de España*; pero comparado con el *Misterio de la Pasión*, por ejemplo, bien podría llamársele corto y archi-corto. Ni el protagonista ni la hermosa reina Juana tenían que aprenderse de coro cuarenta mil versos próximamente, como en la *Pasión* tenía que hacerlo el actor á quien se le confiaba el papel de Jesucristo. Los ensayos salieron á pedir de boca: diligentísimos todos los figurantes, no hubo que imponer á ninguno la multa que en pena de faltas y descuidos fijaban los estatutos ordenados por la cofradía para casos tales, y por afición al arte dramático, por orgullo del pueblo y por cristiano deseo de celebrar fastuosamente la Pascua, se despilfarraron todos los interlocutores, procurándose, ó con dinero propio, ó merced á la buena voluntad de algun amigo que se lo prestaba, trajes, armas y adminículos varios con que caracterizar á maravilla y sacar bien vestidos desde el Rey de España, cuyo nombre ha quedado sepultado en la oscuridad de los siglos, por cuya razón no lo registra la Historia, hasta el escudero humilde, personaje que no habla, encargado de llevarle las armas á la Reina, cuando, en disfraz de hombre, tiene que pelear con sus calumniadores en defensa de su honor mancillado.

Llegó con esto el Sábado Santo, y el toque de gloria, despues del cual otra vez por calles y plazas reinó bullicio igual al que el pregon del *milagro* habia promovido. Érase que se iba á hacer la *muestra*, y que de la casa de la cofradía se esperaba que apareciesen cuantos debian componerle. Del gran ventanal de columnas pareadas y calados góticos delicadamente labrados, que dominaba en el cuerpo superior de la casa-cofradía, colgaba lujoso paño de seda con bordados de plata y oro primorosamente ejecutados, así en la orla como en el centro, en donde campeaba la imágen de Nuestro Señor Jesucristo en su triunfante Resurrección, bordada al recamo con sedas de colores por mano peritísima en el oficio. Signo era la colgadura de que los cofrades estaban de fiesta, y, en efecto, apénas las campanas del pueblo habian terminado el repiqueteo de la *Alleluia*, cuando rechinaron los soberbios goznes de la puerta principal de la casa, y salieron por ella á la calle los personajes de la muestra, precedidos asimismo de ballesteros y trompeteros. Entónces fué de ver amigablemente emparejados al rey Oton con el traidor Raul; á la bella reina Juana, un mozo imberbe de bonita cara, con el emperador Lotario; al rey de Granada, con la Santísima Virgen, representada por otro niño de faz más hermosa aún que el primero; barones armados de todas armas, con pajes y escuderos, y en una palabra, la turbamulta de figuras que se necesitaban para desempeñar el drama, cual lo demandaba el interés de la historia religiosa en el mismo contenida y la fama que el canónigo su autor se habia conquistado en la comarca y fuera de ella por su inventiva é ingenio poético. Y allí era de ver también al rey Oton con sombrero de largas plumas, capa azul, jubon de la misma color con acuchilladas y greguescos de color de rosa; al emperador Lotario

con ropa parecida, pero de más boato, gracias á una capa de magnífico brocado, que al andar le arrastraba por los suelos, y á una peluca desmesurada que encuadraba su rostro, haciéndole más reverendo; y por fin, á la Virgen María con rozagante vestido de raso leonado vareteado de oro, brahones en las mangas y aljófares en la cabeza y corpiño, con más una antiquísima corona de similor y piedras imitadas, que proclamaba á la vista del pueblo su celestial alcurnia. Parecióle al vecindario superlativamente bella la muestra, y con tal antecedente, se prometió horas muy entretenidas para la tarde del siguiente día.

### III.

Hermosa vista presentaba en la tarde de la Pascua de Resurreccion la plaza del monasterio benedictino de Santa María. Servía de fondo al cuadro la portada del convento, página admirable de labor románica. Por ambos lados de la puerta de ingreso al templo, enriquecida por columnas y arcuaciones, que así podían tomarse por obra de artífice cristiano como por trabajo de artífice moro, desplegábanse series de bajos relieves, en que se veían desde la creacion de nuestros primeros Padres, su pecado y expulsion del Paraíso, hasta el sacrificio de Nuestro Divino Redentor en el Gólgota y las escenas de más difícil representacion contenidas en el libro del Apocalipsis. Formando como jalones en esta suerte de himno en escultura ó de arco triunfal de la Sacrosanta Religion Cristiana, aparecían en determinados puntos los atributos de los Santos Evangelistas ó figuras que con mayor ó menor tosquedad, pero con profundo sentimiento religioso, venían á ser imágenes de los Profetas de la Ley antigua, que en diversos períodos vaticinaron la venida del Salvador y los sucesos más culminantes de su Pasion y Muerte. Plúgole al escultor que de tanto ingenio poético y de tanta maestría en la talla habia hecho gala en la portada, callar su nombre cuidadosamente, en la creencia, sin duda, segun acontecia tambien en otros de sus piadosos compañeros, de que ya era bastante pago para su obra que pudiese emplearse en honra y gloria de Dios y de su Santísima Madre, y de que en punto á gloria aspiraba sólo á la del cielo, por creerla más envidiable y duradera que la que pudiesen concederle los hombres en la tierra. Por encima de esta rica página arquitectónica abriase un ventanal, mucho mayor y más rasgado de lo que solían ser ésta clase de huecos cuando se construyó el templo, debido á que esta parte se realizó mucho más tarde, ó sea promediando la mitad del siglo anterior décimocuarto. Una torre-campanario cuadrada, robusta en grado extraordinario, con cinco órdenes de galerías, sostenidas por elegantes columnitas y adornado cada cuerpo con arcuaciones y canecillos, completaba el conjunto de la fachada principal del cenobio, y le daba mayor majestad y grandeza, haciéndole visible á los pueblos comarcanos desde larguísimas distancias.

Los tres restantes ángulos de la plaza estaban ocupados por casas de modesta apariencia, con sola una excepcion, que la formaba el palacio del señor del lugar, noble de muchos cuarteles, y por cuyas venas corría sangre Real á juzgar por lo que él afirmaba y por lo que, al decir de erudito monje, se leía en vestutos pergaminos de su archivo. Muchas eran las casas que en sus paredes tenían nicho ó pea-

na con la imagen de la Virgen ó de algun santo, y en las que no le habia no faltaba algun signo, salutacion ó indicio, por el que se sacaba claramente ser cristiano fervoroso quien ó quienes la habitaban. En dos compartimientos resultaba dividido el frente del palacio á que ántes hemos hecho referencia, division formada por dos ventanas cuádruples, en ojiva y rosetones calados, ocupando el espacio intermedio un relieve en mármol con la Santísima Virgen y los santos patronos de la ínclita familia, surmontado por el escudo de armas de la casa, hecho segun la misma labor y de idéntica materia.

En todas las ventanas y ventanales hallábanse asomados los moradores, ansiosos por ver el comienzo del espectáculo. Ocupaban el centro de la plaza, sentados unos, de pié otros, no pocos tendidos en el suelo, muchedumbre de curiosos del pueblo en donde el espectáculo se daba, y de otros varios distantes algunas leguas á la redonda, formando en conjunto el cuadro más movido y abigarrado que imaginarse pueda. No faltaba en sitio preminente, y desde el cual pudiera contemplarse muy á sabor el *milagro*, un catafalco, adornado con tapicerías, en el que se sentaron los personajes de los tres brazos que habian formado parte más principal en la preparacion, ensayo y presentacion definitiva de la esperada obra dramática. No léjos de este catafalco se alzaba el tablado para los cómicos, dispuesto en tres compartimientos, que figuraban respectivamente la córte del rey Oton de España, la del emperador Lotario y la del Rey de Granada, á reserva de cambiar la semblanza de uno ú otro por medio de telas tejidas ó malamente pintadas, y á veces con solo un trasto, verbi gracia, una tosca palmera para indicar que la escena pasaba en Oriente. De igual sencillez participaban las tres córtes del Emperador y de los dos Reyes; pues su mayor y más regio ornato consistía en un sitial recamado de oro y plata, con las armas del señor del lugar, que éste benévolamente habia tenido la dignacion de prestar á los prohombres y mayordomos de la fiesta, á fin de contribuir á su lucimiento y al regocijo de sus vasallos.

Así dispuestas las cosas, tras prolongados toques de clarín acallaron los murmullos de los espectadores, y dieron la señal de que empezaba *El famoso Milagro de Oton rey de España*.

Corrióse la cortina que correspondía al departamento de este monarca, y, con el traje ántes descrito, apareció el actor que debia representarlo, y le participó á su mujer la Reina que iba á guerrear, y que en prenda y guarda le dejaba una reliquia, que debia conservar sin mostrarla nunca á nadie, «y ella será, dijo, la señal secreta que tendremos el uno para el otro.» Cambióse el lugar de la escena descorriéndose la cortina que correspondía á la córte del Emperador, y corriéndose la otra, y tras de algunos coloquios nada pertinentes á la accion del drama, vuelta otra vez que el rey Oton llega á sus estados triunfante, se encuentra de manos á boca con el conde Raul y le elogia la fidelidad y santo proceder de su esposa la bella reina Juana, con la que va á reunirse nuevamente.

—Rey Oton, le dice sonriendo el Conde, quien fie en la mujer es un ignorante. Me glorío de no haber conocido mujer alguna que resistiera mis solicitudes á la tercera vez de hablarle.

—Mal pensais de las damas, conde Raul.

—Señor, replicó éste, apuesto vuestra Real corona contra mi feudo que lograré el consentimiento de vuestra esposa, si puedo hablarle á solas. Vamos, pues, apostad.

Oton acepta la apuesta y queda convenido que la ganará el Conde si tiene habilidad suficiente para descubrir una señal oculta de la Reina é indicar dónde la tiene: ha de traer por añadidura una prenda que el Rey dió en secreto á su mujer.

En un abrir y cerrar de ojos, con sólo tirar un cortinon en el fondo de la escena, cátese que el conde Raul se encuentra en el camarín de la bella reina Juana, á la que cuenta cómo su marido se ha quedado en Roma perdidamente enamorado de una doncella romana, y cómo esta muestra de ingratitud é infidelidad ha sido causa de que él se enamorara á su vez locamente de la Reina. Indignada la dama le echa de su presencia, lo cual no desconcierta al audaz prócer, quien acude á la astucia para ganar la apuesta. Sirvióle para el caso una doncella de la Reina, muchacha antojadiza, amiga de traerse bien y andar galana, la cual, por treinta marcos de oro, queda en revelar á Raul la señal que le importaba conocer y en darle el joyel que la augusta señora guardaba cuidadosamente como recuerdo de su marido. Englantina, que así se llamaba la doncella, le da un narcótico á su ama, y cuando la ve dormida, *coram populo* le quita la reliquia y descubre la señal.

En la córte del emperador Lotario presenta Raul al rey Oton el joyel, y le dice al oído qué ha descubierto en la noble dama. Furioso el monarca, vuela á España para castigar á su esposa. Sábelo ésta por diligente mensajero; desespérase, y en medio de su dolor invoca á la Santísima Virgen, que se le aparece vestida y tocada, segun hemos dicho, como una gran señora de la córte del Emperador, y aconseja á la atribulada princesa que se refugie en la córte de su tío el rey Alfonso de Granada—que no era moro á la sazón por gracia de la historia que se usaba en los *milagros* y en los *misterios*—y que se vaya allí disfrazada de hombre. Y héte ahí que se descorre la cortina del tercer departamento y que aparece la córte de Granada, hermana gemela, por la apariencia, de las otras dos córtes.

—Señor, dice la Princesa, convertida en gentil paje, al rey Alfonso; me llamo Dionisio; cabalgo bien; sé manejar lanza y escudo y conducirme valientemente en los combates. Soy además buen copero, y os serviré á la mesa con amor y diligencia, si me admitís en vuestra casa.

—Bien venido sea el paje Dionisio, á quien admito gustoso en mi Real palacio.

Mientras esto pasa, y mientras Oton, llegado á España, chilla y se mesa las barbas porque no encuentra á la bella reina Juana, se arma tremenda marimorena entre el emperador

Lotario y el rey de Granada. Dionisio, el gentil escudero y paje le pide al Rey su vénia para ir al encuentro del Emperador y ver si logra poner paz entre los dos soberanos, lo cual concedido, parte inmediatamente con dos caballeros que le sirven de escolta. De nuevo, en un santiamén, se halla la Princesa en la córte del emperador Lotario, espectáculo que promueve murmullo de aprobacion en todo el auditorio, porque el monarca sale rodeado de media docena de personajes con variadas vestimentas, que figuran ser los altos dignatarios y barones de la córte imperial.

—Señor Emperador, dice la disfrazada Reina, que el Dios de cielo y tierra conceda dichas sin cuento y larga vida á vos y á los barones aquí presentes, con excepcion de uno solo, el conde Raul, á quien en presencia de esta noble asamblea acuso de traidor, porque con impostura y sin fundamento se ha jactado de haber obtenido los favores de una hermana mia; mentira infame, que ha trastornado el juicio de vuestro sobrino el rey Oton de España, que á mí me tiene acuciado, y por lo cual quiero batirme con el traidor y vencerle en campo cerrado. Señor Emperador, hacedme justicia.

Con gritos de entusiasmo es acogido este discurso por los espectadores, cuya admiracion se aviva más todavía al ver aparecer en el tablado á un caballero, cubierta la cabeza con almofar y mallada toda la vestidura, el cual reclama el derecho de entrar el primero en la liza contra Raul, declarando al Emperador que es su sobrino Oton de España. Dicho y hecho; ármanse los combatientes, y á los dos ó tres golpes de mandoble dados por Oton, el conde Raul se viene al suelo, en medio de los estrepitosos aplausos del auditorio, ganoso de encontrarse en las tablas para darle su merecido al vil calumniador de tan hermosa y honesta princesa.

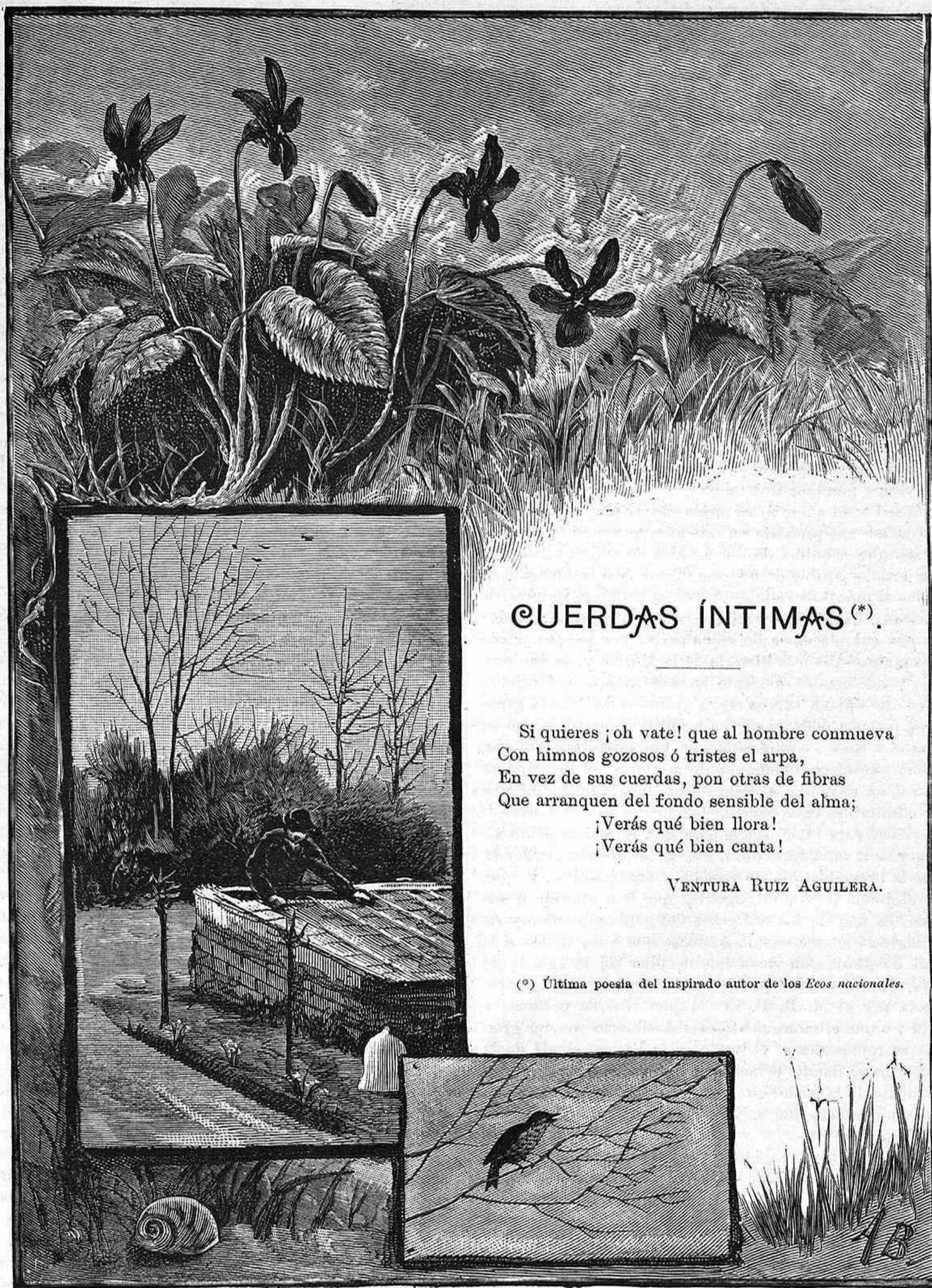
—Ladron de honras, confiesa que mentiste, prorumpen Oton con enojo.

Y Raul, con voz sumisa, refiere delante de todos los circunstantes el suceso de la doncella Englantina y de los treinta marcos de oro, por cuyo camino adquirió la joya y conoció la señal secreta de la Reina. El paje Dionisio recaba entónces del Emperador que haga las paces con el Rey de Granada; y quitándose la visera del casco, que hasta entónces habia llevado caída, dase á conocer á su esposo, que la abraza tiernamente, perdonándole ella su falta de confianza y las penas que le habia causado, y prorumpiendo todos en loores á la Santísima Virgen, por cuya celestial intervencion la bella Princesa habia restaurado su fama, recobrado á su marido y puesto fin al *Famoso Milagro del rey Oton de España*.

F. MIQUEL Y BADIA.

(De un libro en proyecto.)





## CUERDAS ÍNTIMAS (\*).

Si quieres ; oh vate! que al hombre conmueva  
 Con himnos gozosos ó tristes el arpa,  
 En vez de sus cuerdas, pon otras de fibras  
 Que arranquen del fondo sensible del alma;  
 ¡Verás qué bien llora!  
 ¡Verás qué bien canta!

VENTURA RUIZ AGUILERA.

(\*) Última poesía del inspirado autor de los *Ecos nacionales*.

## EL STABAT MATER DE ROSSINI.

**R**L *Correo*, periódico literario y mercantil, uno de los pocos que veían la luz en esta villa y corte por los años de 1833, en un artículo que publicó el Miércoles Santo, dedicado á encomiar al entonces Comisario general de Cruzada D. Manuel Fernandez Varela, gran protector de las letras y las artes, y cuyo admirable retrato, debido al pincel del famoso Lopez, han podido ver mis lectores en la Academia de San Fernando, despues de recordar que, debido á la munificencia de aquél, iba á contemplar el público madrileño en la Semana Santa varios monumentos nuevos en sus iglesias, añadía: «La piedad y el amor á las artes del expresado excelentísimo señor nos presenta en este año un nuevo testimonio del deseo que le anima de dar á todos los objetos del culto todo el ornato posible de que son dignos, y á la devoción de los fieles el más dulce aliciente, con el poderoso impulso de la música..... Una feliz casualidad contribuyó á tan laudable fin, y nos complacemos en estamparla, por cuanto puede servir en algun dia á la historia de la Música y de sus profesores y aficionados. Durante la permanencia del célebre maestro Rossini en esta corte, significó á S. E. cuán grato le sería poderle dedicar alguna peculiar composición en su obsequio; y S. E., complacido con tan espontanea oferta, le indicó que al complemento de la gloria del Príncipe de la música en el presente siglo sólo faltaba emplear alguna de sus admirables composiciones en homenaje de la Divinidad.—Bastó esta insinuación para que el artista sólo exigiese que se le señalara asunto, y S. E. le propuso el *Stabat*. Esta es la breve historia de una obra aún no oída, y que, según el juicio de los inteligentes que han asistido á sus ensayos, es uno de los esfuerzos del genio armónico y de una imaginación creadora..... Añádase que estos cultos á la soledad de María son devoción peculiar de la Iglesia de España; que al *Stabat* precederá la oración análoga pronunciada por el M. R. P. Fr. Miguel Huerta, predicador de S. M., y que el monumento estará cubierto con un gran lienzo que representa el Calvario, y la Virgen al pié de la desnuda Cruz, dando principio tan piadosa función á las seis y media de la tarde; circunstancias todas que, sin duda, producirán el efecto que S. E. se propone al costear tan piadoso ejercicio.»

Inútil es añadir, por sabido, que esta solemnidad musical se celebró el Viernes Santo, cinco de Abril del año ya citado, en la iglesia de PP. Agustinos de San Felipe el Real, cuyo hermoso claustro, bella obra, como la califica el por tantos títulos respetable Sr. Mesonero Romanos en su *Antiguo Madrid*, de Francisco de Mora, bajo la traza de Andres de Nántes, vieron con dolor desaparecer los apasiona-

dos de nuestras glorias artísticas, cuyas famosas *gradas* tanta materia dieron á nuestros autores dramáticos y novelistas de los siglos XVII y XVIII, y cuyas *covachuelas*, en fin, aún recordamos los que *de los años la corriente* va argumentando con tenacidad implacable la cabellera.

Testigos presenciales cuentan que, ántes de empezar la música en la función dicha, el tumulto que habia en el templo era imposible de describir; la iglesia habia sido tomada por asalto; los gritos, los desmayos se sucedían, y la confusión, dicho se está, no cesaba, siendo inútiles cuantos esfuerzos hacia el padre predicador para dominar con su voz estentórea aquel verdadero *mare magnum*, que convertía su oratoria, en medio de tanta gente, en verdadero sermón en desierto. Las curiosísimas *Memorias de un Setenton*, del señor Mesonero Romanos, nada dicen, sin embargo, de esto; los periódicos de entonces guardaron profundo silencio, y hasta hubo alguno, como la *Revista Española*, que llegó á decir que «la función contribuyó á la solemnidad del dia que con tanto recogimiento y devoción han celebrado y celebrarán siempre todos los pueblos católicos»; y el *Diario de Avisos*, de los siguientes dias, al que acudí para deducir por los efectos las causas, sólo anunció, en la sección de «pérdidas», que «el Viernes Santo por la noche se habia extraviado en la capilla de San Felipe el Real un bastón de caña de Indias con puño de oro, y se suplicaba al que lo hubiera encontrado tuviese la bondad de entregarlo al Padre sacristan mayor de dicha iglesia, quien daría más señas y el hallazgo»;—extravió que, como mis lectores ven, no da gran luz, que digamos, para confirmar lo que, como he dicho, me han referido testigos presenciales y hasta pacientes de lo que contado queda.

La señal dada por el respetable maestro Carnicer para comenzar el *Stabat* pudo más en el auditorio que toda la elocuencia del reverendo P. Huerta, y al tumulto sucedióse un prolongado silencio, que sólo fué interrumpido en más de una vez por los aplausos con que, sin tener en cuenta la santidad del lugar, fué acogida la obra del inmortal cisne de Pésaro. El éxito que obtuvo, ocioso es decirlo, si bien no estará de más añadir que, aunque en gran manera fué debido al indisputable mérito de algunos de los trozos de que la obra constaba, no escasa parte tuvo en ella también el nombre de Rossini, y pocas veces pudo decirse con más razón, según más adelante se verá, que el pabellón cubrió la mercancía.

En cuanto al juicio que mereció á la prensa española, puede suponerse, y nada nuevo aprenderían mis lectores con saberlo; pero como dato para la Historia, no estará de más citar los siguientes párrafos de la *Revista Española* del 9 de Abril, que á la letra dice así: «El célebre compositor confiesa en la carta original que acompaña á su composición

que no es éste el género de música á que está acostumbrado, y que, por lo mismo, ha exigido de su parte un cuidado particular. Añadé que, como sus deseos se limitan á dar gusto á los oyentes, ha remitido tambien instrucciones para el profesor que debiera presidir la ejecucion de sus conciertos filarmónicos, á fin de producir buen efecto.— A la verdad, el maestro Rossini ha conseguido cuanto deseaba ó pudiese desear para el triunfo de su *Stabat*, puesto bajo la direccion del maestro Carnicer, cuyo mérito científico es ya tan conocido en Europa, y era de esperar que el objeto que tenía en vista no podia quedar frustrado.» Y más adelante añadía: «En cuanto á la ejecucion, no podemos ménos de decir que fué perfectamente desempeñada, y que las ochenta personas de que se componia la orquesta, entre profesores y vocalistas, todos contribuyeron de un modo muy eficaz al triunfo del autor, al lucimiento de los directores, y al aplauso y agradable sorpresa del público inteligente.»

El *Stabat*, á pesar de esto, tardó largo tiempo en repasar el Pirineo y ser conocido del mundo músico, y lo que es más, el manuscrito original, que, á no dudar, guardaria Varela con el mismo exquisito cuidado que la pluma con que se escribió, y que, al decir de las *Memorias de un Senton*, conservaba encerrada en un precioso estuche, corrió grave riesgo de sufrir la suerte de tantos y tantos otros interesantes documentos como la incuria y un indisculpable abandono han destruido en nuestros dias. Aquel ostentoso y espléndido Comisario de Cruzada, aquel Mecénas, á quien sus favorecidos llamaban el *Magnífico*, murió, al decir de su médico de cabecera, de cuyos labios lo tengo oido repetidas veces, en completo abandono de amigos y servidores, justificando una vez más la razon que tenía Quevedo al decir: «Trabajosa es la muerte, pero docta»; y cuando, pocos dias despues, volvió aquél á la morada del ya difunto Varela, tropezó en uno de sus desiertos salones con un monton de papeles, cuyo destino, á juzgar por el hacinamiento y confusion en que estaban, no era empresa difícil adivinar. Llamó su atencion un rollo grande que allí se veia, y picado de la curiosidad, se puso á examinarle; era ni más ni ménos que la particion original del *Stabat*, que, desde luégo se apresuró á entregar á los que aún guardaban la casa, librando de este modo tan estimable reliquia de un fin próximo y desastroso.— Tal hallazgo, que, como me lo contaron te lo cuento, lector pío, dió más tarde ocasion á curiosas historias y revelaciones, que capítulo aparte merecen, y de que te enterarás, caso de que no tuvieres noticia de ellas, si tienes la paciencia de leer estos desaliñados apuntes hasta el fin.

Ocho años despues de lo que va referido, ó sea en 1841, anunció en París el editor de música Aulaguier la publicacion del *Stabat*, del cual se decia propietario, mediante dos mil francos que habia satisfecho, segun documento que más tarde exhibió, á F. Oller Chatard, quien en dicho papel declaraba haber comprado, á su vez, á los testamentarios del comisario Varela, por escritura otorgada el 1.º de Diciembre de 1837, la particion original, «encargada por aquél y pagada por él mismo á Rossini.»

El inspirado maestro, que no pecaba ciertamente de desinteresado, y que á más veia descubrirse la mala partida que, hasta cierto punto, habia hecho á los españoles, albo-

rotóse con la noticia, y trató de oponerse á toda costa á los propósitos de Aulaguier, que si por un lado creia perjudiciales á sus intereses, por otro consideraba no habian de hacer gran provecho á su reputacion, dada la ligereza con que parece estaba instrumentada la obra, y más que todo, la colaboracion que en ella habia de manos ajenas, debido sea al deseo de verse libre del continuo asedio en que el banquero Aguado le tenía para que la concluyera, tal vez á que la indolencia y el *dolce far niente* en que ya vivia pudieran más en él que los compromisos contraidos, ó si hubiera de darse fe al mismo interesado y á su biógrafo Alexis Azevedo, á una ligera pero molesta enfermedad que le acometió y obligo á *fortiori* á dar punto á sus tareas y rogar á Tadolini, maestro de canto del teatro Italiano, escribiese lo que aún faltaba, que no era poco á la verdad. Para ello dirigió várias cartas tanto á Aulaguier como al editor Troupenas, en las que paladinamente confesó que en el manuscrito enviado á España no era oro todo lo que relucia, lo cual, á ser justos, ya habia declarado, en cierto modo, á un maestro español, tan modesto como sabio, y cuyo nombre no me es lícito revelar, con quien tenía gran amistad, y á quien poco despues del estreno en San Felipe el Real pedía su opinion sobre la obra y preguntaba acerca del efecto que habia causado en la coronada Villa.

Hé aquí las más interesantes de las epístolas dichas, dadas á luz por los hermanos Scudier en un curioso libro que hace años escribieron sobre Rossini, y cuyos datos, como suministrados por testigos mayores de toda excepcion, he de seguir con preferencia á los de otros biógrafos del gran maestro en la relacion presente:

«Mi querido Troupenas: He recibido vuestra carta de 16 del corriente, y voy en seguida á ocuparme de marcar en el Metrónomo los tiempos de mi *Stabat*. En la última carta que he recibido de Aulaguier, éste, fortalecido con la copia que posee, me amenaza con un pleito, pretendiendo que el regalo que recibí del Reverendo de España constituyó para éste un contrato de venta. Esto me divierte en gran manera. Asimismo me amenaza con hacer ejecutar el susodicho *Stabat* en un concierto monstruo. Si tal cosa estuviera para realizarse, entiéndase que por esta carta os doy poderes amplios á fin de que los tribunales y la policia impidan ejecutar una obra en la cual *no hay más que seis números de mi composicion*. Por este mismo correo os envío tres trozos que he puesto en partitura, y sólo me resta enviaros el coro final, que recibiréis en la próxima semana. Cuidad de no encarecer mucho en los periódicos el mérito de mi *Stabat*, porque es preciso evitar que se rian de vos y de mí. Adjuntas dos cartas de Aulaguier, para que conozcais sus intenciones, en la inteligencia de que esto sea para vos solamente. Por último, no estará de más que os advierta que he contestado á aquél diciéndole que jamas firmé contrato alguno de venta con el Reverendo Varela, á quien no hice más que dedicar el *Stabat*, y que ademas *la mayor parte de las piezas de que consta no son composiciones mias*, así como estoy decidido á perseguir hasta la muerte, sea en Francia, sea en el extranjero, á todo editor que intentára estafarme.— *Joaquin Rossini*.—Bolonia, 24 de Setiembre de 1841.»

Esta carta venía acompañada de un acta de cesion de la propiedad de la obra de que se trata en favor del dicho

Troupenas, mediante el precio de seis mil francos, pagaderos el 15 de Febrero siguiente.

Al propio tiempo Rossini escribía á Aulaguier lo siguiente: « Á mi vuelta del campo he encontrado vuestra carta, que me esperaba hacia cuatro dias, lo cual explica el retraso en contestarla. Me decis que os han vendido la propiedad de lo que yo me limité solamente á dedicar al reverendo Padre Varela, reservándome publicarlo cuando lo creyese conveniente. Sin entrar á discutir esta especie de estafa que se pretende hacerme, debo declararos que si el dicho *Stabat* se publicase, ya fuera en Francia, ya en el extranjero, sin autorizacion mia, estoy firmemente decidido á perseguir hasta la muerte á los editores que tal hiciesen. Además, debo añadir que en la copia que al reverendo Padre envié sólo hay seis números de mi composicion, por haber tenido que encargarse á un amigo que concluyera la obra, que yo no pude terminar á causa de una grave indisposicion que por entonces sufrí. Os creo buen músico; y si examináis la partitura, bien fácilmente podréis reconocer la diferencia de estilo que hay entre unos trozos y otros. Poco tiempo despues, y repuesto de mi dolencia, acabé la obra, y en mi poder están los autógrafos de las nuevas piezas musicales. Siento mucho no poder permitir la publicacion de mi *Stabat Mater*, y deseo una ocasion favorable en que poder probaros la distinguida consideracion con que soy vuestro afectísimo.— *Joaquin Rossini*.—Bolonia, 28 de Setiembre de 1841.»

El pleito iniciado, y que terminó más tarde declarando los tribunales á Troupenas único y legítimo propietario de la particion, armó el ruido que es consiguiente, y la aparicion de una obra de Rossini, despues de un silencio que tanto deploraban sus admiradores, puso, al decir de Adolfo Adam, en sus interesantes *Memorias*, en conmocion al mundo musical. Poco tiempo despues se hizo en casa de Zimmerman una primera lectura de ella, á la que asistió un reducido número de admiradores de aquel á quien la envidia mal comprimida de Berton hacía llamar *Il signore Vacarmini*, y al cabo de algunos dias se reunieron en los salones de Herz, invitados por el ya citado Troupenas, los artistas y literatos más distinguidos que á la sazón habia en París, para oír los principales trozos del *Stabat*.

Refiere Adam, que asistió á tan memorable sesion, que el piano fué tocado por Labarre; el cuarteto de cuerda y los coros estuvieron dirigidos, respectivamente, por Girard y Panseron, y los solistas, primeros intérpretes de la hasta entonces única obra religiosa de Rossini, eran la Viardot-García y la Labarre, Alexis Dupont y Gheraldi. « Raras veces, dice aquél, podrá verse una simpatía tan igual y un cambio tan recíproco de sentimientos, de emociones y de aplausos. Los hombres estaban en un salon, las mujeres en otro, obteniéndose así la seguridad de que no habria lugar á distracciones de una parte ni de otra, y que toda la atencion se fijaria sobre el objeto que allí les habia reunido; cosa bien rara en los conciertos, adonde frecuentemente se va atraídos, tanto por el deseo de admirar bellos rostros ó lucir nuevos trajes, como por los encantos de la música.»

Los hermanos Scudier, testigos tambien de aquella solemnidad, y fanatizados (son sus palabras) con las sentidas melodías allí escuchadas, consiguieron de Troupenas que les cediera, por ocho mil francos, el derecho de hacer oír la obra

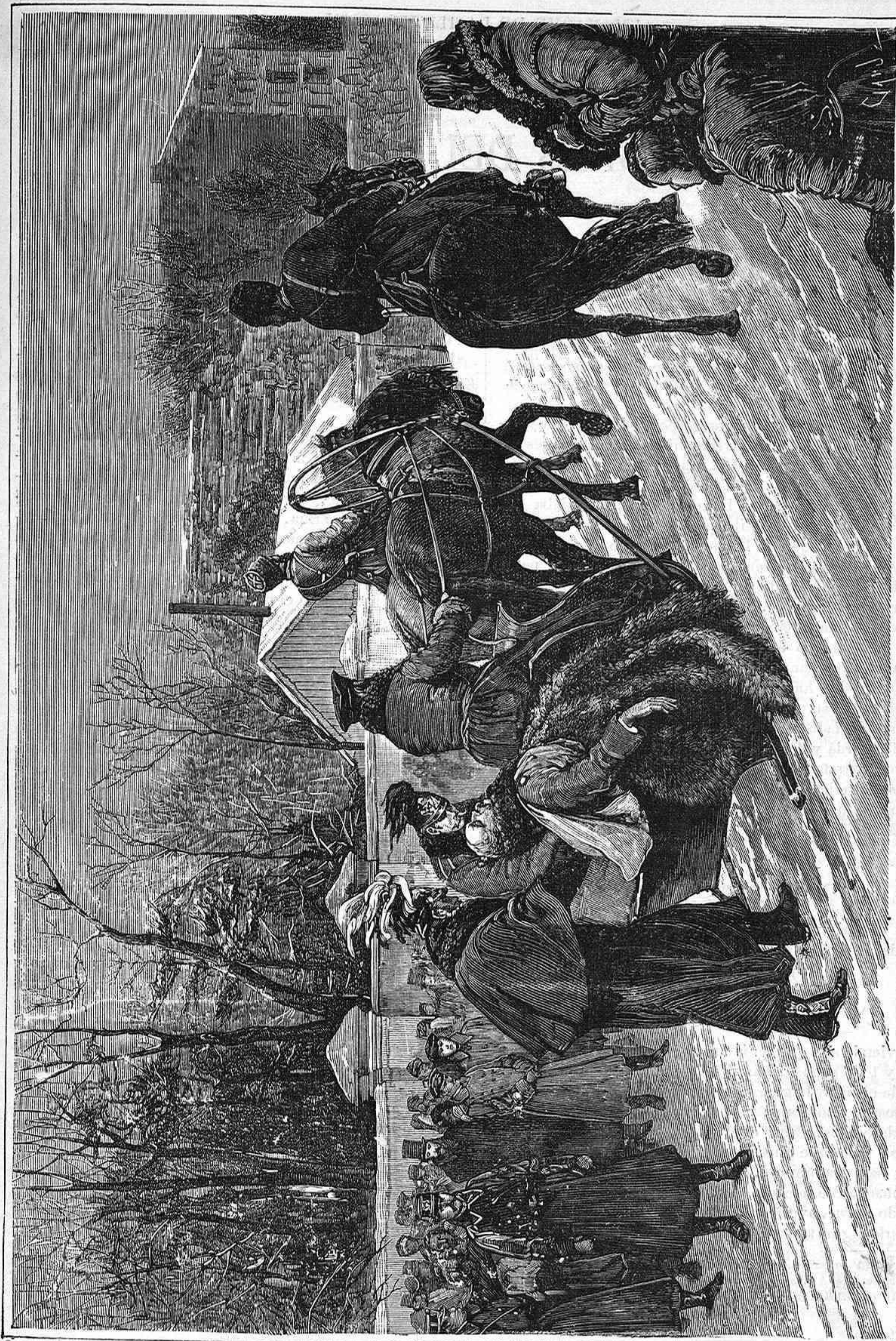
durante tres meses á los parisienses, emprendiendo acto continuo los trabajos necesarios para ello. En la relacion que hacen, cuentan que, ante todo, quisieron asegurarse la cooperacion de las celebridades musicales que entonces habia, y que en los primeros pasos que al efecto dieron la suerte no les fué propicia. Tanto Julia Grissi, como el inolvidable tenor Mario, no comprendiendo la importancia del *Stabat*, acogieron con glacial indiferencia las proposiciones hechas por aquéllos, siendo necesario que Tamburini, entusiasmado con la lectura de la partitura, venciera la resistencia que aquéllos presentaban, y les decidiera á ser, en union suya, los principales intérpretes de ella. Por fin se reunieron para estudiarla, sin que ni esta vez ni las siguientes se permitiera entrar en los ensayos á alma nácida que no tuviera parte activa en la obra, y el efecto que causó á todos fué inmenso. « Despues de la introduccion, los artistas, estupefactos, no sabian cómo expresar su asombro á medida que avanzaban en la lectura. Los intérpretes del *Stabat* estaban cada vez más dominados por la emocion. El cuarteto á voces solas, el aria de tenor, el *Inflamatus* y el *Pro peccatis* pusieron el colmo al entusiasmo. Al fin los aplausos resonaron de todas partes, y del seno de la orquesta y de las masas vocales salió un grito unánime de admiracion.»

Este mismo efecto causó al público cuando la oyó por vez primera, el 5 de Enero de 1842, en la Sala Ventadour, sin que por largo tiempo despues se amenguara el entusiasmo que produjo. Á él no fué indiferente Rossini, como pudiera creerse, dado su carácter, y en prueba de ello escribió á los Scudier una sentida carta, mostrándoles su agradecimiento por cuanto habian hecho; epístola que, en gracia de la brevedad, y para dar por terminado el ya largo capítulo de citas textuales, suprimo trasladar al papel.

Desde entonces el *Stabat* ha recorrido el mundo con universal aplauso. De él se ha llegado á decir que si algun futuro papa Marcelo quisiera renovar su persecucion contra la música de los templos, debería hacerse oír la obra dicha, en la seguridad de que hallaria la misma gracia en el Jefe de la Iglesia que tuvieron las suavísimas armonías de Palestrina: otros, como el severo Ortigue, á pesar de su estrecha amistad con el cisne de Pésaro, no han vacilado en afirmar que, bajo el aspecto de la verdad, de la expresion y de la sinceridad de la inspiracion, la obra de Pergolese, á pesar de lo desigual de su estilo y de la monotonía que en ella reina, es superior con mucho á la de aquél; y la verdad es que al lado de páginas admirables de profundo sabor religioso hay otras que, si por el lado de su belleza intrínseca no tienen reproche, el tinte dramático, y más aún profano de sus canturías, no las hace muy adecuadas para la tierna y sentida elegía que están llamadas á interpretar, y que, en su conjunto, en la obra de que se trata no hay la admirable unidad y uncion cristiana que en la *Misa solemne*, último acento de la lira del autor del *Guillermo Tell*.

Hecha esta salvedad, es innegable que con ambas obras dió Rossini una prueba más de la universalidad de su genio, así como que tuvo sobrada razon al decir en el lecho de muerte al abate Gallet: *De mí se ha dicho que era impío: el que ha escrito el Stabat y la Misa es imposible que dejara de tener fe.*

J. M. ESPERANZA Y SOLA.



SAN PETERSBURGO. — ASESINATO DE S. M. I. ALEJANDRO II: CONDUCCION DEL CZAR MORIBUNDO AL PALACIO DE INVIERNO, EN EL TRINEO DEL CORONEL DVORJESKY.

(13 de Marzo de 1881.)

# COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

## LO QUE TAPABA UN MANTO.

.....¡qué de hazafías  
Ha hecho un ojo tapado!  
¡En un cendal emboscado  
Un escuadron de pestañas!

D. ANTONIO HURTADO DE MENDOZA,  
*El Marido hace mujer*, jorn. II.

**R**ECOGIMIENTO rigoroso por todo extremo y estrecha religion imponian las costumbres de aquella época á la mujer, esclavizándola á las puntillosas leyes del honor, tan quebradizo entónces, que la mínima sospecha daba con él al traste en mil pedazos hecho. A bien que la quiebra de ser hallado de rebozo un galan, por padre ó hermano, en coloquio con su dama, podia soldarse con el matrimonio, bálsamo de Fierabrás para tales heridas de la honra.

Mil veces se habia comparado ésta á un limpidísimo espejo de Venecia, ó á bien acicalado acero, á quienes el aliento más ténue empaña, y con ser tan delicado, y tan fácil su menoscabo, habia que empeñar no ménos que la vida en restaurarle á su pristina tersura.

Y aquel preciado tesoro y delicada esencia se confiaba á tan débil guarda y á tan frágil vaso como es la mujer. Así no era de extrañar que en la ocasion ménos pensada el guarda se durmiese ó el vaso se quebrase, perdiéndose en un momento lo que tantos afanes habia costado celar.

Por eso fué opinion de alguno de buen consejo que

« Es de vidrio la mujer,  
Pero no se ha de probar  
Si se puede ó no quebrar,  
Porque todo podría ser » (1).

opinion que algun otro, no considerándola admisible sin enmienda, modificó diciendo :

« El que prueba á la mujer  
Indicio de necio da :  
A la que es su mujer ya,  
Mas no á la que lo ha ser » (2).

Pero viendo ella que tenía tan aguados sus gustos, y que aún así y todo se los daban por alquitara, estando siempre : ¡«Guarda el padre! ¡guarda el hermano!» , y á cada triqui- traque sustos y zozobras, y siempre en un tris, inventó, como aguda que es, y más aguijoneada por la necesidad, una ingeniosa traza que fuese paliativo de sus dolores y alegron de sus pesadumbres.

Y el manto fué hecho.

Cuándo lo fué, averigüelo Vargas, que, á fe, á fe, habia de costarle algun trabajo.

(1) Versos que intercala Cervántes en la novela *El Curioso impertinente*, como pertenecientes á una comedia.

(2) ALARCON, *El Semjante á sí mismo*, act. II, esc. V.

Yo, por mi parte, renuncio á meterme en tales honduras, y me basta saber que en los tiempos que trato contaba ya su uso muy larga fecha.

Pero ello fuese su abolengo más antiguo que el de hidalgo montañés, tengo por cierto que nunca descolló tanto su poderío como en aquella época, verdadero siglo de oro de tal invencion.

Salvo-conducto de todo atrevimiento y tapadera de cualquier antojo, para la mujer era añagaza del otro sexo, pretexto para desbalijar incautos, dar gato por liebre á los antojadizos, y duelos y aún quebrantos á los maridos de mujeres caprichosas; arma, en fin, que, por ella manejada, tenía tanto de cortés como de buida; pues si su color la hacía espada negra, el ojo taimado, que detras de él dardeaba malignos rayos, le daba punta más aguda que una daga milanés, y por ello dijo el poeta :

« ¿ No es espada negra un manto  
Que se remata en medio ojo? » (3).

Si las leyes del recato ponian tantos obstáculos á que una mujer, doncella sobre todo, se presentase en parajes públicos, el manto facilitaba los medios de traspasar ley tan severa, y, con él por fiador, podia la mujer salvar la valla del hogar doméstico, dando rienda suelta á su curiosidad y travesura en calles, paseos y fiestas, convirtiéndose, cuándo en demonio de tentacion, cuándo en vigia y celador de los mismos que la celaban, y así le dijo Quevedo :

« Tapada de medio ojo,  
Puedes ir y vengarte de tu enojo » (4).

El manto era devoto cuando le llevaban á misas, sermones y novenas : intrigante cuando, provocativo, se deslizaba en las correrías del Prado, Leganitos y calle Mayor; taimado en la cazuela de los corrales, siendo señuelo de los incautos que se aficionaban de apariencias; desenvuelto y tomajon en el rio, con los pródigos que ofrecian confituras y cenas; orgulloso y entonado en el coche, presumiendo de calidad; complaciente y servicial tercero, cuando no tenía puntas y ribetes de algo más, en los galanteos de callejuelas y encrucijadas; su jurisdiccion, en una palabra, no tenía límites, ni contra ella valian exenciones ni fueros.

Era iman atractivo de los hombres, cuya curiosidad excitaba, empeñándoles en mil aventuras, no más por conocer á una dama,

« A quien el manto sólo deja fuera  
Un ojo, que le sirve de lumbrera » (5).

(3) TIRSO DE MOLINA, *La Villana de Vallecas*, act. II, esc. I. Llamábase espada negra á la que, teniendo embotados los filos y punta, servia para aprender esgrima.

(4) QUEVEDO, soneto que principia : « Dice el embajador que le prestará », etcétera.

(5) CALDERON, *El Astrólogo fingido*, jorn. II, esc. IX.

con cuyo único dato forjaba el perseguidor en su imaginación una dama de taracea, cuyas mejillas, frente, manos, labios y demas zarandajas, que los enamorados describen tan largamente, estaban fabricados en la ropería de los soles y en la platería de los cultos, como expresó Quevedo.

El manto se hacía de telas diversas, según la gala y donaire de la mujer que había de usarle, y también según su calidad y estado.

En viéndole de tela grosera, y sobre todo sin *puntas* u otra guarnición equivalente, podía apostarse doble contra sencillo que la tal era una reverenda *viuda*, eso aún cuando no se le pareciesen las tocas (1); y si de anascote, una *dueña*.

Los de *burato*, ya más finos, pero espesos lo bastante para emboscarse tras ellos una mujer y no ser conocida, tenían á su cuenta largo capítulo de culpas y trampantojos de rebozo, pudiendo más de uno de ellos decir:

« Por mí, topando un celoso  
Su mujer en otro barrio,  
Quiso acompañarla en casa  
Del propio que iba buscando » (2).

No ménos embelecadores, por lo que trasponían y embaucaban, eran los de *lana y seda*, cuya taimada abertura vendía por frente de alabastro lo que sólo era cascarrón jalbegado de soliman, mientras que

« A otras más negras que entierro  
Embelecaba de blanco,  
Siendo, cuando descubiertas,  
Requesones fondo en grajo » (3).

Pero no siempre se proponían las damas no ser vistas, ni todas eran de tan recatada condición que huyesen de ser conocidas de los hombres, sino que muchas veces dejaban entrever aquello mismo que aparentaban ocultar, complaciéndose en que su garbo y donosura pudiesen fácilmente ser examinados por los curiosos.

Entonces nacieron los mantos de *humo*, de *gloria* y del *soplillo*, cuyos nombres, por sí solos, dicen qué cosa fuesen.

Hacíase el manto de humo de sutiles gasas, de modo que, envuelta en él la dama, parecía, en efecto, que se la veía á través de un humo ténue, y mentirosamente cubierta con él, quedaban á la vista cuantos atractivos se proponía enseñar, con hipócrita encubrimiento.

Porque los escotes ó *degollados* de los vestidos femeniles alcanzaban entonces, bien á diferencia de medio siglo atrás, grande jurisdicción y desgarro, y un escritor llamó *ropa hecha de líneas casi invisibles* el jubón que usaban (4), añadiendo que no les faltaba para andar desnudas, de medio cuerpo arriba, sino quitarse aquella pequeña parte de vestido que les tapa el estómago.

No se mordía la lengua el que esto dijo, y ponía, como se ve, las cosas en su punto, aunque bien merecían su pau-

lina los tales mantos de humo, porque, transparentes y todo, no eran ménos alevosos que los otros, y por eso no faltó quien hizo decir á uno de ellos que era, por lo del *humo*, infierno, que encubría llamas y diablos, y además

Fullerito de facciones,  
Que las retiro y las saco,  
Y muestro como unos oros  
A la que es como unos bastos (5).

No era el llamado *manto de gloria*, á pesar de lo que el nombre encarecía, menor causa de perdición que el otro, pues su transparencia no le impedía ser

Vidriera de tasajos (6);

pues como al fin y al cabo tapaba, puesto que taimadamente también tenía su poco ó mucho de encubridor, y más de una vez

Adargó cara frisona,  
Con una nariz de ganchos,  
Que á todos los doce tribus  
Los dejó romos y brazos (7).

Así que de *gloria* podía sólo con razón llamarlos la moza bellaca y embestidora, que topaba con algún mancebito moscatel, que, desangrándose de bolsa, empleaba sus escudos en comprarle manto, y por eso hubo alguno que dijo:

¿ Quién hace mantos de gloria?  
Quien los tiene y no los compra (8).

En cambio, el que, práctico en sortear aquellos bajíos buscones, ántes daba *en* las mujeres que á las mujeres, y era como reloj de sombra, que muestra y no da; ése podía decir que hacía los mantos de humo, por lo de

¿ Quién hace de humo los mantos?  
Quien los promete sin dallos (9).

He dicho que en esta misma categoría estaban los mantos del *soplillo*, y con nombrarlos basta para probarlo. Era gala muy codiciada de las bien prendidas y de las que se subían á mayores (10).

Llevaban fama los llamados del *soplillo sevillano* (11), que solían ser propios de mujeres de brío y garbo, y por ello debió decir Quevedo (12):

(5) QUEVEDO, en el romance citado.

(6) Romance dicho.

(7) Romance dicho.

(8) BENAVENTE, entremes de *El Licenciado y el Bachiller*.

(9) El mismo entremés.

(10) EL PADRE TOMÁS RAMÓN, en su *Premática de reformation*, dice á este propósito: « Que hasta la más humilde labradora y sirviente viste ya el manto de seda. »

QUEVEDO, en su *Jácara* que principia: « Embarazada me tienen », pinta al ruñan Moxagon, que, celebrando la superioridad que su daifa lleva á todas las demas, dice:

Y si alguna te compite,  
Entre busca y entre doña,  
Quier esgrima la chinela,  
Quier navegue la carroza,  
La reto de dueña á dueña,  
Y en vestidos de tramoya,  
Ruedós, barba de ballena,  
Manto de humo y de gloria.

(11) De los mantos del *soplillo sevillano* hace mérito Cervantes en su entremés *El Vizcaíno fingido*, donde dice Cristina á Brigida: « Acomoda tu brío y tu limpieza y tu manto del *soplillo sevillano*, y tus nuevos chapines, en todo caso con virillas de plata.

(12) En el romance ántes citado.

(1) Dice Francisco Santos en el *Día y noche de Madrid*, hablando de la fregona que se sube á mayores con galas regaladas: « A pocos lances pide manto; en viéndose señora dél, pide *puntas*, que sin ellas dice que es viuda y no entiende serlo. » (*Discurso III*.) Es de notar que en este tiempo casi siempre que se nombra á las viudas se las califica de *reverendas*, ó cuando no, á sus tocas.

(2) QUEVEDO, en el romance titulado: *Confesion que hacen los mantos de sus culpas en la premática de no taparse las mujeres*.

(3) El mismo romance.

(4) ZABALETA, *El Día de fiesta por la mañana*, capítulo titulado *La Dama*.

Enormes son mis ofensas  
Y los delitos que traigo,  
Dijo un manto de Sevilla  
Ceceoso y arriscado.

Ya he referido que las *puntas* eran su adorno particular, y darle sin ellas era dar manto á medias, entónces, que era regalo de todo amorío de trastrigo y terciaría de solapa, y algun pagote infeliz temía más que de Flándes viniesen las *puntas* que la herejía de Lútero (1).

Pero la ley, que velaba contra las embestidas de las salteadoras del gusto, y que vió el perjuicio que á los pobres galanes traian aquellos arambeles, introducidos sin duda por los flamencos para chupar el dinero á los españoles, ya que ellos les sacasen la sangre con las *puntas* de sus picas, *puntas* por *puntas*, prohibió las de los mantos (2) de las damas, así como ántes habia mandado que sólo llevasen un ribete de seda en los suyos de paño, las mujeres de los *menestrales de manos*, como eran sastres, zapateros, herreros, pellejeros, especieros y otros que la ley determinaba (3).

Así pudieron sin mengua templar, ya que no impedir, la fuerza de las embestidas, y á ménos dar, comprábanlos si quiera sin aquel adherente (4).

Pero las mujeres dijeron: «castígame mi madre y yo trómpojelas», pues si les quitaron las *puntas*, no les faltó ingenio para buscar á los mantos otra guarnicion, y ésta

(1) Terceras y busconas procuraban luego sacar manto de los incantos. En *La Dorotea*, de Lope, dice la taimada Gerarda al indiano don Bela, que proponé vaya á *sacar* de la tienda ciertas galas:

GERARDA. ¡Qué astuto eres! Por no me dar algo quieres que lo saque Dorotea.  
DON BELA. ¿Qué has menester?  
GERARDA. Un manto, etc.

(Act. III, esc. III.)

En los *Discursos de la viuda de veinticuatro maridos*, dice: «Fuera desto saqué dos pares de medias, con ligas correspondientes y *puntas* grandes... asimismo para Brianda manto, etc.»

En la comedia de Calderon *El Escondido y la tapada*, la doncella Beatriz recibe un regalo del novio de su señora, consistente en vestido y manto, los que le entrega el lacayo Castaño diciéndole:

CASTAÑO. Tanto cuanto me enterneces.  
Este es, Belisa, el vestido  
Hecho y derecho, y aqueste  
El manto.  
BEATRIZ. Y éste un abrazo.

(Jorn. II, esc. X.)

(2) En una carta de 16 de Noviembre de 1622, cuyo traslado se halla en la Bib. Nac. (MS.-X-157), se dice entre otras cosas: «Se quitan guarniciones de oro y plata y telas de plata y oro en cualesquiera género de vestidos, capas de seda, sedas sobre sedas, y exceso de guarniciones, *puntas de mantos*, etc.»

(3) Esta prohibicion, con otras de varios monarcas desde Carlos V, se halla refundida en la ley I, tit. XII, lib. VII de la Recopilacion publicada por Felipe II y reiterada y adicionada por Felipe IV, impresa en 1640.

(4) En la comedia *Mentir y mudarse á un tiempo*, de ambos Figueroa, se lee este diálogo entre los graciosos:

MOSCON. ¡Inesilla!  
INES. ¿Qué hay, Moscon?  
MOSCON. Mira que te traigo el manto.  
INES. ¿De *puntas*?  
MOSCON. No hay para tanto.  
La *premiática* lo enseña.  
INES. ¿Bien tejido?  
MOSCON. Es una peña.  
INES. ¿De *gloria*?  
MOSCON. No te alborote,  
Que es un manto de anascote,  
Porque tú has de dar en dueña.

(Jorn. II.)

fué la red, no estrecha por cierto, con que los rodearon, entretejiéndola con abalorio para hacerla más vistosa, y eso que las guarniciones de abalorio, con otras muchas, fueron tambien proscritas por el legislador, de toda clase de ropas (5).

Motejando esta industria de las mujeres para inventar galas en sustitucion de las que quitaban, decia un poeta, á quien preocuparon mucho (6), describiendo el traje de una dama, en boca de un criado:

SANTILLANA. El manto, aunque despuntado,  
Con palmo y medio de red:  
Qué, ¿pensaba vuesarced  
Que las *puntas* que han quitado  
Les hacen falta? ¡Bonitas  
Son! Si en carnes anduvieran,  
De la misma carne hicieran  
Guarnicion las mujercitas.

Otro poeta, maleante tambien, y que gustaba de poner en la picota del teatro las costumbres censurables, motejó el afan que cierta clase de mujeres tuvo por adquirir esta gala, especialmente en la córte, siendo buen cebo para galanes que andaban á caza de tales aves. Decia, pues, Benavente, que es á quien me refiero (7):

LICENCIADO. Hay en la córte falta de mujeres.  
QUITERIA. Y ¿en qué lo echa de ver, feo con gracia?  
LICENCIADO. En que se dan por red: díganlo tantos  
Como las han comprado para mantos.

Muy bien halladas debian vivir las mujeres con aquella prenda, que les proporcionaba salvoconducto en una sociedad tan suspicaz, en que cualquiera sospecha que infundieran en mengua del decoro de padres, hermanos ó esposos, no podia disiparse sino lavándola con sangre: donde cual-

(5) A pesar de que la citada ley prohibia usar *guarnicion alguna de abalorio*, debieron hacer las mujeres oídos de mercader y usar aquel adorno en las redes, y prueba de ello son los siguientes versos del entremes *Los Pareceres de Benavente*, en el que dice una de las cómicas, señalando á las mujeres de la cazuela:

PETRONILA. .... ¿ven una gorda  
Con un manto de red con abalorio,  
Que parece abadesa en locutorio,  
Arrimada á un pilar, y que una vieja,  
Como gato de carne, tira della?  
¿Hanla visto vustedes? Pues no es ella, etc.

(6) TIRSO DE MOLINA, *Por el sótano y el torno*, act. III, esc. III.

(7) En el citado entremés de *Los Pareceres*. Para entender bien el juego del vocablo, de que maliciosamente hace uso Benavente, diciendo que *las mujeres se dan por red*, hay que tener presente que en aquel tiempo, no estando bien reglamentada la policia de los abastos, escaseaba á las veces el pan para el consumo público, y se *daba*, ó mejor dicho vendia, en ciertos puntos, á traves de una *red*, siendo uno de los tales sitios la parte alta de la calle de la Montera, cerca de San Luis, de donde le vino el nombre que aun conserva de *Red de San Luis*. Aun con esta precaucion habia prisas y empellones para tomar el pan, porque habia *falta* de él, como de mujeres, segun Lope, quien comparó, en su entremés de *La Muestra de los carros del Córpus* la prisa que por ver aquella fiesta habia, con la de vender pan, diciendo:

No hay pan dado por red con tanta prisa, etc.

Quevedo tambien aludió á esta manera de vender el pan y la prisa de su despacho, cuando encareciendo con hipérboles la que el pueblo tenia por ver á Felipe IV en una fiesta de toros y cañas, dijo:

Habia al Rey tanta prisa  
De descos delincuentes,  
Que se ahogáran por tomarle,  
Aunque le dieran por redes, etc.



quier ligereza era agravio que con la vida debía vengarse, y no sólo en la contingencia de hacerse público, sino que aquellas honras intachables profesaban el principio de que á *secreto agravio*, *secreta venganza*, pero venganza siempre; así que en todo caso que adolecía la propia estimación, cada cual era *médico de su honra*.

El manto, escondiendo á las mujeres, evitó muchas catástrofes, pues su travesura no se reprimió, áun teniendo de continuo sobre sus cabezas, como otras tantas espadas de Damócles, las de todos sus deudos.

Bien lo pintaron esto las comedias y cuánto valia á las mujeres *el socorro de los mantos*, como lo demostró un poeta (1), pues copiando lo que en el mundo pasaba, hacían que á las veces sorprendiesen en el hurto de los amoríos á aquellas derretidas damas, sus padres y hermanos (2), y entónces era fuerza que hubiese galan escondido ó mujer tapada (3).

Era el manto lugar de asilo, adonde se acogía todo chisme de la villa y toda insolencia del vulgo. Si había un ministro á quien acusar; un juez á quien reprender; un poderoso que zaherir; una dama á cuyas taimerías quitar la máscara; un secreto que hacer rodar por el arroyo; una mentira que sembrar ó una calumnia que esparcir, no era preciso averiguar de donde todo aquello había de proceder; pronto se hallaba á la mano una mujer tapada, cuyo manto *había sido de lenguas y no de soplillo* (4), debajo del que se metía el que lo había de propalar.

Notables debieron ser los atrevimientos de todo género á que prestaba amparo el manto, y graves los escándalos que con aquella salvaguardia se cometían, cuando el rey, que más de una vez, como se ha visto, hubo de tomar cartas en asuntos de este género, publicó la pragmática de 3 de Enero de 1611, por la que, entre varias otras cosas, se mandaba que las mujeres descubriesen el rostro por las calles.

Con júbilo acogieron los hombres esta pragmática del *destapo*, y no sucedió lo mismo ni á las mujeres ni al diablo; porque con quitar el *medio ojo*, como se llamaba al modo que las enmantadas tenían de taparse, perdió el tentador del género humano una de sus mejores añagazas contra los hijos de Adán, y vieron las mujeres que con el *atollite caras* ya no cabían los trampantojos de viejas, feas y

(1) DON FRANCISCO DE LEIVA, en la comedia que escribió con tal título.

(2) De sí mismo lo dijo CALDERON en *La Desdicha de la voz*, con estos versos:

ISABEL. ¡ Ay desdichada de mí!  
DOÑA LEONOR. Pues ¿ qué hay, Isabel?  
DON JUAN. ¿ Qué es eso?  
ISABEL. Que debe de ser comedia,  
Sin duda, ésta de don Pedro  
Calderon, que hermano ó padre  
Siempre vienen á mal tiempo,  
Y ahora vienen los dos juntos.

(Jorn. II, esc. XVI.)

(3) De este modo de sostener las peripecias dramáticas, merced al manto, hizo frecuente uso Calderon, y él mismo quiso adelantarse á sus censores, diciendo en una ocasión tal, en *No hay burlas con el amor*:

DON ALONSO. ¿ Es comedia de don Pedro  
Calderon, donde ha de haber  
Por fuerza, amante escondido  
O rebozada mujer?

(Jorn. II, esc. XIII.)

(4) Dícilo así QUEVEDO en *El Entremetido, la Dueña y el Soplón*.

taimadas, pues á la voz de la trompeta del pregonero, como si sonase la del ángel en el valle de Josafat,

Desenváinanse las viejas  
Y desnúdase lo rancio,  
Las narices con juanetes,  
Las barbillas con zancajos,  
La frente planta de pié,  
Lo carroño confitado,  
Las bocas de oreja á oreja,  
Y vueltos chirlos los labios » (5).

Las niñas de lo caro, aquellas que estaban concebidas en original pedir, sufrieron grave pérdida con tener que poner sus caras al descubierto, porque tras de aquellas emboscadas no había petición que sin miedo no embocasen, las más de las veces con buena suerte por cierto, pues

« ¿Cuál es aquel caballero  
De tan encantada bolsa,  
Que un *tapado*, desde un coche,  
No le sonsaque la mosca?  
¿Cuál ánima no rechina  
Si un ojo negro la coca?  
Y, para una mano blanca,  
¿Quién tiene la plata honda? » (6).

Y no sólo en coche, sino á pié quieto sonsacaban al albillo,

«Llevando armas en los ojos  
Y máscaras en los mantos.»

Pues en devaneos amorosos, ¿qué no hacía una mujer al amparo de tan discreto fiador? Dama había que al descubierto no se hubiera atrevido á mirar un hombre cara á cara, por miedo de ser notada de desenvuelta, que se arrojaba á empresas verdaderamente temerarias, *hojaldrada* en la media seda,

«Misterios, al fin, de un manto,  
Que no son vistos y ven » (7).

Así también los hombres cautos mirábanle con recelo, como á tercero y amañador de tantas intrigas, como á pala y amparador de tanta arpía, y tragantona de tanta vieja Matusalen; por eso dijo un festivo poeta de entónces:

« Méenos engaños encubre,  
A lo que yo me presumo,  
Vomitando el Etna humo,  
Que un *manto de humo* cubre:  
¿Qué de Medeas encubre!  
¿Qué de Circes! ¿qué de engaños,  
Quitando rugas y años,  
Cual pudiera el río santo!  
Mucho puede un manto,  
Pues encubre tanto » (8).

No obstante, el atisbador ducho, el práctico en navegar las sirtes más concurridas por aquellas sirenas, no se deja-

(5) El romance mencionado de Quevedo *Confesion que hacen los mantos*. Á la premática del *destapo* aludió también en la estrofa de una letrilla, que dice:

« Prenderánte si te tapas;  
Pues Dios buen rostro te da,  
No te tapes, porque habrá  
Al primer tapon zurrapas.  
¿ Por qué tu cara solapas  
Y la luz del sol te ofende?  
Que el que esconde lo que vende  
No crecerá su caudal,  
Y no lo digo por mal. »

(6) QUEVEDO, loa para la comedia *Amor y celos hacen discretos*, de Tirso.

(7) TIRSO DE MOLINA, *En Madrid y en una casa*.

(8) TRILLO DE FIGUEROA, letrilla.



EL GENERAL D. MANUEL GONZALEZ,  
Presidente de la República de los EE.-UU. de Méjico.

ba engañar tan pronto ni fácilmente, por más que cualquiera de ellas

« Cuando mira tapada  
Prende los hombres ;  
Si echa mano á los ojos,  
¡ Dios los perdone ! » (1).

Sabíalas distinguir á tiro de ballesta, y diría ce por be, si era una buscona, una dueña ó una fregona de las que trocaban la mantellina blanca por el manto; pero habia tambien incautos albillos, que no encontraban diferencia entre una águila y un ánsar, y éstos, no pocas veces, eran víctimas de su impericia y de aquellos mantos corsarios, tripulados por niñas de la uña, piratas más temibles en Madrid que el Uchali en las costas berberiscas, ó el Draque en las playas de Cádiz.

De estos mozos no cursados en la corte era uno sevillano, mancebito de veinticinco abriles, que por primera vez dejaba las orillas del Guadalquivir por las del Manzanáres, á causa de un pleito que en la corte seguia.

Aunque Sevilla fuese, en opinion de algunos, *octava maravilla* (2), sobre todo por su famoso Arenal (3), celebrada Alameda, insigne Torre del Oro, renombrada puente de Triana, y más que nada por su Lonja, concurrida de mercaderes de todo el orbe, y las ricas flotas que en ella desaguaban los veneros del cerro del Potosí, y tuviese todos estos y otros motivos para envanecerse, como una de las más prósperas ciudades de Europa, todavia D. Tello de Arguijo, que así el mancebo se llamaba, halló mucho que admirar en la antigua Mántua.

Y con ser las mujeres sevillanas hermosas sobre todo en carecimiento, y dejar pasmado á cualquiera oyendo lo donairoso de su ceceo y viendo el brío de su desgarro, el mozo llegó á la corte deseoso de admirar sus damas, pues imaginaba que superiores á todo lo visto habia de hallarlas

« En Madrid, que es el centro y es la esfera  
De toda la lindura,  
El asco, la gala y compostura » (4).

Llegó, por tanto, con el propósito de correr aventuras; y para hallarse más á sus anchas y que nadie le fuese á la

(1) QUEVEDO, *romance A Floris*.

(2) Sevilla fué entonces muy celebrada como una de las primeras y más grandes ciudades de los vastos dominios españoles. Festivamente decia Benavente en el entremes de *Los Ladrones*:

CHICHARRON. Ropa-Santa, ya estamos en Sevilla.  
ROPA-SANTA. Chicharron, ésta es nueva maravilla.  
Moro-Hueco, ¡ qué gran ciudad es ésta !  
MORO-HUECO. Mayor que Castillejo de la Cuesta.

El autor de *Estebanillo Gonzalez* escribia, hablando de Sevilla: « Salí de aquella ciudad, única flor de Andalucía, prodigio de valor del orbe, auxilio de todas las naciones y erario de un nuevo mundo. » (Cap. v.)

Cervantes, que en ella habitó algun tiempo, conociéndola tan perfectamente, la elogia en estos términos, por boca del perro Berganza: « Volvíme á Sevilla, como dije, que es amparo de pobres y refugio de desechados; que en su grandeza no sólo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes. »

(3) El hermoso pasco llamado *El Arenal de Sevilla* prestó á Lope de Vega argumento y titulo para una de sus comedias, en la que dice:

« Y de su hermoso Arenal  
Sólo se precia Sevilla,  
Que es octava maravilla  
Y una plaza universal. »

(4) CALDERON, *No siempre lo peor es cierto*. (Jorn. II, esc. v.)

mano, renunció á hospedarse en casa de un caballero de la corte, hermano de su madre, á pesar de que tenia el tal otro hijo mozo y bizarro, llamado D. Luis de Lara, y buscó una posada en Barrio-Nuevo, frecuentando lo ménos que podia la amistad de aquellas personas para quienes habia traído cartas de su padre.

Dióse en cambio á cursar los mentideros, las casas de conversacion, los corrales de comedias, el Prado y calle Mayor, y como era rico y esparcido, y no escaseaba, por tanto, el dinero, á los pocos dias contaba numerosos amigos; que pronto los halla quien con tan buen pié entra en la arena de la corte.

No habia, sin embargo, topado con una aventura amorosa que satisfecho le dejara, hasta que le aconteció un viernes de Cuaresma concurrir á los famosos *misereres* de los Capuchinos de la Paciencia, cuyo convento, recién fundado por entonces, estaba en la calle de las Infantas.

Concurria todo Madrid á tan piadosa funcion, y la puerta del templo se cuajaba de coches (5) y de lindos, y á éstos, como suponerse puede, no tanto la devocion como ménos laudables sentimientos encaminaban á los Capuchinos.

A su puerta se hallaba D. Tello, cuando por ella vió salir dos mujeres tapadas, y una de ellas, á pesar del rebozo, demostraba tal bizarría, donaire y compostura, que el mozo quedó prendado, por lo que veia, de lo mucho que creyó adivinar.

Siguió á las damas, acercóse á ellas, atrevióse á hablarles; pero sólo consiguió que apretasen el paso, mas no que le escuchasen una sola de las discretas y cultas frases que, por el estilo de los galanes de la época, fué diciendo para encarecer su amor.

En la red de San Luis estrellóse éste, pues allí, sin más hablar, entraron las tapadas en una casa de buena apariencia, y el mancebo quedó con tanta boca abierta, sin haber oido de las de aquellas mujeres una sola frase de esperanza.

Avivóle más el interes su sequedad, y decidióse á rondar aquella noche delante de los balcones de la desconocida, para que aquel servicio que voluntariamente se imponia, le sirviese de mérito, si acaso por algun resquicio de la celosía le atisbaban.

Largas horas tenia ya pasadas, serenándose como alcarraza, sin que percibiese en la casa ni piante ni mamante, cuando vió un embozado que, á buen paso, se dirigia hácia la puerta.

Alborotóse el espíritu de D. Tello con una llamarada de celos, que de improviso despidió su corazon, y ya requeria el puño de la espada, viéndole parado en donde él no queria que estuviese, y ya iba á reconocerle, cuando la puerta se abrió de improviso, el encubierto desapareció por ella cual si se le hubiese tragado, y el mozo quedó como quien ve visiones.

Para todo habia, si el embozado era un amante; pero ¿ y si era padre, hermano ó esposo ?

(5) MORETO, en *El Caballero*, escribió este pasaje:

MANZANO. Oyes, ¿ qué en los Capuchinos  
De tanto coche se infiere ?  
DON FÉLIX. Que es *viernes* y hay *miserere*.  
MANZANO. Suenan en acentos divinos.

(Jorn. I, esc. 1.)

Don Tello resolvió aplazar el desenredo de su enmarañada madeja para el siguiente día, y se fué hácia su posada, deseando llegase el momento de aclarar sus dudas.

Volvió como se había propuesto, vió que permanecía la casa cerrada, y resolvió espiar la salida de algún criado, á quien confiaba rendir, poniendo así la primera trinchera del asedio.

Tardósele el deseo, pero dos horas pasadas, vió, en efecto, abrirse la puerta y salir por ella una sola tapada, en la que reconoció á la acompañante de la que le había de tal modo cautivado.

No me detengo en describir los medios que D. Tello usó para entablar parlamento; baste decir fueron tan persuasivos, que á los pocos minutos sabía de la dama, punto por punto, vida y milagros.

Y digo milagros, porque si todavía no los había hecho, había de hacerlos en adelante, al decir de su criada, que no era otra la tapada, según el recato, honestidad y virtudes de doña Clara de Rivera, como dijo llamarse su señora.

El encubierto de la noche anterior era su hermano, suspicaz y receloso como pocos, bajo cuya guarda vivían doña Clara y una tía de ambos, toda entregada á sus devociones y penitencias.

De perlas pareció á D. Tello el relato; pero cuando propuso á la criada que le sirviese de medianera, faltóle poco para que le arañase, tal enojo tomó; pero á la postre calmóse con unos escudos, y vino en procurar el logro de los deseos del mozo, quedando en avisarle de lo que alcanzase.

Al día siguiente volvió á salir la emisaria, quien encareció lo mucho que le había costado reducir á doña Clara á escucharle, y dióle por remate la buena nueva de que á la noche saldría á verle por la reja, bien entendido que había de empeñar su palabra de caballero de que á las once se retiraría, para evitar que su hermano lo trasluciese, pues temía en tal caso ser víctima de la cólera de aquél y no estaría libre de su daga. Tan celoso era de la limpieza de su honor, que por custodiarle no había querido partir á Indias con un tío suyo, que desempeñaba allí un gobierno, y que se empeñó en llevarle consigo con cierto honroso empleo (1).

Juró y perjuró D. Tello que así lo haría, y cumpliólo en efecto, pues llegada la noche, y después de pasarse en requiebros y ternezas con la dama desde las diez, á la primera campanada de las once ella cerró su reja y él fuese, en fe del juramento prestado.

No fué, sin embargo, tan presto que ella no le ofreciese dejarse acompañar del galán á la tarde siguiente, en que, embozada con el manto y acompañada de Jacinta, que así se llamaba la criada, saldría á cumplir un encargo de su señora tía.

(1) Tanto como al padre y al marido, y acaso más, tocaba al hermano la grave pensión de velar por el honor de las mujeres; por eso dice uno de ellos, en *El Escondido y la tapada*, de Calderon:

DON FÉLIX. . . . .  
En Madrid me ha tenido  
Hermano, con cuidado de marido,  
¡Mal haya parentesco tan injusto,  
Que es tan todo al pesar, tan nada al gusto!  
Que otros celosos tienen ocasiones  
De engañar con halagos sus pasiones;  
Más no un hermano, que entre sus desvelos  
Halagos no halla en que engañar sus celos.

(Jorn. II, esc. XXII.)

Más puntual que el reloj estuvo el mozo, pues se anticipó cerca de una hora á la señalada, logrando por fin ver á doña Clara, que salió como tenía prometido.

Pronto supo D. Tello que su dama se dirigía á las Plate-rías, con objeto de comprar una sortija, y tembláronle las carnes; porque, á fuer de enamorado, pensó que el pago debería correr de su cuenta, y recordaba que su bolsa no estaba á la sazón todo lo llena que él desearía (2).

Por fortuna, la dama escogió una por la que sólo quiso el mercader quince escudos, que pudo él aprontar, no sin que con disimulo tuviese que dejar en manos de aquél, y como en prenda, un cabestrillo de oro que traía.

No paró en eso, sino que, como la criada Jacinta tenía que ser recompensada por sus servicios, D. Tello hubo de comprarle puntas para un manto, que, por estar casi olvidada entónces su prohibición, le había prometido el día de su primer concierto.

Con aquellas sangrías de bolsa volvió D. Tello, amén de unos dulces que, para mayor agasajo, quiso comprar en la tienda del Portugues (3).

(2) Así como hoy no consiente el decoro de las costumbres que una mujer de estimación reciba joyas y vestidos de su galán, entónces era como corriente admitir tales regalos, no ya las damas petardistas, sino las que se preciaban de su clase. En *Las bizarrías de Belisa*, ésta recibe una joya de don Juan, por medio del lacayo Tello; y si bien escrupuliza, no es por regalo, sino porque juzga ser demasiado gasto para el galán. Dice así:

BELISA. ¡Joyas á mí!  
TELLO. ¿Por que no,  
Si eres la reina de Troya?  
BELISA. Cuando está pobre don Juan  
¡Finezas tan amorosas!  
¡A mi fénix de diamantes!  
TELLO. Con el verso y con la prosa,  
Que le enviaste, está loco.  
BELISA. Pena me ha dado esta joya,  
¡Que se empeñó!

(Act. II, esc. IX.)

En *Las Flores de Don Juan*, también de Lope, es más de notar aún, porque allí es una condesa, si bien con cierto designio, la que pide un vestido al galán, en la tienda misma. Lo pinta así el poeta:

DON JUAN. Estas damas me han mandado, (Al Mercader.)  
Puesto que su engaño ha sido,  
Que les dé unos pasamanos  
Y unos córtés de Milan.  
.....  
MERCADER. ¿Qué ha de ser esto? (A ella.)  
CONDESA. Oiga, rey.  
Esos córtés de Milan,  
Que el señor don Juan añade  
(Que á esto me persiade  
Verle tan cortés galán)  
Y de pasamanos rizos,  
Cuarenta varas, etc.

(Act. III, esc. III.)

(3) Eran por entónces muy estimados en Madrid los dulces de Portugal y gozaban también de renombre los de Valencia y Génova, siendo, á lo que parece, muy conocida en tiempo de Calderon la confitería de cierto portugues, como se desprende de un pasaje de la comedia *Mañanas de Abril y Mayo*, en que el criado Arceo dice, aludiendo á los dulces comprados:

..... ¡vive diez!  
Que que queda saqueada toda  
La tienda del portugues.

(Jorn. II, esc. XII.)

En la escena XV vuelve á mencionar los dulces de Portugal. En *El Escondido y la tapada*, del mismo, el lacayo Castaño entrega á Beatriz unos azafates

Generoso, y enamorado sobre todo, no reparó el caballero en que su dama ibase haciendo tomajona á las primeras de cambio; ántes lo consideró merced; pero aconteció que de allí á pocas noches, y durante el galanteo de la reja, notó D. Tello que su dama se hallaba triste; y como él tratase de inquirir el motivo, supo, despues de mucho rogar, que este era el haber perdido doña Clara una cadena de filigrana del Perú, de su señora tía, que ésta estimaba en mucho por haberla traído de allí su hermano, padre de doña Clara, que habiendo desempeñado una vara en Lima, murió estando consultado para una plaza de oidor en la Audiencia Real de Méjico.

Consoló D. Tello la afliccion de la dama y ofrecióle que él haría de modo que no se echase de ménos, pues tenía otra semejante á la que le pintó la dama y solian venir de Indias, quedando aquélla consolada y consintiendo en tomarla no más que por ahorrar de pesadumbres á doña Claudia, que así se nombraba la tía de doña Clara.

Como todas las noches, fué el caballero á las once para evitarle el temor de que la sorprendiese su celoso hermano.

Però sucedió que á la siguiente, cuando iba D. Tello pertrechado de su famosa cadena, que le habia costado una nueva embestida al mercader que en Madrid le suministraba dinero por órden de su padre, quien tambien tenía algo de aquel oficio, como buen sevillano (1), el jóven, gozoso

que con várias golosinas y dijés envía D. Juan á su prometida Lisarda, y dice aquél :

CASTAÑO. Estos son de Portugal  
Dulces.  
BEATRIZ. Di dulces dos veces,  
Pues dos veces lo serán  
Por dulces y portugueses.

(Jorn. II, esc. x.)

Los portugueses eran tenidos por muy almibarados.

En *El Anzuelo de Fenisa* escribió tambien Lope este diálogo :

DINARDA. ¿Quieres descansar y quieres,  
Por mi vida, colacion ?  
FENISA. La que tomara de tí,  
En la caja de esa boca  
La estoy mirando.  
DINARDA. Era poca,  
Para servirte de mí,  
El azúcar de Canaria  
Ni cuanta labran Valencia  
Y Lisboa, etc.

(Act. III, esc. III.)

En la novela *El Disfrazado*, de Castillo Solórzano, se lee este pasaje : « En esto llegó el que se habia despedido de él, con una bandeja en que traía búcaros finos de Portugal y unos dulces de Génova, cosa que se halla con mucha facilidad en Madrid, habiendo de todo mucho. » Moreto, en *El Caballero*, habla de una confitería que estaba en la calle del Caballero de Gracia.

(1) Los caballeros sevillanos parece ser que estaban tildados de mercaderes, á cuya ocupacion acaso les convidaba el extraordinario comercio que en su ciudad se hacia, con motivo, sobre todo, de arribar allí los galeones de Indias, cosa que siempre era motivo de gran regocijo. El poeta Alarcon, que, ya por ser mejicano, ya por haber residido en Sevilla, debia tener motivo de saberlo, insistió en várias comedias suyas en echar en cara á los caballeros sevillanos aquella nota, poco favorable en su tiempo. En *El Semejante á sí mismo* escribió :

SANCHO. Es segunda maravilla  
Un caballero en Sevilla  
Sin ramo de mercader.

(Act. I, esc. I.)

En *El Exámen de maridos* dice el mayordomo Beltran, informando á doña Inés de la calidad de uno de sus pretendientes :

BELTRAN. Es andaluz, y su estado  
Es muy rico y sin empeño,  
Que trata y contrata.  
DOÑA INES. Eso,  
En un caballero, es falta.

(Act. II, esc. XIV.)

con el presente de la cadena, que él juzgaba lo fuese de la voluntad de su dama, se adelantó más de una hora á la de la cita.

Contemplaba la reja, ansiando que volase el tiempo para que aquel venturoso momento llegara, cuando, con sorpresa suya, vió que la puerta se abria, saliendo un hombre, que con el embozo cuidadosamente se recataba.

Pronto conoció que no era el hermano, á quien hubiese distinguido entre ciento, y, celoso con la novedad, enderezó hácia él, resuelto á reconocerle á viva fuerza, si preciso fuese.

No necesitaba de su importunidad el otro para no dar su brazo á torcer, y deteniéndose cuando notó la intencion de D. Tello, le aguardó frente á frente.

Pronto se trabaron de palabras, y ántes de muchas ya los aceros habian salido á relucir, cuando á los primeros tajos y reveses, cayó el embozo del desconocido.

No lo fué largo tiempo para D. Tello, que dejando caer tambien el suyo, exclamó con sorpresa :

— ¡ Don Luis !

— ¡ Don Tello ! dijo su contrario de igual manera.

Y en efecto, habia motivo de admiracion, pues era éste D. Luis de Lara de quien al principio he dicho que era primo de D. Tello.

Entónces éste supo que su primo recibia no tantas, sino mayores distinciones de doña Clara, la que le habia referido su historia de muy diverso modo que á él, hallando tambien arbitrio para sacarle dineros, joyas y galas.

Lo que de todas ignoraba D. Luis era que doña Clara tuviese un hermano, pues jamas se lo habia nombrado, ni servídale de estorbo para entrar en la casa.

Sospecharon entónces que fuese nueva treta, y D. Tello, que se sentia más de la burla, como que era el ménos favorecido, resolvió averiguarlo esperando el momento en que el tal hermano volvía.

Convino en ello D. Luis, deseoso tambien de ponerse en lo cierto, cuando al cabo de dos horas le vió llegar D. Tello.

Cercano estaba el otro de la puerta, y entónces, corriendo hácia él, trató de atajarle el paso, y cuando pensó que le resistiria, vió, no sin sorpresa, que hurtando el cuerpo, dió á huir, procurando escapársele por piés.

En fin, la preponderancia que en la comercial Sevilla se daba al dinero sobre la sangre la zahiere con más punzantes epigramas en *La Industria y la suerte*, donde un caballero ya ducho, dice á otro para aleccionarle :

DON BELTRAN. . . . . te certifico  
Que en la tierra donde estás  
Es el linaje del rico  
El que á todos deja atras.  
No se opondrá á la riqueza,  
Si es pobre, aquí la nobleza;  
Que, si he de decir verdad,  
Dineros son calidad  
Y la pobreza es vileza.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
En la córte son fautores  
Aquellos grandes señores,  
Con razon, de la nobleza;  
Que, como en ellos empieza,  
Defiéndenla sus autores;  
Mas como en este hemisfero  
Es el uso más valido  
Tratar y buscar dinero,  
A todos es preferido  
Aquel que lo halla primero.

(Act. I, esc. VII.)

Pero quiso la suerte que huyese hácia donde D. Luis estaba, quien le agarró por el ferreruelo.

Atribulóse el fugitivo, púsose á temblar como un azogado, y viendo á D. Tello con la espada todavía desnuda, echóse á sus piés pidiendo misericordia.

Prometiéronsele si decia verdad, y entónces cantó de plano, confesando ser mayordomo de un grande y amante de la recatada doña Clara de Rivera, que era una mozuela llamada Juana de Búrgos, la que, de concierto con una vieja, émula de Celestina, pescaba incautos, merced á su buen talle y á la modestia y porte principal que, gracias al manto, sabía tomar.

Rióse del chasco D. Luis, y no tanto D. Tello, que, como forastero, sentia más la burla de la sirena cortesana, por haber creído en ella, á pesar de las prevenciones que de Sevilla trajo contra las tretas y embustes de las cotorreras y sus rufos; pero conociendo que peor sería darse por entendido, resolvió hacer la deshecha, soltando al pícaro y prometiéndose mayor cautela en lo sucesivo, sobre todo con las tapadas, viendo en el manto añagaza y lazo perpétuo para los poco advertidos.

Resolvió, por tanto, vivir ojo avizor miéntras parase en la córte, convencido de que con eso

Verá quien la vista afla  
En él tan diversas cosas,  
Que las feas son hermosas,  
Y la gorda es una anguila.  
Aqui tuerce y allí hila  
La señora de la obra:  
Aqui paga y allí cobra,  
Vendiendo tanto por tanto:  
Mucho puede un manto,  
Pues encubre tanto (1).

Siglos duró el manto, buena prueba de lo mucho que agradó á las mujeres, tan dispuestas á remudar sus trajes y galas, pero al fin sucumbió, si bien despues de refida contienda.

Mudadas las costumbres con las ideas en los tiempos que siguieron á los que le adoptaron, pudieron las mujeres verle desaparecer sin tanta lástima, bien que, si era acomodada salvaguardia de sus tretas, no ha de faltar en ningun tiempo á su ingenio manera de hacer su gusto del modo que se les antoje.

JULIO MONREAL.

(1) Trillo de Figueroa, letrilla ántes citada.



LOS ESTUDIOS DEL PINTOR RIBERA, EN ROMA.  
CUADRO DE BONNAT (FOTOGRAFÍA DE LOS SEÑORES CCUPIL Y CCMPAÑÍA, DE PARÍS).



## EN LOS JARDINES DE LA ISLA.

A SU PROPIETARIO Y MI AMIGO  
FLORENCIO VALDÉS.

### SONETO.

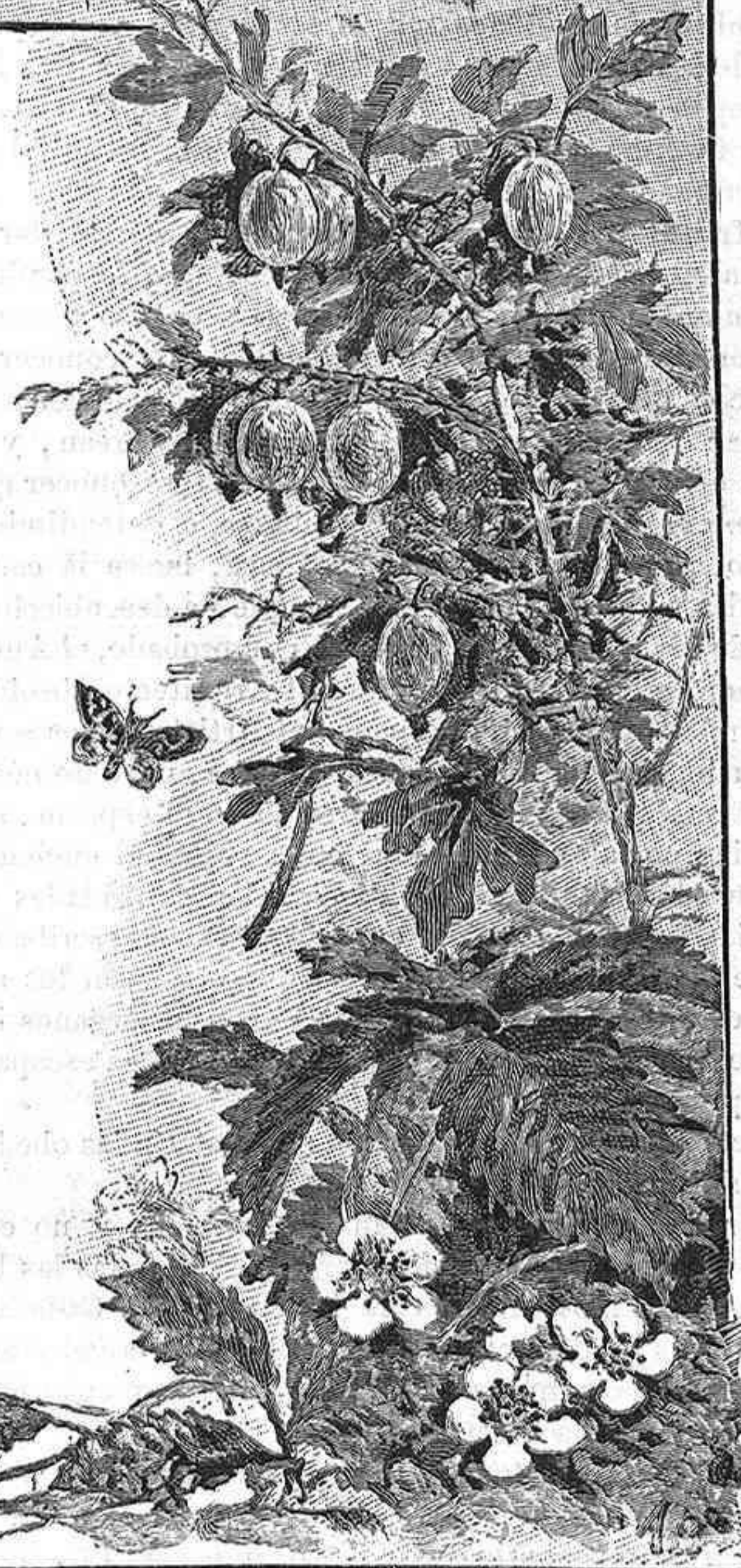
Asiento de un volcan que todavía  
Conserva sus cenizas apagadas,  
Llamó el genio español afortunadas  
A las Islas Canarias algun día.

¿Cómo á este Eden risueño llamaria,  
Entre cuyas frondosas enramadas,  
Hojas, aves y brisas y cascadas  
Inundan el espacio de armonía?

Isla de paz, de amor y de ventura.  
Donde gozó mi espíritu embebido  
Breves horas de encanto y de dulzura;  
¡Quién en tu soledad tuviera un nido,  
Bajo del cual manára fresca y pura  
La suspirada fuente del olvido!

MANUEL DEL PALACIO.

*Valle de Smió (Astúrias), 1881.*



## LA PREDICCION DEL TIEMPO.

### I.

**R**L afan de saber ha conducido á la humanidad al grado de perfeccion relativa que en los tiempos presentes gozamos. Satisfechas las necesidades materiales del hombre, allá en la aurora de la vida, su espíritu se eleva en alas de un sentimiento avasallador, sobre los groseros sentidos, groseramente desarrollados; el entendimiento se inicia con el acto rudimentario de la percepcion, y de grado en grado, y de asombro en asombro, las imágenes se fijan, las ideas brotan, la palabra nace de la necesidad de expresar la idea, el juicio se forma, la proposicion le sigue, la contradiccion le sucede, el raciocinio termina la revelacion de las facultades anímicas, y el sér humano, armado con estas invencibles armas, mira frente á frente la creacion, y se prepara á conquistar la verdad, balbuceando un eterno *¿por qué?* que le conduce al conocimiento y al juicio de cuanto ve y cuanto siente y cuanto piensa. De aquí, de este noble afan de conocer la verdad, de este perpétuo aguijon de rasgar el velo del misterio brotan todas las ciencias, y las artes se crean, y la confusion cesa, y la armonía se revela, y al reconocer que *todo está creado con peso, medida y número*, el entendimiento humano, pequeño ante tanta grandeza, busca la causa inicial de las sublimes combinaciones que ha descubierto el Dictador de leyes tan sábias como ha comprobado, el Autor de las armonías que ha sorprendido, el Arquitecto absoluto de los mundos que llenan el espacio, el Artista de los seres que los pueblan, y halla una causa anterior, un algo necesario, con realidad infinita, sin término en el espacio, sin fin en el tiempo, algo inmutable, cuya voluntad enciende esos inmensos globos de fuego que ruedan eternidades en la inmensidad de los espacios, cuya inteligencia escribe en el libro de la creacion sencillas leyes que obedecen los astros y las estrellas de espantosa grandeza, y los órganos invisibles de esos seres cuya abrumadora pequeñez escapa á las artes ópticas del microscopio.

Dios dicta las leyes de la creacion; la materia las obedece, el hombre las descubre, la ciencia las explica.

¡Ah! Pero la inteligencia humana es limitada, y no conoce aún, ni probablemente conocerá nunca, todas las leyes que rigen los movimientos de la Naturaleza. Cada dia conoce una más; cada momento descubre otra verdad y enriquece la ciencia con nuevo caudal.... ¡Cuántas y cuán maravillosas verdades ha descubierto!

Y sin embargo, ¡cuántas le falta aún conocer!

Léjos, muy léjos de nuestro modesto planeta, ruedan y se revuelven astros sin cuento.... No importa. Con una constancia y una inteligencia sostenidas y animadas por

los destellos de la Divinidad, el hombre los cuenta, los designa con nombres convencionales, los estudia, los persigue en el silencio de la noche y en la mitad del dia, averigua sus movimientos, mide su volúmen, pesa su materia, y no contento aún con esto, analiza su composicion, obliga al éter vibrante á denunciar su naturaleza química, y con un pedazo de cristal, hechizado con la magia de su inteligencia, arranca su costra al astro, á traves de los espacios, y deja su huella impresa sobre el cuadro de los espectros químicos, en un gabinete de estudio. Y predice y augura con certeza indudable, y con anticipacion de años, de lustros y de siglos, los movimientos estelares, y pronostica con exactitud maravillosa todos los fenómenos siderales, y con el reducido compas de su saber, encierra las constelaciones y los mundos pobladores de los cielos en unas tablas llenas de números y en unos planos llenos de elipses. ¡Singular conquista y triunfo notable del saber humano! ¡Predecir los sucesos que han de ocurrir á millares de millones de leguas de nosotros, y predecirlos con una exactitud que maravilla, y asombra, y encanta! ¡Pronosticar las marchas y paseos de los astros que ruedan en ese, al parecer, confuso laberinto de arenitas de plata que llamamos firmamento!

Y si predice y pronostica acontecimientos que han de suceder en tan lejano teatro, ¿cómo no acierta y presagia otros para la humanidad más trascendentales, que ocurren dentro de nuestro pequeño planeta?

No pretendemos que averigüe el porvenir individual del hombre. Arte es éste de la adivinacion, desacreditado y en desuso hoy, como incompatible con los progresos de la razon.

Y tuvo, ciertamente, sus épocas de prosperidad y de esplendor, en tiempos en que el panteismo y la idolatría informaban las teogonías de los pueblos; en tiempos en que los oráculos eran instituciones que disponian de la suerte de las sociedades, y las oleadas humanas que hormiguearon al pié de las pirámides se prosternaban sumisas ante la omnipotente casta sacerdotal; y Grecia la viril acudia atropellada á Dodona y á Delfos para escuchar la voluntad suprema de Júpiter, manifestada por el murmullo de una fuente, por los efluvios de un vapor profético, por el rumor cadencioso de la brisa entre las encinas del sagrado bosque; y Atenas la sábia esperaba estremecida en el oasis de Libia el mandato del padre de los dioses, y lo leía en los movimientos de la barca sagrada que llevaban los pontífices; y Roma la poderosa preguntaba á sus sibilas el pensamiento de sus deidades, y entregaba al martirio de los agoreros aves inocentes, en cuyas entrañas se buscaba el libro de lo porvenir, y se inclinaba ante el fallo de sus arúspices; y el feudalismo y la ignorancia de la Edad Media consultaban los falsos astrólogos, y los mágicos, y encantadores, que á



fuerza de profesar rastreramente aquellas misteriosas iniciaciones y aquellas ciencias ocultas de los magos de la Persia y de la Media, las bajaron desde las estrellas del cielo hasta los fangos de la tierra, las degeneraron y las prostituyeron convirtiéndolas en la cartomancia y la quiromancia, oficios bajos de la superstición, relegados á la raza de gitanos que cuentan la buena ventura.

No es posible presagiar ni adivinar el destino del hombre, dado que éste, con su responsabilidad, goza del libre albedrío.

Tampoco puede deducirse de la historia el porvenir de los pueblos, en virtud de eso que ha dado en llamarse falsamente *leyes de la historia*. ¡Donosas leyes, sacadas de premisas dudosas, controvertidas ó falsas! Leyes tan rigurosas, que cada cual las deduce á su manera, y cada autor las acomoda á su particular criterio. En buen hora que la crítica racional juzgue de los sucesos pasados, y aún aplique su enseñanza á los presentes, que ésas son las valiosas lecciones de la experiencia; pero pretender que sirvan para adivinar el porvenir de pueblos y de sociedades, es sacar de su quicio y exagerar las útiles reglas de criterio que del estudio del pasado pueda formarse.

Pero si todo cuanto se refiere á la voluntad humana, individual ó colectiva es de suyo variable y tornadizo, y, por lo tanto, imposible de predecir y de profetizar lo que se refiere solamente á la materia inerte, ¿no podrá predecirse?

Aun aquí hay también que distinguir.

Cuanto atañe á la constitución íntima de la materia, á su composición y á sus transformaciones, está lleno de arcanos y de misterios. ¡Cuántas escuelas filosóficas han tratado de explicarlos con hipótesis ingeniosas, raras, extravagantes ó maravillosas! Las transformaciones de Brahma; las metamorfosis de Júpiter; dogma de la transubstanciación; el espíritu universal encarnado en el átomo; la sustancia única y la sustancia múltiple; la doctrina de los elementos; el agua, el aire ó el fuego como principio de todas las cosas; la teoría de los números gobernando el mundo; los sistemas cosmológicos de los espíritus; la división de los cuerpos en simples y compuestos, todo esto y mucho más ha ideado el ingenio humano para explicarse los fenómenos que á su vista ocurren cada momento.

Mas tampoco de esto tratamos. Dejemos tranquila á la materia realizar sus evoluciones íntimas, obedeciendo las leyes desconocidas que presiden sus agrupaciones atómicas y sus combinaciones moleculares; simplifiquemos más la cuestión y limitemos por hoy el campo de nuestras modestas disquisiciones á esa variedad de fenómenos atmosféricos que la costumbre abarca en su conjunto con el nombre de *tiempo*. Fenómenos todos caloríficos, acuosos, luminosos y eléctricos; és decir, *materia en movimiento*, ni más ni menos que si fueran nubes inmensas de astros pequeñísimos girando en el reducido firmamento de la atmósfera terrestre, y aún en sus capas más inferiores.

Y aquí sale al paso la razón natural con su respuesta. Si desde este pequeño planeta podemos predecir los movimientos de astros tan lejanos, ¿no hemos de averiguar las leyes matemáticas que rigen el movimiento de las moléculas de nuestra atmósfera? Que las leyes existen es indudable; que así como unas sencillas ecuaciones encierran el

pasado, el presente y el porvenir del movimiento de los cuerpos, otras ecuaciones pueden encerrar las profecías del tiempo, es indiscutible; luego es posible PRONOSTICAR EL TIEMPO, es posible afirmar con exactitud matemática el día, la hora, el minuto, el segundo en que comenzará la lluvia, en que el trueno resonará en los espacios, en que el rayo alumbrará la Tierra, en que el huracán levantará montañas de olas en el seno de los mares.... Todo eso es posible, y todo eso se puede deducir de un sistema de ecuaciones que formulen las leyes atmosféricas con el algoritmo del cálculo, como de un sistema de ecuaciones se deduce el movimiento de los astros y se predice un eclipse, y se deducen los movimientos de las máquinas y se calcula su trabajo, y se deducen los movimientos mecánicos de los cuerpos, y se profetizan y se aseguran, sin error alguno, sus resultados.

¡Ah! se dirá, esto es muy difícil. ¿Quién es capaz de seguir en su loca y caprichosa carrera la ráfaga de viento que gira en remolinos, la nube que se desvanece, la chispa que desgaja el árbol, la ola que se deshace sobre la playa, en blanca espuma?

¡Bah! contestarémos, no seáis incrédulos. Más difícil es medir la distancia que separa los astros, allá en el seno inacabable de los espacios, sin acercarse á ellos; más difícil es analizar la materia de que se componen, sin traer un pedazo de su corteza á nuestro laboratorio; más difícil es medir la velocidad del rayo luminoso, que parte del sol y hierre la retina; más difícil es medir las vibraciones del aire herido por la cuerda del arpa; más difícil es medir las palpaciones del éter agitado por los colores del arco iris; más difícil es convertir la luz en vehículo del sonido; más difícil, en fin, es rodear la Tierra de nervios para hacerle sentir la misma sensación en el mismo instante, y sin embargo, todo eso se ha medido, y todo eso se ha realizado, y ante pruebas tan majestuosas y tan prácticas del saber del hombre no teneis derecho á dudar. ¡Que la fe ilumine nuestros espíritus; que el aliento de Dios dé calor á nuestras almas!

#### LA PREDICCIÓN DEL TIEMPO SERÁ UN HECHO.

Sí, ¿pero cuándo?

¿Cuándo?

Escuchadme aún. Creo haber *demostrado* la posibilidad racional de que lo sea; me propongo ahora *probar* brevemente que estamos en camino, quizás muy cerca, de conseguirlo.

#### II.

*La predicción del tiempo* es el anuncio anticipado de los cambios atmosféricos; es el pronóstico, la adivinación de los fenómenos meteorológicos que han de ocurrir próximamente.

Tiempo no es, en esta acepción general, la duración medida; es el conjunto de fenómenos atmosféricos que componen lo que llamamos mal tiempo ó buen tiempo, tiempo de fortuna y nieves, tiempo cerrado y tiempo crudo, tiempo abierto y tiempo sereno, tiempo despejado y tiempo frío, tiempo lluvioso y tiempo húmedo, y tantas otras locuciones

como consagran y definen el significado vulgar del vocablo tiempo.

¿Cuántos y cuáles son esos fenómenos que lo componen? —Dicen los físicos que los hay aéreos, acuosos, luminosos, eléctricos y magnéticos. Esto es clasificarlos por sus efectos, aún más que por sus causas. Bien averiguados éstos, resulta una hermosa unidad en las fuerzas físicas que los producen. Establecido el principio general que convierte en una mecánica molecular la física moderna, desaparecen las antiguas hipótesis de los flúidos, y el rigor matemático, con su lujo de algoritmos, se sustituye á las inciertas vacilaciones de teorías nacidas en el gabinete del sabio, al calor de fenómenos parciales confusamente explicados.

Con gran pena renunciamos por hoy á la explicacion de todos esos meteoros; pero con ello ganan los benévolos lectores de este Almanaque, y por otra parte, se limita nuestro propósito aquí á dar idea de la posibilidad de predecir el tiempo, y de los poderosos medios que hoy se emplean para ello.

Demos, pues, por conocidos antiguos y casi amigos, el viento y las trombas, las nubes y la lluvia, la nieve y el granizo, el calor y el frío, el rayo y el trueno, el huracan y la tempestad; dejemos para otra ocasion el entretenido curioso de sus causas, sus leyes y sus efectos, y recordemos tan sólo que la ciencia reduce á números todos esos efectos y todos esos fenómenos. Mide el viento con atmómetros, y fija su direccion, y estampa y fotografía su fuerza y su camino en las curvas referidas á los ejes hora y fuerza; sigue y persigue las nubes, las clasifica, y mide la lluvia con los pluviómetros, y consigna el hecho en las curvas referidas á los ejes hora y cantidad; mide la humedad relativa y absoluta de la atmósfera, con higrómetros ingeniosísimos, cuyas tablas dan la cantidad de vapor relativa para diversas temperaturas, y escribe las variaciones en curvas cuyos ejes son hora y humedad; aquel *vacío* en que los antiguos suponían se revolvía el planeta, vacío al cual *la naturaleza tenía horror*, y que desde los tiempos de Galileo, Torricelli y Pascal se sustituyó, en la ciencia, por el peso del aire, es hoy el dato más importante de la prediccion. Los resume y casi los sintetiza todos. La presión atmosférica es indicio, no sólo de lo que ocurre en el lugar donde está el barómetro que la mide, sino de lo que pasa lejos de él. Y estas indicaciones se toman continuamente, y convenientemente reducidas se registran en curvas cuyos ejes son la hora y la presión. Y el grado de calor se mide con los termómetros, ajustados á iguales puntos fijos de dilatacion, y cuyas variaciones se reducen á curvas cuyos ejes son la hora y el grado. La electricidad de la atmósfera se mide también con los electrómetros, si bien sus indicaciones están hoy más limitadas á los estudios especulativos que á los de aplicacion.

Todo fenómeno atmosférico, pues, se mide, y cada día los cuadros de curvas forman la historia gráfica de los sucesos meteorológicos. El término medio de las variaciones diarias sirve para formar las curvas mensuales ó anuales.

Ahora bien; supongamos en toda la tierra, en todos sus paralelos, y uniformemente distribuidos, un gran número de observatorios meteorológicos, con instrumentos iguales, perfectamente comprobados, con instrucciones idénticas para leer y traducir sus indicaciones cada hora ó cada dos, y resultará que ninguna alteracion atmosférica se produci-

rá sin que al momento quede registrada en los puntos donde nazca, en los puntos donde se desarrolle y en los puntos donde acabe. Y su intensidad, su direccion, sus efectos, se grabarán instantáneamente sobre el papel. Y si esos innumerables observatorios tuvieran telégrafo á su disposicion, y cifras convenidas para los diversos casos, y una gran oficina central donde se recibieran, clasificáran y resumieran esos datos á hora fija del día, sabríase todo lo que sucede en la atmósfera del globo en cada instante del día y en cada momento de la noche; y deduciendo del estudio de millones y millones de casos la ley de generacion de la tempestad y de la lluvia, tendríamos la prediccion segura, fija, indudable del tiempo, encerrada en una serie de ecuaciones representada por varias curvas, cuya interpretacion daría esa X tan vagabunda y tan deseada, que escapa ya difícilmente al estrecho asedio y á la entusiasta persecucion que está sufriendo.

Ni este brillantísimo resultado sería nuevo, ni sería más extraordinario que otros que vemos y sentimos acaso sin darnos cuenta de ello. Es el procedimiento racional que ha servido siempre para descubrir las leyes más trascendentales de los movimientos de la Naturaleza, que ni esos descubrimientos pueden ser hijos del veleidoso azar, ni son sus autores aventureros afortunados que han dado con ellos como se da en la transitada calle con la moneda extraviada. No; el descubrimiento de las leyes que han inmortalizado los nombres de Newton, de Kepler, de Galileo, de Fermat, de Euler, de Laplace, de D'Alembert, de D'Ampère, de Ohm, de Hughues, de Bell, de otros ciento, no es debido á la ciega casualidad, es hijo del estudio, de la meditacion, del genio que abarca, con mirada de águila, los dispersos datos, que juzga con superior juicio los hechos aislados, que reúne y junta los fragmentos descubiertos de la verdad, y con un rasgo de inspiracion sublime, sintetiza los datos en un resultado; funde los hechos en la causa de donde se derivan; reconstruye la imágen de la verdad augusta con los esparcidos fragmentos que encontró de ella, y *presintiendo* de este modo racional la ley impuesta por el Creador á la materia, formula sus bases, redacta sus capítulos, y suprime para siempre la confusion de los casos particulares, sin lazo y sin conexion, sustituyéndola por la sencilla y hermosa armonía de fáciles reglas que gobierna el mundo.

Por desgracia no es fácil realizar el ideal que hemos pintado. Erizar la tierra de observatorios que persigan los movimientos atmosféricos, como la policia bien organizada persigue á los criminales, es un bello ensueño. Porque la tierra, casi no es *tierra*, es *mar*. Tierra firme, los territorios elevados sobre las inmensas sabanas de agua y repartidos en todo el globo, apenas suman la tercera parte de la extension de los mares. Y de estos continentes hay todavía que restar, para nuestro objeto, la gran superficie de países desconocidos, la de países inhabitados, la de países salvajes, la de países escasamente civilizados..... y de segregacion en segregacion vendremos á reducirnos á unos pocos rincones, con unos cuantos observatorios. La superficie de nuestro eclipse terrestre es de 509.950.715 kilómetros cuadrados. Contemos con que de los 9.778.000 kilómetros cuadrados que ocupa Europa podemos llenar con observatorios 5.000.000 de kilómetros cuadrados, y no es poco contar; supongamos que de los 38.000.000 de kilómetros cua-



D. DOMINGO SANTAMARÍA,  
actual Presidente de la República de Chile.

drados que mide América, se ponen observatorios en 10 millones de kilómetros cuadrados y no es poco suponer (1); resultará lo siguiente:

Superficie de la tierra. . . . .	509.950.715 kil. cuad.
Area cubierta de observatorios. . . . .	15.000.000 »
Superficie sin observatorios. . . . .	<u>494.950.715 kil. cuad.</u>

¡Qué triste desencanto!

¡Nuestra red de observatorios sólo puede abarcar, por ahora, tres centésimas partes de la superficie terrestre!

Y basta. Se tardará más en descubrir las leyes, se necesitará más observacion, mayor constancia, más ingenio; pero al fin se llegará al término de la jornada. La ley del progreso es la ley de la humanidad. «Dadme un diente y os daré el animal», dice la zoología moderna, fiada en los progresos de la fisiología. «Dadme esos tres céntimos de observatorios y os daré las leyes del tiempo», dirá la Meteorología matemática. Méenos observaciones y más imperfectas conocia Kepler cuando dió las leyes de la gravitacion universal.

Pero, aún encerrada la investigacion del problema en estos estrechos límites, ¿hay medios, posibilidades y facilidades de realizarla?

Los hay, están planteados, se ejecutan y se realizan hoy, progresan, están en el período de desarrollo, y camina la prediccion del tiempo con tal velocidad, tan de prisa, que ya hay deducidos principios generales *probables*, á los cuales se ajusta el criterio científico de la actualidad.

Aquel triste desencanto que sufrimos al contemplar imposible nuestro ideal de cubrir la tierra de observatorios, tiene su lenitivo, y lenitivo que casi borra el sentimiento en la realidad de hoy.

¿Cuál es ésta?

La prediccion del tiempo inmediato con noventa probabilidades de acierto por cada cien pronósticos.

### III.

Los Estados-Unidos son una nacion de maravillas materiales. ¡En cuántas cosas avergüenzan á la vieja, estirada y orgullosa Europa! Su agricultura es superior á la nuestra, y de sus productos hemos de servirnos. Sin su algodón pararíamos las fábricas, sin su tabaco fumaríamos poco, sin su trigo pasaríamos hambre. Su marina es, en calidad, mejor que la europea, y los adelantos de ésta se deben á aquélla; su maquinaria nos aterra; el crecimiento de sus ciudades, inmensas y populares apénas nacidas, nos asusta; la invasion de sus manufacturas, más esmeradas y más baratas, nos espanta.... ¡hasta nos envia las carnes y los pescados *frescos* á través del Océano!

Pues esta nacion positiva, jöven, viril, poderosa, es la maestra del servicio metereológico, es la primera que se ha atrevido á predecir racionalmente el tiempo.

Excusado parece añadir que, tratándose de adelanto tan grave y ruidoso, reclama Francia para sí la gloria del pensamiento, desempolvando notas de Lavoisier, de las cuales

nadie habia hecho caso. El malogrado químico, víctima de aquel vértigo revolucionario, que *no necesitaba sabios para vivir*, expuso una opinion que la modestia científica de la Francia pretende explotar en su provecho.

Lo práctico, lo real, lo utilísimo, es lo que hoy existe en los Estados-Unidos.

Dependiente del Ministerio de la Guerra y perfectamente organizada hoy una institucion de «Servicio meteorológico», que se bautizó con el nombre de «*The signal office*». Es increíble lo que en pocos años ha adelantado y los resultados que ha obtenido. Consignados están en los curiosísimos é instructivos anuarios que publica la Direccion general del ramo («*Annual Report of the chief signal-officer to the secretary of War*»), y de los cuales vamos á entresacar, muy sumariamente, algunos datos para dar leve idea de la organizacion del servicio.

Siguiendo la direccion de los cuatro puntos cardinales, como ejes, y con sujecion á un plan preconcebido, se ha creado una densa red de estaciones meteorológicas en todo el territorio de la República. Eran estas estaciones oficiales 55 en 1871; se habian aumentado hasta 97 en 1875; llegaban á 109 en 1877, y hoy pasan de 120. Y es tal la importancia que el práctico pueblo anglo-americano concede á los trabajos de estas estaciones, que hay peticiones presentadas para establecer 240 más; las Sociedades de Agricultura, en número de 131, auxilian con sus observaciones el servicio, y reciben los boletines de la Direccion, como si fueran estaciones; 47 cámaras de comercio comunican directamente con la oficina central; 123 puestos ó centros militares envian tambien sus observaciones; cientos de buques comunican las registradas en sus travesías, y—éste es el dato más envidiable—403 particulares, cuya aficion á la metereología ha convertido sus casas en estaciones parciales, envian religiosamente el fruto de sus observaciones, con sujecion estricta á las instrucciones de la Direccion general, cuyas órdenes reciben y obedecen. Véase aquí la accion del Estado, no ya auxiliada, sino sobrepujada por la iniciativa particular, palanca y secreto de las grandes obras que en aquella original nacion se realizan diariamente. Verdad es que la Administracion proporciona instrumentos, compara los que le presentan, regala instrucciones para su uso y facilita medios de observacion.

La red de las estaciones oficiales, que del presupuesto general se pagan, tiene veinte centros ó estaciones más importantes, que podriamos llamar regionales, y una central, cabeza del servicio, establecida en Washington (*the chief signal-officer*), reúne todas las observaciones de todo el país.

Cada estacion posee su barómetro, termómetro, higrómetro, pluviómetro, atmómetro, y sobre todo, un telégrafo y su clave. Todos los instrumentos están comprobados en la Direccion general, y delicadamente comparados con los patrones ó tipos del Observatorio central. Los relojes señalan el tiempo medio de Washington.

Tres veces al dia, á las siete y treinta y cinco minutos de la mañana, á las cuatro y treinta y cinco minutos de la tarde, y á las once y treinta y cinco minutos de la noche, hacen sus observaciones los sargentos encargados de las estaciones, é inmediatamente las telegrafian en cifra á la oficina central. Por un sistema de ingeniosas combinaciones telegráficas, todos, ó algunos de estos partes se comunican

(1) Los Estados-Unidos, con sus territorios agregados, tienen una extension de 9.400.000 kilómetros cuadrados.

á la vez, á los veinte centros ó estaciones regionales de que hemos hablado. En cada una de éstas se publican boletines diarios con los resúmenes y pronósticos.

Recibidos en la oficina central los partes de toda la nacion, se recopilan, se imprimen y se publican en forma de boletines *tres veces* al dia. A las nueve de la mañana sale el primer boletin con el resumen del tiempo que hacia á las siete y treinta y cinco minutos en los treinta y siete Estados de la república modelo; á las seis de la tarde infaliblemente, circula ya el segundo boletin que anuncia el estado de la atmósfera á las cuatro y treinta y cinco minutos; y á la una de la madrugada se publica el tercer boletin, con el resumen de las observaciones hechas á las once y treinta y cinco minutos de la noche. ¡Qué rapidez y qué seguridad! Cada uno de los tres boletines diarios, publicados por la oficina central, ó por las estaciones regionales, contiene las siguientes indicaciones: alturas barométricas, ó sea presiones atmosféricas; sus diferencias con las del último boletin; temperatura y sus variaciones en las últimas veinte y cuatro horas; humedad relativa, direccion, velocidad, presion y fuerza de los vientos; reseña de las nubes ó estado del cielo; lluvia caída desde el último boletin, y estado del tiempo.

Todos estos boletines, publicados por las estaciones central ó regionales, se fijan en los parajes públicos, se distribuyen á los establecimientos y sociedades, se envían gratuitamente á todos los periódicos que se publican en las localidades donde hay estaciones, oficial ó particular, y los observadores y jefes de estacion tienen las más severas órdenes para dar á todo el mundo las noticias ó ejemplares de los boletines, y procurar que lleguen rápidamente á su destino los enviados. Servicio público que al público interesa conocer en el acto, al público se entrega con profusion, y no se lo guarda esterilmente, como en otros países, el elemento oficial.

Lo dicho es ya bastante; lo que sigue es mucho más.

Con las observaciones recibidas en la oficina central, y resumidas en el acto, se forma una síntesis ó *sinópsis* del tiempo que hace en la nacion, y se deducen las *probabilidades* del tiempo en las veinticuatro horas siguientes; es decir, que se predice el tiempo con un dia de anticipacion. Este estudio utilísimo aparece tambien tres veces al dia, una hora más tarde que el boletin, se telegrafía á todas las estaciones, sociedades, puertos, cámaras de comercio, periódicos, etc., y para que estos pronósticos se extiendan y penetren hasta los más escondidos rincones de la República, se conceden autorizaciones para reimprimirlos y circularlos con sujecion al modelo.

Ademas de los tres boletines y los tres sinópsis diarios, se publican, por la Oficina central, *mapas del tiempo*, tres veces al dia. Hé aquí cómo se hacen estos importantísimos estados gráficos: Sobre un gran mapa de los Estados-Unidos, que contiene la situacion y nombre de todas las estaciones oficiales, se señalan los fenómenos y se marcan los números que el telégrafo acaba de llevar, y los boletines resumen. Inmediatamente se reúnen y enlazan por curvas los puntos de igual presion barométrica y de igual temperatura, como si se trazáran las curvas de nivel de un plano reuniendo los puntos de igual cota, y se tienen las líneas llamadas *isobarométrica* ó *isobárica*, é *isotermométrica* ó

*isotérmica*. Por este hecho quedan determinadas las regiones ó zonas de presion más alta (*High*), y los de presion más baja (*Low*). Para no confundir ambas series de curvas, aunque llevan los números correspondientes á presiones ó temperaturas en cada estacion, son las barométricas de color rojo, y las termométricas de color morado.

La direccion del viento se indica por una flecha, *que vuelta con él*; el estado del cielo se marca por medio de unos círculos colocados en el centro de las flechas. El círculo blanco y limpio indica tiempo sereno; el diámetro vertical marcado, es calma; el círculo negro, lluvia; una faja anular, nubes; varias cuerdas verticales, nieves. Si hay tormenta, se señala en el mapa su camino, su eje y su zona de accion. La lluvia se indica rayando la zona donde ha caido con líneas más ó ménos espesas, segun la cantidad. Si ocurre alguna perturbacion se marca con signos especiales. Y todo esto se hace con la rapidez del pensamiento, y enseguida, sobre mapas de antemano preparados y perfectamente litografiados, se imprimen todas esas curvas y esos signos; se imprime ademas á un lado el boletin con las indicaciones de cada estacion para que pueda comprobarse, y al otro lado se ponen la sinópsis del tiempo y las probabilidades, indicaciones ó pronósticos para las siguientes veinticuatro horas. Estos pronósticos se deducen del estudio detenido de los datos resumidos en el mapa, de la aplicacion de los *principios generales* y *teoremas* que se han llegado á demostrar del conocimiento perfecto de la region en que se opera, y del sentimiento intuitivo que da á los oficiales encargados de este servicio el estudio incesante, detenido, continuo de las perturbaciones atmosféricas de aquel trozo del planeta. Y que se deducen bien, que los principios de que se derivan son ciertos, lo prueba el hecho notable y lisonjero de que por cada cien pronósticos resultan ciertos y confirmados por la experiencia noventa. ¡Qué adelanto tan sorprendente!

Otro mapa *diario* resume y condensa las variaciones atmosféricas de cada veinticuatro horas, y lleva *indicaciones* del tiempo que hará en la semana siguiente. Véase ya el principio de la prediccion racional con una semana de anticipacion. A este mapa acompaña un boletin semanal con un sumario de las sinópsis diarias, y la prediccion ó indicaciones futuras.

Mensualmente se publica una *Revista* que contiene un estudio serio de todos los fenómenos ocurridos en el mes, y tres mapas perfectamente grabados lo completan. El número 1 manifiesta el resumen de las alteraciones de presion atmosférica, marca las áreas de presion mínima, sus ejes y su marcha, con indicaciones numéricas de los dias y lecturas del barómetro; el núm. 2 abarca tres resúmenes, á saber: las líneas isobarométricas de color rojo; las isotérmicas de color negro, y los vientos dominantes, todo con sus correspondientes números y estados de observaciones de cada estacion; el núm. 3 se refiere á la lluvia que ha caido en el mes, dividida en zonas y limitada por curvas, segun la cantidad. Hasta dos pulgadas de agua, la zona es blanca; de dos á cuatro pulgadas, se raya horizontalmente con líneas finas; de cuatro á siete pulgadas, lleva cruzado diagonal; de siete á diez pulgadas, horizontal espeso; de más de diez pulgadas, rayado rectangular muy oscuro. Dos estados, uno con las alturas de las aguas en los rios, otro con las



comparaciones de la lluvia con igual mes de años anteriores, completan el mapa.

Un anuario con preciosas indicaciones y datos de gran interes, resúmenes y notas de todo cuanto ha ocurrido en el ramo, es digno fin de estos ímprobos y admirables trabajos.

Imagine el lector pacientísimo, ya que no tenemos tiempo de explanarlo, lo que significa esta lluvia perpétua, esta inundacion creciente de boletines y de mapas, reproducidos aquéllos en el millon y medio de ejemplares de periódicos que se imprimen cada dia, y comprenderá que un pueblo que lee los áridos números apilados en los papelitos y los interpreta; que se familiariza con la vista de los mapas y la lectura de las curvas, y reconstruye en su imaginacion las corrientes aéreas y las acuosas, las tormentas y los ciclones, con sólo ver sus signos estampados en un papel; pueblo donde el marino consulta el boletin en el puerto ántes de salir; donde el comerciante mira el boletin ántes de cerrar un trato; donde el viajero busca el boletin ántes de tomar su billete; donde el agricultor pide el boletin ántes de arriesgarse al trabajo; donde el boletin meteorológico es necesario para todas las operaciones generales y privadas, es un pueblo que honra al siglo XIX, es un pueblo digno de escribir sus destinos con letras de oro en la historia inmortal de la civilizacion moderna.

¡Qué Estado y qué pueblo!

IV.

Es preciso terminar este artículo para no castigar más el insistente y, para mí lisonjero, ruego de mi cariñoso amigo D. Abelardo J. de Cárlos, cuya actividad tiene mucho de yankée, por lo inteligente. Añadiré aún algunos datos para acentuar el imperfecto boceto que, á vuela pluma, vamos pintando.

El personal de las estaciones, base de este esmerado servicio, tiene una organizacion militar. Y eso que es la nacion civil por excelencia. Soldados voluntarios, cabos, sargentos y oficiales, componen el personal. Edúcale éste y adquiere práctica é instruccion esmerada y concienzuda en la Escuela de *Fort Whipple*. Se ingresa previo un sencillo exámen. Cabos y sargentos salen perfectamente enseñados y acostumbrados á hacer, ni más ni ménos, que lo apuntado en las instrucciones. Las estaciones son objeto predilecto de los cuidados de la Direccion. Cada seis meses son rigurosamente inspeccionadas, por lo ménos una vez. ¡Y algunas están situadas en medio del desierto, entre la soledad, el frio y la privacion! Pero la Direccion proporciona al sufrido personal carbon y provisiones con verdadera paternal solicitud.

Y con todo este complicado y perenne servicio, el último presupuesto general de los que tengo á la vista, no asigna á la Direccion sino cantidad muy pequeña; que sorprende, atendidos los resultados. Helo aquí:

MATERIAL.

Gastos de reclutamiento y trasporte de los soldados voluntarios. . . . .	1.500	\$
Gastos de la Direccion para equipos, reparaciones, etc. . . . .	15.500	»
TOTAL. . . . .	17.000	duros.

PERSONAL.

1 Coronel. . . . .	3.500	\$
150 Sargentos. . . . .	30.600	»
30 Cabos. . . . .	5.400	»
270 Soldados, ordenanzas, etc. . . . .	42.120	»
TOTAL. . . . .	81.620	duros.

que con los del material suman 98.620 duros. El movimiento de la Oficina central es prodigioso. El número de telégramas y partes recibidos pasa de un millon; el de los expedidos se acerca á 100.000.

Las observaciones marítimas costaneras se organizan separadamente. Todos los semáforos, estaciones de salvamento marítimo (que son muchas y muy buenas), oficinas de puerto, dependencias navales, del Estado y de particulares, ó de sociedades, comunican con la Oficina Central y reciben sus boletines y mapas especiales. En los pronósticos ó predicciones marítimas el acierto es más difícil, porque con sólo las observaciones del perímetro de la costa hay que adivinar lo que ocurrirá en el interior de los mares. Sin embargo, de cada cien predicciones ó indicaciones se aciertan ya de **78 á 80**, y cada dia se perfecciona más este pronóstico racional.—¿Quién anuncia á la vieja Europa, con ocho dias de anticipacion, las tempestades, las tormentas, los ciclones que la han de azotar? La Oficina Central de Washington.—Y ¡cuántos siniestros precave! ¡Cuántos naufragios evita! ¡Cuántas ruinas y cuántas desgracias ahorra al mundo! ¡Bendita sea la ciencia del hombre que en el bien se emplea!

Un boletin diario—¡otro aún!—internacional, sale de la Oficina Central del *Signal Office*. Contiene las observaciones hechas momentos ántes en todas las estaciones del mundo que están en relacion con el Observatorio de Washington. Envian sus observaciones: Argelia, de 12 estaciones meteorológicas; Austria, de 15; Bélgica, de 3; Inglaterra, de 82; Dinamarca, de 6; Francia, de 34; Alemania, de 23; Italia, de 22; Holanda, de 5; Noruega, de 4; Portugal, de 2; Rusia, de 28; España de 2 (Madrid y San Fernando); Suecia, de 6; Suiza, de 3; Turquía, de 7; Grecia, de 1, y el Canadá, de 16. Estos números demuestran, en cierto modo, la importancia que cada país da á este linaje de observaciones.

Inglaterra estableció en 1869 su *Meteorological Office*. Se divide en tres secciones: *Ocean Meteorology*, departamento el más antiguo, fundado por la Cámara de Comercio en 1854, y que se ocupa especialmente de las revoluciones atmosféricas de los mares; *Telegrafia meteorológica y Meteorología terrestre de las Islas Británicas*. Gasta sobre 14.000 libras esterlinas en este servicio; publica diariamente los boletines y mapas y resúmenes semanales. Los diarios y revistas insertan grabados con un resumen de las observaciones, expresado por medio de curvas, por cierto muy imperfectos y muy confusos. Las sinópsis y probabilidades son de algun interes.

Francia concentra su servicio en el Observatorio Astronómico de París. Esta mezcla la creo perniciosa para el buen servicio. Si éste ha de dar buenos resultados, se necesita no subordinarlo á ningun otro de antiguo abolengo. Publica un boletin de *Meteorología internacional*, pues recibe dos veces al dia telégramas con las observaciones de 30

estaciones francesas, 1 de Argelia, 1 de Bélgica, 1 de Suiza, 6 de Inglaterra, 3 de los Países-Bajos, 2 de Dinamarca, 8 de Suecia y Noruega, 8 de Rusia, 8 de Alemania, 12 de España, 5 de Italia, 5 de Austria y 9 de Turquía.

Las estaciones de segundo orden están confiadas á los Directores de las escuelas normales, y el servicio lo hacen voluntarios. Hay además estaciones *pluviométricas*, repartidas en las cuencas de los rios, para estudiar su hidrología, y estaciones *meteorológico-agricolas* con un barómetro aneróide y un termómetro, muy elementales pero bastante útiles, que llegan ya al número de 1.500. El observador en ellos es el público; tienen la ventaja de recibir los boletines y anunciarlos. El servicio, en general, atrasado, y sin la gran síntesis de la predicción racional. Las reseñas publicadas por los periódicos son sinópsis diarias internacionales.

Italia aventaja en este servicio á muchas naciones europeas. Confía el servicio meteorológico al Ministerio de Marina; atiende á la vez al servicio semafórico, cuyas estaciones son también meteorológicas, y transmiten á los buques los boletines y noticias de la Dirección ó *Ufficio Centrale*, establecido en Florencia. Publica diariamente boletines que comunica á sus 92 estaciones marítimas y terrestres y á los periódicos, y los completa con grandes mapas que resumen las observaciones en las curvas de presiones, temperaturas, ejes de tormentas, etc. Sin llegar á la perfección de los Estados-Unidos, es Italia de los países que más adelantan y mejor realizan en Europa la predicción del tiempo.

Alemania encarga también su servicio meteorológico al Ministerio de Marina. La Dirección radica en el Observatorio Marítimo alemán (*Deutsche Seewarte*) de Hamburgo. 168 estaciones alemanas y 60 extranjeras le comunican una dos veces al día (ocho de la mañana y dos de la tarde) sus observaciones. Todos los días, por la mañana, se publica un boletín con los resultados del día anterior y los presagios del futuro. Sus conclusiones se transmiten á todas las estaciones y puertos, por telégrafo; con los resúmenes de las observaciones diarias se publican dos mapas, uno del Imperio y otro mapa-mundi, con las curvas isobáricas é isotérmicas, las direcciones y fuerza de los vientos, las indicaciones del estado del cielo, lluvia recogida, tormentas, etc. Mensualmente se hacen excelentes resúmenes, muy curiosos por la novedad de los mapa-mundis. Los fenómenos extraordinarios, probabilidad de tempestades ó mal tiempo; se telegrafían á las estaciones, semáforos y hasta 51 puertos ó pueblos de las costas. Los periódicos publican las sinópsis y probabilidades diarias. Alemania es la nación de Europa más adelantada en este ramo. El acierto de sus predicciones es ya de 77 por 100, y ahora mejora notablemente la organización del servicio.

Austria también lo ha desarrollado con pasión. Cuenta 289 estaciones, con más 108 de Hungría, y las observaciones se hacen tres veces al día, pero no en todas á la misma hora, y esto produce confusión, porque las observaciones deben ser simultáneas. Boletines, mapas, sinópsis y probabilidades, todo ello se publica diariamente, y el estudio ge-

neral y local se perfecciona, como lo da á entender el coeficiente de acierto.

Rusia tiene 159 estaciones meteorológicas y 260 más pertenecientes á la Sociedad Geográfica. Hace tres observaciones diarias, y publica sinópsis y probabilidades diarias.

En España, el servicio meteorológico corre á cargo del Observatorio Astronómico. Universidades é Institutos le envían sus observaciones, que *anualmente* ven la luz en libros muy interesantes, que algun curioso hojea á falta de mejor ocupación.

Algunos establecimientos, entusiastas y celosos, publican un boletín *mensual* de sus observaciones, y la *Gaceta de Madrid* inserta invariablemente un cuadro con los telegramas internacionales y patrios recibidos el día anterior. Algo más se podía hacer con esos elementos; pero nuestro atraso en este gravísimo punto no es imputable ni á los sabios Director y astrónomos del Observatorio, reputados con justicia por sus trabajos, ni al ilustrado Observatorio de San Fernando. Ambos institutos tienen otra misión muy elevada y diversa, y apenas si cuentan con elementos y tiempo suficientes para desempeñarla tan celosamente como lo hacen.

Pero España necesita algo más; España, con su accidentada topografía, su línea extensa de costas, su necesitada agricultura, su creciente prosperidad y su posición geográfica, no debe quedar segregada de este concierto de ilustración, no debe regatear el óbolo de su trabajo á la causa común y civilizadora de la predicción del tiempo. Necesitamos boletines diarios, mapas y probabilidades ó pronósticos. ¡Digan los infelices pescadores de los mares del Norte si no bendecirán el telegrama que les salve de la tormenta próxima y oculta! Ya que hemos tardado tanto en tenerlo, es preciso tenerlo pronto.

¿Cómo?

Se necesita un centro facultativo ajeno á los vaivenes de la Administración, que recoja los elementos actuales, crée los que se necesiten, les dé una organización *militar*, concentre en sí la acción y la dirección de todas las estaciones, modele y ajuste el trabajo de éstas á un patron fijo, realice, en una palabra, lo que ha realizado *The Signal Office* en los Estados-Unidos. Y se necesita, además, un hombre de ímpetu, de genio, entusiasta por la ciencia, sacerdote de la religión que profesa, con gran inteligencia, gran constancia, gran energía, organizador y sabio, que realice en España lo que *Alberto J. Myer* ha realizado en la República Norte-Americana.

Y es tal nuestra suerte, que tenemos ese centro y tenemos ese hombre.

El centro se llama *Instituto Geográfico y Estadístico*, y lo conoce Europa por su vasta ciencia especulativa y por lo admirable de sus trabajos geodésicos y topográficos.

El hombre se llama *D. Carlos Ibañez é Ibañez de Ibero*, y lo conoce tanto Europa, que lo ha elevado á la presidencia de sus congresos internacionales de Geodesia.

Con este Instituto y con este Director podrá realizarse en España la predicción del tiempo.

J. NAVARRO REVERTER.



# BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORANEOS,

PUBLICADA

POR LA EMPRESA DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

## PRECIOS EN MADRID.

**El Matrimonio.** Su ley natural, su historia, su importancia social, precedido de un prólogo del Académico Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra, por D. Joaquin Sanchez de Toca. Edicion reformada. Dos tomos, 8.º mayor frances.—8 pesetas.

**La Cuestion de Oriente,** por don Emilio Castelar. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**Recuerdos de Italia** (Segunda parte), por D. Emilio Castelar. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**Cuarenta siglos.** Historia útil á la generacion presente, por D. Anselmo Fuentes. Este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

\* **Guia ilustrada de Madrid,** con más de 150 grabados intercalados en el texto, y planos sueltos muy importantes, que representan los edificios, paseos y monumentos más notables de la capital, por el Excmo. Sr. D. Angel Fernandez de los Rios. Un tomo, 8.º prolongado.—6 pesetas rústica y 8 encuadernado.

**Un libro para las damas** (estudios acerca de la educacion de la mujer), por D.ª Maria del Pilar Sinués. (Segunda edicion.) Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**La vida íntima.—En la culpa va el castigo,** por D.ª Maria del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**Un libro para las madres,** por D.ª Maria del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**Hija, esposa y madre,** por doña Maria del Pilar Sinués. Dos tomos, 8.º mayor frances.—8 pesetas.

**La Abuela,** por D.ª Maria del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**El Sol de invierno,** por D.ª Maria del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**La Senda de la gloria,** por doña Maria del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

\* **Las Esclavas del deber,** por doña Maria del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor.—4 pesetas.

\* **Cortesanias ilustres,** por D.ª Maria del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor.—4 pesetas.

\* **Los Mártires del Amor,** por doña Maria del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor.—4 pesetas.

\* **Tres Genios femeninos,** por D.ª Maria del Pilar Sinués. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

\* **Luz y sombra,** por D.ª Maria del Pilar Sinués. Dos tomos, 8.º mayor frances.—8 pesetas.

**Album poético español,** por los señores Marqués de Molins, Hartzenbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Echevarria, Larmig, Alarcon, Trueba, Hurtado y Duque de Rivas. Un tomo, 4.º mayor.—12 pesetas, lujosamente encuadernado.

**Várias obras inéditas de Cervantes,** sacadas de códices de la Biblioteca Colombina, con nuevas ilustraciones sobre la vida del autor y el *Quijote*, por D. Adolfo de Castro. Un tomo, 8.º mayor frances.—8 pesetas.

**Delicias del nuevo paraiso,** por D. José Selgas. (Segunda edicion.) Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

**Cosas del dia,** continuacion de las *Delicias del nuevo paraiso*, por D. José Selgas. (Tercera edicion.) Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

**Escenas fantásticas,** por D. José Selgas. Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

\* **Hechos y dichos,** por D. José Selgas. Un tomo.—3 pesetas.

\* **Un Retrato de mujer,** por don José Selgas.—2,50 pesetas.

\* **El Mundo invisible,** continuacion de las *Escenas fantásticas*, por D. José Selgas. Un tomo, 8.º mayor.—4 pesetas.

**Un libro para las pollas,** por D.ª Francisca Sarasate. Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

**Mari-Santa,** por D. Antonio de Trueba. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**Nuevos cuentos populares,** por D. Antonio de Trueba. Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

**Amores y amorios,** (Historietas en prosa y verso), por D. Pedro Antonio de Alarcon. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**Verdades y ficciones,** por D. Ramon de Navarrete, con un prólogo de don Luis Mariano de Larra. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**Sueños y realidades,** por D. Ramon de Navarrete. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**El Comendador Mendoza,** por D. Juan Valera. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

\* **Las Ilusiones del Doctor Faustino,** por D. Juan Valera. Dos tomos en 16.º—5 pesetas.

\* **Dáfnis y Cloe, ó las Pastorales de Longo,** traduccion directa del griego, con introduccion y notas, por un aprendiz de helenista. Un tomo en 16.º—3 pesetas.

**De Madrid á Madrid dando la vuelta al mundo,** por D. Enrique Dupuy de Lôme. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**Letra menuda,** por D. Manuel del Palacio. Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

**Adriana de Wolsey,** original de Ventura Hidalgo, precedida de un prólogo del Excmo. Sr. D. Victor Balaguer. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

\* **Cuadros viejos,** coleccion de pinceladas, toques y esbozos, representando costumbres españolas del siglo XVII, por don Julio Monreal. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**Una Docena de cuentos,** por D. Narciso Campillo, con un prólogo de D. Juan Valera. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**La Leyenda de Hixem II.—El Capitan Morgan,** por D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas. Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

**Cuentos,** por D. José Fernandez Bremon. Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

**El Libro azul,** novelitas y bocetos de costumbres, por D. Eduardo Bustillo. Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

\* **Principios generales del arte de la colonizacion.** Obra indispensable en toda biblioteca y utilísima á los que se dedican á estudios estadísticos, por D. Joaquin Maldonado Macanaz. Un tomo en 4.º—6 pesetas.

**Venturas y desventuras,** coleccion de novelas del capitan de navio don Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

\* **Disquisiciones náuticas,** por el capitan de navio D. Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

\* **La mar descrita por los mareados** (*Más Disquisiciones*), por el capitan de navio D. Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

\* **Navegaciones de los muertos y vanidades de los vivos,** libro tercero de las *Disquisiciones náuticas*, por el capitan de navio D. Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

\* **Los Ojos en el cielo,** libro cuarto de las *Disquisiciones náuticas*, por el capitan de navio D. Cesáreo Fernandez Duro. Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

\* **Estudios sobre nacionalidad, naturalizacion y ciudadanía,** consideradas como asunto interior de las legislaciones, y sobre todo en sus relaciones con el derecho internacional, por un primer secretario de legacion. Un volumen, 4.º mayor, bastante abultado.—12 pesetas.

\* **Nuevos poemas y doloras,** por D. Ramon de Campoamor. Un tomo, 8.º mayor.—4 pesetas.

\* **Doloras y cantares,** por D. Ramon de Campoamor; única edicion completa, con el retrato y autógrafo del autor. Un tomo en 16.º frances.—7 pesetas.

**Malas costumbres.** Apuntes de mi tiempo, seguidos de algunos bocetos biográficos y poesias, por D. Eusebio Blasco. Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

**Panorama Matritense** (Primera serie de las Escenas), 1832 á 1835, por El Curioso Parlante. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**Escenas Matritenses** (Segunda serie), 1836 á 1842, por El Curioso Parlante. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**Tipos y Carácterés,** bocetos de cuadros de costumbres, 1843 á 1862, por El Curioso Parlante. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica,** de 1840 á 1841, su autor El Curioso Parlante. Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**El Antiguo Madrid,** paseos histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta villa, por D. Ramon de Mesonero Romanos. Dos tomos, 8.º mayor frances.—8 pesetas.

**Memorias de un Setenton,** natural y vecino de Madrid, por D. Ramon de Mesonero Romanos. (Segunda edicion.) Dos tomos, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

**La Rusia contemporánea,** bosquejos históricos, por Emilio Castelar. Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

**NOTA.**—De todos los titulos de la BIBLIOTECA hay ejemplares encuadernados, con un aumento de 4, 6 ú 8 reales vellon por volumen.

**OTRA.**—Los titulos marcados con \* no pertenecen á la BIBLIOTECA, pero pueden adquirirse pidiéndolos á nuestra Administracion.